Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Si haces estas meditaciones con verdadera devoción, siempre habrá una mejora espiritual en tu vida.

Meditaciones de San Francisco de Sales, Doctor de la Iglesia: Cómo meditar, I., II. , III. , IV. , V. , VI. , VII. , VIII. , IX. , X.

Consideraciones de San Alfonso María de Liguori, Doctor de la Iglesia: I., II. , III. , IV. , V. , VI. , VII. , VIII.

Meditaciones para Adviento, Navidad y Pascua: Cómo meditar, I., II. , III. , IV. , V. , VI. , VII. , VIII. , IX. , X. , XI.

Meditaciones para la Cuaresma: I. , II. , III. , IV. , V. , VI. , VII. , VIII. , IX. , X.

Meditaciones del reverendo John Wyse: I. , II. , III. , IV. , V. , VI. , VII. , VIII. , IX. , X. , XI.

Meditaciones de San Anselmo de Canterbury, Doctor de la Iglesia: Prólogo a las Meditaciones, I., II. , III. , IV. , V. , VI. , VII. , VIII.

La meditación regular todos los días es clave para la vida espiritual.

saintsprayers.net

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Instrucciones sobre la meditación de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

Un método breve de meditación

Primero, la presencia de Dios, el primer punto de preparación.

Puede ser, hija mía, que no sepas practicar la oración mental, porque lamentablemente es algo que hoy en día se descuida mucho. Por eso te daré un método breve y sencillo para usarla, hasta que puedas leer varios libros escritos sobre el tema, y sobre todo hasta que la práctica te enseñe a usarla de forma más perfecta. Y primero, la Preparación, que consta de dos puntos: primero, colocarse en la Presencia de Dios; y segundo, pedir Su Ayuda. Y para ponerte en la Presencia de Dios, te sugeriré cuatro consideraciones principales que puedes usar al principio.

Primero, una viva y sincera realización de que Su Presencia es universal; es decir, que Él está en todas partes, y en todo, y que no hay lugar, nada en el mundo, desprovisto de Su Santísima Presencia, de modo que, incluso cuando los pájaros en el vuelo se encuentran continuamente con el aire, vayamos donde queramos, encontremos siempre y en todas partes con esa Presencia. Es una verdad que todos están dispuestos a conceder, pero no todos son igualmente conscientes de su importancia. Un ciego, en presencia de su príncipe, mantendrá un comportamiento reverente si se le dice que el rey está allí, aunque no pueda verlo; pero en la práctica, lo que los hombres no ven lo olvidan fácilmente, y así caen fácilmente en la negligencia y la irreverencia. Así es, hija mía, no vemos a nuestro Dios, y aunque la fe nos advierte que Él está presente, que no le contempla con nuestros ojos mortales, somos demasiado propensos a olvidarle y actuar como si estuviera lejos: pues, aunque sabemos perfectamente que Él está en todas partes, si no lo pensamos, es como si no lo supiéramos. Y por tanto, antes de comenzar a rezar, es necesario siempre despertar el alma para un recuerdo y pensamiento firme de la Presencia de Dios. Esto es lo que David quiso decir cuando exclamó: Si subo al Cielo, Tú estás allí, y si bajo al infierno, ¡Tú también estás allí! Y de igual manera Jacob, que, al ver la escalera que subía al cielo, clamó: Ciertamente el Señor está en este lugar y yo no lo

sabía, lo que significaba que no lo había pensado; pues sin duda no podía dejar de saber que Dios estaba en todas partes y en todas las cosas. Por eso, cuando te prepares para orar, debes decir con todo tu corazón: Dios está realmente aquí.

La segunda manera de colocarte en esta Presencia Sagrada es recordar que Dios no solo está presente en el lugar donde estás, sino que Él está especialmente presente en tu corazón y mente, que enciende e inspira con Su Santa Presencia, permaneciendo allí como Corazón de tu corazón, Espíritu de tu espíritu. Así como el alma anima todo el cuerpo y cada miembro de él, pero permanece especialmente en el corazón, así Dios, aunque presente en todas partes, hace Su morada especial con nuestro espíritu. Por eso David le llama la Fuerza de mi corazón; y San Pablo dijo que en Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. Reflexiona sobre este pensamiento hasta que hayas encendido en tu corazón una gran reverencia por Dios, que está tan cerca de ti.

La tercera vía es detenerse en el pensamiento de nuestro Señor, que en Su Humanidad Ascendida menosprecia a todos los hombres, pero especialmente a todos los cristianos, porque son Sus hijos; sobre todo, sobre aquellos que rezan, sobre cuyos hechos Él vigila. Y esto no es mera imaginación, es una verdad muy pura, y aunque no le veamos, Él nos mira desde arriba. Se le dio a San Esteban en la hora del martirio contemplarle así, y bien podemos decir que con la Novia de los Cánticos Él mira hacia las ventanas, mostrándose a través de la celosía.

La cuarta forma es simplemente ejercitar tu imaginación ordinaria, imaginando al Salvador para ti mismo en Su Sagrada Humanidad como si estuviera a tu lado, tal como solemos pensar en nuestros amigos, y nos imaginamos verlos o escucharlos a nuestro lado. Pero cuando el Santísimo Sacramento del Altar está presente, entonces esta Presencia deja de ser imaginaria, sino más real; y las especies sagradas no son más que un velo detrás del cual el Salvador Presente nos contempla y considera, aunque no podemos verle tal como es.

Utiliza uno u otro de estos métodos para colocarte en la Presencia de Dios antes de empezar a orar; No intentes usarlos todos de golpe, sino tomarlo uno a uno, y eso de forma breve y sencilla.

Invocación, el segundo punto de preparación

INVOCACIÓN se realiza de la siguiente manera: tu alma, habiendo comprendido la Presencia de Dios, se postrará con la máxima reverencia, reconociendo su indignidad para permanecer ante Su Soberana Majestad; y

sin embargo, sabiendo que Él, de Su Bondad, quiere que vengas a Él, debes pedirle gracia para servirle y adorarle en esta meditación. Puedes usar palabras breves y sinceras como las de David: No me apartes de tu presencia y no quites tu Espíritu Santo de mí. Muéstrame tus caminos, oh Señor, y enséñame tus caminos. Dame entendimiento, y guardaré Tu Ley: sí, la guardaré con todo mi corazón. Soy tu siervo, oh concédeme comprensión. Detente también en el pensamiento de tu ángel guardián y de los santos relacionados con el misterio especial que consideras, como la Santísima Virgen, San Juan, la Magdalena, la buena ladrona, etc., si meditas en la Pasión, para que puedas compartir sus devotos sentimientos e intenciones, y de la misma manera con otros sujetos.

El Tercer Punto de Preparación, que representa el Misterio que debe ser meditado para tu imaginación

SIGUIENDO estos dos puntos ordinarios, hay un tercero, que no es necesario para toda meditación, llamado por algunos la representación local, y por otros la imagen interior. Simplemente está encendiendo una imagen vívida del misterio que se medita dentro de tu imaginación, como si realmente lo estuvieras contemplando. Por ejemplo, si desea meditar sobre nuestro Señor en su Cruz, se colocará en la imaginación del monte Calvario, como si hubiera visto y escuchado todo lo que ocurrió allí durante la Pasión; o puedes imaginarte todo lo que los Evangelistas describen como ocurriendo donde tú estás. De la misma manera, cuando medites sobre la muerte, trae a la mente las circunstancias que acompañarán vívidamente tu propia mente, y así del infierno, o cualquier tema que implique circunstancias visibles y tangibles. Cuando se trata de misterios como la grandeza de Dios, sus atributos, el fin de nuestra creación u otras cosas invisibles, no puedes hacer uso de tu imaginación. Como mucho puedes emplear ciertas comparaciones y similitudes, pero no siempre son oportunas, y quisiera que siguieras un método muy sencillo y no cansaras tu mente esforzándote por nuevos inventos. Aun así, a menudo este uso de la imaginación tiende a concentrar la mente en el misterio que queremos meditar y a evitar que nuestros pensamientos divagen de aquí para allá, igual que cuando encierras un pájaro dentro de una jaula o atas un halcón con sus señuelos. Algunas personas te dirán que es mejor limitarse al pensamiento abstracto y a una simple consideración mental y espiritual de estos misterios, pero esto es demasiado difícil para principiantes; y hasta que Dios te llame más alto, te aconsejaría, hija mía, que permanezcas contenta en el humilde valle que he señalado.

Consideraciones, la segunda parte de la meditación

DESPUÉS de este ejercicio de la imaginación, llegamos al entendimiento: porque las meditaciones, propiamente llamadas, son ciertas consideraciones mediante las cuales elevamos el afecto hacia Dios y las cosas celestiales. Ahora bien, la meditación difiere en ello del estudio y de los métodos ordinarios de pensamiento que no tienen el Amor de Dios ni el crecimiento en la santidad por su objetivo, sino algún otro fin, como la adquisición del aprendizaje o el poder argumentativo. Así que, cuando hayas, como he dicho, limitado los esfuerzos de tu mente dentro de los límites adecuados, ya sea por la imaginación, si el sujeto es material, o por proposiciones, si es un tema espiritual, empezarás a formar reflexiones o consideraciones siguiendo el patrón de las meditaciones que ya he esbozado para ti. Y si tu mente encuentra suficiente materia, luz y frutos en los que descansar en una consideración, detente en ella, igual que la abeja, que flota sobre una flor mientras dé miel. Pero si no encuentras con qué alimentar tu mente, tras cierto esfuerzo razonable, pasa a otra consideración, sé solo callado y sencillo, y no te entusiasmes ni te apresures.

La tercera parte de la meditación, afectos y resoluciones

La MEDITACIÓN despierta buenos deseos en la voluntad, o en la parte sensible del alma, como el amor a Dios y al prójimo, el anhelo por la gloria del Paraíso, el celo por la salvación de otros, la imitación del Ejemplo de nuestro Señor, la compasión, el agradecimiento, el temor a la ira de Dios y al juicio, el odio al pecado, la confianza en la bondad y misericordia de Dios, vergüenza por nuestra vida pasada; y en todos esos afectos debes derramar tu alma tanto como puedas. Si quieres ayuda en esto, acude a algún libro sencillo de devociones, la Imitación de Cristo, el Combate Espiritual o lo que te resulte más útil para tus necesidades individuales.

Pero, hija mía, no debes dejarte de hablar con los afectos generales sin convertirlos en resoluciones especiales para tu propia corrección y enmienda. Por ejemplo, meditando sobre la Primera Palabra de la Cruz de Nuestro Querido Señor, sin duda te despertarás al deseo de imitarle perdonando y amando a tus enemigos. Pero eso no es suficiente, a menos que lo resuelvas de forma práctica, como que no me enfadaré más por las cosas molestas que me dice tal o cual vecino, ni por los desprecios que me ha hecho tal vecino; sino que haré tal o cual cosa para suavizarlas y conciliarlas. De este modo, hija mía, pronto corregirás tus errores, mientras que simples resoluciones generales tendrían un efecto lento e incierto.

La conclusión y el ramo espiritual

LA meditación debe concluirse con tres actos, realizados con la máxima humildad. Primero, un acto de acción de gracias; agradeciendo a Dios por los afectos y resoluciones con los que te ha inspirado, y por la Misericordia y la bondad que te ha dado a conocer en el misterio que has estado meditando. En segundo lugar, un acto de ofrenda, por el cual ofreces tus afectos y resoluciones a Dios, en unión con Su Propia Bonidad y Misericordia, y la Muerte y los Méritos de Su Hijo. El tercer acto es uno de petición, en el que le pides a Dios que te dé una parte de los méritos de su Querido Hijo, y una bendición sobre tus afectos y resoluciones, para que puedas ponerlos en práctica. Rezarás además por la Iglesia, y por todos sus ministros, tus familiares, amigos y todos los demás, usando al Padre Nuestro como la oración más completa y necesaria.

Además de todo esto, os pedí que reunierais un pequeño ramo de devoción, y lo que quiero decir es esto. Cuando pasean por un jardín bonito, la mayoría de la gente suele recoger algunas flores mientras avanza, que conservan y disfrutan de su aroma durante el día. Por eso, cuando la mente explora algún misterio en la meditación, es bueno señalar uno o más puntos que hayan captado especialmente la atención y que probablemente te sean útiles durante el día, y esto debe hacerse de inmediato antes de abandonar el tema de tu meditación.

Algunos consejos útiles sobre la meditación

POR ENCIMA de todo, hija mía, esfuérzate, cuando termine tu meditación, por conservar los pensamientos y resoluciones que has hecho como tu práctica sincera a lo largo del día. Este es el verdadero fruto de la meditación, sin el cual tiende a ser poco provechoso, si no realmente dañino, ya que revivir las virtudes sin practicarlas nos hincha con irrealidades, hasta que empecemos a creernos todo lo que hemos meditado y decidido ser; lo cual está muy bien si nuestras resoluciones son sinceras y sustanciales, pero al contrario, vacías y peligrosas si no se ponen en práctica. Debes entonces esforzarte diligentemente por cumplir tus propósitos y buscar todas las oportunidades, grandes o pequeñas. Por ejemplo, si tu propósito era ganarte a quienes se oponen a ti con la amabilidad, busca durante el día cualquier ocasión de conocer amablemente a esas personas y, si no las ofrece, procura hablar bien de ellas y reza por ellas.

Cuando dejas de hacer esta oración interior, debes tener cuidado de mantener tu corazón en equilibrio, no sea que el bálsamo que ha recibido en la meditación se disperse. Quiero decir, intenta mantener el silencio durante un breve espacio y deja que tus pensamientos se transfieran gradualmente de la devoción al trabajo, manteniendo vivos los sentimientos

y afectos que despiertan en la meditación el mayor tiempo posible. Suponiendo que alguien ha recibido un precioso recipiente de porcelana, lleno de un líquido carísimo, que va a llevar a casa; Qué cuidado iría, sin mirar a su alrededor, sino vigilando con firmeza para no tropezar o tropezar, o para no derramar nada del contenido de su recipiente. Así que, después de la meditación, no te permitas distraerte de inmediato, sino mira fijamente ante ti. Por supuesto, si conoces a alguien a quien estés obligado a atender, debes actuar según las circunstancias en las que te encuentres, pero aun así prestar atención a tu corazón, para perder lo menos posible de los valiosos frutos de tu meditación. También deberías esforzarte por acostumbrarte fácilmente a pasar de la oración a todas aquellas ocupaciones que tu vocación o posición te exijan legalmente, aunque tales ocupaciones puedan parecer poco agradables para los afectos y pensamientos justo antes de formar parte de tu oración. Así, el abogado debería poder pasar de la meditación a sus súplicas, el comerciante a su negocio, la señora de una familia a los cuidados de su hogar y sus deberes de esposa, tan calmada y suavemente que no se ve perturbado en absoluto. En ambos estáis cumpliendo la Voluntad de Dios, y deberéis poder volveros de uno a otro con un espíritu devoto y humilde.

Puede ser que a veces, inmediatamente después de tu preparación, tus afectos se dirijan completamente a Dios, y entonces, hija mía, debes soltar las riendas y no intentar seguir ningún método dado; ya que, aunque como regla general tus consideraciones deben preceder a tus afectos y resoluciones, cuando el Espíritu Santo te otorga esos afectos de inmediato, no es necesario usar la maquinaria que se pretendía lograr el mismo resultado. En resumen, siempre que tales afectos se enciendan en tu corazón, acéptalos y dales un lugar en lugar a todas las demás consideraciones. El único objetivo al situar los afectos después de los puntos de consideración en la meditación es aclarar las diferentes partes de la meditación, pues es una regla general que cuando surgen afectos nunca deben ser detenidos, sino siempre animados a fluir libremente. Y esto también se aplica a los actos de acción de gracias, de ofrenda y súplica, que tampoco deben ser restringidos, aunque conviene repetirlos o renovarlos al final de tu meditación. Pero tus propósitos deben hacerse después de los afectos, y al final de tu meditación, y eso más porque en ellos debes abordar temas y cosas cotidianas y familiares que podrían causar distracciones si se interrumpieran entre tus afectos espirituales.

Entre tus afectos y propósitos, conviene de vez en cuando usar coloquios, y hablar a veces con tu Señor, a veces con tu ángel guardián, o con aquellas personas que están involucradas en el misterio que meditas, con los Santos, contigo mismo, con tu propio corazón, con los pecadores e incluso con la creación inanimada que te rodea, como David hace tan a menudo en los Salmos, así como otros santos en sus meditaciones y oraciones.

Sobre la sequedad en la meditación

SI a veces, hija mía, te pasa que no tienes gusto ni consuelo en tu meditación, te ruego que no te preocupes, sino que busques alivio en oración vocal, llore ante nuestro Señor, confiese tu indignidad, implore Su ayuda, besa Su Imagen, si está a tu lado, y diga en palabras de Jacob, No te dejaré ir, si no me bendecires; o con la mujer canaanita, Sí, Señor, soy como un perro delante de Ti, pero los perros comen de las migajas que caen de la mesa de su amo.

O puedes coger un libro y leer atentamente hasta que tu mente se calme y acelere; o a veces puedes encontrar ayuda en acciones externas, como postrarte cruzando las manos sobre el pecho, besar tu Crucifijo, es decir, suponiendo que estás solo. Pero si, después de todo esto, aún no te sientes aliviado, no te perturbes por tu sequedad, por grande que sea, sino que sigue esforzándote con una actitud devota a la Vista de Dios. Cuántos cortesanos aparecen cien veces en la corte sin esperar una palabra de su rey, sino solo para rendirle homenaje y ser vistos de él. Así es, hija mía, debemos entrar en oración mental únicamente para cumplir con nuestro deber y dar testimonio de nuestra lealtad. Si le agrada a la Divina Majestad de Dios hablarnos y dialogar en nuestros corazones por Sus Santas Inspiraciones y consolaciones interiores, sin duda es un gran honor y muy dulce para nuestra alma; pero si Él no concede tales favores, sino que hace como si no nos viera, como si no estuviéramos en Su Presencia, no debemos abandonarlo, sino que al contrario debemos permanecer calmados y devotos ante Él, y Él está seguro de aceptar nuestra paciente espera y prestar atención a nuestra dedicación y perseverancia; para que en otro momento nos transmita sus consuelos y probemos toda la dulzura de la santa meditación. Pero aunque no fuera así, quedemos, hijo mío, satisfechos con el privilegio de estar en Su Presencia y ser vistos por Él.

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Las meditaciones espirituales de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

PRIMERA MEDITACIÓN

De la Creación

Preparación

1. PONTE en la Presencia de Dios. 2. Pídele que inspire tu corazón.

Consideraciones

1. Considera que solo unos años después de que no naciste en el mundo, y tu alma aún no existía. ¿Dónde estabas entonces, oh alma mía? El mundo ya era viejo, y sin embargo no había rastro de ti.

2. Dios te sacó de esta nada para hacerte lo que eres, no porque te necesitara, sino únicamente por Su Bondad.

3. Considera el ser que Dios te ha dado; pues es el ser supremo de este mundo visible, adaptado para vivir eternamente y estar perfectamente unido a la Divina Majestad de Dios.

Afectos y propósitos

1. Humillate completamente ante Dios, diciendo con el salmista: Señor, no soy nada respecto a Ti, ¿qué soy, para que me recuerdes? Oh alma mía, aún estabas perdida en ese abismo de nada, si Dios no te hubiera llamado, ¿y qué pasa contigo en tal caso?

2. Da gracias a Dios. Oh Gran y Buen Creador, ¿qué no te debo a Ti, que me sacaste de esa nada, por Tu Misericordia, para hacerme lo que soy? ¿Cómo podré hacer lo suficiente dignamente para alabar Tu Santo Nombre y dar gracias a Tu bondad?

3. Confiesa su propia vergüenza. Pero, ay, Creador mío, tan lejos de unirme a Ti por un servicio amoroso, me he rebelado contra Ti con mis afectos indómitos, apartándome de Ti y entregándome al pecado, e ignorando Tu bondad, como si no me hubieras creado.

4. Prostrúrate ante Dios. Oh alma mía, sabe que el Señor es tu Dios, es Él quien te ha hecho, y no tú misma. Oh Dios, soy obra de Tus Manos; de ahora en adelante no buscaré descansar en mí mismo, que no soy nada. ¿En qué gloria tienes tú, que eres polvo y cenizas? ¿Cómo puedes tú, un verdadero don nadie, exaltarte a ti mismo? Para mi propia humillación, haré tal cosa, "Soportaré tal desprecio: "Cambiaré mis caminos y seguiré a mi Creador, y comprenderé que me honra que Él me llame al ser que Él me ha dado; La emplearé únicamente para obedecer Su Voluntad, mediante la enseñanza que Él me ha dado, de la cual indagraré más a través de mi Padre espiritual.

Conclusión

1. Gracias a Dios. Bendice al Señor, oh alma mía, y alaba Su Santo Nombre con todo tu ser, porque Su bondad me llamó de la nada, y Su Misericordia me creó.

2. Oferta. Dios mío, te ofrezco con todo mi corazón el ser que me has dado, te lo dedico y consagro.

3. Rezar. Oh Dios, fortalecídeme en estos afectos y propósitos. Querido Señor, me encomiendo a mí y a todos los que amo tu Misericordia infalible. NUESTRO PADRE, etc.

Al final de tu meditación, detente un rato y reúne, por así decirlo, un pequeño ramo espiritual de los pensamientos en los que te has detenido y que el dulce perfume puede refrescarte durante el día.

Procede a la segunda meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Las meditaciones espirituales de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

SEGUNDA MEDITACIÓN

Del fin para el que fuimos creados

Preparación

1. PONTE ante Dios. 2. Pídele que inspire tu corazón.

Consideraciones

1. Dios no te trajo al mundo porque te necesitara, inútil como eres; sino únicamente para que Él muestre Su Bondad en ti, dándoos Su Gracia y Gloria. Y para ello te dio comprensión para que pudierais conocerle, memoria para que pensarais en Él, una voluntad para que le amarais, imaginación para que pudieras reconocer sus misericordias, visión para que contemplaras las maravillas de Sus obras, palabras para que pudieras alabarle, y así sucesivamente con todas tus demás facultades.

2. Siendo creado y colocado en el mundo con este propósito, todas las acciones contrarias deben ser rechazadas y rechazadas, así como evitar como ociosa y superflua todo lo que no las promueva.

2. Considera lo infelices que son quienes no piensan en todo esto, que viven como si hubieran sido creados solo para construir y plantar, para acumular riquezas y divertirse con trivielitas.

Afectos y propósitos

1. Humillate en el hecho de que hasta ahora has pensado tan poco en todo esto. Ay, Dios mío, ¿en qué estaba pensando cuando no pensé en Ti? ¿qué recordaba cuando te olvidaba? ¿qué amaba cuando no te amaba a Ti? Ay,

cuando debería haberme alimentado de la verdad, solo me llenaba de vanidad y servía al mundo, que fue hecho para servirme.

2. Aborrecer tu vida pasada. Renuncio a vosotros, oh pensamientos vanos y pensamientos inútiles, recuerdos frívolos y odiosos: renuncio a todas las amistades inútiles, a todos los esfuerzos inútiles y a la miserable ingrata autoindulgencia, todas las cumplimientos lamentables.

3. Volverse hacia Dios. Tú, Dios mío y Salvador, serás de ahora en adelante el único objeto de mis pensamientos; ya no entregaré mi mente a ideas que Te desagraden. Todos los días de mi vida me detengo en la grandeza de Tu bondad, tan amorosamente derramada sobre mí. De ahora en adelante serás el deleite de mi corazón, el lugar de descanso de todos mis afectos. A partir de ahora abandonaré y aborrecerai los vanos placeres y diversiones, las vacías ocupaciones que han absorbido mi tiempo; los lazos inútiles que han unido mi corazón los aflojaré de ahora en adelante, y para ello usaré tales y cuales remedios.

Conclusión

1. Gracias a Dios, que te ha hecho para un final tan bondadoso. Me has hecho, Señor, para ti, para que pueda gozar eternamente de la inmensidad de Tu gloria; ¿cuándo seré digno de ello, cuándo sabré bendecirte como debería?

2. Oferta. Oh Señor Queridísimo, Te ofrezco todo mi afecto y mis propósitos, con todo mi corazón y alma.

3. Rezar. Te ruego, oh Dios, que aceptes mis deseos y anhelos, y des Tu Bendición a mi alma, para que pueda cumplirlos, por los méritos de la Preciosa Sangre derramada en la Cruz por mí. NUESTRO PADRE, etc. Reúne tu pequeño ramo espiritual.

Volver a la Primera Meditación... Procede a la Tercera Meditación

Las meditaciones espirituales de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

TERCERA MEDITACIÓN

De los dones de Dios

Preparación

1. PONTE en la Presencia de Dios. 2. Pídele que inspire tu corazón.

Consideraciones

1. Considera los dones materiales que Dios te ha dado, tu cuerpo y los medios para su preservación; tu salud, y todo lo que la mantiene; Tus amigos y mucha ayuda. Piensa también en cuántas personas merecen más que tú sin estos dones; algunos sufriendo en salud o en las extremidades, otros expuestos a lesiones, desprecio y problemas, o hundidos en la pobreza, mientras Dios ha querido que estés mejor.

2. Considera los dones mentales que Él te ha dado. ¿Por qué no eres estúpido, idiota, loco como muchos de los que conocías? De nuevo, Dios os ha concedido una educación decente y adecuada, mientras que muchos han crecido en la total ignorancia.

3. Además, considera sus dones espirituales. Eres un hijo de Su Iglesia, Dios te ha enseñado a conocerse desde joven. ¿Cuántas veces te ha dado Sus Sacramentos? qué inspiraciones y luz interior, qué reproches, te ha dado para guiarte bien; cuántas veces te ha perdonado, cuántas veces te ha librado de ocasiones de caída; ¡Qué oportunidades ha concedido para el progreso de tu alma! Detente un poco en los detalles, observa lo amoroso y misericordioso que ha sido Dios contigo.

Afectos y propósitos

1. Maravillarse de la bondad de Dios. ¡Qué bueno ha sido conmigo, qué abundante en misericordia y abundante en bondad amorosa! ¡Oh alma mía, siempre me cuentas las grandes cosas que el Señor ha hecho por ti!

2. Maravíllate de tu propia ingratitud. ¿Qué soy yo, Señor, para que me recuerdes? ¡Qué indigno soy! He pisado Tus Misericordias bajo la raíz, he abusado de Tu Gracia, volviéndola contra Tu propio Ser; He puesto la profundidad de mi ingratitud contra la profundidad de Tu Gracia y Favor.

3. Enciende tu gratitud. ¡Oh alma mía, no seas más infiel ni desleal a tu poderoso Benefactor! ¿Cómo no va a servir toda mi alma al Señor, que ha hecho cosas tan grandes en mí y para mí?

4. Adelante, hija mía, absténtate de esta o aquella indulgencia material; que tu cuerpo sea plenamente siervo de Dios, que tanto ha hecho por él: pon tu alma a buscarle por esta o aquella práctica devota adecuada a ella. Haz un uso diligente de los medios que te proporciona la Iglesia para ayudarte a amar a Dios y salvar tu alma. Resuelve ser constante en la oración y en la búsqueda de los Sacramentos, en escuchar la Palabra de Dios y en obedecer Sus inspiraciones y consejos.

Conclusión

1. Gracias a Dios por el conocimiento más claro que Él te ha dado sobre Sus beneficios y tu propio deber.

2. Ofrécele tu corazón y todas sus resoluciones.

3. Pídele que te fortalezca para cumplirlas fielmente por los méritos de la muerte de su Hijo. NUESTRO PADRE, etc. Reúne el pequeño ramo espiritual.

Volver a la Segunda Meditación... Procede a la Cuarta Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Las meditaciones espirituales de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

CUARTA MEDITACIÓN

Sobre el pecado

Preparación

1. PONTE en la Presencia de Dios. 2. Pídele que inspire tu corazón.

Consideraciones

1. Considera cuánto tiempo ha pasado desde que comenzaste a pecar, y cómo desde ese principio el pecado se ha multiplicado en tu corazón; cómo cada día ha aumentado el número de tus pecados contra Dios, contra ti mismo y contra tu prójimo, por obra, palabra, pensamiento y deseo.

2. Considera tus tendencias malvadas y hasta dónde las has seguido. Estos dos puntos te mostrarán que tus pecados son más numerosos que los pelos de tu cabeza o la arena en la orilla del mar.

3. Aparte del pecado, considera tu ingratitud hacia Dios, que en sí misma es un pecado que envuelve a todos los demás y añade a su magnitud: considera los dones que Dios te ha dado y que te has vuelto contra el Dador; especialmente las inspiraciones que has descuidado y los estímulos para el bien que has frustrado. Revisa los muchos sacramentos que has recibido y observa dónde están sus frutos. ¿Dónde están las joyas preciosas con las que tu Esposo Celestial te adornó? ¿Con qué preparación los has recibido? Reflexiona sobre la ingratitud con la que, mientras Dios buscaba salvarte, has huido de Él y te has lanzado hacia la destrucción.

Afectos y propósitos

1. Humillate en tu miseria. Dios mío, ¿cómo me atrevo a presentarme ante Tus Ojos? No soy más que un ser corrupto, un verdadero hueco de ingratitud y maldad. ¿Puede ser que haya sido tan desleal, que ni un sentido, ni una facultad, sino que haya sido manchado y manchado? no ha pasado un solo día sin que haya pecado ante Ti? ¿Era este un regreso apropiado para todos los dones de mi Creador, para mi Sangre del Redentor?

2. Pide perdón; lánzate a los pies del Señor como el hijo pródigo, como la Magdalena, como la mujer condenada por adulterio. ¡Ten piedad, Señor, pecadora de mí! Oh Fuente Viviente de la Misericordia, ten piedad de mí, indigno como soy.

3. Propone hacerlo mejor. Señor, con la ayuda de Tu Gracia nunca más me entregaré al pecado. Me ha encantado demasiado; de ahora en adelante lo aborreceré y me aferraría a Ti. Padre de la Misericordia, viviría y moriría ante Ti.

4. Para dejar atrás el pecado pasado, acúsate valientemente de él, que no haya un solo acto pecaminoso que no hagas público.

5. Proponte hacer todo lo posible por arrancar las raíces del pecado de tu corazón, especialmente este o aquel pecado individual que más te preocupa.

6. Para lograrlo, repromételete firmemente a seguir el consejo que te den y nunca pienses que has hecho lo suficiente para expiar tu pecado pasado.

Conclusión

1. Gracias a Dios por haber esperado hasta ahora por ti y por despertar estas buenas intenciones en tu corazón. 2. Ofrécele todo tu corazón para llevarlos con buen resultado. 3. Ora para que Él te fortalezca.

Volver a la Tercera Meditación... Procede a la Quinta Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Las meditaciones espirituales de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

QUINTA MEDITACIÓN

De la muerte

Preparación

1. PONTE en la Presencia de Dios. 2. Pregunta a Su Gracia. 3. Supongamos que está en su lecho de muerte, en la extremidad final, sin la más mínima esperanza de recuperación.

Consideraciones

1. Considera la incertidumbre respecto al día de tu muerte. Algún día tu alma dejará este cuerpo: ¿será en verano o en invierno? ¿En la ciudad o en el campo? ¿de día o de noche? ¿Será de repente o con aviso? ¿Será por enfermedad o por accidente? ¿Tendrás tiempo para hacer tu última confesión o no? ¿Estará tu confesor o padre espiritual cerca o no? Por desgracia, de todas estas cosas no sabemos absolutamente nada: lo único que sabemos es que moriremos, y en su mayoría antes de lo que esperamos.

2. Considera que entonces el mundo se acabará para ti, ya no habrá más de él para ti, será completamente derribado para ti, ya que todos los placeres, vanidades, alegrías mundanas, placeres vacíos serán para ti solo una visión fantástica. Ay de mí, ¿qué simples trivialidades e irrealidades me he atrevido a ofender a mi Dios? Entonces veréis que lo que preferíamos a Él era nada. Pero, por otro lado, toda devoción y buenas obras parecerán tan preciosas y tan dulces: ¿Por qué no recorrí ese camino tan agradable? Entonces lo que pensabas que eran pequeños pecados parecerá enormes montañas, y tu devoción parecerá solo una cosa muy pequeña.

3. Considera la despedida universal que tu alma tomará de este mundo. Se despedirá de riquezas, placeres y compañeros ociosos; a los

entretenimientos y pasatiempos, a amigos y vecinos, a marido, mujer e hijo, en resumen a toda creación. Y por último, se despedirá de su propio cuerpo, que dejará pálido y frío, para volverse repulsivo en la decadencia.

4. Considera cómo los supervivientes se apresurarán a guardar ese cuerpo y esconderlo bajo la tierra y entonces el mundo apenas te dará otro pensamiento, ni te recordará, más de lo que tú has hecho con los que ya se han ido. '¡Que Dios tenga su alma!' dirán los hombres, y eso es todo. ¡Oh muerte, qué despiadada, qué dura eres!

5. Considera que cuando abandona el cuerpo, el alma debe ir de inmediato a la mano derecha o a la izquierda. ¿A dónde irá tu alma? ¿De qué lado se pondrá? Nada más, por supuesto, que aquello al que había recurrido voluntariamente mientras aún estaba en este mundo.

Afectos y propósitos

1. Reza a Dios y lánzate a Sus brazos. ¡Oh Señor, sé mi estancia en aquel día de angustia! Que esa hora sea bendecida y favorable para mí, aunque el resto de mi vida esté lleno de tristeza y prueba.

2. Despreciar el mundo. Mientras no sepa la hora en la que debo abandonar el mundo, no le voy a encariñar. Oh, queridos amigos, queridos de mi corazón, contentaos de que solo me aferre a vosotros con una santa amistad que dure para siempre; ¿por qué debería aferrarme a ti con una corbata que debe romperse?

Me prepararé para la hora de la muerte y tomaré todas las precauciones para su llegada pacífica; Examinaré a fondo el estado de mi conciencia y pondré en orden lo que sea necesario.

Conclusión

Gracias a Dios por inspirarte con estos propósitos: ofrécelos a Su Majestad; pídele de nuevo que te conceda una feliz muerte por los méritos de la muerte de su querido hijo. Pide las oraciones de la Santísima Virgen y de los Santos. NUESTRO PADRE, etc.

Recoged un ramo de mirra.

Volver a la Cuarta Meditación... Proceda a la sexta meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Las meditaciones espirituales de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

SEXTA MEDITACIÓN

Sobre la sentencia

Preparación

1. PONTE en la Presencia de Dios. 2. Pídele que te inspire.

Consideraciones

1. Cuando llegue el tiempo que Dios ha designado para el fin de este mundo, y tras muchas terribles señales y advertencias, que abrumarán a los hombres de miedo, toda la tierra será destruida y no quedará nada.

2. Después, todos los hombres, salvo los ya resucitados, resucitarán de entre los muertos y, al oír del Arcángel, aparecerán en el valle de Josafat. Pero, ¡ay, con qué aspectos tan variados! Porque algunos serán gloriosos y brillantes, otros horribles y espantosos.

3. Consideren la majestad con la que el Soberano Juez aparecerá rodeado de todos sus Santos y Ángeles; Su Cruz, el Signo de la Gracia para los buenos y del terror para los malos, brillando más que el sol.

4. Este Soberano Juez con su terrible palabra, cumplida al instante, separará el mal del bien, poniendo a uno en su mano derecha y al otro en su izquierda, una separación eterna, pues nunca volverán a encontrarse.

5. Esta separación se abrirá los libros de conciencia, y todos los hombres contemplarán la maldad de los malvados y cómo han despreciado a Dios; así como la penitencia de los buenos y los resultados de la gracia que recibieron. No se ocultará nada. ¡Dios mío, qué confusión para uno, qué alegría para el otro! Consideremos la frase final de los malvados. Apartaos de Mí, malditos, hacia el fuego eterno, preparados para el diablo y sus ángeles. Reflexiona sobre estas horribles palabras. Vete, dice, por haber desechado siempre a estos pecadores miserables, desterrándolos para siempre de Su Presencia. Los llama malditos: Oh alma mía, qué maldición: una maldición que implica todas las demás maldiciones, todo mal posible, una maldición irrevocable, incluyendo todo el tiempo y la eternidad; condenándolos al fuego eterno. Piensa en lo que implica esa eternidad de sufrimiento.

6. Entonces considera la frase del bien. Venid, dice el Juez, oh bendito y amoroso verbo con el que Dios nos atrae a Sí mismo y nos recibe en Su seno. ¡Bendito de Mi Padre, oh bendición sobre todas las bendiciones! hereda el Reino preparado para ti desde el principio del mundo. ¡Dios mío, y ese Reino no tendrá fin!

Afectos y propósitos

1. Tiembla, alma mía, al pensarlo. Oh Dios, ¿quién será mi estancia en esa hora en que los pilares de la tierra se sacudan?

2. Aborrece tus pecados, que por sí solos pueden hacerte perder cuando llegue ese día temible. Seguramente me juzgaré ahora, para no ser juzgado; Examinaré mi conciencia, acusarándome, condenarándome, castigándome, para que el juez no me condene entonces. Confesaré mis faltas y seguiré los consejos que me dieron.

Conclusión

Gracias a Dios por haberte dado medios de seguridad en ese día terrible y tiempo para el arrepentimiento. Ofrécele tu corazón y pide gracia para usarlo bien. NUESTRO PADRE, etc.

Reúne tu ramo.

Volver a la Quinta Meditación... Procede a la séptima meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Las meditaciones espirituales de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

SÉPTIMA MEDITACIÓN

Del infierno

Preparación

1. COLOCATE en la Presencia de Dios. 2. Humillate y pide Su ayuda. 3. Imagina una ciudad oscura, apestando a las llamas de azufre y azufre, habitada por ciudadanos que no pueden salir.

Consideraciones

1. Aun así, los perdidos caen en su abismo infernal; sufriendo torturas indescriptibles en todos los sentidos y en todos los miembros; y que porque, habiendo usado sus miembros y sentidos para el pecado, ahora es justo que a través de ellos sufran. Esos ojos que se deleitaban en vistas impuras y crueles, ahora contemplan demonios; los oídos que se complacían con palabras impías, ahora están ensordecidos por gritos de desesperación; y así sucesivamente con los demás sentidos.

2. Más allá de todos estos sufrimientos, hay uno aún mayor, la privación y el dolor de la pérdida de la Gloria de Dios, que para siempre se les niega a la visión. Si a Absalón no le importara ser liberado del exilio, si no pudiera ver el rostro de su padre, ¿cuánto más doloroso sería ser privado para siempre de la bendita visión de Dios?

3. Considera lo insoportables que serán los dolores del Infierno debido a su eterna duración. Si la irritante picadura de un insecto, o la inquietud de la fiebre, hacen que una noche ordinaria parezca tan larga y tediosa, ¡qué terrible será la noche interminable de la eternidad, donde no se encontrará nada salvo desesperación, blasfemia y furia!

Afectos y propósitos

1. Lee las descripciones del Profeta sobre los horrores del Señor y pregunta a tu alma si puede enfrentarlas, si puedes soportar perder a tu Dios para siempre.

2. Confiesa que lo ha merecido repetidamente. Decide a partir de ahora actuar de forma diferente y a rescatarte de este abismo. Decide en actos distintos y definidos por los que puedes evitar el pecado y, por tanto, la muerte eterna.

Da gracias, ofrécete, reza.

Volver a la Sexta Meditación... Procede a la octava meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Las meditaciones espirituales de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

OCTAVA MEDITACIÓN

Sobre el Paraíso

Preparación

1. PONTE en la Presencia de Dios. 2. Invocar su ayuda.

Consideraciones

1. Representa para ti mismo una noche hermosa y tranquila, cuando los cielos brillan con innumerables estrellas: añade a la belleza de tal noche la máxima belleza de un glorioso día de verano, el brillo del sol sin impedir el claro resplandor de la luna o las estrellas, y luego asegurarte de que todo esto quede inconmensurablemente corto de la gloria del Paraíso. ¡Oh, país brillante y bendecido, oh dulce y precioso lugar!

2. Considerad la belleza y perfección de los incontables habitantes de ese bendecido país; los millones y millones de ángeles, querubines y serafínes; la gloriosa compañía de apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y santos. Oh, bendita compañía, cualquier miembro de la cual supere toda la gloria de este mundo, ¿qué será contemplarlos a todos, cantarles la dulce Canción del Cordero? Se regocijan con una alegría perpetua, comparten una dicha indescriptible e inmutable deleites.

3. Considera cómo disfrutan de la Presencia de Dios, que los llena con la riqueza de Su Visión, que es un océano perfecto de deleite; la alegría de estar unidos para siempre a su Cabeza. Son como pájaros felices, flotando y cantando eternamente en la atmósfera de la divinidad, que les llena de placeres inconcebibles. Allí cada uno compite sin celos en cantar las alabanzas del Creador. Bendito eres tú por siempre, oh querido y precioso Señor y Redentor, que tan generosamente nos das tu propia gloria, claman; y Él, a su vez, derrama su bendición incesante sobre sus Santos. Benditos seis, míos en siempre, que me habéis servido fiel y con buen valor.

Afectos y propósitos

1. Admirar y alegrarse en el País Celestial; la gloriosa y bendita Nueva Jerusalén.

2. Reprocha la frialdad de tu propio corazón por haber tenido hasta ahora tan poco codiciado ese glorioso hogar. ¿Por qué he permanecido tanto tiempo indiferente a la felicidad eterna que tengo delante? Ay de mí que, por el bien de las pobres y sin sabores seres terrenales, he olvidado tan a menudo esos placeres celestiales. ¿Cómo podría descuidar tesoros tan reales por meros asuntos terrenales vanidosos y despreciables?

3. Aspira con fervor a esa bendita morada. Porque, oh querido Señor, así como has querido convertir mis pies en tus caminos, nunca volveré a mirar atrás. Ve, alma mía, hacia tu prometido descanso, viaja incansablemente hacia esa tierra tan esperada; ¿por qué deberías quedarte en Egipto?

4. Decidid renunciar a tales cosas que os obstaculizan en el camino, y a hacer aquellas que os ayuden a avanzar allí.

Da gracias, ofrece, reza.

Volver a la Séptima Meditación... Procede a la Novena Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Las meditaciones espirituales de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

NOVENA MEDITACIÓN

Sobre la elección entre el Cielo y el Infierno

Preparación

1. PONTE en la Presencia de Dios. 2. Humillate ante Él y pídele inspiración.

Consideraciones

1. Imagínate solo con tu buen ángel en una llanura abierta, como lo estaba Tobit en su camino a Rages. Supongamos que el Ángel te ponga ante el Paraíso, lleno de placeres y alegrías; y por otro lado, el Infierno, con todos sus tormentos. Contempla ambos, arrodillándose en la imaginación ante tu ángel guardián. Considera que realmente estás entre el Infierno y el Paraíso, y que tanto uno como el otro están abiertos a recibirte, según tu propia elección.

2. Considera que la elección que tomes en esta vida durará para siempre en la siguiente.

3. Considera también que, aunque ambos están abiertos a recibirte según tu elección, Dios, que está dispuesto a dar uno por razón de Su Justicia y el otro por razón de Su Misericordia, desea indescriptiblemente que elijas el Paraíso; y tu buen Ángel te insta con todas sus fuerzas a hacerlo, ofreciéndote incontables gracias por parte de Dios, incontables ayudas para alcanzarlas.

4. Considera que Jesucristo, entronizado en el Cielo, te mira con amor invitado: ¡Oh amado, ven a mí y goza por siempre en la eterna bendición de Mi Amor! He aquí a Su madre anhelándote con ternura maternal, Valor, hija mía, no desprecies la Bondad de mi Hijo ni mis fervientes oraciones por tu salvación. He aquí los Santos, que os han dejado su ejemplo, los millones de almas santas que tanto tiempo os seguían, deseando fervientemente que algún día os unáis para siempre a ellos en su canto de alabanza, instándoos a que el camino al Cielo no es tan difícil de encontrar como el mundo quiere haceros creer. Sigue adelante con valentía, querido amigo, lloran. Quien reflexione bien sobre el camino por el que hemos llegado hasta aquí, descubrirá que hemos alcanzado estos placeres presentes con alegrías más dulces que cualquiera que este mundo pueda ofrecer.

La elección

1. Oh Infierno, te aborrezo ahora y para siempre; Aborrezco tus penas y torces, tu miseria interminable, las blasfemias y maldiciones incesantes que derramas sobre mi Dios; y volviéndome hacia ti, oh bendito Paraíso, gloria eterna, felicidad inquebrantable, te elijo para siempre como mi morada, tus gloriosas mansiones, tus preciosos y eternos tabernáculos. Oh Dios mío, bendigo tu misericordia que me da el poder de elegir, oh Jesús, Salvador, acepto Tu Amor Eterno y te alabo por la promesa que me has dado de un lugar preparado para mí en esa bendita Nueva Jerusalén, donde te amaré y bendeciré por siempre.

2. Habita con amor en el ejemplo que te han dado la Santísima Virgen y los Santos, y procura seguir donde ellos te indican. Entrégate a tu Ángel Guardián, para que él sea tu guía, y reúne tu valor para tomar esta decisión.

Volver a la Meditación Ocho... Procede a la Décima Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Las meditaciones espirituales de San Francisco de Sales

del libro 'Introducción a la vida devota'
primero escrita para Santa Juana Francisca de Chantal y ahora ofrecida a todos

DÉCIMA MEDITACIÓN

Cómo el Alma elige la Vida Devota

Preparación

1. PONTE en la Presencia de Dios. 2. Humillate ante Él y pide Su ayuda.

Consideraciones

1. Una vez más imagínate en una llanura abierta, solo con tu Ángel de la Guarda, y representa a ti mismo a la izquierda al Diablo sentado en un trono alto y poderoso, rodeado por una vasta tropa de hombres mundanos, que se inclinan a la vista ante él, rindiéndole homenaje con los diversos pecados que cometen. Estudia los rostros de los miserables cortesanos de ese rey abominable: algunos furiosos, envidiosos y apasionados, otros asesinos en su odio; otros pálidos y demacrados en su ansia de riqueza, o persiguen frenéticamente todo placer vano y sin beneficio; otros se hundieron y se

perdieron en afectos viles e impuros. Mira cómo todos son odiosos, inquietos, salvajes: mira cómo se desprecian entre ellos y solo fingen un amor egoísta irreal. Así es el miserable reinado del aborrecido Tirano.

2. Por otro lado, contemplad a Jesucristo Crucificado, llamando a estos miserables a venir a Él, e intercediendo por ellos con todo el Amor de Su Precioso Corazón. Contemplad la compañía de almas devotas y sus ángeles guardianes, contemplad la belleza de este reino religioso. ¿Qué más hermoso que la tropa de almas vírgenes, hombres y mujeres, puros como lirios: viudas en su santa desolación y humildad; maridos y esposas viviendo en un amor tierno y un cariño mutuo. Mira cómo esas almas piadosas saben combinar sus deberes exteriores e interiores; amar al cónyuge terrenal sin disminuir su devoción al Esposo Celestial. Mirad a su alrededor, todos los veréis con rostros amorosos, santos y gentiles, escuchando la Voz de su Señor, todos buscando entronizarlo cada vez más dentro de sus corazones.

Se regocijan, pero es con una alegría pacífica, amorosa y sobria; Aman, pero su amor es completamente sagrado y puro. Entre estos devotos que tienen penas que soportar, no se desaniman por ello, y no se lamentan demasiado, porque el Ojo de su Salvador está sobre ellos para consolarles, y todos solo Lo buscan.

3. Seguramente habéis renunciado por completo a Satanás con su cansada y miserable tropa, por las buenas decisiones que habéis tomado; pero sin embargo, aún no habéis alcanzado plenamente el Rey Jesús, ni os habéis unido del todo a Su bendita compañía de devotos: habéis estado entre ambos.

4. La Santísima Virgen, San José, San Luis, Santa Mónica y cientos de miles más que una vez fueron como tú, viviendo en el mundo, te invocan y te animan.

5. El propio Rey Crucificado te llama por tu propio nombre: ¡Ven, mi amado, ven y déjame coronarte!

La elección

1. Oh mundo, oh vil compañía, nunca me alistaré bajo tu estandarte; porque siempre he abandonado tus halagos y engaños. Oh orgulloso rey, monarca del mal y del espíritu infernal, renuncio a ti y a toda tu vacía pompa, te detesto a ti y a todas tus obras.

2. Y volviéndome hacia Ti, oh dulce Jesús, Rey de la bendición y de la gloria eterna, me adhiero a Ti con todas las fuerzas de mi alma, te adoro con todo

mi corazón, te elijo ahora y para siempre como mi Rey, y con fidelidad inviolable ofrecería mi servicio irrevocable y me someteré a tus santas leyes y ordenanzas.

3. Oh Virgen Bendita Madre de Dios, serás mi ejemplo, te seguiré con todo el respeto y reverencia.

Oh mi buen ángel, llévame a esta compañía celestial, no me dejes hasta que llegue a ellos, con quienes cantaré por siempre, en testimonio de mi elección, ¡Gloria a Jesús, mi Señor!

Regreso a la Novena Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Consideraciones de San Alfonso María de Liguori

del libro 'Preparación para la muerte'

CONSIDERACIÓN I

Descripción de quien ha partido de esta vida

"Polvo eres, y al polvo volverán." Gen. iii. 19.

PRIMER PUNTO

CONSIDERA que eres polvo, y al polvo debes volver. Llegará el día en que deberás morir y ser puesto en una tumba donde "los gusanos" te "cubrirán". (Isa. xiv. s.n.) El mismo destino espera a todos, tanto nobles como plebeyos, tanto príncipes como vasallos. En cuanto el alma abandone el cuerpo, con el último suspiro, irá a la eternidad y el cuerpo volverá a su polvo. "Cuando les quitas el aliento, mueren y vuelven a ser su polvo." (Salmo civ. 29.)

Imagina a una persona cuyo alma acaba de partir. He aquí ese cadáver pálido, que aún está en la cama, la cabeza caída sobre el pecho; el cabello despeinado y bañado en el sudor de la muerte; los ojos hundidos; las mejillas hundidas; el rostro de palidez cenibruza; la lengua y los labios de un tono plomizo; el cuerpo frío y pesado. Quienes lo ven se ponen pálidos y tiemblan. ¡Cuántos hay que, al ver a un familiar o amigo en esta situación, han cambiado su vida y han dejado el mundo!

Pero aún es más terrible cuando el cuerpo empieza a descomponerse. Apenas pasarán unas horas o días antes de que se vuelva ofensivo. Las ventanas tendrán que abrirse; El incienso tendrá que quemarse, no, debe enviarse rápidamente a la iglesia para ser enterrado, para que no se infecte toda la casa. ¿He aquí a qué se reduce ese hombre orgulloso, ese voluptuoso? En vida era el favorito, el que era buscado en la sociedad; ahora hace que todos los que le miran se estremezcan. Sus parientes se apresuran a que lo saquen de la casa, y se contratan hombres para llevarlo, encerrado en un ataúd, hasta su tumba. Fue famoso en su día por su gran talento, su gran cortesía, su comportamiento cortés y su ironía; Pero ahora que ha muerto, su memoria pronto se desvanecerá, "su memorial ha perecido con ellos." (Salmo ix. 6.)

Al enterarse de su muerte, algunos dicen que era de gran dignidad, otros que dejó a su familia bien atendida; algunos lloran porque les hizo bien, y otros se regocijan porque obtienen algún beneficio de su muerte. Sin embargo, en poco tiempo nadie habla de él. Y sus parientes más cercanos, incluso desde la hora de su muerte, no quieren oír que se le mencione, no sea que su dolor se reaviva.

Cuando se hacen las visitas de condolencia, otras cosas son objeto de conversación; y si por casualidad alguien alude al difunto, los parientes exclaman inmediatamente: "Por amabilidad, no me lo mencionéis." Debes considerar que lo que has hecho tras la muerte de tus amigos y familiares, otros lo harán a tu muerte. Quienes están vivos entran en la etapa de la vida para ocupar la riqueza y la posición de los muertos, y se presta poca o ninguna estima a los muertos, y se les menciona muy poco. Tus parientes al principio llorarán por ti durante algunos días, pero pronto serán consolados con esa parte de propiedad que les corresponderá, para que pronto se alegren por tu muerte, y en la misma habitación a la que ha salido tu alma, para ser juzgada por Jesucristo, bailarán y comerán, reír y jugar, como antes; ¿Y tu alma, dónde estará entonces?

Afectos y Oraciones

Jesús, mi Redentor, te doy gracias por no permitirme morir cuando estaba en desgracia contigo. ¿Cuántos de los últimos años no he merecido ser arrojado al infierno? Si hubiera muerto en un día así, o en una noche así, ¿qué habría sido de mí por toda la eternidad? Te doy gracias por esto, oh Dios mío. Acepto mi muerte como satisfacción por mis pecados; y lo acepto de la manera que Te dé la gana que me lo envíes. Pero ya que me has esperado hasta ahora, espérame un poco más. "Déjame en paz, para que pueda encontrar un poco de consuelo." (Job x. 20.) Dame tiempo para llorar por los delitos que he cometido contra Ti, antes de que vengas a juzgarme.

Ya no resistiré a Tu dulce voz que me llama. Quizá estas palabras que acabo de leer sean la última llamada para mí. Confieso que no merezco piedad, porque tantas veces me has perdonado; y yo, ingrato que soy, te he vuelto a ofender; pero "un corazón roto y arrepentido, oh Dios, no despreciarás." (Salmo li. 17.) Oh Señor, ya que no desprecias un corazón roto y arrepentido, mira a un traidor que, arrepentido, huye hacia Ti. "No me apartes de tu presencia." (Salmo li. 1 1.) En misericordia, no me eches de ti, porque has dicho: "A quien viene a mí no lo expulsaré de ninguna manera." (San Juan vi. 37.) Es cierto que te he ofendido más que a muchos otros, porque me has afavorecido con luz y gracia; pero la sangre que derramaste por mí me da valor y me perdona, si tan solo me arrepiento. Sí, oh mi Soberano Bueno, me arrepiento con todo mi corazón de haberte despreciado. Perdóname y dame la gracia de amarte por la melodía que vendrá. Ya te he ofendido demasiadas veces. No pasaré la vida que me queda, oh Jesús mío, ofendiéndote, sino que la pasaré siempre llorando por el desagrado que Te he causado, y amándote con todo mi corazón, Tú, oh Dios, que eres tan digno de amor infinito.

SEGUNDO PUNTO

Para ver más claramente qué eres en verdad, mi alma cristiana, San Juan Crisóstomo observa: "Ve a un sepulcro, contempla el polvo, las cenizas, los gusanos y suspira." Observa cómo ese cadáver se vuelve primero amarillo y luego negro. Después se ve en el cuerpo un moho blanco y desagradable. Entonces brota una materia vil y corrupta, que se hunde en el suelo. En esa corrupción se generan muchos gusanos que se alimentan de la carne. Las ratas vienen entonces a devorar el cuerpo, algunas por el exterior, otras por la boca y las entrañas. Las mejillas, los labios y el cabello caen en trozos; Las costillas son las primeras en quedar desnudas, luego los brazos y las piernas. Los gusanos, tras haber consumido la carne, se comen entre ellos y, al final, de ese cuerpo no queda nada más que un esqueleto fétido que, con el tiempo, se dividió, los huesos se separan y la cabeza cae del cuerpo: "se vuelven como la paja de las señuelas de verano, y el viento se las llevó." (Dan. ii. 35.) He aquí, entonces, qué hombre es un poco de polvo sobre una suilla, que es llevado por el viento. He aquí ese noble, considerado el alma y

alma de la sociedad, ¿dónde está? Entra en su habitación, no está; Si miras dentro de su cama, pertenece a otro; su ropa, sus brazos, otros ya los han tomado y dividido. Si quieres verlo, debes buscarlo en esa tumba donde se transforma en todo lo desagradable y en huesos sin carne. ¡Dios mío, que ese cuerpo alimentado con tantas delicias, vestido con tanta pompa, atendido por tantos sirvientes, se redujera a esto! Oh santos, vosotros, que por amor a ese Dios que solo amasteis, en esta tierra, sabíais cómo mortificar vuestros cuerpos; y ahora tus huesos se guardan y valoran como reliquias sagradas en santuarios de oro; y vuestras almas, que están beatificadas, alegraos en la presencia de Dios, esperando el último día, cuando vuestros cuerpos volverán a ser compañeros de vuestras almas en gloria, como una vez lo fueron de vuestras almas, portando la cruz de este mundo. Este es el verdadero amor del cuerpo, así que cargarlo aquí con mortificaciones, para que sea feliz en la eternidad; y negarle esos placeres aquí que la harían infeliz en la eternidad.

Afectos y Oraciones

He aquí, pues, Dios mío, a lo que mi cuerpo se reducirá, por lo que tantas veces te he ofendido, será reducido incluso a gusanos y corrupción. Pero esto no me entristece, oh Dios mío, más bien me anima, porque esta carne se volvió pútrida y consumida, lo que me hizo perderte a Ti, oh mi Soberano Bien. Pero me duele mucho pensar que habría disfrutado tanto de esos placeres miserables que tan a menudo te han disgustado. Pero no desconfiaré de tu misericordia. Has esperado a que me perdone. "Por eso esperará el Señor para que sea misericordioso con vosotros." (Isa. xxx. 18.) Y me perdonarás si me arrepiento. Sí, lo harás, porque me arrepiento con todo mi corazón de haberte despreciado, oh Dios de infinita bondad. Te repetiré, como hizo Santa Catalina de Génova: "No más pecados, mi Jesús, no más pecados." No, ya no abusaré de Tu paciencia; ni esperaré para abrazarte hasta la hora de la muerte. Oh, mi amor crucificado, ahora te abrazaré, ahora encomendaré mi alma a tu cuidado.

"En tus manos entrego mi espíritu." Mi alma ha pasado muchos años en este mundo sin amarte; dame luz y fuerza para amarte durante la vida que me queda. No esperaré hasta la hora de la muerte para amarte; a partir de este momento, te amaré, te abrazaré, me uniré a Ti y prometo no dejarte nunca más.

TERCER PUNTO

Hermano mío, en esta descripción de la muerte, te ves a ti mismo, y eso que un día serás, "Polvo eres, y al polvo volverás." Reflexiona, porque en unos años, no, quizás en unos meses, e incluso días, te convertirás en una masa de corrupción y gusanos. Al pensar en esto, Job se hizo santo: "He dicho a la

corrupción: Tú eres mi padre, al gusano, eres mi hermano y mi hermana." (Job xvii. 14.) Todo debe tener un final; y si, cuando llegue la hora de la muerte, tu alma se pierde, todo estará perdido para ti. San Lorenzo Justiniano dice: "Considérate ya muerto, porque sabes que debes morir. Si ahora se acercara la hora de tu muerte, ¿qué hay de bueno que no quisieras hacer? Ahora, que vives, reflexiona que un día debes morir. Bonaventure observa que, para guiar bien la nave, el piloto debe colocarse al timón: aun así, un hombre, si desea llevar una vida santa, debe reflexionar que la muerte está siempre cerca. Por ello, San Bernardo observa: "Mirad los pecados de la juventud y sonrojáos; mira los pecados de la hombría y llora; mira los malos hábitos actuales de tu vida, tiembla y apresúrate a enmendarte."

Cuando Camillo de Lellis contempló las tumbas de los muertos, dijo en su interior: "Si todos estos cadáveres pudieran volver a la vida, ¿qué no harían para obtener la vida eterna? y yo, que ahora tengo la oportunidad, ¿qué estoy haciendo por mi alma?" Sin embargo, fue la humildad por parte de este santo lo que le llevó a decir esto. Pero quizás, hermano mío, podrías temer con razón, no sea que seas como esa higuera estéril, sobre la que nuestro bendito Señor dijo: "He aquí estos tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no encuentro ninguna." (San Lucas xiii. 7.) Tú, que durante muchos más de tres años has vivido en este mundo, ¿qué fruto has dado? Ten cuidado, comenta San Bernardo, porque el Señor no solo requiere flores, sino que también busca fruto; es decir, no solo buenos deseos y propósitos, sino también buenas obras. Por tanto, procurad aprovechar bien el tiempo que Dios en su misericordia os concede; no esperes hasta que la "melodía ya no exista" para desear hacer el bien cuando se te diga: "El tiempo ya no existe, vete."

Date prisa, ya casi es hora de abandonar el mundo; Date prisa, lo hecho, está hecho.

Afectos y Oraciones

Mírame, oh Dios mío, porque soy ese árbol que durante tantos años merecía oír estas palabras: "Corta la tierra, ¿por qué la aplasta?" (San Lucas xiii. 7;) Sí, porque durante los muchos años que llevo en el mundo, no he dado ni uno ni otro fruto que las zarzas y espinas del pecado. Pero tú, oh Señor, no quieres que desespere. Has dicho a todos los que te buscan que te encontrarán. "Buscad y encontraréis." Te busco, Dios mío, y deseo tu gracia. De verdad lamento todos los pecados que he cometido contra Ti. Lloraría hasta la muerte por culpa de ellos. Durante los últimos años, a menudo he huido de Ti; pero ahora valoro tu amistad más que todos los reinos del mundo. Ya no resistiré Tus llamados. Deseas que sea solo Tuya. Me entrego por completo a Ti, sin reservas. Te entregaste enteramente por mí, en la

Cruz; ahora me entrego por completo a Ti. Has dicho: "Si pides algo en mi nombre, lo haré." (San Juan xiv. 14.) Mi Jesús, confío en esta gran promesa y en tu nombre; y por Tus méritos busco de Ti, Tu gracia y Tu santo amor. Que Tu gracia y tu amor más santo abunden en mi alma, donde antes abundaba el pecado. Te doy las gracias profundamente, por haberme dado el Espíritu para hacer esta oración a Ti. Aunque Tú me inspiras a rezar, es una señal de que me escucharás con gracia. Escúchame, oh mi Jesús, y dame un gran amor hacia Ti, y dame un gran deseo de complacerte, y luego la fuerza para seguir ese deseo.

Procede a la segunda meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Consideraciones de San Alfonso María de Liguori

del libro 'Preparación para la muerte'

CONSIDERACIÓN II

Todo termina con la muerte

"Un fin, el fin ha llegado." Ezek. vii. 2.

PRIMER PUNTO

POR los mundanos, solo se consideran felices aquellos que disfrutan de las cosas de este mundo, sus placeres, sus riquezas, sus pompas; Pero la muerte pone fin a todas estas alegrías de la tierra, "¿Porque cuál es tu vida? es incluso un vapor que aparece por un rato." (S. Jacobo iv. 14.) Los vapores que surgen de la tierra, a veces cuando se elevan en el aire y están cubiertos con la luz del sol, producen una apariencia hermosa; ¿Pero cuánto dura? Desaparecen con un poco de viento. He aquí ese gran hombre, que

hoy es cortejado, temido y casi adorado; Mañana, cuando muera, será despreciado, despreciado y despreciado. Cuando llegue la muerte, todo debe quedarse. El hermano de ese gran siervo de Dios, Tomás Kempis, se jactaba de haber hecho una casa hermosa; Pero un amigo le dijo un día que había un gran defecto. ¿Qué pasa? exigió. "El defecto", respondió el otro, "es que te han hecho una puerta en él." "¡Así es!" exclamó; "¿La puerta es un defecto?" "Sí", respondió el amigo, "porque un día tendrás que ser sacado muerto por esa puerta, y por tanto tendrás que dejar tu casa y todo lo que hay dentro."

La muerte, en resumen, despoja al hombre de todas las cosas de este mundo. Qué triste es ver a un príncipe sacado de su palacio, nunca más para entrar en él, y ver a otros apropiarse de sus muebles, su dinero y todos sus demás bienes. Lo dejan en la tumba con una prenda que apenas cubre su cuerpo. Ya no hay nadie a quien valorar y halagarle; tampoco hay ninguno que tenga en cuenta sus últimas órdenes. Saladino, que adquirió muchos reinos en Asia, al morir, dijo que cuando su cuerpo fuera llevado para ser enterrado, un hombre debía ir delante de él, con la camisa colgada a un poste, gritando: "Esto es todo lo que Saladino lleva a la tumba." Cuando el cuerpo de ese príncipe sea encerrado en la tumba, la carne pronto caerá y su esqueleto dejará de distinguirse de otros esqueletos. San Basilio clama: "Contempla el sepulcro y mira si puedes distinguir quién era el siervo y quién el señor."

Un día, Alejandro Magno observó a Diógenes buscando ansiosamente algo entre ciertos cráneos. "¿Qué buscas?" preguntó Alexander, con curiosidad. "Estoy buscando", respondió, "el cráneo de tu padre, el rey Felipe, y no puedo distinguirlo; si puedes encontrarla, muéstramela." En este mundo, los hombres nacen de rango desigual, pero tras la muerte todos serán iguales, observa Séneca. Y Horacio dijo: que la muerte hace que la pala sea igual al cetro. Finalmente, cuando llega la muerte, "llega el fin"; todo termina, y todo debe quedarse, y nada se lleva a la tumba, de todas las cosas de este mundo.

Afectos y Oraciones

Porque, querido Señor, me concedes entender que todo lo que el mundo estima no es más que vanidad y necedad, dame fuerzas para dejar todas sus seducciones antes de que la muerte venga a arrebatarme de ellas. ¡Ay! miserable me he hecho, cuántas veces, por los miserables placeres y posesiones de este mundo, no te he ofendido y perdido a Ti. Oh Tú Infinito Bueno, oh mi Jesús, oh mi Médico Celestial, mira mi pobre alma miserable y las graves heridas que he causado con mis pecados, y tienes misericordia de mí. "Si quieres, puedes limpiarme." Sé que me harás limpio; pero para purificarme, deseas que me arrepienta de todos los daños que te he hecho.

De hecho, me arrepiento de ellos con todo mi corazón; por tanto, cúrame ahora que puedes hacerlo. "Sana mi alma, porque he pecado contra Ti." (Sal. xli. 4.) A menudo he sido olvidadizo de Ti, pero Tú nunca has sido olvidadizo de mí; y ahora hazme sentir que también olvidarás esos delitos que he cometido contra Ti, si tan solo los aborrecho. "Si el malvado se aparta de todos sus pecados que ha cometido..." Seguro que vivirá, no morirá." (Ezek. xyiii. 21.) De hecho, los detesto y los odio por encima de cualquier otro mal. Olvida a Ti, oh mi Redentor, los pecados que he cometido contra Ti. En el futuro, preferiría perderlo todo, incluso la vida misma, antes que Tu gracia. ¿Y de qué sirven todos los tesoros del mundo para mí sin Tu gracia? ¡Ayúdame! porque sabes lo débil que soy. Satanás nunca dejará de tentarme; Ahora se prepara para atacarme, para convertirme en su esclavo una vez más. No, mi Jesús, sé que no me abandonarás. Deseo ser esclavo de Tu amor desde hoy. Solo tú eres mi Señor; Me has creado, me has redimido, me has amado por encima de todos los demás; Solo tú mereces ser amado; Solo a ti te amaré.

SEGUNDO PUNTO

Felipe II, rey de España, al borde de la muerte, llamó a su hijo y, apartando su túnica real y mostrándole su pecho, que estaba todo roído por gusanos, le dijo: «Príncipe, mira cómo morimos, y cómo se acaba toda la grandeza de este mundo». Teodoreto habló con sinceridad cuando dijo: "la muerte no teme ni riquezas ni guardias, ni la púrpura; La podredumbre sigue, y la salud falla." De modo que todo aquel que muere, aunque sea príncipe, no se lleve nada a la tumba; toda la gloria permanece en la cama donde murió. "Porque no se llevará nada cuando se muera: ni su pompa le seguirá." (Salmo xlix. 17.)

San Antonino relata que, cuando Alejandro Magno murió, un cierto filósofo, exclamando, dijo: «He aquí el que pisaba la tierra ayer, ahora está poseído por esa misma tierra. Ayer, toda la tierra no le bastaba, ahora yace en unos siete tramos de ella. Ayer condujo sus ejércitos sobre la tierra, y ahora está llevado por unos pocos hombres para ser enterrado bajo la tierra." Sino que escuchemos a Dios, cuando dice: "¿Por qué es orgulloso la tierra y las cenizas?" (Eclesiástico x. 9.) Hombre, ¿no ves que no eres más que polvo y cenizas? ¿Y de qué te sientes orgulloso? ¿Por qué, entonces, dedicas tus años y tus pensamientos a intentar hacerte grande en este mundo? La muerte llegará pronto, y entonces toda tu grandeza llegará a su fin, y también todos tus planes. "Y entonces todos sus pensamientos se desvanecen." (Ps. cxlvi. 3.)

Oh, ¿cuánto más feliz fue la muerte de San Pablo el ermitaño, que vivió sesenta años encerrado en una cueva, que la muerte de Nerón, que fue emperador de Roma? ¿Qué tan feliz fue la muerte de Félix, un hermano

laico capuchino, que la de Enrique VIII, que vivía en el esplendor real, pero ¿quién era el enemigo de Dios? Pero debemos considerar que estos hombres santos, para morir una muerte tan feliz, renunciaron a todo su país, a las esperanzas y placeres que el mundo les ofrecía; y abrazaron una vida pobre y despreciada. Enterraron sus vidas en este mundo, para que no fueran enterrados cuando murieran, en el infierno. Pero, ¿cómo pueden los mundanos, que viven en pecado, en placeres mundanos, en ocasiones peligrosas, cómo pueden, repito, esperar morir una muerte feliz? Dios amenaza ahora a los que viven en pecado, que cuando estén en el lecho de la muerte le buscarán, pero no le encontrarán. "Me buscaréis y no me encontraréis." (San Juan vii. 34.) Dios dice que ese será el tiempo de venganza, pero no de misericordia. "A mí me pertenecen la venganza y la compensación." (Deut. xxxii. 35.) La razón nos dice lo mismo; porque en la hora de la muerte, un hombre mundano verá cómo su mente le falla; su corazón oscuro y endurecido, por sus malos hábitos: sus tentaciones serán muy fuertes; ¿cómo puede él, que en vida ha estado acostumbrado a ceder al pecado y dejar que el pecado le venciera? ¿Cómo puede uno así, digo yo, esperar poder resistir la tentación en la hora de la muerte? Se necesita entonces una gracia divina todopoderosa para cambiar su corazón; ¿pero le concederá Dios esta gracia divina? ¿Se lo ha merecido, durante la vida impía que ha llevado? ¿Y se lo merece ahora, que está muriendo? Y, sin embargo, esta es una cuestión sobre su felicidad eterna o su miseria eterna. ¿Cómo es entonces que quien piensa en esto y cree en las verdades de la fe no renuncia a todo para entregarse enteramente a Dios, quien, según nuestras obras, así nos juzgará?

Afectos y Oraciones

Ay, Señor, ¿cuántas noches he dormido yo, miserable que soy, para dormir en enemistad contigo? ¡Dios mío, qué estado tan miserable estaba mi alma entonces! Era odiado por Ti, y no le importaba Tu odio. Una vez condenado al infierno, solo quedaba la sentencia por ejecutar. Pero Tú, Dios mío, nunca has dejado de buscarme y de invitarme a perdonar. Pero, ¿quién puede asegurarme que ahora estoy indultado? ¿Debo vivir, mi Jesús, en este miedo hasta que llegue el momento de ser juzgado? Pero el dolor que siento por haberte ofendido; el deseo que tengo de amarte; y mucho más, tu gran compasión, mi amado Redentor; hazme esperar permanecer en tu bendita gracia. Siento mucho haberte ofendido, oh Tú Soberano Bueno, y Te amo más allá de todo. He decidido perderlo todo antes que perder Tu gracia y Tu santo amor. Deseas que ese corazón que te busca se regocije. "Que se alegre el corazón de los que buscan al Señor." (i Crónios xvi. 10.) Oh Señor, detesto mis ofensas contra Ti; dadme valor y confianza; no me reproches mi ingratitud, pues soy muy consciente de ella; Lo detesto. Has dicho: "No me gusta la muerte de los malvados; sino que los malvados se aparten de su camino y vivan." (Ezek. xxxiii. 1 1.) Sí, Dios mío, dejaré todo y me convertiré

a Ti. Te busco; Te deseo; y te amo más que a todas las cosas. Dame tu santo amor, y no te pido nada más.

TERCER PUNTO

David comparaba la felicidad de esta vida presente con un sueño, - cuando uno despierta. "Sí, incluso como en un sueño, cuando uno despierta." (Salmo Ixxiii. 19.) Un cierto autor observa: "En un sueño, los sentidos están en reposo, grandes cosas aparecen y no están, y rápidamente desaparecen." Los bienes de este mundo parecen grandes, pero en realidad no son nada; Como el sueño, duran poco tiempo y luego todos desaparecen. Este pensamiento, es decir, que todo acaba con la muerte, hizo que San Francisco Borgia se entregara por completo a Dios. Este santo se vio obligado a acompañar el cuerpo de la emperatriz Isabel a Granada. Cuando se abrió el ataúd, todos los presentes huyeron, debido a la terrible vista y olfato; pero San Francisco, guiado por la luz divina, permaneció contemplando, en ese cuerpo, la vanidad del mundo; y al mirarla, dijo: "¿Eres entonces mi emperatriz? ¿Eres tú aquel gran a quien tantos grandes se arrodillaron? Oh mi señora, Isabella, ¿dónde está ahora tu majestad y tu belleza?" "Incluso así," concluyó para sí mismo, "terminan las grandezas y las coronas de este mundo. ¡Desde hoy serviré a un Amo que nunca podrá morir!" Por ello, desde entonces se entregó por completo al amor de Jesús crucificado; y entonces formuló esta resolución: si su esposa moría, él se haría religioso, resolución que luego cumplió ingresando en la Compañía de Jesús. Realmente, entonces, alguien desenganado del mundo escribía estas palabras en un cráneo: Cogitanti vilescunt omnia. Es imposible para quien piensa en la muerte amar al mundo, y por eso hay tantos amantes infelices de este mundo; porque no piensan en la muerte." Oh hijos de hombres, ¿cuánto tiempo blasfemáis mi honor y tendréis tal placer en la vanidad, y buscaréis el alcance?" (Salmo iv. 2.) Oh, miserables hijos de Adán, el Espíritu Santo nos advierte; ¿Por qué no alejáis de vuestros corazones ese cariño por el mundo que os lleva a amar la vanidad y el engaño? Lo que les ocurrió a tus antepasados te ocurrirá algún día; Ellos, en su día, vivían en las mismas casas, y muchos dormían en las mismas camas que tú ahora, pero ahora ya no existen: lo mismo te pasará a ti.

Por eso, hermano mío, entrégate ahora a Dios, antes de que la muerte venga a ti. "Todo lo que tu mano encuentre hacer, hazlo con tu fuerza." (Eccles. ix. 10.) Lo que puedas hacer hoy, hazlo, y no esperes hasta mañana, porque este día pasará y nunca volverá, y mañana la muerte podría alcanzarte, de modo que entonces no podrías hacer nada en absoluto. Aléjate rápidamente de todo lo que separa, o que puede separarte de Dios. Renunciemos ahora a todo nuestro amor por los bienes de este mundo, antes de que la muerte nos los arrebate por la fuerza." Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor." (Apocalipsis xiv. 13.) Bienaventurados

sean aquellos que, al morir, son encontrados muertos por el afecto de este mundo. Por tales no se teme la muerte, se desea, se abraza con alegría; pues en lugar de separarlos de todo lo que aman, los une a su Soberano Bien, que es el único amado por ellos y que los hará bendecidos para siempre.

Afectos y Oraciones

Mi querido Redentor, de verdad te doy gracias por haberme esperado. ¿Qué habría sido de mí si hubiera muerto estando lejos de Ti? Porque bendita sea siempre tu misericordia y tu paciencia, que has ejercido conmigo durante los muchos años que han pasado. Te doy gracias por la luz y la gracia con las que ahora me ayudas. En un tiempo no te amaba, y entonces poco me importaba ser amado por Ti. Ahora Te amo con todo mi corazón, y no tengo mayor dolor que el que siento por haber disgustado una vez a un Dios tan bondadoso. Este dolor me atormenta, pero el tormento es dulce, porque este dolor me da confianza en que Tú realmente me has perdonado. Mi dulce Salvador, ojalá hubiera muerto una y otra vez, en lugar de siquiera una vez, para haberte ofendido. Tiemblo y temo, no sea que en cualquier momento vuelva a disgustarte. Ah, mejor que muera una muerte muy dolorosa, antes que vuelva a perder Tu gracia. Una vez fui esclavo del infierno, pero ahora soy tu siervo, oh Dios de mi alma. Has dicho que amarás a quienes te aman. Amo a los que me quieren. Te amo, por eso eres mío, y yo soy tuyo. Puede que te pierda en algún momento, pero esta es la gracia que busco, es decir, que sería mejor para mí morir que perderte de nuevo. Me has dado tantas gracias que yo no he dado; preguntó Tú. pues no puedo temer que no me concedas esta gracia, por la que ahora te pido. Nunca más te pierdas; dame tu santo amor, y nada más podré desear.

Volver a la Primera Meditación... Procede a la Tercera Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Consideraciones de San Alfonso María de Liguori

del libro 'Preparación para la muerte'

CONSIDERACIÓN III

La cortedad de la vida

"¿Cuál es tu vida? Es incluso un vapor que aparece por un tiempo." Santiago iv. 14.

PRIMER PUNTO

¿CUÁL es tu vida? Es como un vapor, que se dispersa con una ráfaga de viento y ya no existe. Todos saben que deben morir; Pero el error que cometen tantos es imaginar que la muerte está tan lejos que nunca les alcanzará. Pero no; pues Job nos advierte que la vida del hombre es corta: "El hombre dura pocos días..." Sale como una flor, y es cortado." (Job xiv. i, 2.) El Señor ordenó a Isaías predicar esta misma verdad: "Clama", le dijo, "Toda carne es hierba..." La hierba se marchita, la flor se marchita." (Isa. xl. 6, 7.) La vida del hombre es como la vida de una brizna de hierba; La muerte llega, la hoja se seca, y contempla que la vida se acaba, y la flor de toda grandeza y de todas las posesiones terrenales es cortada. "Mis días son más rápidos que un correo." (Job ix. 25.) Llega la muerte; que nos encuentren más rápido que un mensajero, y en cada momento corremos hacia la muerte. En cada paso que damos, en cada respiración que tomamos, nos acercamos a la muerte. Mientras escribo, observa San Jerónimo, me acerco a la muerte. "Porque debemos morir, y somos como agua derramada en la tierra, que no puede ser recogida de nuevo." (2 Sam. xiv. 14.) Ves cómo ese arroyo fluye hacia el mar; y estas aguas corrientes, nunca volverán; así, hermano mío, pasan tus días y te acercas a la muerte: así pasan tus placeres tus diversiones, pompos, alabanzas, aclamaciones y lo que queda? "Las tumbas están listas para mí." (Job xvii. I.) Seremos arrojados a la tumba, y allí tendremos que quedar privados de todo. En el momento de la muerte, el recuerdo de todos los placeres disfrutados en la vida, de todos los honores que hemos adquirido, solo servirá para aumentar el dolor y la desconfianza que sentiremos respecto a la obtención de la salvación eterna. El miserable mundano entonces exclamará: ¡Ay! Mi casa, mis jardines, esos muebles, esos cuadros, esas prendas, ¡en poco tiempo dejarán de ser míos! "Las tumbas están listas para mí." ¡Ay! porque en ese momento ninguna posesión terrenal será vista salvo con tristeza, por quien la ha amado con tal devoción. Y este dolor solo servirá para poner en mayor peligro la salvación del alma; porque sabemos que aquellas personas que tanto aprecian el mundo, en el momento de la muerte, solo permitirán que

se discutan sus enfermedades, los médicos que deben ser llamados y los remedios que puedan aliviarlos; y cuando se habla del estado de sus almas, se cansan inmediatamente y desean que les dejen descansar, porque tienen dolor de cabeza y no soportan el ruido de la conversación; Y cuando a veces responden, se confunden, ninguno sabe qué decir. Aun así, mueren aquellos que piensan poco al morir.

Afectos y Oraciones

Ah, Dios mío y Señor de grandeza infinita, me sonroja al aparecer ante Ti. ¿Cuántas veces he estimado Tu amistad de menos importancia que un placer insignificante, una pasión de ira, un poco de tierra, un capricho vano, un vapor? Adoro y beso Tus santas heridas, que sin embargo te he infligido con mis pecados, pero a través de las cuales, sin embargo, espero perdón y salvación. Hazme sentir, oh mi Jesús, el grave daño que te he hecho al dejarte a Ti, que eres la fuente de todo bien para beber de aguas pútridas y venenosas. ¿Qué siento ahora, por todas mis muchas ofensas contra Ti, salvo remordimiento de conciencia y frutos por el infierno? "Padre, . . . Ya no soy digno de ser llamado Tu hijo." (San Lucas xv. 21.) Padre mío, no me eches de Ti. Es cierto que no merezco Tu amor, para que pueda ser Tu hijo; pero has muerto para darme perdón. Has dicho: "Volved a mí, . . . y me volveré hacia ti." (Zach. i. 3.) Dejo atrás toda gratificación, renuncio a todos los placeres que el mundo puede darme y me vuelvo hacia Ti. Perdóname por esa Sangre que has derramado por mí, porque me arrepiento con todo mi corazón de todas las ofensas que he cometido contra Ti. Me arrepiento, porque te amo más allá de todas las cosas. No soy digno de amarte, pero sí eres digno de ser amado; déjame amarte, no te apartes de mí, que ese corazón que antes te descuidó ahora te ame. No me dejaste morir cuando vivía en pecado para que pudiera llegar a amarte. Sí, de hecho deseo amarte durante el resto de mi vida, y no quisiera amarte a nadie más que a Ti. Ayúdame, dame santa perseverancia y Tu santísimo amor.

SEGUNDO PUNTO

El rey Ezequías lloró y dijo: "He cortado la vida como a un tejedor; . . . de día a noche pondrás fin a mí." (Isa. xxxviii. 12.) ¡Oh! Cuántos que están ocupados tejiendo, es decir, planificando y ejecutando sus diseños mundanos, que han emprendido con tanto cuidado, son superados por la muerte, que corta a todos. En la hora de la muerte, toda la gloria de todo lo mundano desaparece, aplausos, diversión, fastuosidad y grandeza. ¡Gran secreto de la muerte! que nos hace ver aquello que los amantes del mundo no ven. Las fortunas envidiadas, las dignidades más grandiosas, los triunfos más orgullosos, pierden todo su esplendor cuando son vistas desde el lecho de la muerte. Las nociones de cierta falsa felicidad que hemos formado en nuestras propias mentes se transforman en una indignación sumamente

grande, contra nuestra propia necedad. La sombra negra y sombría de la muerte cubre y oscurece todas las dignidades, aunque sean reales.

Nuestras pasiones ahora hacen que las cosas de esta tierra parezcan diferentes de lo que realmente son; La muerte los revela y nos hace ver lo que en realidad no son más que humo, polvo, vanidad y miseria. ¡Dios mío! ¿De qué sirven las riquezas, posesiones y reinos en la muerte, cuando no se necesita nada más que un ataúd y una simple túnica para cubrir el cuerpo? ¿De qué sirven los honores si no queda nada de ellos salvo un tren funerario y un entierro pomposo, que no ayudará al alma si se pierde? ¿De qué sirve la belleza, si no queda nada de ella salvo gusanos, corrupción y horror, incluso antes de la muerte, y después nada más que un poco de polvo fétido?

"Me ha hecho también sinónimo del pueblo." (Job xvii. 6.) Ese hombre rico muere, ese ministro, ese capitán, y entonces se hablará de él en todas partes; si ha llevado una vida malvada, se convertirá en sinónimo del pueblo, y servirá como advertencia para los demás, siendo un ejemplo de vanidad del mundo y también un ejemplo de justicia divina. En la tumba sus cenizas se mezclarán con las de los pobres. "Los pequeños y grandes están ahí." (Job iii. 19.) ¿De qué le ha servido la hermosa forma de su cuerpo, si ahora es solo una masa de corrupción? ¿De qué le ha servido la autoridad que poseía, si su cuerpo ahora es arrojado a una tumba para corromperse, y su alma ha sido arrojada al infierno para arder? ¡Oh! Qué miseria ser objeto de estas tristes reflexiones hacia otros, en lugar de hacerlas para su propio beneficio. Por tanto, dejémonos convencer de que el momento adecuado para satisfacer las heridas de una conciencia arrepentida es durante el tiempo de la vida, y no en la hora de la muerte. Apresurémonos ahora a hacer aquello que en ese momento no podremos hacer. "El tiempo es corto." Todas las cosas pasan y terminan rápidamente, por lo tanto, actuemos de tal manera, para que todo lo que hagamos, sirva para alcanzar nuestra salvación eterna.

Afectos y Oraciones

Oh Dios de mi alma, oh Infinita Bondad, ten piedad de mí, que tantas veces te he ofendido. Sabía en verdad que al pecar perdería Tu gracia, y no me importaba perderla; pero enséñame lo que puedo hacer para recuperarlo. Si deseas que me arrepienta de mis pecados, me arrepiento con todo mi corazón; Incluso me gustaría morir de dolor por haber pecado una vez. Si es tu deseo que espere perdón de Ti, de verdad lo deseo, por los méritos de tu sangre. Si deseas que te ame por encima de todo, lo dejaré todo; Renunciaré a todas las alegrías y riquezas que el mundo pueda darme; y te amaré más allá de todo, oh rayo adorable Salvador. Si quieres que te exija

gracias, pido a estos dos que nunca me dejes ofenderte más, y que me hagas amarte, y luego hagas de mí todo lo que quieras.

TERCER PUNTO

Por tanto, ¿no es una locura que los placeres cortos y escasos de esta breve vida corran el riesgo de morir miserablemente? ¿Y con esa muerte para comenzar una eternidad miserable? ¡Oh, de la importancia que tiene ese último momento, ese último suspiro, ese último cierre de la escena! Es una eternidad, ya sea de toda alegría, o de cada dolor que está en juego, una vida para siempre, feliz o para siempre miserable. Pensemos que Jesucristo estaba dispuesto a morir una muerte amarga y cruel, para conseguir para nosotros una muerte pacífica y feliz. Para este fin nos llama tantas melodías; Nos da tantas luces; Nos advierte con tantas amenazas que podamos ser inducidos a pasar ese último momento en la gracia de Dios.

Incluso el pagano Antístenes, cuando le preguntaron cuál era la mayor bendición de este mundo, respondió: "Una muerte feliz." ¿Y qué debería decir un cristiano, que sabe por fe, que desde el momento de la muerte comienza la eternidad; ¿de modo que en ese momento se aferra a una de las dos ruedas que arrastra con ella, ya sea la felicidad eterna o el sufrimiento eterno? Si hubiera dos billetes en una lotería, sobre los cuales se escribiera el infierno en uno y el cielo en el otro, ¿con qué cuidado no intentarías dibujar ese en el que está escrito el Paraíso? ¡Oh Dios, cómo deben temblar esos desgraciados condenados a tirar el dado del que depende su vida o muerte! ¡Qué miedo tendrá cuando te encuentres cerca de ese último momento en que dirás: "¡De este momento, que se acerca tanto, depende mi vida eterna o mi muerte! Ahora queda decidir si seré bendecido para siempre o para siempre miserable." San Bernardino, de Siena, relata la historia de cierto príncipe que, al morir, aterrorizado, exclamó: "Tengo muchas tierras y palacios en este mundo; pero si muriera esta noche, no sé qué alojamiento será mío."

Hermano mío, si crees que tienes que morir, y que hay una eternidad, y que solo una vez puedes morir, de modo que si cometes un error, el error será para siempre sin esperanza de remedio, ¿por qué no comienzas, desde este momento en que lees estas palabras, ¿hacer todo lo que esté en tu poder para asegurarte una muerte feliz? San Andrés Avellino dijo tembloroso: "¿Quién sabe cuál será mi destino en la vida venidera? ¿Será salvado o condenado a la muerte eterna?" San Luis Bertrand también tembló tanto que no pudo descansar por este pensamiento que se le sugeriría: "¿Quién sabe si te perderás?" Y tú, que has cometido tantos pecados, ¿no tiemblas? Sé rápido y enmendad las cosas a tiempo; resuelve entregarte a Dios y comenzar, al menos desde este momento, una vida cuyo recuerdo no pueda llorar, sino que te llene de alegría en la hora de la muerte. Entrégate a la

oración, asiste a los Sacramentos, cede en ocasiones peligrosas y, si es necesario, deja incluso el mundo, para que puedas asegurarte una salvación eterna; y entiende que para asegurar esta vida eterna ninguna precaución puede ser demasiado grande.

Afectos y Oraciones

¡Oh, mi querido Salvador, cuánto no te debo a ti! ¿Cómo pudiste conceder tantos favores a alguien tan desagradecido? ¿sobre un traidor como yo he sido contigo? Me has creado, y al crearme previste todas las ofensas que cometería contra Ti. Me redimiste muriendo por mí, y aun así sabías toda la ingratitud que podía mostrar hacia Ti. Cuando fui puesto en este mundo, me aparté de Ti, y así estaba muerto en pecado, hasta que Tú, con Tu gracia, me devolviste a la vida. Estaba ciego, y Tú me iluminaste. Te había perdido, y Tú me permitiste encontrarte. Fui tu enemigo, y tú me hiciste tu amigo. Oh Dios de misericordia, concédeme sentir lo profundamente que te debo y hazme llorar por mis ofensas contra Ti. Venga de mí haciéndome lamentar mucho mis pecados; pero no me castigues privándome de Tu gracia y de Tu amor. Oh Padre Eterno, detesto y aborreco más que cualquier otro mal las ofensas que he cometido contra Ti. Ten piedad de mí, por amor a Jesucristo. He aquí a tu hijo en la cruz. "Su Sangre esté sobre mí." Que esa Sangre Divina fluya y lave mi alma. Oh Rey de mi corazón, "venga tu reino." Estoy decidido a alejar todo afecto que no sienta por Ti. Te amo más que a nada; Ven y reina solo en mi alma. Déjame amarte, y déjame amarte solo a Ti. Quisiera complacerte tanto como sea posible; y te daría toda la satisfacción durante la vida que me queda. Bendice, oh Padre mío, este es mi deseo, y dame gracia para ser siempre uno contigo. Consagrado todo mi afecto a Ti, y desde este día en adelante quiero ser solo Tuyo, que eres mi tesoro, mi paz, mi esperanza, mi amor, mi todo; y todo esto lo espero por los méritos de Tu querido Hijo.

Volver a la Segunda Meditación... Procede a la Cuarta Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Consideraciones de San Alfonso María de Liguori

del libro 'Preparación para la muerte'

CONSIDERACIÓN IV

La certeza de la muerte

Está destinado a los hombres que mueran una vez." Hebreo. ix. 27.

PRIMER PUNTO

La sentencia de muerte está escrita contra todos los hombres; Eres hombre, tienes que morir. San Agustín observa que "nuestras cosas buenas y nuestras cosas malas son inciertas, la muerte es segura." No está claro si ese recién nacido será pobre o rico, si tendrá buena o mala salud, si morirá joven o viejo, pero está bastante seguro que tendrá que morir. Todo noble, todo monarca, será cortado por la muerte. Y cuando llega la muerte, no hay fuerza para resistirla. El fuego puede ser resistido, el agua puede resistirse, la espada puede ser resistida, el poder de los príncipes puede ser resistido, pero cuando llega la muerte no hay poder capaz de resistir eso. Belluacensis relata que un cierto rey de Francia, cuyo último momento se acercaba rápidamente, exclamó: "¡He aquí que yo, con todo mi poder, no puedo hacer esperar a la muerte ni una hora más!" Cuando el fin de la vida realmente llega, ni por un momento puede posponerse. "Has establecido sus límites, que no puede pasar." (Job xiv. 5.)

Si por eso vives, querido lector, todos los años que esperes, aún debe llegar un día, y una hora de ese día, que será la última para ti. Para mí que ahora escribo, y para ti que leerás este pequeño libro, hay un día, y un momento decretado, en el que ya no escribiré, ni tú leerás." ¿Qué hombre es aquel que vive y no verá la muerte?" (Salmo cxxxix. 47.) Se dicta la sentencia. Nunca ha habido un hombre tan necio como para halagarse a sí mismo y no tener que morir. Lo que les ocurrió a tus antepasados también te pasará a ti. De todos aquellos que, a principios del siglo pasado, vivían en vuestro país, no queda ni uno solo. Incluso estos príncipes, los reyes del mundo, han fallecido; No queda nada de ellos salvo un mausoleo de mármol con una gran inscripción, que ahora nos advierte que un poco de polvo confinado dentro de la tumba es todo lo que queda de las grandes de este mundo. San Bernardo pregunta: "Dime, ¿dónde están los amantes del mundo?" y él responde: "No queda nada de ellos salvo cenizas y gusanos." Por tanto, debemos esforzarnos por obtener no esa felicidad que tiene un fin, sino

aquella que es eterna, porque nuestras almas son eternas; pues ¿de qué serviría ser feliz, (aunque fuera posible que la verdadera felicidad la sintiera aquel alma que está enemistada con Dios) repito, para ser feliz en esta vida, si en la vida venidera debes ser infeliz por toda la eternidad? Has construido esa casa a tu satisfacción, pero debes reflexionar y pensar que pronto tendrás que dejarla, seguir corrompiendo en una tumba. Has obtenido esa dignidad que te hace superior a los demás; Pero la muerte llegará pronto, y te hará más bajo que el campesino más humilde de la tierra.

Afectos y Oraciones

Ay, miserable que soy, que durante tantos años solo te he ofendido a Ti, oh Dios de mi alma. Ay, que esos años ya han pasado, y quizá la muerte se acerca, y siento mi conciencia inquieta y llena de remordimiento. ¡Oh, ojalá alguna vez te hubiera servido, mi Señor! Qué necio he sido por haber vivido tantos años, y en lugar de intentar encajar para el otro mundo, me he cargado de deudas con la Justicia Divina. Mi querido Redentor, dame luz y fuerza ahora para asegurar mi juicio contigo. La muerte para mí, quizás, está ahora cerca. Me gustaría prepararme para ese gran momento en el que depende mi felicidad eterna, o mi infelicidad. Te doy gracias por haberme esperado tanto; y ya que me das tiempo para expiar lo que he hecho mal, mírame, oh Dios mío, y dime qué debo hacer por Ti. ¿Quieres que llore por las ofensas? ¿He cometido contra Ti? Me lloran por ellos, de verdad me disgustan mucho. ¿Quieres que pase los años y días que me queden amándote? Sí; entonces lo haré. Dios mío, durante los años que han pasado, muchas veces he deseado hacer esto, pero mis deseos después han resultado fracasar. No, mi Jesús, ya no seré ingrato por los muchos favores que me has concedido. Si ahora, al menos, no intento amarte, ¿cómo podré cuando se acerque la hora de la muerte esperar perdón en el Paraíso? He aquí que ahora realmente me reservo firmemente a ponerme a tu servicio. Pero debes darme fuerzas, no debes abandonarme. Pero no me abandonaste cuando te ofendi, por eso espero mucho tu graciosa ayuda, ahora que he decidido dejarlo todo para complacerte. Por tanto, acéptame y ámame, oh Dios, tú que eres digno de amor infinito. Acepta al traidor, que ahora arrepentido, abraza Tus pies, te ama y te pide misericordia. Te amo, oh mi Jesús, te amo con todo mi corazón, te amo mucho más de lo que me amo a mí mismo. He aquí, soy solo Tuyo. Deshazte de mí, y de todo lo que es mío, como te plazca; dame perseverancia en obedecerte; dame tu amor, y luego haz conmigo lo que quieras.

SEGUNDO PUNTO

"Está designado." Por lo tanto, es bastante seguro que todos estamos condenados a morir. San Cipriano dice que todos nacemos con el cabestro

alrededor del cuello, y que nos acercamos más a la muerte con cada paso que damos. Hermano, así como tu nombre algún día ha sido registrado en el registro de bautismo, algún día estará en el registro de defunciones. Así como ahora hablas de tus antepasados, también tus descendientes hablarán de ti. Como has oído a menudo el repique de la campana de la muerte para otros, también otros la oirán para ti.

Pero, ¿qué dirías si vieras a un condenado ir al cadalso bromeando, riendo, mirando a su alrededor, pensando solo en obras, festividades y diversiones? ¿Y no avanzas tú en el camino de la muerte? ¿Y en qué piensas? Mira dentro de esa tumba y ve a tus amigos y familiares sobre quienes ya se ha hecho justicia. ¡Qué miedo sienten aquellos condenados a morir cuando ven a sus compañeros suspendidos en la horca y muertos! He aquí entonces esos cadáveres, cada uno de los cuales os repite: "Ayer para mí, y hoy para ti." (Eclesiástico xxxviii. 23.) Incluso los retratos de los de tus amigos te dicen lo mismo, al igual que sus libros de memorias, sus casas, sus camas e incluso la ropa que han dejado.

¿Qué mayor necedad puede haber, por tanto, que saber que debemos morir, y que después de la muerte nos espera una eternidad de alegría o una eternidad de dolor; saber que en ese momento depende nuestra felicidad eterna o nuestra infelicidad eterna, y sin embargo no preocuparnos por asegurar nuestro ajuste de cuentas, y usar todos los medios posibles para hacer que nuestra muerte sea feliz. Compadecernos de todos los que mueren de repente y que no están preparados para la muerte; ¿Y por qué, por tanto, no nos esforzamos por estar siempre preparados para morir, porque la misma muerte repentina pueda ocurrirnos a nosotros? Pero tarde o temprano, ya sea con advertencia o sin ella, lo pensemos o no, tendremos que morir; y a cada hora, a cada instante, nos acercamos más a nuestra horca, incluso a esa última enfermedad, que será la causa de nuestra muerte.

En todas las épocas, las casas, las calles y las ciudades vuelven a ser habitadas por gente fresca, y los viejos habitantes son llevados a la tumba como su último lugar de descanso. Así como los días de vida están para siempre terminados para estos, así llegará el tiempo en que ni yo, ni vosotros, ni ninguno de los que vivimos ahora, volveremos a vivir en esta tierra. Nuestro "memorial ha perecido con nosotros." (Salmo ix. 6.) Entonces todos viviremos en la eternidad, que para nosotros será o una eternidad de alegría interminable, o una eternidad de penas eternas. No hay un camino intermedio; Esto es seguro, y es un artículo de fe de que uno u otro será nuestro.

Afectos y Oraciones

Mi amado Redentor, no tendría el valor de presentarme así ante Ti, si no te vi colgado de esa cruz, herido, ridiculizado y muerto por mí. Mi ingratitud ha sido grande, pero tu misericordia ha sido aún mayor. Mis pecados han sido muy grandes, pero tus méritos son mayores. Tus heridas, tu sangre, tu muerte, son mi esperanza. Merecía el infierno desde el momento en que cometí mi primer pecado; ¿cuántas veces después no te he vuelto a ofender? y no solo has salvado mi vida, sino que con tanta compasión y tanto amor, me has ofrecido perdón y paz; ¿cómo, por tanto, puedo temer ser expulsado de Ti, ahora que Te amo, y ahora que no tengo otro deseo que Tu bendito favor? Sí, te amo con todo mi corazón, mi queridísimo Señor, y no deseo otra cosa que amarte. Te amo, y siento mucho haberte despreciado, no tanto porque me haya hecho digno del infierno, sino por haberte ofendido, Dios mío. Que me ha querido tanto. Llévame a Tu seno, oh mi Jesús, y añade misericordia a la misericordia. Que nunca más sea ingrato contigo y cambie mi corazón por completo. Concédeme que mi corazón, que en su día estimó tu amor sin importancia, y que tantas veces lo ha cambiado por las miserables gratificaciones de este mundo, sea completamente tuyo; y concede que arda en llamas continuas de amor por Ti. Espero venir al Paraíso, allí para amarte por siempre; No puedo esperar un lugar allí, entre los inocentes; mi lugar será entre los penitentes; pero entre ellos te amaré más que a los inocentes. Por la gloria de Tu nombre, que el pecador sea visto por el cielo ardiendo con gran amor por Ti, un pecador que tantas veces te ha ofendido. Me propongo, a partir de hoy, ser solo Tuyo, y no pensar en nada más que en amarte. Ayúdame con Tu luz y con Tu gracia, para que se me dé fuerza para cumplir este deseo que Tú mismo me has dado por Tu amor.

TERCER PUNTO

La muerte es segura. Pero, oh Dios, muchos cristianos ya lo saben; Lo creen, lo ven; ¿Cómo pueden entonces vivir tan olvidadizos de la muerte como si nunca lo hicieran? ¿Tienes que morir? Si después de esta vida no hubiera ni cielo ni infierno, ¿podrían pensar menos de ello de lo que lo hacen ahora? Y es por esta razón que llevan vidas tan malvadas. Hermano, si quieres llevar una vida adecuada, procura vivir los días que te queden, siempre a la vista. "Oh muerte, tu juicio es bueno." (Eclus. xli. 3.) Oh, cómo actúa quien juzga las cosas y regula sus acciones; que los juzga y los regula, siempre con la muerte a la vista. El recuerdo de la muerte nos hace perder el afecto que sentimos por las cosas terrenales. "Que se piense en el final de esta vida, y no habrá nada en este mundo que sea amado", observa San Lorenzo Justiniano. "Por todo lo que hay en el mundo: la lujuria de la carne, la lujuria de los ojos y el orgullo de la vida." (i San Juan II. 16.) Todos los placeres del mundo pueden reducirse a los placeres de los sentidos, los placeres de las riquezas y los honores; Pero quien piensa que en poco

tiempo será reducido a cenizas y que será alimento para gusanos bajo la tierra, desprecia todos los placeres que el mundo puede darle.

Y los santos, en verdad, que siempre han guardado la muerte en mente, han despreciado todos los bienes de este mundo. Para mantener la muerte siempre a la vista, San Carlos Borromeo mantenía un cráneo sobre una pequeña mesa, para poder contemplarlo continuamente. El cardenal Baronius mandó inscribir estas palabras en su anillo: "¡Recuerda la muerte!" El Venerable Padre Juvenal Ancina, obispo de Saluzzo, mandó escribir este lema en un cráneo: "Lo que tú fui, yo fui una vez; lo que yo soy, tú serás." Otro santo, un ermitaño, al ser preguntado al morir por qué se regocijaba tanto, respondió: "He guardado la muerte siempre ante mis ojos y, por eso, ahora que ha llegado, no veo nada nuevo en ella."

¿Qué locura no sería para un viajero, si al viajar solo pensara en hacerse grande en ese país por el que solo tiene que pasar, sin importarle la pena de vivir miserablemente en ese país donde tendrá que pasar toda su vida? ¿Y no es él un necio, que busca su felicidad en este mundo, donde solo debe permanecer unos días, y que al hacerlo corre el riesgo de ser infeliz en el mundo venidero, donde tendrá que quedarse para siempre?

Quien posee algo prestado no deposita sus afectos en ello, sabiendo que en poco tiempo tendrá que restaurarlo. Todos los bienes de este mundo nos son dados como préstamo; Es realmente una tontería depositar nuestros afectos en ellos, viéndonos obligados en tan poco tiempo a dejarlos. La muerte vendrá y nos privará de todo. Todas las ganancias y riquezas de este mundo terminarán en un suspiro de muerte, un funeral y un descenso a la tumba. La casa que has construido, en poco tiempo tendrás que entregarte a otra persona. La tumba será el lugar donde tu cuerpo tendrá que habitar hasta el día del juicio, y desde la tumba tu cuerpo tendrá que pasar o bien al cielo o al infierno, adonde tu alma habrá ido antes.

Afectos y Oraciones

¿Por lo tanto, todo estará acabado para mí en la muerte? No encontraré otra cosa, oh Dios mío, que lo poco que he hecho por amor a Ti. ¿Y a qué estoy esperando? ¿Estoy esperando hasta que la muerte venga y me encuentre miserable y profanado de pecado como ahora? Si ahora muriera, moriría inquieto y estaría muy insatisfecho con mi vida pasada. No, mi Jesús, no quiero morir tan insatisfecho. Te doy gracias por haberme dado tiempo para llorar mis pecados y para amarte. Comenzaré desde este momento. Pero, sobre todo, lamento haberte ofendido, oh mi Soberano Bien; pero te amo más que a nada, más que a mi propia vida. Me entrego por completo a Ti; mi Jesús, desde esta hora me adhiero completamente a Ti. Te presionaría contra mi corazón; y desde este momento entrego mi

alma a Tu custodia. "En tus manos entrego mi espíritu." No esperaré entregar mi alma a Tu custodia hasta que llegue el momento en que se le ordene abandonar este mundo con esa llamada: "Vete, alma cristiana." No esperaré hasta que llegue ese momento para suplicarte que me salves. "Oh Jesús, sé un Jesús conmigo." Sálvame ahora, oh mi Salvador, dándome Tu perdón y dándome la gracia de Tu santo amor. Si esta consideración que he leído hoy es la última advertencia que me das, y la última misericordia que me mostrarías, entonces extiende Tu mano y quítame toda mi indiferencia; dame fervor; concédeme que pueda obedecerte con gran amor en todo lo que puedas pedirme a mí. Padre Eterno, por amor a Jesucristo dame santa perseverancia y la gracia de amarte a Ti, y amarte a Ti, y solo a Ti, durante la vida que aún pueda quedarme.

Volver a la Tercera Meditación... Procede a la Quinta Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Consideraciones de San Alfonso María de Liguori

del libro 'Preparación para la muerte'

CONSIDERACIÓN V

La incertidumbre de la hora de la muerte

"Por tanto, estad también preparados: porque el Hijo del hombre viene a una hora en la que no creéis." San Lucas xii. 40.

PRIMER PUNTO

Es seguro que todos debemos morir, pero no está claro cuándo. El autor, que se autodenomina Idiota, observa: "Nada es más seguro que la muerte, pero nada es más incierto que la hora de la muerte."

Hermano mío, ya está fijado el año, el mes, el día, la hora e incluso el momento en el que tanto tú como yo tendremos que abandonar esta tierra y entrar en la eternidad; pero esta vez no la conocemos. Por eso, para que estemos siempre preparados, el Apóstol nos dice que la muerte vendrá "como un ladrón en la noche." (i Tess. v. 2.) Nuestro Bendito Señor nos dice que estemos atentos, porque cuando menos lo esperemos, vendrá a juzgarnos. (San Lucas xii. 40.) San Gregorio observa que Dios, por nuestro bien, mantiene oculta la hora de la muerte para que siempre podamos estar preparados para la muerte. Por tanto, dado que, en cualquier momento y lugar, la muerte puede privarnos de la vida, San Bernardo observa que en todo momento, y en cada lugar, debemos esperar si queremos morir una muerte feliz y ser salvados.

Todos saben que deben morir, pero el error que cometen tantos es imaginar que la muerte está tan lejos que, por así decirlo, la pierden de vista. Incluso los ancianos, que son los más enfermos, y las personas muy enfermizas se adulan pensando que les quedan al menos tres o cuatro años de vida. Pero, al contrario, digo, ¿cuántos no hemos conocido en vida que hayan muerto repentinamente? ¿Algunos sentados, otros caminando y otros tumbados en sus camas? Y ciertamente ninguno de los que han muerto de forma repentina pensó jamás en morir de esa manera, ni en el día en que murieron. Y, además, digo cuántos que este año han pasado a otra vida, y que han muerto por alguna enfermedad leve, nunca imaginaron por una sola vez que entonces: los días de este año iban a llegar a su fin. De hecho, pocas son las muertes que no ocurren de forma inesperada. Por eso, querido hermano cristiano, cuando el diablo te tiente a pecar, diciéndote que mañana, después de que se haya cometido el pecado, irás a confesarte; respóndele así: "¿Y cómo no sé que hoy no será el último de mis días en la tierra?" Si esa hora o ese momento en que pequé contra Dios fuera el último para mí, de modo que no hubiera tiempo para suplicar perdón por ello, ¿qué sería de mí en la eternidad? ¿A cuántos pobres pecadores no les ha ocurrido que, en el mismo momento en que se han rendido a alguna pasión malvada, la muerte los haya alcanzado de repente y hayan sido arrojados al infierno? "Así como los peces que se capturan en una red maligna, así son los hijos de hombres atrapados en un tiempo malo." (Eccles. ix. 12.) El "tiempo malo" es precisamente ese, en el que el pecador realmente ofende a Dios. El diablo te dice que no te ocurrirá así; Pero deberías decir, si eso ocurriera, ¿qué será de mí por toda la eternidad?

Afectos y Oraciones

Querido Señor, el lugar donde debería estar ahora no está aquí, donde estoy ahora, sino en el infierno, donde he merecido estar tantas veces, por mis muchas transgresiones. "El infierno es mi casa." Pero San Pedro nos dice

que "el Señor..." es paciente hacia nosotros, dispuesta a que cualquiera perezca, pero que todos lleguen al arrepentimiento." (i St. Pet. iii. 9.) Por eso has tenido tanta paciencia conmigo y has esperado tanto for.me, porque no querías que me perdiera sino que llegara al arrepentimiento. Sí, Dios mío, vengo a Ti, me arrojo a Tus pies, anhelo misericordia. "Ten piedad de mí, oh Dios, después de Tu gran bondad." Oh Señor, se necesita una gran y extraordinaria misericordia para mí, porque te he ofendido, aunque me hayas bendecido con Tu luz. Muchos son los pecadores que te han ofendido, pero no han tenido la luz que Tú me has dado con gracia. Y sin embargo, por todo eso, aún me ordenas que me arrepienta de mis pecados, y espero perdón de tu parte. Sí, mi querido Redentor, me arrepiento con todo mi corazón de haberte ofendido, y busco perdón por los méritos de Tu Pasión. Tú, mi Jesús, siendo inocente, estabas dispuesto a morir como un culpable en la cruz, y a derramar toda tu sangre para lavar mis pecados. "Oh Sangre de los Inocentes, lava los pecados de los penitentes." Oh Padre Eterno, perdóneme, por amor a Jesucristo, escucha las oraciones que Él hace por mí, ahora que intercede por mí y se hace mi Abogado. Pero no es suficiente para que me perdonen. Oh Dios, tú que eres digno de amor infinito, quiero la gracia de amarte. Te amo, oh Soberano Bien, y te ofrezco de ahora en adelante mi alma, mi cuerpo, mi voluntad y mi libertad. A partir de entonces evitaré, no solo ofensas graves, sino también leves. Voy a volar de todas las ocasiones peligrosas. "No nos dejes caer en la tentación." Líbrame, por amor a Jesucristo, de estas ocasiones en las que pueda ofendirte. "Pero líbranos del mal." Líbrame del pecado, y luego castiga como quieras. Acepto todas las debilidades, penas y pérdidas que te agrade enviarme, no hay nada que me importe si no pierdo Tu gracia y Tu amor. Prometes darme todo lo que te pida: "Pide y te será dado." Te pido estas dos gracias, santa perseverancia y la gracia de amarte.

SEGUNDO PUNTO

El Señor no quiere que estemos perdidos, por lo tanto nunca deja de advertirnos que cambiemos nuestro hábito de vida, amenazando con castigarnos. "Si el hombre no se voltea, afilará su espada" (Sal. vii. 13.) "He aquí", dice en otro lugar, "cuántos, porque no dejaron de pecar cuando menos lo esperaban, y vivían en paz, pensando en vivir durante muchos años, se han sorprendido por la muerte, que de repente les ha caído encima." "Porque cuando digan paz y seguridad, entonces la destrucción repentina les caerá encima." (i Tess. v. 3.) De igual manera dice: "Si no os arrepintáis, todos pereceréis igualmente." (San Lucas xiii. 3.) ¿Por qué, por tanto, nos da tantas advertencias antes de enviar el castigo si no desea que enmendemos nuestras vidas y así evitemos morir de una muerte infeliz? San Agustín observa bien que quien te dice "Cuídate" no te desea ningún mal.

Por tanto, es necesario preparar nuestro relato antes de que llegue el día del juicio. Hermano cristiano, si antes de que llegue esta noche mueres y tu bienestar eterno se decide, ¿qué opinas? ¿Sería correcto tu cálculo? ¿o no estarías realmente dispuesto a dar cualquier cosa para obtener de Dios un año, un mes o al menos un día más? ¿Y por qué, ahora que Dios te da este tiempo, no buscas liberar tu conciencia de todo? ¿Es porque no puedes pensar que este día puede ser el último para ti? "No retrasen la conversión al Señor, y no lo diferan de un día a otro. Porque su ira llegará de repente, y en tiempos de venganza te destruirá." (Eclesiástico v. 8, 9.) Si quieres ser salvado, hermano mío, el pecado debe quedar; Por lo tanto, como llegará un día en que tendrás que dejarlo, ¿por qué no lo haces ahora? pregunta San Agustín. Quizá esperas la muerte; Pero para los obstinados, la muerte no es el momento de perdonar, sino de venganza. "En tiempos de venganza Él te destruirá." (Eclesiástico v. 9.)

Cuando alguien te debe una gran suma de dinero, inmediatamente tomas la precaución de proporcionarte una garantía por escrito, diciéndote: "¿Quién sabe lo que puede pasar?" ¿Y por qué no usas la misma precaución respecto a tu alma inmortal, que es mucho más importante que la gran suma de dinero? ¿Por qué no dices de tu alma: "Quién sabe lo que puede pasar?" Si perdieras ese dinero, no lo perderías todo; Y aunque al perderlo perdiera todo su patrimonio, aún así tendría la esperanza de recuperarlo. Pero si en la muerte pierdes tu alma, entonces en efecto perderías todo, y no habría esperanza de rescatarla jamás. Eres tan diligente en llevar la cuenta de tu dinero, no sea que por casualidad se pierda alguno si te ocurriera una muerte repentina; y si la muerte te llegara sin saberlo, mientras estás enemistado con Dios, ¿qué sería de tu alma por toda la eternidad?

Afectos y Oraciones

Todo, mi Redentor, has derramado toda tu sangre. Has dado tu vida para salvar mi alma, y tantas veces la he perdido, esperando en tu misericordia; ¿y así he hecho uso tan a menudo de Tu gran bondad, para qué? ofenderte más. Por esto, merecía que de repente me privaras de la vida y luego me enviaras al castigo eterno. He estado luchando contigo, por así decirlo; pero tú te has esforzado, mostrando misericordia hacia mí, y yo ofendiéndote; Tú buscándome, y yo huyendo de Ti; Tú, dándome tiempo para suplicar perdón por todos los delitos cometidos contra Ti, y yo usando ese tiempo para añadir ofensa tras ofensa. Señor misericordioso, hazme sentir la gran injusticia que he cometido contra Ti, y hazme sentir que es mi mayor deber amarte. Ah, mi Jesús, ¿cómo pudiste amarme tanto, tú que me buscaste tantas veces cuando intenté alejarte de mí? ¿Cómo pudiste mostrar tantos favores a alguien que tantas veces te ha ofendido? De todo esto siento cuánto deseas que no me pierda. Me arrepiento con todo mi corazón de haberte ofendido, oh Dios de infinita bondad. Ah, recibe a esta oveja ingrata

que vuelve arrepentida a tus pies; recíbelo y átalo a tus hombros, para que nunca más se aleje de ti. No, nunca volveré a huir de Ti. Te amaría, quisiera ser Tuya, y si tan solo fuera Tuya, me conformo con cada dolor, porque ¿qué mayor dolor puedo sentir que vivir sin Tu gracia, separada de Ti, que eres mi Dios, que me has creado, y mi Dios que ha muerto por mí? Ah, pecados odiosos, ¿qué has hecho? Me has hecho desagradar a mi querido Salvador, que tanto me ha amado. Ah, mi Jesús, así como tú has muerto por mí, así debo morir yo por ti. Moriste por amor a mí, y yo debería morir de dolor por haberte disgustado tanto.

Acepto la muerte cuando y de la manera que te convenga enviarla, pero hasta ahora no te he amado, o no te he amado lo suficiente; no es así que yo muera. Oh, concédeme un poco más de tiempo, para que pueda amarte antes de morir. Por eso, cambia mi corazón, herílo, enciéndelo con tu santo amor. Concédeme esto, por ese amor supremo que te hizo morir por mí. Te amo con todo mi alma, y de verdad deseo amarte. Nunca dejes que te pierda más. Dame santa perseverancia y dame tu santísimo amor.

TERCER PUNTO

"Estad preparados." El Señor no dice que debemos prepararnos cuando la muerte nos alcance, sino que la muerte, cuando llegue, debe encontrarnos preparados. Cuando llegue la muerte, como ocurrirá, en una gran tempestad y confusión, será casi imposible aliviar una conciencia perturbada. Aun así, la razón argumenta. Pero Dios nos advierte diciendo que no vendrá entonces a perdonar, sino a vengar el desprecio que los malvados han mostrado respecto a sus favores. "La venganza es mía; Pagaré, dice el Señor." (Rom. xii. 19.)

San Agustín observa que este será un castigo justo para quien, cuando pueda, no haya deseado ser salvado, y que, cuando esté dispuesto a salvarse, no podrá hacerlo. Pero algunos dirán: "Quizá incluso entonces sea posible que me convierta y viva." ¿Pero te tirarías a un pozo, diciendo: Quizá aunque me arroje dentro, podría vivir y no morir? ¡Dios mío! Qué cosa es esta, que el pecado oscurece tanto la mente que le haga perder la razón. Cuando los hombres hablan del cuerpo, lo hacen como sabios; Pero cuando hablan del alma, hablan como tontos.

Hermano, quizá este punto que estás leyendo ahora sea la última advertencia de que Dios te envíe. Apresurémonos a prepararnos para la muerte, para que no nos supere por estar desprevenidos. San Agustín dice que Dios nos oculta el último día de nuestras vidas, para que en cualquier momento, y cada día, estemos preparados para morir. San Pablo nos enseña que no solo es necesario trabajar nuestra salvación con miedo, sino incluso con temblores. "Trabaja tu propia salvación con miedo y temblores." (Phil.

ii. 12.) San Antonino nos habla de un cierto rey de Sicilia que, para que uno de sus súbditos entendiera el miedo con el que ocupaba el trono, le hizo sentarse a la mesa con una espada suspendida por un hilo delgado sobre la cabeza, de modo que, al estar así situado, apenas podía comer comida. Todos estamos en el mismo peligro, pues en cualquier momento la espada de la muerte puede caer sobre nosotros, de la cual depende nuestra salvación eterna.

Es, en efecto, una cuestión de eternidad. "Si el árbol cae hacia el sur o hacia el norte, en el lugar donde cae el árbol allí estará." (Eccles. xi. 3.) Si cuando venga la muerte, nos encuentra en la gracia de Dios, Oh, qué alegría tendrá el alma exclamar: "He asegurado todas las cosas, nunca más podré perder a Dios; Seré feliz para siempre." Pero, al contrario, si cuando llega la muerte encuentra al alma en estado de pecado, con qué desesperación gritará entonces: "Así he pecado, y mi pecado nunca podrá ser reclamado por toda la eternidad." ¿Por qué me he equivocado? ¡y mi pecado nunca será perdonado por toda la eternidad! Este miedo hizo que el venerable padre Ávila, cuando le anunciaron que estaba muriendo, gritara y dijera: "¡Oh, ojalá tuviera un poco más de tiempo para prepararme para la muerte!" Este temor también hizo que el abad Agathe exclamara, aunque murió tras muchos años de arrepentimiento: "¿Qué será de mí? ¿quién puede entender los juicios de Dios?" San Arsenio también tembló cuando llegó la hora de la muerte, y al preguntarle por qué tenía tanto miedo, respondió: "Este miedo no es nuevo para mí, lo he sentido toda mi vida." Especialmente tembló el santo Job, diciendo: "¿Qué haré entonces cuando Dios resucite? y cuando Él venga, ¿qué le respondo?" (Trabajo xxxi. 14.)

Afectos y Oraciones

Ah, Dios mío, ¿no hay nadie que me haya amado como Tú me has amado? y sin embargo no hay nadie a quien haya disgustado más de lo que te he disgustado a ti. Mi única esperanza está en Tu Sangre, oh mi Jesús. Padre eterno, no mires mis pecados, sino las heridas benditas de Jesucristo; mira a tu amado Hijo, que está de luto por mí y te suplica que me perdones. Lo siento mucho, oh mi Creador, por haberte disgustado; me duele más que cualquier otro mal que haya cometido. Tú me creaste para amarte, y he estado viviendo como si Tú me hubieras creado para ofenderte. Por amor a Jesucristo, perdóname y dame gracia para amarte. En un momento resistí a Tu voluntad; ahora ya no lo resistiré; Haré todo lo que Tú me ordenes. Quieres que deteste todas las ofensas que he cometido contra Ti. De hecho, los detesto con todo mi corazón. Me ordenas no comprometerme nunca más a ofenderte; entonces, de hecho, decido perder mi vida antes que perder Tu gracia. Si deseas que te ame con todo mi corazón, entonces en verdad te amaré con todo mi corazón, y no amaré a nadie más que a ti; y serás, desde este día en adelante, mi único ser amado, mi único amor. Me ordenas tener

santa perseverancia, pero solo de Ti puedo esperar obtenerla. Por amor a Jesucristo, permíteme ser siempre fiel a Ti; y que siempre pueda decirte con San Buenaventura: "Mi amado es uno, mi amor es uno." No, no quiero que mi vida se pase más en ofenderte ni la más mínima. Solo lo gastaría llorando por el desagrado que Te he dado y amándote.

Volver a la Cuarta Meditación... Proceda a la sexta meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Consideraciones de San Alfonso María de Liguori

del libro 'Preparación para la muerte'

CONSIDERACIÓN VI

La muerte del pecador

"Viene la destrucción; y buscarán la paz, y no habrá ninguna. El mal viene tras el mal." Ezek. vii. 25, 26.

PRIMER PUNTO

Es ahora cuando los pecadores intentan, en la medida de lo posible, ahuyentar el recuerdo y el pensamiento de la muerte, y así encontrar paz, aunque nunca lo harán, llevando una vida de pecado; pero cuando, en las agonías de la muerte, deben entrar en la eternidad cuando "venga la destrucción y busquen la paz, y no habrá paz"; entonces intentarán huir de las punzaduras de sus conciencias atribuladas; Buscarán la paz, pero ¿qué paz puede encontrar un alma cargada de pecado, que la muerda como a tantas víboras? ¿Qué paz, sabiendo que en tan poco tiempo tendrá que presentarse ante Jesucristo el Juez, cuya ley y amistad, hasta ese momento, ha estimado de tan poco valor? "El mal vendrá tras el mal." La inteligencia

que acaba de recibir el pecador, que está muriendo, el pensamiento de que debe despedirse de todo en este mundo, las punzas de una conciencia perturbada, el tiempo que está perdido para siempre, el tiempo que ahora le falta, la severidad del Juez Divino, la miserable eternidad que espera a todos los pecadores; el pensamiento de todas estas cosas le caerá en terrible confusión, lo que perturbará mucho su mente y aumentará sus inquietudes, y así confundido y lleno de miedo, el alma del moribundo pasará a la otra vida. Abraham, a quien se le debe gran alabanza, esperaba en Dios contra toda esperanza humana, creyendo en la promesa divina, "que contra toda esperanza creía en la esperanza." Pero los pecadores, con gran desgracia, y que son la causa de su propia ruina, esperan falsamente, no solo contra la esperanza, sino incluso contra la fe, mientras no prestan atención alguna a la advertencia que Dios da a los obstinados. Temen una muerte infeliz, pero no temen llevar una vida malvada. Pero, ¿quién puede asegurarles que su muerte no será causada repentinamente por un rayo, un ataque apoplético o la ruptura de un vaso sanguíneo? Y aun si tienen tiempo, cuando están muriendo, para convertirse en él, ¿quién puede asegurarles que su conversión será entonces verdadera? San Agustín tuvo que luchar contra sus malos hábitos durante doce años para superarlos. ¿Cómo podrá entonces, quien está muriendo, que alguna vez ha tenido la conciencia manchada de pecado, que será atormentado por el dolor, con sentimientos terribles en la cabeza y que estará en la confusión de la muerte, cómo podrá él, entonces, repito, convertirse verdaderamente? Digo sinceramente, porque en ese momento el dicho y la promesa no servirán de nada, será necesario decir y prometer desde lo más profundo del corazón. Oh Dios, ¿en qué terror no se lanzará el miserable sufriente, cuya conciencia, cuando está arrepentida, ha sido afectada, cuando se siente oprimido por sus pecados, por los temores del juicio venidero, por el pensamiento del infierno y de la eternidad? ¿En qué confusión terrible no le lanzarán estos pensamientos cuando descubra que su memoria le falla, su mente se oscurece y su cuerpo se ve abrumado por los dolores de la muerte que ya se acerca rápidamente? Confesará, prometerá, llorará, clamará a Dios pidiendo misericordia, pero sin saber lo que hace; y en esa tormenta de agitación, remordimiento, angustia y miedo, su alma pasará al otro mundo." El pueblo se preocupará a medianoche y pasará." (Job xxxiv. 20.) Un autor dice bien que las oraciones, las lágrimas y las promesas de un pecador moribundo son como las lágrimas y promesas de un hombre que se ve atacado por su enemigo, que le pone una daga en la garganta para quitarle la vida. Aquel que se tumba en su cama, y cuyo alma pasa de ella a la eternidad, es en verdad un hombre miserable si se acuesta en gran desagrado de Dios Todopoderoso.

Afectos y Oraciones

Las heridas de Jesús son mi única esperanza. Me desesperaría de perdonar mis pecados, si no os mirara, fuentes de compasión y misericordia, por las cuales mi Dios ha derramado toda su Sangre para lavar mi alma de los muchos pecados que ha cometido. Os adoro, oh santas heridas, y en vosotros confiáis. Detesto y aborreco aquellos placeres indignos por los que he desagradado a mi querido Redentor, y por los cuales he perdido su santa amistad. Al mirarte, entonces mis esperanzas se elevan, y por eso dirijo mis afectos hacia ti. Mi amado Jesús, es justo que todos los hombres te amen y que te amen con todo su corazón. Pero tantas veces te he ofendido, y he contado tu santo amor en un instante; Y sin embargo. a pesar de todas mis carencias, me has soportado tanto tiempo y tantas veces me has ofrecido perdón. Ah, mi Salvador, nunca más dejes que te ofenda, y así perder mi alma para siempre. ¡Dios mío! qué terrible dolor me daría ver Tu querida Sangre y recordar tus muchas misericordias que me has mostrado, si alguna vez fuera castigado eternamente. Te amo ahora, y te amaría por siempre. Dame santa perseverancia. Quita de mi corazón todo amor que no es Tuyo, y establece en mí un verdadero deseo y resolución de amarte solo a Ti. Tú, que eres mi Soberano Bueno, que pueda hacer esto de ahora en adelante y por siempre.

SEGUNDO PUNTO

Las agonías del pecador moribundo no serán solo una sola agonía, sino muchas. Será una agonía ser atormentado por el diablo. Cuando llega la hora de la muerte, ese terrible enemigo usa todas sus fuerzas para arruinar ese alma que está a punto de lanzarse a la eternidad. El diablo sabe que a esa hora hay poco tiempo para recuperar esa alma, y que si se pierde para él, se perderá para siempre. "El diablo ha bajado sobre vosotros, con gran ira, porque sabe que le queda poco tiempo." (Rev. xii. 12.) No habrá solo un demonio, sino muchos demonios, que rodearán al moribundo, que harán todo lo que esté en su poder para obtener su alma. "Sus casas estarán llenas de criaturas tristes." (Isa. xiii. 21.) Uno dirá: "No temas, pronto estarás bien." Otro dirá: «¿Cómo es que tú, que durante tantos años has sido sordo a la voz de Dios, no puedes esperar ahora que Él te muestre misericordia?» Y otro, "¿Cómo puedes ahora remediar los males que se han cometido y las reputaciones que has arruinado?" Y otra, "¿No ves que tus confesiones han sido en vano sin verdadero dolor? ¿Sin ninguna intención de mejorar en el futuro? ¿Cómo puedes entonces reparar ahora el mal que se ha hecho?" Además de todo esto, el moribundo se verá rodeado de sus pecados: "El mal perseguirá al malvado para derrocarle." (Salmo cxl. ii.) San Bernardo observa que estos pecados, como tantos guardias vigilantes, le mantendrán bajo sus manos y le dirán: "Somos tus obras; No te dejaremos; iremos con tu alma al otro mundo, y con ella nos presentaremos ante el Juez Eterno." Entonces el moribundo querrá librarse de esos enemigos; pero para deshacerse de ellos habría que odiarlos; sería

necesario que su corazón se convirtiera a Dios. Mientras que su mente está oscurecida y su corazón endurecido. "El corazón duro temerá el mal al final; y el que ama el peligro perecerá en él." (Eclesiástico iii. 27.) San Bernardo dice que el corazón que ha sido tan obstinado en pecado durante su vida, usará todos los medios para liberarse al morir de este estado de condena, pero no podrá hacerlo; y al ser oprimido por su propia maldad, desaparecerá de la vida en este estado. Hasta que llegó la hora de la muerte, el pecador siempre amó el pecado; También ha amado el peligro de su propia condenación; muy justamente, por tanto, permitirá que el Señor pereca en ese peligro en el que ha amado vivir hasta el momento de su muerte. San Agustín cree que "aquel que queda por pecado antes de que él mismo lo abandone, en la hora de la muerte difícilmente lo odiará tanto como debería, porque todo lo que haga en ese momento será por necesidad."

¡Realmente miserable es ese pecador tan endurecido que resiste la voz de Dios cuando Él le llama! "Su corazón es tan firme como una piedra; Sí, tan duro como un trozo de la piedra de molino del Nether." (Trabajo xli. 24.) En lugar de ceder y ser suavizado por la voz de Dios, se endurece más; incluso cuando el yunque se endurece con los golpes del martillo. Como castigo por todo esto, se encontrará en el mismo estado de ánimo obstinado en la hora de la muerte, aunque pueda estar a punto de pasar a la eternidad. "Un corazón duro temerá al mal al final." Los pecadores, dice el Señor, "me han dado la espalda, y no su rostro; pero en el tiempo de su aflicción dirán: Levantaos y salvaos. Pero, ¿dónde están tus dioses que te has hecho? que se levanten, si pueden salvarte." (Jer. ii. 27, 28.) Los pecadores miserables, al morir, huirán hacia Dios, y Dios les dirá: "Ahora podéis venir a mí. Invoca a criaturas para que te ayuden, porque han sido tus dioses." Así responderá el Señor a quienes en ese momento le buscan, porque no lo buscarán con ningún deseo sincero de convertirse en él. San Jerónimo ha dicho que cree firmemente, y ha aprendido por experiencia, que quien ha llevado una vida malvada hasta la hora de la muerte, nunca será feliz cuando llegue la hora de la muerte.

Afectos y Oraciones

Mi querido Salvador, ayúdame y no me abandones, porque veo mi alma herida por mis pecados; Mis pasiones me hacen mal, y mis malos hábitos me oprimen. Me arrojo a Tus pies; ten piedad de mí y líbrame de todas mis malas pasiones. "En Ti, oh Señor, he puesto mi confianza: que nunca me ponga en confusión." (Salmo Ixxi. i.) No permitas que un alma que confía en Ti se pierda. Me arrepiento de haberte ofendido, oh Dios de Bondad Infinita; He hecho el mal, y lo confieso. Deseo enmendar, a cualquier precio. Pero si no me ayudas con Tu gracia, estoy perdido. Recibe, oh mi Jesús, a este rebelde, que tanto te ha disgustado. Recuerda que Tú gastaste Tu Sangre y

Tu Vida por mí. Por los méritos, por tanto, de Tu Pasión y de Tu Muerte, recóbeme en tus brazos y dame santa perseverancia. Casi me perdí, pero Tú me llamaste; he aquí, ya no resistiré; Me consagro a Ti; átame a Tu amor, y nunca más me permitas perderme perdiendo de nuevo Tu gracia. No lo permitas, mi Jesús.

TERCER PUNTO

Es algo maravilloso que Dios no haga más que amenazar a los pecadores con una muerte infeliz: "Entonces me llamarán, pero yo no responderé." (Prov. i. 28.) "¿Oirá Dios su clamor cuando le llegue el mal?" (Job xxvii. 9.) "Yo también me reiré de vuestra calamidad; Me burlaré." (Prov. i. 26.) Dios se ríe cuando no muestra misericordia. "A mí pertenece la venganza y la recompensa; su pie resbalará a su debido tiempo." (Deut. xxxii. 35.) En muchos otros lugares Dios amenaza lo mismo, y sin embargo los pecadores viven en paz y están tan seguros como si Dios hubiera prometido darles perdón al morir y, tras la muerte, darles el Paraíso. Es cierto que, en cualquier hora que el pecador se convierta, Dios ha prometido perdonarle; pero no ha dicho que el pecador se convertirá en la muerte. Al contrario, a menudo ha declarado que quien vive en pecado morirá en pecado: "Vosotros... morirán en vuestros pecados." (San Juan viii. 21.) Ha dicho en otro lugar que quien le busque en la muerte no le encontrará. "Me buscaréis, y no me encontraréis." (San Juan vii. 34.) Por lo tanto, es realmente necesario buscar a Dios cuando Él puede ser encontrado. "Buscad al Señor mientras Él sea encontrado." (Isa. iv. 6.) Sí, porque llegará un momento en que Él ya no será encontrado. ¡Pobres pecadores, pobres ciegos que posponen su conversión hasta la hora de su muerte, cuando ya no habrá tiempo para ser convertidos! Oleasterwell dice que "los malvados nunca habrán aprendido a hacerlo bien salvo cuando no haya tiempo para hacerlo." Dios desea que todos los hombres sean salvos; sino que castigará a los obstinados en sus pecados.

Si algún miserable pecador que vive en pecado fuera tomado por un ataque apoplético y así privado de sus sentidos, ¡qué compasión sentirían todos aquellos que quisieran verle morir así, sin los Sacramentos y sin ningún signo de arrepentimiento! y, por el contrario, ¿qué gran alegría no experimentaría todo el mundo, si este pobre pecador se recuperara de su ataque, buscara la absolución y se arrepiente? ¿Pero no es realmente loco quien, teniendo tiempo para arrepentirse, sigue en estado de pecado, o de lo contrario vuelve al pecado, y así se pone en peligro de ser sorprendido por la muerte, al mismo tiempo que quizá está cometiendo pecado? Es muy aterrador ver a alguien morir de repente, y sin embargo tantos se ponen en peligro de morir así, y en peligro de morir en pecado. "Un peso y equilibrio justos son del Señor." (Prov. xvi. II.) No tomamos en cuenta los favores que el Señor nos concede; pero el Señor toma cuentas y las mide; y cuando los

ve despreciados hasta cierto punto, la mentira permite al pecador permanecer en su pecado y en ese estado morir. Miserable es aquel que pospone su arrepentimiento hasta el día de su muerte. San Agustín comenta que "el arrepentimiento que se exige a los enfermos es débil." San Jerónimo dice que, entre cien mil pecadores que permanecen en estado de pecado hasta el día de su muerte, apenas uno será salvado. San Vicente Ferrer declara que sería un milagro mayor para quien ha vivido en pecado habitual toda su vida ser salvado, que resucitar a quien está muerto. ¿Qué dolor o qué arrepentimiento podría sentir en la hora de la muerte quien hasta ese momento ha amado el pecado? Belarmino nos cuenta que, habiendo ido a ayudar a un moribundo y habiéndole exhortado a hacer un acto de contrición, el moribundo respondió que no entendía lo que significaba el contrición. Belarmino intentó explicarle, pero el enfermo dijo: "No te entiendo, padre; No soy capaz de estas cosas." Y así murió, "dejando claras señales de su condena." San Agustín observa que será un castigo justo para aquel pecador que haya descuidado de Dios durante su vida, no se preocupar de sí mismo en la muerte. El apóstol nos advierte, diciendo: "No os engañéis; Dios no se burla: porque todo lo que sembra un hombre, también cosechará; porque el que sembra su carne, de la carne cosechará corrupción." (Gál. vi. 7, 8.) Sería realmente burlarse de Dios que alguien viviera, despreciar su amor y luego cosechar recompensa y gloria eterna; pero "Dios no es ridiculizado." Lo que se siembra en esta vida, será cosechado en la siguiente. Quien ame los placeres prohibidos de esta vida, cosechará corrupción, miseria y muerte eterna en la vida venidera. Hermano cristiano, lo que se dice por los demás también se dice por ti. Dime, si ahora estuvieras al borde de la muerte, desesperado por los médicos y ya con gran dolor, ¿no rezarías a Dios para que te concediera un mes más, una semana más, para que tu conciencia se despeje ante Su opa? Pero Dios te da ese tiempo ahora. Vuelve gracias a Él y trata rápidamente de expiar el mal que has hecho, y usa todos los medios para encontrarte en estado de gracia cada vez que llegue la muerte, porque entonces no habrá tiempo para expiar males pasados.

Afectos y Oraciones

Ah, Dios mío, ¿y quién está ahí que hubiera tenido tanta paciencia conmigo como Tú tienes? Si tu bondad no fuera infinita, dejaría de esperar perdón. Pero tengo que ver con un Dios que murió para perdonarme y salvarme. Me ordenas que tenga esperanza, y yo lo haré. Si mis pecados me asustan y condenan, tus méritos y tus promesas me dan valor. Has prometido la vida de Tu gracia a aquel que regresa a Ti: "Volved y vivéis." (Ezek. xviii. 32.) Has prometido abrazar a quien se vuelva hacia Ti. "Volved a mí, . . . y me volveré hacia ti." (Zee. i. 3.) Has dicho que no despreciarás a quien se humille y se arrepiente. "Un corazón roto y contrito, oh Dios, no despreciarás." (Ps. ci. 17.) He aquí, Señor, regreso y vengo a Ti; Me

confieso digno de condena y me arrepiento de haberte ofendido. Prometo sinceramente no volver a ofenderte de buena gana, y desearía amarte para siempre. Ah, no permitas que sea más ingrato hacia tal bondad. Padre Eterno, por los méritos de la obediencia de Tu Hijo Jesucristo, que murió en obediencia a Tu voluntad, déjame obedecerte en todas las cosas hasta la muerte. Te amo, oh Tú el Más Alto Ben, y por el amor que te siento, te obedecería en todo. Dame santa perseverancia, Tu santo amor, y no te pido nada más.

Volver a la Quinta Meditación... Procede a la séptima meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Consideraciones de San Alfonso María de Liguori

del libro 'Preparación para la muerte'

CONSIDERACIÓN VII

Sentimientos de Aquel que ha Reflexionado poco sobre la muerte

"Poned orden en tu casa: porque morirás y no vivirás." Isa. xxxviii. i.

PRIMER PUNTO

IMAXINÁSATE al lado de la cama de alguna persona enferma, a quien le quedan unas pocas horas de vida en solitario. Pobre criatura, mira cuánto está abrumado por el dolor, con ataques de desmayos, con asfixia, con falta de aire, con sudores fríos, con una debilidad cerebral que apenas puede oír, entender o hablar. Pero la mayor miseria que soporta es que siente que la muerte se acerca, y en lugar de pensar en su alma y en asegurar su cuenta, piensa solo en sus médicos y en los remedios que pueden aplicarse para liberarse de la enfermedad y de los dolores que le están matán. San Lorenzo

Justiniano, hablando de personas que así mueren, observa que "Nada, salvo ellos mismos, basta para ocupar sus pensamientos." Sus familiares y amigos deberían, al menos, advertirle del peligroso estado en el que se encuentra; pero no, no hay ni uno solo entre ellos que tenga el valor de decirle que está muriendo, y en lugar de aconsejarle que tome el Santo Sacramento, todos se niegan a decírselo, no sea que le ofendan por hacerlo. Dios mío, desde este momento, Te doy gracias de que, cuando esté muriendo, me permitas ser asistido por los queridos hermanos de mi congregación, cuyo único interés será entonces mi salvación eterna, y que todos se esfuerzan, en la medida de lo posible, por hacer de mi muerte una muerte gloriosa. Pero aunque no le adviertan que la muerte se acerca, Sin embargo, el enfermo, al ver a la familia en tal confusión, el número de médicos que hablan tan apresuradamente, los muchos e innumerables remedios que se prueban, se llena de terror y confusión, y entre los continuos ataques de miedo, remordimiento y desconfianza, dice para sí mismo: "¡Ay! quizá ya haya llegado el fin de mis días." ¿Cuáles serán entonces los sentimientos del hombre moribundo cuando le digan que está muriendo? "Poned orden en tu casa: porque morirás y no vivirás." ¿Con qué temor no le dirán que su enfermedad es mortal, que debe hacer las paces con Dios, recibir el Santísimo Sacramento y despedirse del mundo? ¡Qué! exclama, ¿debo dejar el mundo y todo lo que poseo, esa casa, esa villa, esos parientes, amigos, conversaciones, juegos y diversiones? Le dicen que debe hacerlo, porque ya ha venido el abogado, y entonces tiene que firmar este documento: "Lego, lego." ¿Y qué se lleva de él? Nada, salvo lo que le cubre, que en muy poco tiempo se descompondrá con él en la tumba.

¡Oh, qué dolor y tristeza sentirá el moribundo cuando vea las lágrimas de su casa y el silencio de sus amigos que guardan silencio, sin tener el corazón para hablar en su presencia! Pero el mayor castigo que tendrá que soportar serán las terribles punzadas de conciencia que, en esa tempestad, se sentirán mucho más debido a la vida corrupta que ha llevado, a pesar de los consejos oportunos de sus padres espirituales y las muchas resoluciones tomadas, que nunca se han representado o han sido completamente descuidadas. Entonces exclamará: "Oh, miserable que soy, Dios me ha concedido tantas luces, he tenido tanto tiempo para aclarar mi conciencia ante Sus ojos, y sin embargo no lo he hecho; ¡y al final la muerte me ha alcanzado! ¿Qué me habría costado volar de aquella ocasión para pecar, para mantenerme alejado de esa amistad y para hacer uso de la confesión? Y aunque debería costarme mucho, debería haber hecho todo lo posible para salvar mi alma inmortal, que era lo más importante. Oh, si hubiera llevado esa buena resolución a la práctica. Oh, que hubiera continuado como empecé. ¡Entonces, de hecho, debería estar feliz ahora! Pero no lo hice, y ahora no hay tiempo. Los sentimientos de los hombres moribundos, como los que he descrito, que durante la vida han olvidado su conciencia, se parecen a los sentimientos de aquellos que están perdidos para siempre,

que, en el infierno, lamentan sus pecados como causa de su castigo, pero lamentan sin encontrar alivio o remedio.

Afectos y Oraciones

Oh Señor, si en este momento me llegaran las noticias de mi muerte inminente, tales serían mis sentimientos de dolor. Pero te doy gracias por darme esta luz y este tiempo para enmendar. No, Dios mío, no deseo volver a huir de Ti; es tantas veces que me has buscado. Justo debo temer, no sea que, si no vuelvo a Ti y vengo a Ti, me abandonarás por completo. Me diste un corazón para amarte, pero lo he usado tan mal; He amado a la criatura, pero no te he amado a ti, que eres mi Creador y mi Redentor, y que diste tu vida por mí. En vez de amarte, ¡cuántas veces no te he disgustado y me he alejado de seguirte! Era plenamente consciente de que, al cometer ese pecado, debía desagradarte, y sin embargo lo cometí. Dios mío, lo siento de verdad; Lloro por ello con todo mi corazón: de hecho, cambiaré. Renuncio a todos los placeres del mundo, para amarte y complacerte, oh Dios de mi alma. Me has dado tantas pruebas de tu amor, que desearía darte algunas pruebas de mi amor antes de morir. Desde este momento aceptaré toda debilidad, y cada cruz, cada desprecio y toda afligencia que deba recibir de los hombres solo me dan fuerza para soportar lo mismo en paz, pues deseo soportarlas todas para ganar Tu amor. Te amo, oh Infinita Bondad, más que a nada, solo dame más amor y santa perseverancia.

SEGUNDO PUNTO

Oh, cómo claramente, cuando llega la hora de la muerte, las verdades de la fe se hacen sentir solo para añadir mayor tormento a ese moribundo que ha vivido una vida malvada, y especialmente si es alguien que ha sido consagrado a Dios, y por tanto ha tenido muchas oportunidades de servirle, mucho tiempo, muchos buenos ejemplos, y mucha inspiración. Oh Dios, con qué dolor reflexionará y dirá: "Una vez reprendí a otros, y después cometí pecados más graves que ellos. Una vez dejé el mundo, y después me he apegado más a sus placeres, vanidades y amor." ¡Con qué remordimiento reflexionará entonces sobre la luz que ha recibido de Dios, tal que habría convertido a un pagano en santo! Con qué remordimiento recordará entonces que había despreciado las prácticas de piedad en otros como debilidad mental, y había alabado ciertas máximas mundanas de autoestima y amor propio; como no gustar que otros tengan prioridad sobre nosotros, evitar el sufrimiento y disfrutar de todo placer que pueda surgir.

"El deseo de los impíos perecerá." (Sl. cxii. 10.) Cuando llegue la hora de la muerte, ¿cuánto tiempo que perdemos ahora será codiciado? San Gregorio nos cuenta en sus Diálogos, sobre un hombre rico llamado Crisancio, - que había llevado una vida muy malvada y que, cuando llegó la hora de la

muerte, gritó contra los demonios que se le aparecieron visiblemente para atraparlo: "Dame tiempo, dame hasta "mañana." Y estos le respondieron: "Oh necio, ¿ahora buscas tiempo? Has tenido tanto y lo has desperdiciado, y lo has gastado en pecado; ¿Y ahora lo pides? Ahora ya no hay tiempo para ti." El miserable hombre siguió llorando y suplicando ayuda. Un hijo suyo, llamado Massimo y monje, estaba con él, a quien el moribundo dijo: "Hijo mío, ayúdame; Massimo, hijo mío, ayúdame." Y mientras tanto, lanzándose de un lado a otro de la cama, agitado y con gritos de desesperación, exhaló su alma miserable. Ay, que estos necios aman tanto su necedad en vida, pero pospongan hasta la hora de la muerte para abrir los ojos a su necedad, y luego confesar que han sido tan imprudentes. Porque en ese momento solo sirve para aumentar las dificultades que sienten al intentar expiar los pecados que han cometido; Y morir en este estado mental, la salvación de estas almas es muy dudosa. Hermano, quizá mientras lees esto te estés diciendo a ti mismo: "Sí, es muy dudoso." Pero si es tan dudoso, tu necedad y tu desgracia son aún mayores si, como conoces y entiendes estas verdades en la vida, no intentas durante la vida enmendar los pecados pasados. Incluso estas palabras, que acabas de leer, serían una espada de dolor para ti en la muerte.

Levántate, pues como hay tiempo para evitar una muerte tan terrible, apresúrate a enmendar el pasado y no esperes hasta que no haya tiempo adecuado para reparar. No esperes ni un mes más, ni una semana más. Puede que esta luz que Dios ahora te concede en misericordia sea la última luz y la última llamada para ti. Es una necedad, en verdad, no querer pensar en la muerte, que es absolutamente segura y de la que depende la eternidad; pero es una mayor locura pensar en ello y no prepararse para ello. Haz esas reflexiones y propósitos ahora, que harías si estuvieras muriendo ahora por dinero, pero en ese momento muy inútilmente; Ahora con la esperanza de ser salvo, pero en ese momento con gran miedo, no sea que no fueras salvado. Un caballero de la corte de Carlos XI., al salir de la corte, al ser preguntado por el emperador por qué se marchaba, respondió que para salvarse es necesario que transcurra algún intervalo entre el tiempo de arrepentimiento de una vida pecaminosa y la hora de la muerte, para que se pueda pasar un periodo de arrepentimiento.

Afectos y Oraciones

No, Dios mío, ya no abusaré de Tu misericordia. Te doy gracias por la luz que ahora me das, y te prometo cambiar mi vida, enmendar mi vida. Veo claramente que no aguantarás mucho más conmigo. ¿Y deré esperar hasta que Tú me condenes a la muerte eterna? ¿o hasta que me entregues a una vida completamente perdida, qué sería un castigo mayor para mí que la propia muerte? Mírame a tus pies; recuévete en tu favor. Sé que no me lo merezco; pero tú has dicho que "la maldad de los malvados no caerá así en

el día en que se aparte de su maldad." (Ezek. xxxiii. 12.) Si, por tanto, mi Jesús, en el tiempo pasado, he ofendido Tu infinita bondad, ahora me arrepiento con todo mi corazón y espero perdón de Ti. Con San Anselmo te diré: "No permitas que mi alma se pierda por sus pecados, porque la has redimido con tu sangre." No mires mi ingratitud, solo mira ese amor que te hizo morir por mí. Si he perdido Tu gracia, no has perdido el poder de devolvérmela. Por tanto, ten piedad de mí, mi querido Redentor. Perdóname y dame la gracia de amarte; mientras que yo, desde hoy, prometo amar a nadie menos que a Ti. Me has elegido entre tantas de tus criaturas para amarte; por eso te elijo a Ti, oh mi Soberano Bien, para amarte por encima de todo. Si vas delante de mí con tu cruz, no dejaré de seguirte con esa cruz que me das para llevar. Abrazo toda mortificación y toda preocupación que pueda venir de Ti. Basta con no estar privado de Tu gracia, porque con eso estoy realmente contento.

TERCER PUNTO

Para el hombre moribundo, que durante la vida ha sido olvidadizo respecto al bien de su alma, habrá espinas en todo lo que se le presente. Habrá una espina en la memoria de placeres que han pasado, una espina en el recuerdo de rivalidades superadas, y de las pompas exhibidas, una espina en los amigos que vendrán a verle, con todo lo que le devolven a la memoria una espina en los padres espirituales, que a su vez le asistirán una espina en los últimos sacramentos que recibirá.

El pobre sufriente entonces exclamará: "¡Oh, tonto que he sido! Debería haberme convertido en santo, con todas las luces y oportunidades que Dios me concedió; Debería haber llevado una vida de felicidad, en favor de Dios; y ahora, ¿qué me queda de los muchos años que han pasado, salvo tormentos, desconfianza, miedos, punzaduras de conciencia y un relato que tendré que entregar a Dios? Y es realmente dudoso que mi alma sea salvada." ¿Y cuándo dirá todo esto? No hasta que el aceite de su lámpara esté casi consumido, y la escena de este mundo esté a punto de cerrarse sobre él para siempre, no hasta que tenga ambas eternidades en vista: la una, una eternidad de alegría eterna; el otro una eternidad de dolor eterno no hasta que se acerque la melodía para ese último suspiro, del cual depende su bendición eterna, o su desesperación eterna mientras Dios sea Dios. ¿Qué no daría entonces, para tener un año más, un mes más, o al menos una semana más, con la mente despejada? Por sufrimiento entonces, como hará, con distracción de la cabeza, opresión en el pecho y respiración fallida, no podrá hacer nada; no podrá reflexionar, ni emplear su mente en hacer una buena acción; Se encuentra encerrado, por así decirlo, en un pozo oscuro de confusión, donde no puede imaginar otra cosa que una gran ruina sobre él de la que se siente incapaz de huir. Por eso anhelará tiempo; pero se le dirá: "Proficiscere", partir, apresúrate, poner tus cuentas en

orden lo mejor que puedas, durante el poco tiempo que te queda, y partir; ¿No sabes que la muerte no espera ni respeta a nadie? Oh, qué terror será entonces para él pensar y decir: "Estoy vivo esta mañana; ¡muy probablemente esta noche estaré muerto! Hoy estoy tumbado en esta habitación; ¡quizá mañana pueda estar en mi tumba! ¿Y dónde estará mi alma?" Cuando siente el sudor frío de la muerte caer sobre él al oír a sus familiares salir de la habitación, nunca más para volver en su vida cuando su vista empieza a nublarse y sus ojos se oscurecen pero ¿de qué servirá entender estas verdades entonces, cuando la melodía para beneficiarse de la comprensión, ¿pasado?

Afectos y Oraciones

Ah, Dios mío, no quieres que muera; pero deseas que me convierta y viva. Te doy gracias por haberme esperado hasta ahora, y te doy gracias por la luz que ahora me das. Conozco el error que he cometido al descuidar Tu amistad, los placeres viles y miserables por los que te he dado tan poco valor. Me arrepiento y lamento con todo mi corazón por haberte hecho tan grave injusticia. Ah, no ceses, en la vida que me quede, de ayudarme con Tu luz y Tu gracia, para que sepa hacer lo que debo hacer para enmendar mi vida. ¿De qué me servirá entender esta verdad cuando me quiten el tiempo para la reparación? "No entregues a las bestias las almas que confían en Ti." Cuando el diablo me tente de nuevo a ofenderte, te ruego, mi Jesús, por los méritos de Tu Pasión, que extiendas Tu mano y me libres de caer en pecado, y de volver a permanecer esclavo del enemigo. Concédeme, para que así siempre pueda huir hacia Ti, y que nunca deje de suplicar Tu protección mientras dure la tentación. Tu Sangre es mi esperanza, y Tu bondad es mi amor. Te amo, Dios mío. Tú, que eres digno de amor infinito, concédeme que siempre te ame. Hazme saber de qué cosas debo separarme para poder ser solo Tuyo, porque quiero ser solo Tuyo; pero ¿me das la fuerza para cumplir lo mismo?

Volver a la Sexta Meditación... Procede a la octava meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Consideraciones de San Alfonso María de Liguori

del libro 'Preparación para la muerte'

CONSIDERACIÓN VIII

La muerte de los justos

"Bien, querido, ante el Señor está la muerte de sus santos." Sal. cxvi. 13.

PRIMER PUNTO

CUANDO vemos la muerte según los sentidos, nos aterra y nos asusta, pero cuando la vemos con el ojo de la fe, nos consuela y nos hace desearla. Parece terrible para los pecadores, pero es hermoso y muy valioso para los santos. San Bernardo nos dice que "la muerte es tan valiosa como el fin de los trabajos, la consumación de la victoria, la puerta de la vida." "El fin del trabajo", sí, de verdad, la muerte pone fin a nuestro trabajo y esfuerzo. "El hombre que nace de una mujer tiene pocos días y está lleno de problemas." (Job xiv. i.)

He aquí lo que es nuestra vida; Es breve, está llena de miseria, debilidades, miedos y pasiones. Los mundanos, que desean una vida larga, ¿qué buscan?, observa Séneca, pero un tiempo más largo de sufrimiento. Si seguimos viviendo, ¿no seguimos sufriendo? como señala el propio San Agustín. Sí, claro, porque, según San Ambrosio, nuestra vida presente no nos fue dada para el descanso, sino para el trabajo, y con ese trabajo para hacernos dignos de la vida eterna. Cuando Dios, como observa justamente Tertuliano, acorta la vida de cualquiera, acorta su sufrimiento. Por eso es que, aunque la muerte fue dada al hombre como castigo por el pecado, a pesar de ello, las miserias de esta vida son tales, como observa San Ambrosio, que la muerte nos parece más un alivio que un castigo. Dios llama benditos a los que mueren en su gracia, porque sus trabajos han terminado y van a descansar. "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor de ahora en adelante: sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus labores." (Apocalipsis xiv. 13.)

Los tormentos que afligen a los pecadores, al morir, no perturban a los santos. "Las almas de los justos están en manos de Dios, y el tormento de la muerte no las tocará." (Wisd. iii. I.) Los santos no se entrisllen cuando escuchan aquello que tanto aterra a los mundanos. A los santos no les

preocupa cuando tienen que dejar sus bienes mundanos, pues han mantenido sus corazones separados de ellos. Se repiten a sí mismos sin parar: "Dios es la fuerza de mi corazón y mi porción para siempre." (Salmo Ixxiii. 25.)

Benaventurados seis, escribe el Apóstol a sus discípulos, que han sido despojados de todas vuestras posesiones terrenales por amor a Jesucristo. "Sí... se tomaron con alegría el saqueo de vuestros bienes, sabiendo en vosotros mismos que tenéis en el Cielo una sustancia mejor y duradera." (Hebreo. x. 34.) No se lamentan por abandonar los honores, porque siempre los detestaron y los consideraron, como realmente son, nada más que humo y vanidad; estimaban amar a Dios y ser amados por Dios como su único honor. No se entrisentan por dejar a sus parientes, porque solo los han amado en Dios; al morir, los encomiendan a ese Padre Celestial, que los ama más que ellos, y confiando en ser salvos, esperan poder ayudarles más, cuando estén en el Paraíso, que en esta tierra. Finalmente, lo que han dicho en vida, "Dios mío y mi todo", repiten, con mayor consuelo y ternura, al morir.

Por tanto, quien muere amando a Dios, no es atormentado por los temores que la muerte trae consigo; pero, al contrario, se complace con ellos, pensando que su vida ha terminado y que ya no hay tiempo para sufrir por Dios, y para ofrecerle más pruebas de su amor. Luego, con amor y paz, le da estos últimos momentos de su vida y se consuela al unir el sacrificio de su muerte con el sacrificio que Jesucristo una vez ofreció por él en la cruz a su Padre eterno. Y así murió alegremente, diciendo: "Me tumbaré en paz y descansaré." (Salmo iv. 9.) Oh, qué paz morir, entregado y reposando en los brazos de Jesucristo, que nos ha amado hasta la muerte, y estuvo dispuesto a soportar una muerte cruel para obtener una muerte dulce y pacífica para nosotros.

Afectos y Oraciones

Oh mi amado Jesús, que para conseguir una muerte feliz para mí, no estaba dispuesto a morir una muerte tan amarga en el Calvario, ¿cuándo te contemplaré? La primera vez que te vea será como mi Juez, en ese mismo lugar donde exhalaré mi alma. ¿Y entonces qué te diré? ¿Qué me vas a decir? No esperaré hasta ese momento para pensar lo que diré. Lo pienso ahora. Te diré, mi querido Redentor, que eres el mismo que murió por mí. En un momento te ofendi, fui ingrato contigo y no merecía tu perdón; pero después, con la ayuda de Tu gracia, me arrepentí, y durante el resto de mi vida he llorado por mis pecados, y Tú me has perdonado. Perdóname una vez más, ahora que estoy a tus pies, y ¿me das tú mismo una absolución general por mis pecados? No merecía amarte más, por haber despreciado Tu amor; pero tú, en tu misericordia, has atraído mi corazón hacia ti, y si no

te ha amado como deberías ser amado, al menos te ha amado por encima de todo, renunciando a todo para complacerte. ¿Y ahora qué me dirás? Veo que el Paraíso y poseerte en tu reino es una bendición demasiado grande para mí, pero no puedo confiar en vivir lejos de Ti, especialmente ahora que una vez me dejaste ver tu hermoso y hermoso rostro. Por eso, busco vivir en el Paraíso, no para ser feliz allí, sino para amarte más.

Y ahora, mi amado Juez, levanta tu mano y bendíceme, y dime que soy tuyo, y que serás mío por siempre. Siempre te amaré, ¿me amas tú? Ten piedad de un alma que te ame con todas sus fuerzas y anhele verte para amarte más.

Así espero, oh mi Jesús, entonces espero hablar contigo. Mientras tanto, te ruego que me concedas gracia para vivir y que, al morir, pueda decirte lo que acabo de pensar. Dame santa perseverancia y dame tu amor.

SEGUNDO PUNTO

"Y Dios les secará todas las lágrimas de los ojos; y no habrá más muerte." (Apocalipsis xxi. 4.) Por eso, en la muerte el Señor secará de los ojos de Sus siervos las lágrimas que han derramado, viviendo en dificultades, en miedos, en peligros y en batallas contra el infierno. ¿Qué puede ser mayor consuelo para un alma que ha amado a Dios cuando se anuncia la muerte que la idea de que pronto será liberada de los muchos peligros que hay en esta vida de ofender a Dios, de las muchas heridas de la conciencia y de las tentaciones del diablo? Esta vida presente es una guerra continua con el infierno, en la que estamos en peligro constante de perder nuestras almas y luego a nuestro Dios. San Ambrosio nos dice que en esta tierra siempre caminamos entre las trampas del enemigo que espera para robarnos la vida de la gracia. Fue este peligro lo que llevó a San Pedro de Alcántara a decir, al morir, a un religioso que, al ayudarle, le tocó: "Hermano mío, aléjate de mí, porque sigo vivo y corro el peligro de perderme eternamente!" Fue también este peligro el que hizo que Santa Teresa se sintiera consolada cada vez que oía sonar el reloj, regocijándose de que hubiera pasado otra hora de guerra, pues decía: "En cualquier momento de mi vida puedo pecar, y así puedo perder a Dios." Por eso es que los santos se regocijan tanto cuando la muerte les es "anunciada, sabiendo como saben, como saben, que muy pronto sus batallas y sus peligros terminarán, y que en muy poco tiempo alcanzarán ese estado feliz en que ya no podrán perder a Dios.

Se relata en la vida de los Padres que una vez, cuando un Padre anciano moría en Escitia, se rió cuando los demás lloraron; al preguntarle por qué reía, respondió: "¿Por qué lloras, sabiendo como lo sabes, que voy a descansar?" De igual manera, Catalina de Siena, cuando estaba muriendo, dijo: «Regocijaos conmigo, porque dejo este mundo de penas y voy a un

lugar de descanso.» San Cipriano observa que si alguien viviera en una casa cuyos muros se derrumbaran, y los suelos y el techo temblaban, de modo que todo amenazaba con la ruina, ¿No estaría alguien así muy deseoso de dejar esa casa? En esta vida, todas las cosas amenazan con arruinar el alma, el mundo, el infierno, las pasiones, los sentidos rebeldes; Todo esto nos lleva al pecado y a la muerte eterna. El apóstol exclama: "¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?" (Rom vii. 34.) Oh, qué alegría sentirá el alma al oír esas palabras: "Ven conmigo desde Líbano, mi esposa, conmigo desde Líbano..." de las madrigueras de los leones." (Sol. Canción iv. 8.) Ven, esposo mío, ven del lugar de las lágrimas, y de las madrigueras de leones que buscan devorarte y hacerte perder la gracia divina. Por eso, San Pablo, deseando la muerte, dijo que Jesucristo era su única vida; y por ello, pensó que morir era su mayor ganancia, ya que, al morir, obtuvo esa vida que no tiene fin. "Para mí vivir es Cristo, y morir es ganancia." (Fil. i. 21.)

Es un gran favor el que Dios concede a ese alma que está en estado de gracia para quitársela de este mundo, donde, en cualquier momento, puede cambiar y perder la amistad de Dios. "Fue llevado para que la maldad no alterara su comprensión." (Wisd. iv. II.) Feliz en esta vida es aquel que está unido a Dios; sino, como el marinero, que no puede ser llamado seguro hasta que ha llegado al puerto y escapa de la tempestad: aun así, un alma no puede ser llamada plenamente feliz hasta que haya partido de esta vida en favor de Dios.

Ahora bien, si eso causa alegría al marinero cuando, tras muchos peligros, ha llegado casi sano y salvo al puerto, ¿cuánto más no se alegrará si está justo a punto de asegurar la salvación eterna? Además, en esta vida es imposible vivir sin cometer pecado, al menos pecado venial: "Porque el justo cae siete veces." (Prov. xxiv. 16.) Quien deja esta vida, deja de ofender a Dios. San Ambrosio pregunta: "¿Qué es la muerte sino el sepulcro del vicio?" Es incluso esto lo que hace que la muerte sea tan deseable para los amantes de Dios. Con esto, el venerable Vincent Caraffa se consolaba al morir, diciendo: "Cuando deje de vivir, dejaré de ofender a Dios." Y San Ambrosio también dijo: "¿Por qué deseamos esta vida, en la que cuanto más tiempo viva uno, mayor será la carga de los pecados con la que está cargado?"

Quien muere por la gracia de Dios, queda en un estado en el que no puede, ni sabe cómo, ofender a Dios. "Los muertos no saben pecar", comenta el mismo santo. Por eso el Señor alaba a los muertos, más que cualquier hombre vivo, aunque sea un santo. "Por eso alabé más a los muertos que ya están muertos que a los vivos." (Eccles. iv. 2.) Un buen hombre ordenó que él, quien viniera a anunciarle su muerte, dijera: "Alégrate, porque ha llegado el tiempo en que ya no ofenderás a Dios."

Afectos y Oraciones

"En tus manos entrego mi espíritu, porque me has redimido, oh Señor, Dios de verdad." (Salmo xxxi. 5.) Ah, mi dulce Redentor, ¿dónde habría estado ahora si Tú me hubieras permitido morir cuando vivía lejos de Ti? Ahora debería estar en el infierno, donde nunca podría amarte más. Te doy gracias por no haberme abandonado y por concederme tantas gracias para ganarme mi corazón a Ti. Siento mucho haberte ofendido. Te amo por encima de todo. Te ruego siempre que me hagas más consciente del mal que he cometido al despreciarte, y del amor que Tu Infinita Bondad merece. Te amo, y me gustaría morir pronto si es Tu santa voluntad, para liberarme del peligro de perder Tu santa gracia y estar seguro de amarte por siempre en la eternidad. Ah, durante los años que me queden de mi vida, dame fuerza, mi amado Jesús, para hacer algo por Ti antes de que la muerte me venza. Dame fuerza para resistir las tentaciones y las pasiones, y especialmente contra esa pasión que en el último tiempo más me ha hecho desagradarte. Dame paciencia en la debilidad y ante las injusticias que pueda recibir de los hombres. Ahora perdono, por tu amor, a todos los que pudieron haberme despreciado, y te ruego que les concedas las gracias que puedan desear. Dame fuerzas para ser más diligente evitando incluso pecados veniales, sobre los que sé que soy negligente. Ayúdame, mi Salvador, deseo todas las cosas por tus méritos.

TERCER PUNTO

La muerte no solo es el fin de nuestro trabajo, sino que es incluso la puerta de la vida, como observa San Bernardo. Quien desee entrar y ver a Dios debe pasar por esta puerta. "Esta es la puerta del Señor; los justos entrarán en él." (Salmo cxviii. 20.) San Jerónimo gritó a la muerte y dijo: "Ábreme, hermana mía." Hermana mía, muerte, si no abres la puerta, no puedo entrar a disfrutar de mi Señor. San Carlos Borromeo, que tenía en su casa una pintura que representaba un esqueleto con una guadaña en la mano, llamó al pintor y le ordenó borrar la guadaña y pintar una llave de oro; deseando por esto que el deseo de muerte se encienda en su corazón, porque la muerte es esa llave que debe abrir la puerta del cielo para que veamos a Dios.

San Juan Crisóstomo observa que, si un rey hubiera preparado un apartamento en su palacio para alguien, pero durante un tiempo deseara que esa persona viviera en una choza, ¿cuánto no desearía abandonar la choza y ir al palacio? El alma durante esta vida, estando en el cuerpo, está, por así decirlo, en una prisión, de la que debe pasar para entrar en el reino de los cielos; por eso David oró diciendo: "Saca mi alma de la prisión." (Ps. cxlii. 9.) Y el santo Simeón, cuando tenía al Niño Jesús en brazos, no buscó otra favor que la muerte, para ser liberado de la prisión de esta vida:

"Señor, ahora deja que tu siervo te vaya en paz." (S. Lucas ii. 29.) S. Ambrosio también dice: "busca, como si fuera necesario que le retuvieran, ser despedido." El apóstol también deseó la misma gracia cuando dijo: "teniendo el deseo de partir y de estar con Cristo" (Filip. i. 23).

¡Qué alegría sintió el copero del Faraón cuando supo de José que pronto sería liberado de prisión y que regresaría a su puesto! Y un alma que ama a Dios, ¿no se regocija cuando escucha que en poco tiempo será liberada de la prisión de este mundo y irá a disfrutar de Dios? "Mientras estamos en casa en el cuerpo, estamos ausentes del Señor." (2 Cor. v. 6.) Aunque estamos unidos al cuerpo, estamos lejos de la vista de Dios; como si fuera en tierra extranjera, y lejos de nuestro propio país; y por eso San Bruno comenta que nuestra muerte no debe llamarse muerte, sino vida. Por eso la muerte de los santos se llama su día de nacimiento; Sí, porque cuando mueren son llevados a esa vida bendita que nunca tendrá fin. San Atanasio observa que "los justos no mueren, sino que son traducidos." Para los justos, la muerte no es otra que la transición a la vida eterna. "Oh, hermosa muerte", dice San Agustín, "¿y quién es aquel que no te anhela, viendo que tú eres el fin de toda obra, el fin del trabajo y el comienzo del descanso eterno?" Por eso el santo oró fervenciamente, diciendo: "Que muera, oh Señor, para poder verte."

San Cipriano observa que la muerte debe ser temida por el pecador, porque pasará de una muerte temporal a una eterna. "Que tema de morir quien pase a la segunda muerte;" pero el que está en la gracia de Dios no teme a la muerte, porque pasará de la muerte a la vida eterna. En la vida de San Juan el Limosnero se relata que un hombre rico recomendó a su único hijo al santo y le dio muchas limosnas para que el santo pudiera obtener una larga vida para su hijo de Dios; pero el hijo murió poco después. Mientras el padre lamentaba la muerte de su hijo, Dios envió un ángel a él, que dijo: "Buscaste larga vida para tu hijo; saber que ahora lo disfruta eternamente en el Paraíso." Esta es la gracia que Jesucristo obtuvo para nosotros, tal como se prometió en Oseas: "Oh muerte, seré tu plaga." (Hos. xiii. 14.) Jesús, al morir por nosotros, hizo que nuestra muerte se convirtiera en vida. Cuando Pionio el mártir estaba siendo llevado al cadalso, quienes le guiaron le preguntaron: "¿Cómo pudo morir tan alegremente?" El santo respondió: "Os engañais a vosotros mismos; No voy a la muerte, sino a la vida." Así fue el joven San Simforio alentado por su madre cuando se acercaba el momento de su martirio: "Oh hijo mío, la vida no te es arrebatada; se cambia por algo mejor."

Afectos y Oraciones

Oh Dios de mi alma, porque en el pasado te he deshonrado al alejarme de Ti; pero tu Hijo te ha honrado sacrificando su vida por Ti en la cruz. Por el

honor que Tu amado Hijo te ha hecho, perdona la deshonra que Te he causado. Lo siento mucho, oh mi Soberano Bien, por haberte ofendido; y prometo desde hoy no amar a nadie más que a Ti. Espero mi salvación de Ti. Todo lo que tengo ahora que es bueno, es toda tu misericordia; Sé que todo lo recibo de Ti: "Por la gracia de Dios soy lo que soy." (I Cor. xv. 10) Si en el pasado te he deshonrado, espero honrarte para siempre en la eternidad bendiciéndote para tu misericordia. Siento un gran deseo de amarte; pero Tú me das el deseo; y te doy gracias por ello, oh Jesús, mi amor. Continúa, oh, sigue ayudándome, como ya has hecho; pues espero que desde hoy en adelante sea Tuya, y solo Tuya. Renuncio a todos los placeres mundanos; ¿qué mayor placer puedo tener que complacerte a Ti, mi Señor, que eres tan hermoso y que me has amado tanto? Solo busco amor, oh Dios mío; y espero siempre buscarlo de ti; hasta morir en tu amor, alcanzaré el reino del amor, donde, sin pedir más, me llenaré de amor, y nunca dejaré de amarte con todas mis fuerzas, por siempre en la eternidad.

Volver a la Séptima Meditación... Procede a la Novena Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Instrucciones sobre la meditación

del libro 'Meditaciones para el Adviento y la Pascua'

Cómo meditar

Prefacio

La meditación es uno de los deberes más esenciales e importantes de la vida espiritual.

Es absolutamente necesario para los religiosos, casi necesario para los seculares; pero muchas personas que se beneficiarían

enormemente de este sagrado ejercicio, se ven disuadidas de practicarlo por dificultades imaginarias, suponiendo que solo está destinado a quienes han alcanzado un alto grado de perfección, o que aspiran a una gran santidad; otros, que realmente desean practicar la meditación porque creen que es agradable a Dios, y que le aman demasiado como para temer dolores o problemas cuando hay esperanza de hacer Su voluntad más perfectamente, a menudo se encuentran en grandes dificultades, por no saber cómo comenzar la buena obra.

Desafortunadamente, muchas de las instrucciones y recomendaciones para la meditación son mucho más adecuadas para la comprensión de quienes la han desarrollado durante años que para quienes necesitan ser enseñados de la manera más sencilla. No ofrecemos el siguiente consejo a quienes ya han meditado durante años, y de quienes estaríamos encantados de aprender cosas superiores; pero para quienes comienzan a practicar la meditación, ya sea en el mundo o en el claustro.

Y, primero, consideremos qué es la meditación. Meditar significa pensar en cualquier cosa. Meditamos todo el día, durante todo el día pensamos más o menos intensamente en algún tema.

Si vamos a emprender un viaje, meditamos o pensamos en ello: (1) cómo viajaremos; (2) sobre el lugar al que vamos; (3) sobre los amigos que esperamos encontrar cuando lleguemos al final de nuestro viaje. Ahora bien, si queremos pensar en cosas espirituales, es decir, "hacer una meditación", debemos actuar de la misma manera.

Por ejemplo, si deseamos meditar sobre el cielo, debemos pensar: (1) cómo podemos llegar allí de la forma más segura y segura; (2) intentaremos recordar todo lo que hemos oído al respecto; (3) pensaremos en los amigos que esperamos encontrar allí. ¡Ah! Esos son nuestros mejores amigos; ¿Quién fue recibido al final del viaje más largo con la mitad del amor con el que Jesús y María nos recibirán cuando lleguemos a nuestro hogar celestial?

Ahora bien, en los asuntos ordinarios de la vida, cuanto más importante es el tema sobre el que pensamos, más cuidadosamente empleamos esos tres poderes de nuestra mente: nuestra memoria, nuestra comprensión y nuestra voluntad. Si estamos pensando o meditando sobre un viaje (para continuar la ilustración ya usada), usaremos nuestra memoria para recordar lo que hemos leído, o conocido por experiencia, sobre una empresa

similar; Usaremos nuestra comprensión para descubrir hasta qué punto estos recuerdos nos ayudarán en nuestro propósito actual; y usaremos nuestra voluntad para querer o determinar lo que pretendemos hacer.

Usamos estos poderes del alma constantemente, y en el mismo orden mencionado arriba, todos los días de nuestras vidas; Sin embargo, cuando nos dicen que los usemos en la meditación, creemos que es algo muy difícil, simplemente porque los términos son nuevos para nosotros y los cuales se describe lo que hemos hecho y estamos haciendo cada día.

Observa cómo podemos usar nuestra memoria, comprensión y voluntad cuando meditamos o pensamos en el cielo. Utilizamos nuestra memoria recordando algún texto de las Escrituras, como: "En la casa de mi Padre hay muchas mansiones;" o algún tema, como nuestro Señor Jesús sentado a la derecha de Dios Padre; y tratamos de imaginarnos, es decir, recordar, o recordar, todo lo que hemos oído sobre el cielo, sus alegrías, su paz, su belleza, su eternidad; Luego usamos nuestra comprensión intentando comprender o aprender qué puede ser beneficioso para nosotros de esta meditación.

Aprendemos o entendemos de ello que lo que ocurre en el tiempo tiene poca importancia, porque el tiempo es tan corto y la eternidad tan larga; aprendemos que Dios ha preparado para nosotros alegrías que ningún corazón humano puede imaginar, y que nuestro único gran objetivo en la vida debe ser prepararnos para esas alegrías eternas.

Entonces usamos nuestra voluntad, para querer o resolver, con todo nuestro corazón, para prepararnos para el cielo, para vivir para el cielo, para eliminar todo obstáculo, por grande que sea, que pueda impedirnos llegar al cielo; Y esto nos lleva al gran fin de la meditación: la oración mental.

Para muchas personas, la oración mental suena tan terrible y difícil como la meditación; Pero así como confiamos en que la meditación ya no parecerá difícil, ni siquiera para los más simples y desconocidos, esperamos que la oración mental también parezca fácil y atractiva. La oración mental simplemente significa orar en nuestra mente. Cuando rezamos con los labios para que se escuche un sonido, estamos usando la oración vocal; cuando oramos en nuestro corazón, para que nadie más que Dios pueda oírnos, estamos usando la oración mental; y aquellas mismas

personas que se asustan ante la idea de la oración mental, sin embargo, a menudo la hacen de forma inconsciente.

La oración mental es el fin de la meditación, porque la oración es aquello que más nos une a Dios. Meditamos o pensamos en cosas sagradas, para que nuestro pensamiento termine en oración; Incluso mientras meditamos o pensamos en lo que vamos a hacer, ese pensamiento puede acabar en hacer.

Toda la planificación y el pensamiento sobre un viaje nunca nos llevarían ni un paso en la carretera, a menos que actuáramos según lo que pensamos; Y toda la actuación podría acabar muy mal si actuáramos sin pensar o meditar antes. Y si consideramos a una persona muy insensata que asumió cualquier deber o ocupación importante —que empezó a construir una casa, o emprendió un viaje, sin haber pensado en lo que iba a hacer—, ¿cuánto más necio deberíamos considerar a quienes nunca piensan en esos deberes de suma importancia —en ese viaje que no puede realizarse una segunda vez, ¡Para corregir los errores del primero!

No podemos sobrestimar la importancia de la meditación diaria.

Hay pocas personas en el mundo tan ocupadas que no puedan dedicar diez minutos cada día a esta tarea. Diez minutos para Dios, dejan veintitrés horas y tres cuartos para el mundo y para uno mismo. Pero algunos pueden objetar que escuchan misa a diario y, por tanto, realmente no pueden dedicar más tiempo a la devoción. ¿Por qué no hacer una pequeña meditación al comienzo de la Misa?

Nadie sabe qué gana el alma en estabilidad de propósito y en ayuda para las necesidades diarias, hasta que han intentado dedicar siquiera diez minutos al día regularmente a la meditación.

Sería imposible aquí entrar en todas las razones de esta afirmación, pero dos pueden mencionarse brevemente: primero, forma el hábito de llevar la mente a pensar en Dios; y segundo, la consideración diaria de las diversas circunstancias en la vida de nuestro Señor divino, aunque sea por unos momentos, lleva al alma insensiblemente a amarle cada vez más.

Pero cuanto más beneficiosa sea la meditación para nosotros, más intentará el diablo impedirnos intentarla; y si lo intentamos, para

evitar que lo continuemos de forma constante. Nos persuadirá para que la omitemos en cualquier excusa posible, pero debemos estar preparados para esto y decidir no permitir excusas. Intentará distraernos, hacernos sentir cansados; no, incluso para inspirarnos un absoluto disgusto hacia ella; de modo que casi nos sorprenderemos nosotros mismos de nuestra antipatía, y de descubrir que preferiríamos hacer cualquier cosa en el mundo antes que pensar en Dios durante unos minutos.

Además, nos permitirá disfrutar de la devoción en otros momentos; Pero en el momento exacto en que deberíamos meditar, resultará realmente desagradable. Las almas han sido probadas así durante años, incluso en el claustro, incluso en los tiempos designados para la devoción al santísimo Sacramento. Para esta prueba solo hay un remedio: una firme determinación de hacer nuestra meditación, o nuestra visita al Santísimo Sacramento, en el momento y en el tiempo designado. ¡Felices los que perseveran hasta la muerte resistiendo esta tentación! Aunque todo el tiempo de meditación se pase en sequedad y distracción, hay una gracia, sobre todo, hay una fuerza que puede ser sentida, y se siente, por el alma fiel; y incluso una omisión, una meditación entregada al tentador, deja una debilidad del alma que puede no recuperarse hasta dentro de muchos días.

Concluiremos con lo que esperamos pueda ser útil para los principiantes.

INSTRUCCIONES SENCILLAS PARA LA MEDITACIÓN

1. Lee una parte de la meditación que planeas hacer por la noche e intenta recordarla cuando te despiertes por la mañana. Esto se llama preparación remota.

2. Fija una hora para meditar lo antes posible por la mañana; comienza intentando recomponerte y diciendo el Veni Creador, o, si tu tiempo para meditar es muy corto, di solo un verso de ese himno. Recuerda que solo el Espíritu Santo puede enseñarte a orar, así que debes ser muy sincero al invocar Su ayuda.

3. Luego lee detenidamente la meditación; Cuando lo hayas hecho, ejercita tu memoria pensando en el tema, tu comprensión intentando entrar en él y tu voluntad haciendo actos de fe, esperanza, caridad, etc. Recuerda, sin embargo, que la oración

mental es el gran fin de la meditación; y si el Espíritu Santo te ayuda a orar de inmediato, no esperes a pensar, sino que empieces a orar. Por ejemplo, si tu meditación es sobre el cielo, cuando la hayas leído, o incluso unas pocas líneas, si te sientes inclinado a descansar, en silencio, por así decirlo, pensando en lo feliz que será, lo bendecido que será ver a Jesús, etc., hazlo mientras te apetezca; pero si el primer pensamiento te hace desear orar para amar más a Dios, que te ha amado tanto como para prepararte cosas tan grandes, entonces ora durante todo ese tiempo.

4. Cuando el tiempo esté a punto de terminar, intenta formar una buena resolución y ponla en el Corazón de Jesús o María.

5. Entonces da gracias a Dios por las gracias que te ha dado, diciendo una pequeña oración vocal, y concluye todo con un breve examen de conciencia sobre la meditación solo; preguntarte primero, si intentaste ser fiel al tiempo asignado; y en segundo lugar, si hiciste todo lo posible por aprovecharla bien. También es muy recomendable, al comenzar una meditación, especialmente cuando se pueden dedicar veinte minutos o media hora a ella, ofrecerla para algún propósito especial y solicitar alguna gracia especial por ella; tales que la ofreciera a nuestro Señor para obtener la gracia de la paciencia, la resignación, la mansedumbre, la obediencia, la recuerdo, etc., y que le pidiera que nos diera un aumento de esta gracia mediante la meditación. Pero lo mejor es la sinceridad; comenzar suplicando fervientemente la ayuda del Espíritu Santo, y con un firme propósito de resistir todas las distracciones y no dejar que el tiempo se nos escape sin hacer nada.

¡Ay! ¿Qué no perdemos cada día en nuestras devociones por falta de sinceridad? Si nos dieran diez minutos o media hora cada día para recoger polvo de oro, ¡cuánto esforzaríamos para conseguir el tiempo asignado! ¿No trabajaremos también con todo el arvor por un tesoro celestial?

No hagáis que hagamos escrúpulos de omitir el tiempo de meditación, ni de desperdiciarlo. Incluso en la enfermedad, y en enfermedades muy graves, podemos obtener un beneficio incalculable con unos pocos momentos de pensamiento en Dios, en o cerca del momento en que normalmente meditábamos.

Si no podemos pensar, podríamos decir un Ave María, o un verso de un himno; y cuando nuestra enfermedad no es tan grave como

para impedirnos esforzar un poco la mente, aunque por debilidad no podamos meditar, podemos encontrar gran ayuda y consuelo en leer unas pocas palabras de un libro espiritual; Tampoco deberían quienes realmente y constantemente sufren tener reparos en sustituir la lectura espiritual, que generalmente termina en meditación, por la meditación más exacta que debería hacerse en circunstancias ordinarias.

Amar más a Dios es el fin de nuestra vida; ¿y cómo le amaremos si no pensamos en Él y conversamos con Él para conocerle cada vez más?

Convento de las Clarisas,

Kenmare, condado de Kerry,

Fiesta del Patronato de Nuestra Señora, 1865.

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación I - Especialmente para el Domingo de Adviento

El corazón del Niño Jesús, nuestra luz venidera

"He aquí que viene el Señor, y todos sus santos con él; y en ese día habrá una gran luz." Todos. Ant. en Lauds.

"Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces más, como la luz de siete días, en el día en que el Señor vendará la herida de su pueblo y sanará la carga de su herida." (Es. xxx. 26.)

1º Preludio. - Representa para ti el Corazón del Niño Jesús en el vientre de María como una llama de luz clara y hermosa que viene a iluminar a todas las naciones. Representa también para ti la terrible luz de la segunda venida, que será abierta y manifestará para todos.

2º Preludio. - Ora para que puedas ser tan iluminado por la luz de la primera venida, que no te asuste la luz de la segunda venida.

Primer punto. - Mira el corazón del Niño Jesús. Permanece oculta en el vientre de María, así como su bendita Humanidad estará oculta en el sagrario en el sagrario. ¡Oh, qué luz tan santa, hermosa y pacífica es la luz del Corazón Infantil de Jesús! ¡Cómo anhela salir y manifestarse a todos, consolar, instruir, iluminar! ¿Anhelamos también recibir esta luz? ¿Rezamos con todo nuestro corazón para que nos llegue y para estar preparados para recibirlo? Por muy grande que sea nuestra iluminación espiritual, seguimos estando, en cierta medida, "sentados en la oscuridad y a la sombra de la muerte." Pero la luz viene; Ya podemos ver el amanecer sobre la montaña. Cuando nació María, el primer rayo de luz teñió el cielo oriental; cuando nació Jesús, la luz de esta luna mística era como la luz del sol verdadero, debido a su perfecta unión con Él; y la luz del sol era siete veces mayor, como la luz de siete días. La luz era siete veces mayor; es decir, la luz era perfecta, porque era la luz de Dios.

Segundo punto. - Suplicemos al Niño Jesús que nos ilumine de esa manera particular en la que más necesitamos luz. Todos nacemos "ciegos" por el pecado de nuestros padres; y, desafortunadamente, aunque hemos obtenido luz en las aguas del bautismo, demasiadas veces, por nuestra propia culpa, recaemos en la ceguera más o menos intensamente. A veces no deseamos ver el pecado que deberíamos abandonar, ni la virtud que deberíamos practicar, porque nos costaría algo actuar según esta luz; A veces nos beneficiamos tan poco de la luz, que se nos retira, o no se imparte en la plenitud y el brillo con los que se favorecen las almas más fieles. Hay almas en las que la luz de Dios brilla tan intensamente, que no pueden cometer la sombra de una imperfección sin percibirla inmediatamente; Hay almas en las que esa luz brilla con tal resplandez, que ven incluso la sombra de un motivo imperfecto en la mejor acción que realizan. ¿Por qué no deberíamos ser así favorecidos? No es porque la luz no quiera venir, sino porque nosotros no queremos recibirla.

Tercer punto. - ¿Qué haremos para obtener esta gran gracia? Vamos con María. Dediquemos nuestro Adviento a María. Consacreemos cada

pensamiento, palabra y acción a María durante esta santa temporada; y entonces, en la bendita mañana de Navidad, ella misma pondrá a su Niño en nuestros brazos; más bien, ella le depositará para que descanse en nuestros corazones; y es tan obediente a su dulce madre, que nunca se despertará del corazón en el que ella lo coloca, a menos que venga a llevárselo. ¿No la obligaremos a hacerlo? El Adviento debería ser un tiempo de devoción especial a María. Jesús vuelve a yacer místicamente en su vientre. De nuevo suplica incansablemente por su pueblo, como suplicó en aquel bendito Adviento cuando Él tomó carne de su carne y hueso de su hueso. Oh, arrodillémonos ante ella ahora como nos habría arrodillado ante ella entonces, e implorémosle que interceda por nosotros ante Jesús, que nos consiga que Él sea realmente nuestra luz, y que nunca seamos del número de los que prefieren la oscuridad. Entonces, en efecto, podemos esperar que la luz de Su segunda venida sea una luz de gloria para nosotros, y no una luz de condena.

Aspiración. - Ven e ilumínames, oh dulce Niño Jesús.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Procede a la segunda meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación II - Lunes

El corazón del Niño Jesús, nuestro rey venidero

"Levanta tus ojos, oh Jerusalén, y contempla al poderoso Rey." Ant. en Magnificat.

"El Señor será rey sobre toda la tierra." (Zaca. xiv. 9.)

1º Preludio. - Representa ante ti al Niño Jesús como un rey que viene ahora a dar a luz, y como un rey que viene después a juzgar.

2º Preludio. - Ruega para que seas uno de los súbditos fieles de este Rey, para que no seas castigado en el futuro con sus enemigos.

Primer punto. - Considera el trono de este Rey Infante. Está en el corazón de María, el único corazón humano en el que Él pudo reinar supremamente. Oh, cómo amaríamos ese corazón, cómo deberíamos honrarlo, más grandioso y magnífico que el trono de marfil de Salomón, "cubierto con el mejor oro" (3 Reyes, x. 18); más bella y más hermosa que su litera de la madera de Líbano, con "sus pilares de plata, su asiento de oro, su ascenso de púrpura y el centro cubierto de caridad para las hijas de Jerusalén" (Cán. iii. 10); porque no hay caridad como la caridad del corazón de María, ¡y allí reina nuestro Niño Jesús! ¡Oh, vamos a adorarlo allí! Posmémonos ante Él, "el Señor, el Rey venidero. Oh, adoremos." Ofrézamos nuestro homenaje a Él a través del corazón de María; Arrodillémonos en espíritu al pie de este "trono de marfil", de donde nadie se siente rechazado. Aquí se recibirá toda petición; aquí encontraremos a nuestro mejor y más seguro defensor ante el Rey.

Segundo punto. - Pero Jesús no siempre permanecerá en este hermoso trono de marfil. No busca cama púrpura para su descanso. ¡Ay! ¿no ha venido a morir en un sofá cubierto de púrpura —la prenda púrpura de su sangre más preciada? Pero cuando el dulce Jesús salga del corazón de María, buscará otros corazones donde reinar. ¿No le ofrecemos la nuestra? Más bien, ¿no deberíamos suplicarle que los acepte? ¡Oh, preparemos nuestros corazones para ser Su trono! Él sale de un corazón que nunca le dio un momento de dolor, de un corazón donde todo estaba sujeto a Su dominio, de un corazón que nunca le hizo derramar una lágrima de dolor ni suspirar de angustia; y viene a los corazones que le tratarán con frialdad, con indiferencia — ¡ay! Dios mío, que sea verdad - a corazones que le traten con ingratitud, con crueldad, que incluso se atrevan a odiarlo. ¡Oh dulce Niño Jesús, cuánto debes amarnos, cuando Quieres dejar ese corazón dulce y tierno por esos crueles y malvados!

Tercer punto. - Considera la gentileza de este Rey Infante. Viene como el Príncipe de la paz. ¡Oh! seguramente nos esforzaremos por alejar a todos sus enemigos. ¡Cómo podríamos soportar que nuestro joven príncipe fuera

molestado y molestado! Seguramente, por amor a Su ternura infantil, haremos todo lo posible para preparar nuestros corazones para Su reinado, y nos aseguraremos de que Él gobierne sin ser molestado. No habrá Herodes cruel que lo ahuyente, que busque la vida del joven niño. ¡Ay! si por desgracia fuéramos culpables de pecado mortal, buscaríamos Su vida. Pero nos aseguraremos de que ningún rumor de miedo le llegue, que ninguna imperfección, si es posible, al menos que ningún pecado venial deliberado le perturbe. ¡Ay! si no le permitimos que reine ahora en nuestros corazones como Rey de la paz, reinará en adelante como Rey de la venganza. Pero si ahora somos Sus fieles súbditos, ¡oh, qué alegrías y glorias preparará para nosotros cuando nos llame al cielo, a su reino, para las eras eternas!

Aspiración. - Ven y reina sobre nosotros, oh dulce Niño Jesús.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Volver a la Primera Meditación... Procede a la Tercera Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación III - Martes

El corazón del Niño Jesús, Nuestro Próximo Legislador

"Nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus caminos: porque la ley saldrá de Sion y la palabra del Señor desde Jerusalén." (Es. ii. 3.) 1ª lección en Maitines.

1º Preludio. - Representad al Niño Jesús como vuestro legislador.

2º Preludio. - Ora con fervor para que tengas la gracia de obedecer todos sus preceptos.

Primer punto. - Considerar el cargo y la autoridad de un legislador. Implica un poder para ordenar y un poder para hacer cumplir la ejecución de órdenes. Nuestro Niño Jesús viene ahora para cumplir la primera de estas funciones; Vendrá una segunda vez para obligar a esta última. Jesús viene ahora para darnos leyes, explicarlas y ejemplificar en Su propia persona cómo debemos practicarlas. Nos dice que seamos mansivos y de corazón bajo; Nos explica la naturaleza de esta mansedumbre y humildad, y practica la lección que enseña, para que no tengamos excusa si nos negamos a obedecer la ley. No podemos quejarnos de no entender lo que se ha explicado completamente; No podemos quejarnos de no poder hacer lo que otros han hecho. Y así nuestro querido Niño Jesús ha explicado y practicado cada precepto que Él ha dado. ¿Qué excusa podemos encontrar entonces para la desobediencia?

Segundo punto. - "Él nos enseñará sus caminos." Ya no debemos seguir nuestro propio camino. Los caminos del Niño Jesús pueden ser difíciles de aprender al principio, pero recordemos que son los caminos de un Dios. ¡Oh! clamemos a Él con todo nuestro corazón: "Enséñame tus caminos." Sus maneras no son como las nuestras. Nuestros caminos son los caminos de la ignorancia, los caminos del pecado, los caminos de los mortales miopes; los caminos del Niño Jesús son los caminos de la sabiduría eterna, los caminos de la santidad perfecta, los caminos de un Dios omnisciente. Lloremos ante Él por haber seguido tanto tiempo nuestros propios caminos, por haber estado tan temiblemente empeñados en ellos, hasta nuestra propia destrucción, si no fuera porque su misericordia nos hubiera salvado. Pero también debemos "caminar por Sus caminos". Todo lo que Él nos enseña a hacer, ya lo ha practicado. Los legisladores de este mundo pueden dictar leyes frías y severas que nunca pretenden respetar; pueden escribir sus leyes con sangre, con la sangre de aquellos a quienes empujan al pecado y a la desesperación mediante crueles actos, pero no es así con Jesús. Él es el primero, el único legislador que guarda sus propios preceptos antes de pedir a otros que los respeten; y si sus leyes estaban escritas con sangre, es su propia sangre, su sangre más preciada, que ha derramado incluso siendo un infante, para expiar las transgresiones que sabía que cometiríamos contra las bendidas, santas, pacíficas leyes que vino a promulgar. ¿Hubo alguna vez un legislador que muriera para expiar los pecados que se

cometían contra sus leyes, que sufriera la muerte porque la justicia debía tener lo que debía, y prefiriera sufrir en lugar de los culpables?

Tercer punto. - Oh mi Salvador, mi dulce Niño Jesús, enséñame. Intentaré escuchar con timidez, obedecer fielmente. Mi dulce pequeño Legislador, no soporto pensar que sufras porque yo pecaré - porque yo quiero pecar. ¡Oh, quítame mi voluntad, mi voluntad malvada, ya que te causa tanto sufrimiento! Te entrego mi voluntad: ¡oh, dame la tuya a cambio! Escucharé Tu susurro más bajo. Escucharé y obedeceré Tu voz en los deberes de mi estado, en los requisitos de mi santa Regla, en la más mínima indicación del deseo de mi Superior. Oh, mi dulce Legislador Infante, estaré tan ansioso por obedecerte que consideraré hasta la más mínima insinuación de tu voluntad como un tesoro, sobre todo cuando contradice la mía; y buscaré Tus pasos, y caminaré por Tus caminos, los caminos de la humilde obediencia sin demanda, los caminos que conducen al Paraíso, adonde Tú me llevarás, oh mi Amor Infantil; donde no habrá otra ley que el amor, y donde el amor nunca será llorado ni desobedecido.

Aspiración. - Dulce Niño Jesús, gobiérname y guíame por siempre.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Volver a la Segunda Meditación... Procede a la Cuarta Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación IV - miércoles

El corazón del Niño Jesús, Nuestro Príncipe Venidero

"Y el Señor me dijo: Esta puerta se cerrará; no se abrirá, y nadie pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel ha entrado por ella, y será cerrada para el Príncipe." (Ezech. xliv. 2.) Respuesta, 2ª lección en Maitines.

1º Preludio. - Representa para ti la visión de Ezequiel, y contempla a María, la puerta cerrada por la que solo el Príncipe puede entrar.

2º Preludio. - Ora para que cuando Jesús entre en tu corazón, en el adorable Sacramento de Su amor, puedas cerrar su puerta, y que nadie más que el Príncipe entre en ella.

Primer punto. - Consideremos la magnificencia de los tipos que prefiguran la venida de Jesús y las glorias de María. ¿Qué más majestuoso, qué más sublime que este tipo de puerta oriental, por la que solo el Príncipe podía entrar, y que estaba cerrada para todos los demás? Bueno, que los santos Padres de la Iglesia adoren detenerse en la gran página profética. María abre la puerta de su vientre, Jesús sale, y está cerrada para siempre para el Príncipe, porque el santuario de lo OmniSanto no sea profanado por el toque mortal. Acerquémonos a esa puerta dorada; Arrodillémonos ante él. El Príncipe está dentro, aún místicamente oculto en sus abrazos; pero la puerta, la puerta dorada, siempre es accesible, y podemos hablar a través de ella con el Príncipe. ¡Oh, príncipe infante, ay! ¡que cuando se abra la puerta dorada y Tú salgas del refugio de ese templo, será para sufrir, para morir!

Segundo punto. - Pero también hay una puerta dorada por la que Jesús entra en nuestros corazones: un momento dorado cuando nuestro Príncipe Infante pide entrada. ¿Le hacemos esperar? ¿Debemos negarnos a admitirle? ¿Vamos a hacer retrasos y excusas? Puede que lo hayamos hecho hasta ahora, pero ahora ya no lo haremos. ¡Ven, dulce Jesús, ven! Tendremos también una puerta dorada, por la que solo el Príncipe entrará. Si otros deben tener lugares en nuestro corazón, deben entrar por puertas laterales, que vigilaremos con atención y rara vez abriremos; pero la puerta, la entrada dorada de nuestros corazones, estará abierta solo para el Príncipe. ¡Oh, maravilla de todas las maravillas, que Él se condescendiera a entrar allí! ¡Oh, tristeza de todas las penas, que descuidemos tanto a este huésped real, a quien sería nuestra gloria y alegría recibir con el más tierno afecto y la más profunda reverencia!

Tercer punto. - Tomemos a María como modelo al recibir a Jesús y al recibir a Jesús. Nos predestinó antes de toda la eternidad a ser Suyos, así como

predestinó a María para que fuera Su madre. Él preparó gracias para nosotros, así como preparó gracias para ella. Y mientras Él preparaba para ella esa gracia de gracias, a la que nadie más podría aspirar; como Él hizo esa puerta dorada para Sí mismo como entrada al santuario de su cuerpo, en el que habitaba; así ha preparado la puerta dorada del santísimo sacramento, para que así entre en nosotros y permanezca corporalmente con nosotros, mientras millones son privados de este favor indescriptible. ¿Alguna vez hemos considerado lo que le debemos a Dios por su providencia al permitirnos ser del mismo número de Sus hijos, en quienes Él entra, con quienes se une en el adorable Sacramento? ¿Alguna vez hemos hecho el Día de Acción de Gracias que deberíamos hacer por este enorme favor? ¡Oh! intentemos entender cuál es este favor, y entonces será más probable que mantengamos la puerta dorada cerrada para el Príncipe, que no dejemos que nadie más se acerque siquiera a ella; ¿qué puede ser digno de compartir nuestro amor con Dios mismo? ¿qué sacrificio puede ser demasiado grande para ofrecer en acción de gracias por el honor de la presencia del Príncipe?

Aspiración. - Oh dulce Niño Jesús, mi Príncipe, entra en mi corazón y cierra la puerta para que nadie más entre por ella.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Volver a la Tercera Meditación... Procede a la Quinta Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación V - Jueves

El corazón del Niño Jesús, nuestro Salvador que viene

"Pero miraré hacia el Señor, esperaré a Dios, mi Salvador: mi Dios me escuchará." (Micheas, vii. 7.) Ant. en Magnificat.

1º Preludio. - He aquí al Niño Jesús saliendo del vientre de María como nuestro Salvador.

2º Preludio. - Ora para que puedas obtener el pleno beneficio de la salvación que está a punto de alcanzar.

Primer punto. - Considera el significado de la palabra salvador y lo que implica. Implica un peligro del que se necesita liberación; Significa el entregador. El peligro es el pecado; El peligro es la ruina eterna; y tal es el peligro, que solo un Dios puede ser el libertador. ¡Oh, cómo ese Señor ha amado a sus criaturas! Su peligro no disminuía su seguridad; su ruina no pudo sacudir Su estabilidad; y sin embargo no puede descansar en Su seguridad, ni descansar en Su estabilidad, sin venir Él mismo a salvar y dar descanso a Sus criaturas. Bueno, que "miremos hacia" al Señor. Si estuviéramos pereciendo en un torrente, con qué ansia no miraríamos a un libertador que apareció en la orilla del río, apresurándose a ayudarnos. ¡Con qué esperanza, con qué amor deberíamos contemplarle! Y si supiéramos que ciertamente podría salvarnos, ¡con qué fe lo esperaríamos!

Segundo punto. - En Adviento debemos unirnos con toda la Iglesia en la espera de nuestro Libertador. Debemos ofrecer actos incesantes de fe en Su poder, de confianza en Su amor y de esperanza en Su bondad. Quizá nuestra liberación esté proporcionada a nuestra sinceridad en prepararnos para ello. Por encima de todo, debemos unirnos con María. Su pureza inmaculada, su amor ardiente, su fe perfecta, sus lágrimas y intercesiones incesantes, trajeron al Mesías del cielo, a quien su nación había deseado durante tanto tiempo. Entonces ofrezcamos nuestros deseos de liberación en unión con los de ella. Unirémonos a su fe, su esperanza y su caridad al esperar a Jesús. Roguemos que acepte sus sublimes actos de virtud en expiación por nuestra frialdad y, por su causa, que "venga y líbranos". No puede negarse a sus oraciones cuyo amor le ganó del cielo a la tierra. Si deseamos obtener favores y gracias especiales en Navidad, seamos devotos a María; preguntemos a través de ella en el Adviento. Ella es el tabernáculo ante el que deberíamos orar, y nadie se arrodilló ante ella en vano.

Tercer punto. - Esfuercémonos por determinar el peligro especial del que deberíamos pedir individualmente ser liberados. En el orden de la gracia,

como en el orden de la naturaleza, hay alguna enfermedad especial a la que estamos predispuestos, y que resultará nuestra ruina si no vigilamos sus síntomas y controlamos su progreso. ¡Qué cuidadosa y ansiosa vigilamos la enfermedad que nos cree en peligro! ¡Cómo protegernos de todo lo que pueda excitarlo o aumentarlo! Y luego, si se detecta el menor peligro, ¡qué rápido consultamos al médico, qué implícitamente seguimos sus órdenes! Ojalá Dios nos preocupara la mitad por la enfermedad constitucional de nuestras almas. Pero empecemos ahora; consultemos a nuestros médicos espirituales, empleemos los remedios que prescriben y nos ocupemos durante este Adviento en implorar a nuestro venidero Salvador que nos libre de esta enfermedad, cuyo peligro Él conoce mejor que nosotros.

Aspiración. - Corazón de mi Niño Jesús, ven y libérame.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Volver a la Cuarta Meditación... Proceda a la sexta meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación VI - Viernes

El corazón del Niño Jesús, nuestro purificador venidero

"Y uno de los Serafínes voló hacia mí, y en su mano había una brasa viva, que había tomado con las pinzas del altar. Y él tocó mi boca y dijo: He aquí,

esto ha tocado tus labios, y tus iniquidades serán quitadas y tu pecado purificado." (Es. vi. 6, 7.) 2ª Lección en Maitines.

1º Preludio. - Representa para ti mismo el tema de la visión de Isaías: él "vio al Señor sentado en un trono alto y elevado, y su comitiva llenó el templo." Los Serafínes le asisten y claman unos a otros: "Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, toda la tierra está llena de Su gloria."

2º Preludio. - Ora para que seas tan purificado como para adorar dignamente a este Dios de los ejércitos.

Primer punto. - Considera al Niño Jesús como nuestro Purificador. Él viene para que toque nuestros labios, no con un carbón vivo del altar del sacrificio, sino con Él mismo, la Víctima del sacrificio. Así como los Serafínes adoraban temblando y pronunciando en esta maravillosa visión el Sanctus, Sanctus, Sanctus, que nunca cesa ante el trono eterno, así temblaban y adoraban pronunciar el mismo cántico de adoración cuando se arrodillaban ante María, cuando Jesús se sentaba en el trono real de su vientre real. Y, sin embargo, podemos atrevernos a acercarnos a esa majestuosidad sin miedo ni adoración. El Adviento debería ser para nosotros un tiempo especial de purificación. Debemos purificarnos para recibir a nuestro rey recién nacido en Navidad; debemos purificarnos para prepararnos para la llegada de ese Rey, ya no como un Infante y un purificador, sino como juez y dispensador de justicia. ¡Oh, busquemos que nuestros labios sean ahora purificados por el Sacrificio del Altar, para que sean dignos de la entrada eterna de nuestro futuro Esposo!

Segundo punto. - Considera las palabras de esta lección: "Clamaban unos a otros, Santo, santo, santo." Así también deberíamos clamar unos a otros, con nuestras palabras y nuestro ejemplo, Santo, santo, santo. Nuestro Dios es santo; Debemos ser santos. Nuestro Dios es santo; somos sus hijos; Los niños deben ser como su padre. Nuestro Dios que viene a nosotros es un Dios santo; No puede amar la iniquidad; Se alejará de nosotros si descubre que no estamos empeñados en liberarnos del pecado —de ese pecado del que viene a tal coste para liberarnos. Debemos dar buenos ejemplos unos a otros — ejemplos de fervor, ejemplos de caridad, ejemplos de devoción — clamando unos a otros: "El Santo viene; preparémonos para encontrarnos con Él."

Tercer punto. - Necesitamos dos tipos de purificación. Cuando el Serafín tocó los labios del Profeta, dijo: "Tus iniquidades serán quitadas y tu pecado será purificado." Nuestro Niño Jesús viene a tocar nuestros labios con el beso de la paz, para que Él imparte esta doble purificación. Primero, limpiará todos nuestros pecados pasados, es decir, "quitará nuestras iniquidades"; y debemos prepararnos para ello con una buena confesión,

una ferviente contrición y una digna penitencia. ¡Oh, qué sinceramente y especialmente debemos prepararnos para nuestra confesión navideña! Jesús viene a quitarnos los pecados; es muy poco que nos pide para obtener una gracia tan grande. En segundo lugar, nos purificará limpiándonos de nuestras imperfecciones y defectos diarios, y para ello debemos prepararnos comenzando ya a observar nuestras resoluciones con gran fidelidad, para que nuestro dulce Jesús solo encuentre aquellas imperfecciones que son casi inevitables para la fragilidad humana.

Aspiración. - Oh mi dulce Niño Jesús, toca mis labios y mi corazón, y purízame cada vez más.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Volver a la Quinta Meditación... Procede a la séptima meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación VII - Sábado

El corazón del Niño Jesús, el rocío místico

"Dejad caer rocío, cielos, desde arriba, y dejad que las nubes lluevan a los justos: que se abra la tierra, y brote un salvador." (Es. xlv. 8.)

1º Preludio. - Considera a tu Niño Jesús descendiendo del cielo como un rocío suave, para fertilizar la tierra; regando la tierra, que es María, y brotando como Salvador.

2º Preludio. - Reza para que el dulce Jesús deje caer rocío sobre tu alma, como una tierra mística, y brote la salvación en tu corazón.

Primer punto. - Considera la magnificencia y belleza de esta comparación... El rocío cae suavemente del cielo; y por este rocío místico podemos entender la Divinidad de Jesús. Viene del cielo, pero desciende a la tierra. Viene de arriba, pero cae, como una lluvia largamente esperada, en el vientre de María. Y María es la tierra, la tierra mística, en la que desciende la Divinidad, para que por el poder de esa Divinidad, que sola podría operar como una maravilla tan grande, pueda brotar un Salvador. ¡Oh, tres veces santo Rocío! ¡Oh, tres veces bendita Tierra! La tierra —es decir, el alma de María— ha anhelado, anhelado y rezado por ese Rocío. El ardor de sus deseos la ha traído desde el cielo. Una y otra vez lloró como nadie jamás lo había hecho, ni llorará: "Porque tú mi alma ha tenido sed; por Ti, mi carne, ¡oh, cuántas maneras!" (Salmo lxii. 2.) Tenía sed de su Dios, no solo para que su propia alma se llenara, sino para que su pueblo pudiera ser refrescado por las aguas vivas. Miró el mundo, reseca y reseca por los fuegos ardientes del pecado y la lujuria, y clamó a Dios para que viniera y liberara a su pueblo; y por ella Él vino.

Segundo punto. - Así como el primer hombre Adán fue formado de la tierra, el segundo hombre también se formó de la tierra virgen, María. Deja caer Su Divinidad, como rocío, en su vientre en el silencio de la noche, para que el brote de Su Humanidad germine en él. Viene con el silencio del rocío. Su descenso en su vientre fue oculto y silencioso; y así Su gracia llega incluso ahora, como un rocío suave y silencioso, al corazón de sus elegidos. ¡Oh, cuántas fervientes rezamos para que este místico rocío de la gracia descienda a nuestros corazones! Con qué fervor clamaríamos: "Porque mi alma ha tenido sed; por Ti, mi carne, ¡oh, cuántas maneras!" y cuando el rocío de la gracia nos haya suavizado y fecundado, entonces podremos esperar que Cristo se encuentre en nosotros, y que nuestra vida se una a la Suya, para que Él sea realmente nuestra vida.

Tercer punto. - Si deseamos este místico Rocío, si deseamos que Jesús germine en nosotros, asimilando nuestra vida a la Suya, busquemos este favor y gracia a través de María. Busquemos ser como ella en nuestras vidas, si deseamos en nuestra medida ser como ella en sus favores. Su corazón estaba preparado para este Rocío; Era calmado, amoroso y lleno de deseo de conseguirlo; y cuando el Rocío descendió a esa tierra virgen, ¡oh, qué fielmente correspondió con toda la fertilidad que ejercía! Es la calidad

del rocío para refrescar y fertilizar; recemos para obtener todo lo que nuestro venidero Salvador desea dar.

Aspiración. - Dejad caer rocío, cielos, desde arriba, y dejad que las nubes lluevan a los justos.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Volver a la Sexta Meditación... Procede a la octava meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación VIII - Domingo

El corazón de Jesús, la flor de la raíz de Jesse

"Y saldrá una vara de la raíz de Jessé, y de su raíz brotará una flor. Y el Espíritu del Señor descansará sobre Él." (Es. xi. 1, 2.) 1ª lección en Maitines.

"Bendito sea aquel que no se escandalize en mí." (Mat. xi. 6.) Evangelio para el segundo domingo de Adviento.

1º Preludio. - Representa ante ti al Niño Jesús como una flor que brota en el vientre de María.

2º Preludio. - Ora para que ames y aprecies esta Flor, y que se plante en tu corazón.

Primer punto. - Considera las palabras del Profeta: "Y saldrá una vara de la raíz de Jessé, y brotará una flor de su raíz. Y el Espíritu del Señor descansará sobre Él." Ya María está registrada en la página profética, aunque ya ha sido predestinada en los consejos eternos como la Madre de Jesús. Ella es la vara de la raíz de Jesse, la vara que lleva esta mística Flor. El tallo que sostiene la flor siempre corresponde en gracia y belleza a la flor que porta. Qué hermosa, entonces, es el tallo María, que lleva la Flor Jesús. ¡Oh, tallo más favorito! ¡Oh, santísima Flor! El tallo nutre y da vida a la flor. Hablando humanamente, el tallo es necesario para la flor. María nutre y da vida a Jesús; la savia de este tallo, es decir, la sangre de María, forma la sagrada Humanidad de la Flor Jesús. ¡Cómo deberíamos reverenciar ese tallo! ¡Cómo deberíamos honrarlo! ¡Cómo deberíamos esforzarnos por protegerlo de las explosiones de deshonra! ¡Cómo deberíamos regarla con lágrimas de amor y devoción!

Segundo punto. - La vara - María brota de la raíz de Jesse. "De la descendencia de este hombre, Dios, según su promesa, ha levantado a Israel a un Salvador, Jesús." (Hechos, xiii. 23.) María proviene de una familia real y una sagrada; pero mientras los progenitores suelen ennoblecer al descendiente de una casa real, el descendiente aquí ennoblece a sus progenitores. María no necesita gloria de ser de la raza de David, pero David se glorificará por toda la eternidad de que María brotó de su raíz. ¡Oh, qué profundamente había entrado esta raíz en el lecho de la humildad, ya que sus ramas ascienden tan alto! ¡Qué gran estabilidad es, ya que sostiene a un Dios! Qué maravillosa es su fertilidad, ya que produce al Autor de la creación. Inclinémonos en humilde homenaje ante esta planta, y adoremos a su Flor, que se ha llamado a sí misma la "Flor del campo y el Lirio del valle"; la flor del fértil campo de la virginidad de María, el lirio del profundo valle de su humildad más profunda.

Tercer punto. - Tengamos cuidado para que no nos "escandalizemos" por la humildad de esta Flor. Nuestro Señor mismo nos da esta advertencia en el Evangelio de hoy: "Bienaventurado el que no se escandalizará en mí." ¡Ay! qué temor hay de que podamos escándarnos con Jesús, cuando el propio Jesús consideró necesario pronunciar una bendición sobre quienes no se escandalizaron con Él. Nos escandalizamos en Él cuando cuestionamos la sabiduría de sus providencias y el amor de sus providencias; nos escandalizamos en Él cuando no apreciamos la grandeza de Su humildad y la belleza de Su mansedumbre. El mundo de la herejía está escandalizado en Él, porque no se rebaja a honrar a quien ha rebajado tan bajo para exaltar. Cuidemos de no fallar, aunque sea en menor grado, en el honor debido al tronco de Jesse. Recemos para que esta Flor sea trasplantada a

nuestros corazones por sus bendecidas manos, y la rieguemos con nuestras lágrimas y la atesoremos con nuestro amor. Entonces podemos esperar que el Espíritu del Señor también descanse sobre nosotros y nos llene con sus siete dones.

Aspiración. - Dejad caer rocío, cielos, desde arriba, y dejad que las nubes lluevan a los justos.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Volver a la Séptima Meditación... Procede a la Novena Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación IX - Lunes

El corazón del Niño Jesús viniendo a liberar a los cautivos

"Me ha enviado a predicar a los mansos, a sanar a los arrepentidos de corazón, a predicar la liberación a los cautivos y la liberación a los encerrados." (Es. lxi. 1.) Ant. en Mag.

1º Preludio. - Representa ante ti al Niño Jesús viniendo como libertador, y al Rey Jesús viniendo como juez.

2º Preludio. - Ora para que cada año puedas prepararte de tal manera para el aniversario de su primera venida, de modo que puedas encontrarte con Él en su segunda venida sin temor.

Primer punto. - Considera la misión del Niño Jesús. Viene a predicar, a sanar, a liberar, a entregar. Nuestro propio Señor divino declaró que estas eran las características y pruebas de Su misión. Cuando Juan el Bautista envió a sus discípulos a preguntar si Él era el que "debía venir", Jesús demostró que era en realidad el Mesías tan esperado por sus obras. Debían ir y contarle a John lo que habían visto y oído; los milagros que habían visto realizados; y el evangelio que habían oído predicar. Y ahora nuestro dulce Niño Jesús viene de nuevo, por así decirlo, con el mismo trabajo, la misma misión. Nos predicará con Su ejemplo; Predicará humildad con su humildad, predicará silencio con su silencio, predicará caridad con su sobresaliente ejercicio de esa sublime virtud, predicará el amor a María con su propia conducta hacia su bendita Madre. Y si somos "mansos", le escucharemos y le obedeceremos. El pequeño Niño Jesús no ha venido a confundir a los orgullosos, a silenciar al fanfarrone, a humillar a los altivos; esta será Su obra en otra venida, cuando manifestará Su poder. Ahora solo viene para manifestar su misericordia. ¡Oh, recemos por la mansedumbre, la mansedumbre y sencillez de los niños pequeños, para que podamos oír y obedecer correctamente la predicación de este Niño!

Segundo punto. - Viene a curarse. O médico exitoso, que es tanto asesor como remedio. No debemos temer, por muy profundas que sean nuestras heridas, por mucho tiempo que hayan sido irritadas y pudridas, el pequeño Niño Jesús tiene cura para todos; una gota de sangre de Su Infante puede curar la herida más persistente y duradera. No nos quejemos más de nuestras imperfecciones, de nuestras tentaciones, de nuestras dificultades, de nuestra debilidad. Aquí tienes un remedio que no puede fallar. Durante todo este bendito Adviento, arrodillémonos en espíritu ante María, el tabernáculo donde descansa Jesús, y oremos a Él que venga y nos sane, y Él vendrá, y nuestra sanación será perfeccionada en proporción a la profundidad de nuestra contrición, porque Él ha venido a sanar al arrepentimiento de corazón.

Tercer punto. - Viene a liberar a los cautivos. ¡Oh! Nunca olvidemos que viene otro día —un día de miedo extremo— un día de angustia agonizante; un día en que Jesús vendrá, no para liberar, sino para atar; No para cumplir, sino para callarse. Y este día será esperado para nosotros el día de nuestra muerte. El año está pasando rápidamente. ¿Podemos saber si viviremos para ver el final de otro? ¿Estamos seguros de que este terrible día no llegará antes de otro Adviento? Si nos hemos preparado para ello y no llega, ¿seremos peores? Si no nos hemos preparado, y llega, ¡cuál será nuestro terror y consternación! ¡Oh! corramos hacia nuestro Niño Jesús y le

roguemos que nos libere ahora del pecado, para que no estemos eternamente atados por él.

Aspiración. - Oh dulce Niño Jesús, ven y sananos, ven y líbranos.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Volver a la Octava Meditación... Procede a la Décima Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación X - Martes

El corazón del Niño Jesús enviando un mensajero para preparar su camino

"La voz de quien clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, recta en el desierto los caminos de nuestro Dios." (Es. xl. 3.) Ant. en Mag.

1º Preludio. - Representaos al gran Profeta anunciando la venida de Jesús.

2º Preludio. - Ora para que puedas beneficiarte de todos los mensajes de gracia que Jesús te envía.

Primer punto. - Considera el amor supremo de Jesús al enviar un mensajero para preparar Su camino. Cuando los monarcas terrenales emprenden un viaje a una parte lejana de sus dominios, envían mensajeros antes que ellos.

Estos mensajeros tienen la misión de proveer para todas sus comodidades, de eliminar cualquier obstáculo para su avance, de advertir al pueblo de su llegada, para ocultar todo lo que pueda resultar ofensivo para los ojos reales, de desterrar toda apariencia de tristeza, de provocar celebraciones públicas. Pero nuestro dulce Niño Jesús no tiene tal propósito al enviar mensajeros delante de Su rostro. Oh, no. Su mensajero no tiene la misión de velar por sus consuelos, pues nuestro rey venidero, nuestro dulce Niño Jesús, ha renunciado a todos los consuelos. A su mensajero no se le ordena ocultar de la vista objetos de dolor y angustia que resulten una molestia para un monarca terrenal. No; se deseaba a los mensajeros de nuestro dulce Jesús que reunieran a los infelices y los miserables, para dar la bienvenida a los más infelices y a los más miserables; pues nuestro Príncipe Infante está contento de sufrir todo tipo de aflicciones él mismo, si tan solo puede consolar a uno de los más pobres de sus súbditos.

Segundo punto. - Consideremos a los mensajeros que emplea el Rey Infante. Antes de su primera venida envía al Bautista; pero Jesús siempre envía mensajeros delante de Su rostro, porque siempre viene a su pueblo con alguna gracia nueva, misericordia nueva, bondad nueva. ¿Cuántos mensajeros os ha enviado este año y cómo recibisteis a sus mensajeros? Cuando Él llegó, ¿estaba preparado el camino? Te envió un mensajero de advertencia, por el paso del tiempo, a finales del año pasado; un mensajero de recuerdos, por una breve retirada; un mensajero de recuerdo de su pasión, en Cuaresma; un mensajero de recuerdo de su amor, en Pascua. Quizá os envió mensajeros para decir que la tierra no era vuestro hogar, por la enfermedad y el sufrimiento, por pruebas amables, por tentaciones, por sabias y amorosas advertencias. Te envió mensajeros de gracias diarias, que, quizás, estabas demasiado ocupado con otras cosas para notar, o si los notabas, los habías olvidado. ¡Oh, si solo nos beneficiáramos de todos los mensajeros que Jesús nos envía, qué diferente sería nuestra vida!

Tercer punto. - La voz llora en el desierto. La tierra es un desierto para Jesús, porque su Padre no es amado ni honrado allí; Y sin embargo intentamos hacer del desierto un hogar, y nos maravillamos, pero no podemos acomodarnos en él. La voz llora en el desierto. Jesús a menudo se ve obligado a hacer un desierto para nosotros, porque no escuchamos Su voz, ni la voz de Sus mensajeros, en la ciudad abarrotada. Cuando el dulce Jesús quiere un alma solo para Él y quiere hacer grandes cosas en ella, la guía hacia las profundidades mismas del desierto. Le quita todo lo que ama; Hace la tierra completamente desolada; y Él la deja un momento para conocer y sentir la amargura y la angustia de esta desolación; y entonces, oh, entonces Él viene a ella mismo al desierto, y el desierto se regocija y florece como la rosa, y los ríos de aguas brotan, y el alma, suspendida entre el cielo y la tierra, yace en la cruz con Jesús, y vive solo para amar o sufrir, y el sufrimiento manifiesto aquí es solo alegría, Y el amor es su recompensa.

Aspiración. - Dulce Niño Jesús, hazme fiel a los llamados de Tus mensajeros.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Volver a la Novena Meditación... Procede a la undécima meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para el Adviento y la Pascua

por el autor de "Meditaciones para la Cuaresma", "San Francisco y los franciscanos", "La vida y revelaciones de Santa Gertrudis", etc. etc.

Meditación XI - Miércoles

El Corazón del Niño Jesús, el Cordero de Dios

"Envía, oh Señor, el Cordero, el gobernante de la tierra..." Y se preparará un trono en misericordia, y uno se sentará en él en verdad en el tabernáculo de David, juzgando y buscando juicio, y entregando rápidamente lo que es justo." (Es. xvi. 1, 5.) Lección en Maitines.

1º Preludio. - Representa ante ti mismo al Cordero Niño de Dios en el vientre de María, el tabernáculo de David.

2º Preludio. - Adórale en ese tabernáculo y ruega para que te gobierne de él.

Primer punto. - Jesús viene a nosotros ahora como el Cordero. Sabemos lo gentil, humilde, silencioso y sin quejas que es ese Cordero. Se usaban corderos para sacrificios, y Jesús viene para ser un sacrificio. Algún día le

veremos como el "Cordero que fue asesinado", y ese Cordero tiene un "libro de vida", en el que escribe los nombres de sus hijos. (Apocalipsis, xiii. 8.) ¡Oh, vayamos ahora a Él e implorémosle que escriba nuestros nombres en ese bendito libro! ¡Ay! que deben estar escritos con Su Sangre. Algún día veremos a ese Cordero "de pie en el monte Sion" (Apoc. xiv. 1), y con Él ciento cuarenta y cuatro mil con Su nombre y el nombre de Su Padre escrito en sus frentes. Y esas almas bendecidas que están cerca de este Cordero amable, que están más cerca de Él, que van dondequiera que Él va, esas almas que cantan un cántico que nadie más puede aprender, ¿quiénes son ellas? ¿Y por qué son tan maravillosamente favorecidos? También lo sabemos; son "vírgenes" y los primeros frutos de esa sangre preciosa que el Cordero viene a derramar, para que Él pueda comprarlos. ¡Oh, qué queridas son las vírgenes para Jesús, cuando Él las compra primero a los redimidos!

Segundo punto. - Pero el Cordero tiene un trono. Nos cuentan qué es el trono y cómo se preparó. El trono estaba "preparado en misericordia." Busquemos a este Cordero que viene, y pronto veremos dónde está entronizado. Él se sienta en el tabernáculo de David. María es el tabernáculo de David, donde está entronizado el Cordero, mil veces más bella y más magnífica que el Templo de Salomón, el pobre tipo de su perfecta santidad y belleza incomparable. Y si fue así honrada, y la Santa de los Santos tan reverenciada, porque contenía el arca y la nube de la chejina, ¿cómo será honrada y venerada quien contenía al Cordero de Dios? Su trono está "preparado en misericordia." ¿Quién puede imaginar la profundidad de la misericordia que preparó a María para ser el trono de la misericordia, el manantial del que la fuente de misericordia brotó sobre toda la tierra?

Tercer punto. - Jesús viene ahora como el Cordero. Viene a abrir el "libro sellado" (Apoc. v. 5) de la Encarnación, que nadie más pudo abrir. Se abren los sellos de la redención. Pero cuando el Cordero venga como el "León de la tribu de Judá", abrirá los sellos del juicio y derramará los frascos de ira. ¡Oh, suplicémosle que venga ahora como el Cordero, el Gobernante de la tierra! Somémonos a Su reinado suave, para que no nos veamos obligados a someternos a Él como el León de la ira y el juicio. Ahora viene como el Cordero, para darnos el vellón de Su justicia que nos cubra, el vellón de Sus méritos para santificarnos. Viene a darnos su sangre para purificarnos y su carne para alimentarnos. ¡Oh, cómo podremos amar lo suficiente a este dulce Cordero! Y si le recibimos con amor, cuando venga más allá como el León a un mundo culpable, vendrá como el Cordero a nosotros. Si ahora nos sometemos al gobierno del Cordero, el Cordero nos gobernará por toda la eternidad, porque aquellos "que han lavado sus túnicas y las han hecho blancas en la sangre del Cordero," le servirán día y noche; ya no tendrán hambre, ni sed, y el "Cordero los gobernará y los guiará a las fuentes de las aguas de la vida." (Apoc. vii. 17.)

Aspiración. - Ven, bendecido y dulce Cordero, ven rápido.

Formula tu resolución y colócala en el Corazón del Niño Jesús. Examen de la meditación.

Volver a la Décima Meditación... Más meditaciones disponibles en el libro

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para la Santa Cuaresma

por un miembro de la Compañía de Jesús

Meditación I - Especialmente para el Miércoles de Ceniza

Sobre la penitencia exterior y la mortificación

Primer punto. No hay nada más unido y menos unido que el alma y el cuerpo. Cuando uno avanza, el otro retrocede; cuando uno se eleva, el otro desciende; cuando uno está sano, el otro está enfermo; Cuando uno es fuerte, el otro es débil. Es necesario, entonces, para fortalecer y dar salud al alma, someter el cuerpo y debilitar sus malas propensiones mediante la penitencia y la mortificación.

No soy hombre si obedezco mis pasiones; No soy cristiano si no combato y supero mis pasiones; No soy un verdadero penitente si no mortifico mis pasiones. Como mi cuerpo está contaminado por el pecado, debería purificarse con el dolor; y dado que participa en los placeres del alma, debería regodearse compartiendo sus penas.

Segundo punto. ¿Cómo sé que mis pecados están perdonados? ¿Cómo sé que el dolor que merecen mis ofensas se anula? ¿Cómo sé que Dios no me

castigará en mi cuerpo? ¿Cómo sé que no me regañará en el alma? ¿Cómo sé que no me mirará con frialdad ni me permitirá caer en algún pecado grave? ¿Cómo sé que podré levantarme después de caer en ella?

Tercer punto. Si me perdono, Dios no me perdonará; si me amo a mí mismo, Dios no me amará; si me odio a mí mismo, Dios no me odiará; si me castigo a mí mismo, Dios no me castigará; si no excuso nada en mí, Dios lo perdonará a todos; si excuso todo en mí, Dios no perdonará nada; si soy indulgente conmigo mismo, Dios será severo; si soy austero y duro conmigo mismo, Dios será misericordioso.

¡Oh, alma cristiana! haz de tu cuerpo una víctima viva y una moribunda; mortifica tus pasiones, tus sentidos y tus deseos; mortízate en todo momento y en todos los lugares; Mortígate con celo, mortígate con discreción.

Procede a la segunda meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para la Santa Cuaresma

por un miembro de la Compañía de Jesús

Meditación II - Jueves

Sobre la penitencia exterior y la mortificación II

Primer punto. Haz una ofrenda gratuita de tu cuerpo a Dios, y Él te entregará su Espíritu. Sé atento y cuidadoso en la disciplina de tu exterior, y él cuidará y cuidará el interior. Haz todo lo que puedas, y lo que no puedas lograr, él lo hará por ti. Camina mientras puedas, y cuando te fallen

fuerzas, él te llevará en sus brazos. Ayuna con Jesús, para que comáis la Pascua con él.

Segundo punto. El ayuno es beneficioso tanto para el alma como para el cuerpo; Es un remedio eficaz para sus enfermedades. Nada es imposible para quien tiene fe; nada es difícil para quien ama; todo es posible para quien deposita su confianza en Dios. Ayuna si puedes, y convéncete de que puedes hacer más de lo que te imaginas capaz. El ayuno es bendecido por Dios, consagrado por su Hijo y observado por todos los fieles. Dios da fuerza a quienes ayunan, y priva de fuerza a los que no. La buena alegría y la comodidad lujosa son destructivas para la salud y la vida de todos los hombres; El ayuno y la abstinencia son remedios seguros que restauran la salud y prolongan la vida de todos los que los practican. Quien haya perdido su salud y fuerza por Jesucristo, recuperará todo lo que cree haber perdido. Quien desee preservar su cuerpo y su salud, en detrimento de los intereses de Jesucristo, perderá todo lo que espera conseguir.

Tercer punto. Por tanto, castigaré mi cuerpo como hicieron los Apóstoles, por miedo a ser encontrado entre los reprobados. Deseo, con todo mi corazón, seguir el ejemplo e imitar la vida de Jesucristo, para ser del número de los predestinados. Mortificaré mi cuerpo para curar las males de mi alma; Le privaré del poder de rebelarse, ayunando, lo que debilitará su fuerza. Mortificaré mis sentidos, para poder vivir una vida espiritual. Deseo morir con Jesús, para poder resucitar con Jesús. Deseo rayas y heridas, para poder convertirme en un verdadero miembro de su cabeza coronada de espinas; y si no tengo valor para imponerlos a mí mismo, al menos soportaré con gratitud cualquier aflicción que Dios considere oportuna, en su divina providencia, enviarme.

PALABRAS DE LAS ESCRITURAS

"La carne desexa al espíritu, y el espíritu a la carne; pues estos son contrarios entre sí." - Gálatas, v.

"Y los que son de Cristo han crucificado su carne, con sus vicios y concupiscencias." - Ibid.

"Si vivís según la carne, moriréis." - Romanos, viii.

"Porque la sabiduría de la carne es muerte; pero la sabiduría del espíritu es vida y paz." - Ibid.

"Maldito sea el hombre que confía en el hombre, y hace carne su brazo, y cuyo corazón se aparta del Señor." - Jeremías, xvii.

Volver a la Primera Meditación... Procede a la Tercera Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para la Santa Cuaresma

por un miembro de la Compañía de Jesús

Meditación III - Viernes

Sobre la excelencia de la mortificación

Primer punto. ¿Qué es la mortificación? Es una muerte por amor que destruye la vida criminal, separa la mente de los sentidos, separa el alma del cuerpo y la hace vivir en el espíritu.

Es un sacrificio de amor, en el que el Espíritu Santo es el sacerdote, el cuerpo es la víctima, el corazón es el altar, el dolor el cuchillo, el amor el fuego, gloria el fruto.

Segundo punto. ¿Qué es la mortificación? Es un martirio de amor, menos sangriento que un martirio de fe, pero más largo y agotador, más libre y (en cierto sentido) más voluntario.

¿Qué es la mortificación? Es una continuación del sacrificio de la pasión de Jesús, que provee todo lo que falta en sus sufrimientos; que transforma nuestros cuerpos en miembros de los suyos y los anima con su espíritu divino; que nos hace participar en sus penas, merecer sus gracias y, finalmente, elevarnos al trono de su gloria.

Tercer punto. ¿Por qué me mortifico tan poco? ¡Ay! es porque no amo a Jesucristo, y no soy uno de sus miembros animados por su espíritu; es porque llevo una vida sensual y carnal, y desprecio y me encojo ante sus

sufrimientos; es que soy esclavo de mi cuerpo, y busco solo los placeres de la carne, y no disfruto de los del espíritu, siendo mundano, sensual, voluptuoso y enemigo de Dios. ¡Oh! para que pueda morir de la muerte de los justos, viviré a partir de ahora la vida de los justos; A partir de este momento, me convertiré en víctima del amor, para poder morir en los brazos del amor divino.

PALABRAS DE LAS ESCRITURAS

"Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios." - Romanos, xii.

"Muero cada día." - 1 Corintios, xv.

"Con Cristo estoy clavado en la cruz." - Gálatas, ii.

"Que ahora os alegráis en mis sufrimientos, y llenad en mi carne las cosas que faltan de los sufrimientos de Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia." - Colosenses, i.

"Hombre infeliz que soy, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor." - Romanos, vii.

Volver a la Segunda Meditación... Procede a la Cuarta Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para la Santa Cuaresma

por un miembro de la Compañía de Jesús

Meditación IV - Sábado

Sobre las obligaciones que tenemos de meditar sobre la pasión de Jesucristo

Primer punto. El Hijo de Dios se complace mucho cuando reflexionamos sobre las penas de su amarga pasión; y le debemos este consuelo, ya que fue por nosotros que sufrió y se entregó como víctima voluntaria a la justicia de Dios, llevando en sí el castigo debido por nuestros pecados. Por ello descendió del trono de su esplendor a la derecha del Padre, y pasó su vida en la tierra en pobreza, humillación y miseria, "borrando", dice San Pablo, "la caligrafía del decreto que estaba en nuestra contra, atándolo a su cruz." Deberíamos entonces sufrir con paciencia y alegría, por amor a él, todo dolor, toda angustia, todas las heridas, que puedan sobrepasarnos. Pero solo nos pide que nos acerquemos y, al pie de la cruz, pensemos en el amor que le debemos y en las penas excesivas que ha sufrido por nuestra salvación. ¿Hay algo más justo? No obstante, nos ocupamos poco con tales reflexiones. Cuando se nos presentan a la mente, ¿no pensamos en ellos con ligereza y frivolidad, y sin interés, atención ni dolor? ¡Las grandezas, las vanidades y los placeres del mundo absorben nuestros pensamientos, mientras las penas y dolores de Jesús son olvidados! ¿Puede ser algo más injusto?

Segundo punto. No hay nada más dulce ni más consolador que meditar sobre la pasión de Jesús, porque nos revela el exceso de su amor tierno y compasivo, e inspira una esperanza viva y fuerte, de que Dios perdone nuestros pecados y sea misericordioso con nuestras debilidades. Porque el Hijo de Dios ha satisfecho la justicia de Dios Padre; Nos ha transferido los tesoros de sus méritos; y nos enorgulleceríamos más del precio que nos ha dado que de todas las bendiciones, gracias y alegrías que esperamos obtener de su infinita bondad.

Son dulces reflexiones y deberían llenar nuestras almas de consuelo. ¡Qué alegría y placer no deberíamos obtener de la fuente de toda gracia, que siempre está abierta y libre para el refresco de las almas!

He cometido muchos y graves pecados; mi conciencia está aterrorizada; pero ¿por qué debería ser derribado o perturbado, cuando recuerdo las heridas de mi Salvador, y que fue por mis pecados que las recibió? "No hay heridas, por mortales que sean", dice San Bernardo, "que no puedan sanarse con la muerte de Jesús."

Tercer punto. El recuerdo de la pasión de nuestro Señor nos es muy útil en nuestra guerra espiritual; porque nos hace vencedores sobre nuestros enemigos, que son el mundo, la carne y el diablo. El diablo nos tienta con la

desesperación o la presunción: la desesperación surge de la ignorancia de la misericordia de Dios, que entregó a su único Hijo a la muerte por la salvación de los pecadores y aceptó sus sufrimientos en pago de su deuda. Reveló su justicia en el trato riguroso que infligió a su único, su Hijo más santo e inocente, quien, vistiendo solo la imagen de un pecador y vestido a la sombra de nuestras transgresiones, se vio obligado a someterse al peso de su ira y a sufrir la pena de nuestra culpa.

La pasión de Jesús nos permite alcanzar la victoria sobre el mundo, que solo nos tienta con el amor y el placer, el miedo y el dolor; ¿Quién puede amar el placer cuando contempla al Salvador del mundo consumido por el sufrimiento? ¿Quién puede temer el dolor y la pena cuando reflexionan sobre que Jesús los prefirió a todo el esplendor y felicidad del paraíso?

La carne es nuestro enemigo más peligroso; es aquello que nos tienta tanto por amor como por miedo; pero la pasión de Jesús nos inspira horror por todo lo que ama, y con amor por todo lo que odia y teme. Cuando veo el cuerpo de mi Salvador cubierto de heridas, me veo obligado a gritar, junto con uno de los santos, con acentos de tierna remordimiento: ¡He aquí el mío, sin heridas!

¡Oh, Salvador de mi alma! ¿es sorprendente que yo, que medito tan rara vez sobre tu sagrada pasión, que me encojo horrorizado ante la contemplación de tus maravillosos sufrimientos, que desvío la mirada de tus heridas, ceda a las tentaciones cuando me atacan? Pero, a partir de ahora, estableceré mi residencia en el Calvario. Ahí deseo vivir - ahí deseo morir. No en Thabor comenzaré mi Cuaresma, sino en esta colina del dolor. Aquí diré: "Es bueno, Señor, que esté en este lugar." ¡Oh, espectáculo lleno de beneficio y consuelo, contemplar a un Dios que mure en una cruz por amor a los pecadores!

PALABRAS DE LAS ESCRITURAS

"Pensad diligentemente en aquel que soporta tal oposición de pecadores contra sí mismo, para que no os canséis, desmayándoos en vuestras mentes." - Hebreos, xii.

"Oh, todos los que pasáis por el camino, atened y veed si hay dolor como el mío." - Lamentaciones, yo.

"Porque no juzgué que yo mismo conocía nada entre vosotros, sino Jesucristo y él crucificados." - 1 Corintios, ii.

"No olvides la bondad de tu confianza, porque él ha dado su vida por ti." - Eccles. xxix.

"Cristo, por tanto, habiendo sufrido en la carne, estés armado con el mismo pensamiento." - 1 Pedro, iv.

Volver a la Tercera Meditación... Procede a la Quinta Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para la Santa Cuaresma

por un miembro de la Compañía de Jesús

Meditación V - Domingo

Sobre las causas de la tentación

El Evangelio

Matt. iv. 1-11.

"En aquel tiempo, Jesús fue guiado por el espíritu hacia el desierto, para ser tentado por el diablo. Y cuando ayunó cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Y el tentador que vino le dijo: Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se hagan pan. Quien respondió y dijo: Está escrito: No solo en pan vive el hombre, sino en toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el diablo lo llevó a la ciudad sagrada, lo puso en una cima del templo y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, lánzate a ti mismo; pues está escrito: Ha dado la orden de sus ángeles sobre ti; y en sus manos te levantarán, no sea que no te golpees con el pie contra una piedra. Jesús le dijo: Está escrito de nuevo: No tentarás al Señor tu Dios. De nuevo el diablo lo llevó a una montaña muy alta, le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todo esto te lo daré, si caes y me adoras. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás; porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y solo a

él servirás. Entonces el diablo lo abandonó; y, he aquí, los ángeles vinieron y le atendieron."

SOBRE LAS CAUSAS

Primer punto. ¿Por qué nuestro Señor dejó que se dejara tentar? Fue para vencer a nuestro enemigo, enseñarnos a luchar, inspirarnos con valentía, animarnos con su ejemplo, humillar al diablo que triunfó sobre Adán, reparar el pecado de nuestros primeros padres y rescatarlos de su condición caída, dando a sus hijos el poder de triunfar sobre el diablo.

Segundo punto. ¿Por qué me tienta? Es porque eres orgulloso, porque no proteges tus sentidos, especialmente tus ojos y oídos, porque estás bajo el dominio de malos hábitos, que mantienen correspondencia con el diablo; quizá sea porque no estás en el orden o estado en el que Dios desea que estés, y no has seguido tu vocación; es que tu corazón está apegado a criaturas, o que no estás suficientemente ocupado; es que eres un hombre, un hombre pecador y un cristiano, y que solo deseas felicidad y consuelo. Porque un hombre, ser libre no siempre está decidido a hacer el bien; Pero el pecador, siendo esclavo, está bajo el dominio de quien ha conquistado. El cristiano, siendo soldado, nunca debería relajar su guerra ni dormir en su puesto. Si los justos desean ser coronados, primero deben ser probados por la tentación.

Tercer punto. ¿Por qué me ha tentado el diablo? Porque odia la imagen de Dios, que llevas en ti; porque siente envidia del hombre y desea que esté en su propio lugar; porque busca hacerte su esclavo y compañero de sus penas. Es para este fin que desea entrar en tu corazón, que es el trono de Dios, para ser adorado en él; se esfuerza por profanar su templo y santuario; desea expulsar a Jesucristo de su reino, que está en ti; desea crucificarle de nuevo, en tu alma, y renovar las ignominias de su pasión. ¿No le ayudas en sus planes maliciosos? ¿No satisfaces sus ambiciosos planes? Lo haces tan a menudo como aceptas sus tentaciones.

Cuarto punto. ¿Por qué Dios me permite ser tentado? Por su gloria y tu bien. Desea saber si realmente le amas; quiere que te conozcas a ti misma, que te hagas consciente de tus debilidades y te obligue a recurrir a él; Desea demostrar tu virtud, depender de él, prepararte para el combate, separarte de las criaturas y hacerte digno de la vida eterna.

¡Oh, Jesús, Salvador de mi alma! ya que has sido tentado, ya no me sorprende que yo también sufra tentaciones. Es bueno para mí conocerte y conocerme a mí mismo. La tentación es necesaria y beneficiosa para mí, porque me hace humilde y me impide ser presuntuoso. Déjame ser tentado, Dios mío, y demuéstrame para ver si hay alguna iniquidad en mí. Oh, no,

Dios mío, no me tientes; ¡Conozco demasiado bien mis miserias! Líbrame rápido de la tentación, al menos fortalecedme contra sus ataques y dadme el valor para vencerla. Satanás apunta tanto a ti como a tu siervo. Por tanto, defiéndete a ti mismo y a tus intereses en mí, contra tu enemigo y los míos.

PALABRAS DE LAS ESCRITURAS

"Dios tentó a Abraham." - Génesis, xxii.

"No temas; porque Dios ha venido a demostrarte." - Éxodo, xx.

"Ananías, ¿por qué Satanás ha tentado tu corazón?" - Hechos, v.

"Dios los ha probado y los ha considerado dignos de sí mismo." - Sabiduría, iii.

"Como oro en el horno los ha probado." - Ibid.

Volver a la Cuarta Meditación... Proceda a la sexta meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para la Santa Cuaresma

por un miembro de la Compañía de Jesús

Meditación VI - Lunes

Sobre la Pasión de Nuestro Señor en General

Primer punto. Jesús es el verdadero Hijo de Dios. Es el más santo de los hombres, el más grande de los reyes, el más fiel de los amigos. Nunca hiere a nadie, pero hace el bien a todos. Y todo el mundo ha conspirado contra él,

todo el mundo le ha perseguido. Así como sufrió por todos los hombres, así todos los hombres le han hecho sufrir. Hombres y mujeres de todos los rangos han contribuido a su pasión. Judíos, gentiles, sacerdotes, reyes, soldados y pueblos, hombres y mujeres, e incluso sus propios discípulos, todos han puesto una mano en su cruz y han contribuido a sus miserias. ¿No eres del número? ¿No eres tú el más cruel de sus perseguidores?

Segundo punto. Jesús sufrió toda descripción de maldad en su alma y cuerpo, mente y corazón, memoria e imaginación, su honor y bienes, sus padres y amigos; ¡en sus sentidos y en todas sus extremidades! Era un hombre de penas, ¡y deseo dedicarme a los placeres sensuales! Él sufrió por todo el mundo, ¡y yo no quiero sufrir por ninguno! Sufrió todos los males imaginables, ¡y yo no quiero sufrir ninguno! Sufrió lo peor de los males, ¡y solo deseo aquellos que son ligeros! Él sufrió voluntariamente, ¡yo solo sufro lo que no puedo evitar!

Tercer punto. ¡Oh, mi dulce Jesús! Tu santa pasión me llena de dolor y confusión. ¡Es una gran fuente de dolor para mí verte sufrir por mí! ¡Me resulta una gran confusión no poder sufrir por ti! Dame al menos gracia para soportar con paciencia los males ordinarios y, por tu ayuda divina, hazme capaz de apoyar, día tras día, aquellas aflicciones más graves y graves que puedan visitarme, y por las cuales, como una odisea ardiente, debo pasar.

Volver a la Quinta Meditación... Procede a la séptima meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para la Santa Cuaresma

por un miembro de la Compañía de Jesús

Meditación VII - Martes

Sobre la Pasión de Nuestro Señor en General II

Primer punto. Jesús es víctima de todos los tiempos y de todos los hombres; la víctima de pecadores y de los justos. ¡Mientras se ha cargado con todos nuestros crímenes, se ha coronado con todos nuestros sufrimientos! Como no hay ninguna de sus criaturas a las que no haya amado, no hay ninguna por la que no haya sufrido. Pero sufrió principalmente por mí, pues me concede más gracias que a otros, que son fruto de sus sufrimientos. Él siempre me ha abrazado en su recuerdo, ¡y nunca pienso en él! No le amo, ni deseo sufrir por él.

Segundo punto. ¿Por qué murió Jesús? ¿Por qué deseaba la angustia y miseria indescriptibles que soportó? ¡Ay! murió para devolverme la vida que perdí por pecado; se hizo miserable para asegurarme una felicidad eterna; ¡Se entregó al poder de sus enemigos para librarme de los míos! No cuestionó el juicio de Pilato, no realizó milagros como podría haber hecho para librarse de sus manos. Fue crucificado durante toda su vida. Su corazón quedó paralizado con la cruz con su cuerpo. El mayor de todos sus sufrimientos fue no sufrir; su principal deseo era bautizarse con su propia sangre, drenar el cáliz de su pasión y morir.

¡Oh, dulce Jesús! No te disgustaste con tus enemigos por hacer aquello que tanto deseabas y que te permitía sufrir sin medida. Solo sus pecados y malicia disminuyeron tu satisfacción y aumentaron tus penas. Los tormentos que te infligieron no pueden superarse con crueldad, ni te harían sufrir más. Te cargaron de desaprobación y ignominia, y te trataron como al más miserable de todos los esclavos y al más abandonado de todos los hombres. ¿Podrías haber sufrido más de lo que sufriste, o morir en agonías más crueles que tú?

Tercer punto. Y evito todo sufrimiento y mortificación, e incluso escaparía de la muerte. Deseo vivir rodeado de placeres y placeres, cuando, si se me otorgara justicia, en este momento estaría sufriendo todos los dolores del infierno. ¿Dónde es que no encuentro ejemplos de tu bondad y tierna misericordia? ¿Dónde es que no descubro mi propia malicia y presunción? ¿Dónde es que mi ingratitud no es evidente?

PALABRAS DE LAS ESCRITURAS

"Porque en él habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente." - Colosenses, ii.

"Y Cristo murió por todos." - 2 Corintios, v.

"Que se entregó por nuestros pecados, para que nos librara." - Gálatas, i.

"Y tengo un bautismo, con el que he de ser bautizado: ¿y cómo me enrijezo hasta que se cumpla?" - San Lucas, xii.

"Desde la planta de su pie hasta la parte superior de su cabeza, no hay sanidad en ella: heridas, moratones y llagas hinchadas: no están vendadas, ni vendadas, ni fomentadas con aceite." - Isaías, i.

Volver a la Sexta Meditación... Procede a la octava meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para la Santa Cuaresma

por un miembro de la Compañía de Jesús

Meditación VIII - miércoles

Jesús en el Jardín de los Olivos

Primer punto. Jesús es triste hasta la muerte. ¿Cuál es la causa de su tristeza? ¿Es el conocimiento previo de todo lo que va a sufrir? ¡Por desgracia, no! ¿Es la visión de mis pecados, mi ingratitud, mi miseria? ¡Me río de esas cosas que deberían hacerme llorar! ¡Disfruto de aquello que debería hacerme miserable! Él tiene compasión por mí, y yo no tengo ninguna por él.

Segundo punto. Está asediado por el miedo para demostrar que es hombre, que es humano y enfermo como yo. Se ha despojado de su fuerza y se ha vestido con mi debilidad; Me ha dado su valor y ha arrebatado mi timidez; ¡tiembla para asegurarme, teme animarme, cae para levantarme! ¡Vaya

cielo! ¡Qué caridad! ¿Dónde podemos encontrar un médico dispuesto a dar su salud y fuerza a sus pacientes a cambio de sus males y debilidades? ¡Oh! Seguramente ha soportado nuestras debilidades y llevado nuestras penas.

Tercer punto. El placer y el dolor constituyen las causas de los pecados de los hombres; desean y temen sus pasiones. Jesús ha vencido a estos dos enemigos y nos ha dado su fuerza, para que nosotros también los vencamos a ellos. Se ha abstenido de todo placer, ha sufrido todas las penas, ha renunciado a todos los deseos de la naturaleza, ha triunfado sobre todos los miedos, ha sudado sangre y agua de todas sus venas, y ha luchado hasta la muerte.

Volver a la Séptima Meditación... Procede a la Novena Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para la Santa Cuaresma

por un miembro de la Compañía de Jesús

Meditación IX - Jueves

En el sudor sangriento

Primer punto. ¡Considera, alma mía, qué grosera fue este primer golpe de su sagrada pasión para nuestro divino Salvador! Contempladlo arrodillado, bañado en su propia sangre, que rezuma por cada poro. Es el miedo a sus tormentos que se avecinan; Es el horror inspirado por vuestros crímenes y el deseo de vuestra salvación lo que excita este combate intolerable en su Sagrado Corazón. Ha concentrado en sí mismo todas las iniquidades de la raza humana, y ha concebido para ellas una pena tan grande, que habría fallecido si no se hubiera salvado su vida por un milagro. Realizó milagros para que él pudiera sufrir, pero ninguno para eximirse de sufrir. Y soy

impaciente, porque Dios no interpone constantemente milagros para eximirme del sufrimiento y la muerte.

Segundo punto. ¡Oh, Salvador de mi alma! ¡Este primer combate tuyo ha sido sangriento y temible! ¡Qué dolor te costó disipar, por la violencia de tu dolor, la multitud de nuestros crímenes que tenías ante tus ojos! ¡Estuve con Judas en el Jardín de Getsemaní para capturarte! ¡Yo estaba en tu sagrado corazón para afligirte! Mis pecados estaban en el mundo antes de mi nacimiento; fortalecieron los brazos de los judíos para golpearte y azotarte; y te entregó a tus enemigos, que te atormentaron con maliciosa ingeniosidad y luego te crucificaron.

Tercer punto. ¡Oh, divino Maestro! has dado al mundo ejemplos muy nobles y hermosos, pero nadie desea imitarlos; Nos has enseñado las lecciones más perfectas, pero nadie desea aprenderlas; Tú vas primero al conflicto, pero nadie te sigue. Tus discípulos te han abandonado bastantemente; duermen mientras tú vigilas; disfrutan del descanso mientras tú estás enfrascado en una amarga guerra; te afligen en vez de consolarte; ¡Ellos traicionan en vez de entregarte!

¡Oh, qué confusión me abruma! Jesús supera todas las alarmas y debilidades de la naturaleza, vestido como estaba con la debilidad del hombre, y yo me rindo ante ellas, aunque me sostenga la fuerza de Dios; va generosamente al conflicto con mi timidez, y yo, que estoy dotado de su valor, ¡vuelo!

Oh, preciosa sangre, que regó y bañó esta tierra ingrata, calienta mi frío corazón, rega mi alma árida, fortalece mi espíritu y levanta mi valor caído. Deseo entrar en combate con una firme resolución de superar y resistir los movimientos rebeldes de la naturaleza, incluso hasta el derramamiento de sangre. Por la gracia y la fuerza de Dios, triunfaré sobre mi carne y someteré mi espíritu a la caridad divina. Mantendré la guerra, hasta que, como tú, sude sangre y agua. Como tú sufriré, y beberé el cáliz de tu amargura hasta la muerte.

PALABRAS DE LAS ESCRITURAS

"¿No debo beberlo el cáliz que me dio mi Padre?" - San Juan, xviii.

"Empezó a entristecer y a entristecerse. Entonces les dice: Mi alma está triste hasta la muerte: quedaos aquí y vigilad conmigo." - San Mateo. xxvi.

"Y su sudor se volvió gotas de sangre, que escurrían por el suelo." - San Lucas, xxii.

"Seguramente ha soportado nuestras debilidades y llevado nuestras penas." - Isaías, liii.

Volver a la Octava Meditación... Procede a la Décima Meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones para la Santa Cuaresma

por un miembro de la Compañía de Jesús

Meditación X - Viernes

La oración de Jesús en el jardín

Primer punto. Jesús, en su tristeza, se aparta de sus discípulos con el propósito de rezar a Dios su Padre para que retire de sus labios la amarga copa de su pasión. Reza con reverencia, postrándose ante él. Reza con perseverancia durante varias horas. Reza con resignación a la voluntad divina de Dios, su Padre. Reza, y no es escuchado favorablemente, para que aprendamos a rezar y nos resignemos.

Segundo punto. ¡Oh, dulce y tierno Jesús! No deseaste recibir una respuesta consoladora a tus oraciones, para que nosotros prevalezcásemos en las nuestras. No obtuviste favor para ti, sino que lo aseguraste para mí. Me escuchan favorablemente cuando rezo, pero él no. Podría haber ordenado a legiones de ángeles que acudieran en su ayuda, pero no invocó su presencia, porque deseaba morir y derramar su sangre por nuestra salvación. ¡Qué caridad! ¡Qué compasión! ¡Qué misericordia!

Tercer punto. Reza en tus aflicciones. Ora para que Dios los quite de ti; reza con humildad; rezar con constancia y perseverancia; rezar con resignación;

Reza conforme a la voluntad de Dios. No te canses en la oración, y no murmures si no eres escuchado.

Proponte a ti mismo todos aquellos temas de temor y tristeza que te angustan, y preséntalos a Jesús, diciendo: Señor mío y salvador mío, contempla este cáliz de confusión que me has presentado para beber; Quítalo lejos de mis labios, porque es extremadamente amargo; Sin embargo, no se haga mi voluntad sino la tuya. ¡Padre de las misericordias! ¡He aquí un cáliz de dolor preparado para mí! ¡Padre de los pobres! ¡He aquí un cáliz de pobreza, presentado por tu divina providencia! ¿Tengo que drenarlo? ¿No te la quitarás con piedad? Te ruego, oh Dios mío, que me liberes de este amargo torrente; pero no se haga mi voluntad sino la tuya.

PALABRAS DE LAS ESCRITURAS

"Y yendo un poco más allá, cayó de bruces, rezando y diciendo: Padre mío, si es posible, que este cáliz pase de mí; sin embargo, no como yo quiero, sino como tú quieras." - San Mateo. xxvi.

"Padre mío, si este cáliz no puede pasar, pero debo beberlo, hágase tu voluntad." - Ibid.

"Abba, Padre, todo te es posible: quita este cáliz de mí: pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieras." - San Marcos, xiv.

"Dios mío, clamaré de día, y no escucharás; y de noche, y no se me considerará una locura." - Salmo xxi.

Volver a la Novena Meditación... Procede a la undécima meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones del reverendo John Wyse

del libro 'Ejercicios Devotos: Meditaciones Comprometidas y Visitas a los Santuarios de la Santísima Virgen para Cada Día del Mes de Mayo'

Meditación I - Introducción, Historia y Preparación

Sobre la devoción del mes de María

Todo católico sabe algo sobre la devoción propia del mes de mayo. Por eso parece casi innecesario observar que su principal propósito es ofrecer un homenaje público a María, la Madre de Dios, en común con toda la Iglesia Católica, consagrando cariñosamente en su honor el mes más hermoso de los doce. Por la experiencia de años anteriores, la mayoría de nosotros estamos bastante familiarizados con esta piadosa costumbre. Sin embargo, puede que no esté de más recordar de entrada algo de su historia y objeto. El mes de mayo no siempre ha sido consagrado a Nuestra Señora. La devoción es de fecha relativamente reciente en la Iglesia: apenas antes del final del siglo pasado. Aprendamos, entonces, cómo comenzó y cómo llega a ser de uso tan universal hoy en día.

La Iglesia siempre ha sido la misma en la fe. Ella nunca cambia, ni puede cambiar, ya que Nuestro Señor la ha edificado sobre la Roca de los Siglos.

Por lo tanto, el gran amor y devoción a la Santísima Virgen, ahora tan prevalente, no es nada nuevo. Los católicos siempre han amado a María, y desde la época de los Apóstoles hasta ahora nunca existió una Iglesia Católica donde su poder de intercesión no fuera plenamente reconocido, y donde no se le venerara ni se le rezara como en estos días.

Sin embargo, no se deduce de esto que las formas externas de oración y homenaje nunca hayan cambiado. Oramos a María con la misma fe que nuestros antepasados, pero no siempre con las mismas formas. Nos adaptamos, en la medida de lo posible, a las costumbres y necesidades espirituales de la época en la que vivimos; y al hacerlo, solo cumplimos las intenciones de la Santa Iglesia, que, como una madre indulgente y vigilante, está dispuesta a doblarse a las necesidades y hábitos de cada uno. La fe de la Iglesia es inalterable. No así su disciplina, que, según la necesidad o la prudencia, modifica y adapta a los tiempos. Ahora bien, en las antiguas épocas de la Iglesia, cuando la piedad de las masas era más ferviente y más fructífera en buenas obras que ahora, las peregrinaciones a los Santuarios de Nuestra Señora eran una forma en que la verdadera devoción se manifestaba. Como las noticias solían llegar a cualquier país en particular, que algún lugar sagrado había sido favorecido por la visita de la madre de Dios, o santificado por prodigios, que hubiera estado muy lejos, multitudes

de peregrinos devotos partían en busca del nuevo santuario; y al regresar a casa felices y bendecidos, los vecinos empezaron a seguir su ejemplo, y así, durante muchos siglos, se mantuvo una continua ronda de peregrinaciones piadosas. La fe de nuestros antepasados se mostró de nuevo en la construcción de innumerables iglesias y oratorios dedicados a María; de modo que, tomando Inglaterra como ejemplo, no había ni una sola iglesia en ese país ahora sin fe, que en tiempos católicos no tuviera su capilla de la Virgen anexa. Otra práctica hermosa de los tiempos antiguos, y que aún prevalece entre las naciones católicas, era la colocación de cruces y estaciones en todos los caminos altos y secundarios, en los que nunca se olvidó la posición destacada debida a Nuestra Santísima Señora.

¡Oh, qué feliz país donde existen tales costumbres! Pero, con el tiempo, esta piedad disminuyó: y ahora, aunque aún existen muchos lugares de refugio sagrado a María —aunque, donde la verdadera Fe ha permanecido, también permanecen las prácticas devotas de los tiempos católicos— aún por presiones externas y otras circunstancias, las formas antiguas de devoción no se siguen tan generalmente como en la antigüedad. La Iglesia, sin embargo, es siempre la misma buena madre; y con amor y sollicitud ha provido incluso nuestra debilidad y falta de fervor. Con mucha compasión, ahora trae a nuestras puertas lo que antes podría haber requerido largos viajes conseguir. La Santísima Madre de Dios debe ser venerada y rezada a toda costa. De ahí la multiplicación, por autoridad eclesiástica, de las festividades de Nuestra Señora; de ahí la institución de innumerables cofradías en su honor; de ahí la investidura de los Escapularios de María; de ahí las muchas devociones públicas, las oraciones indulgentes, los rosarios y las medallas que llevamos —y por último, la idea más hermosa de consagrar el mes de mayo, como un acto especial de homenaje, a Nuestra Santísima Señora.

Esta emotiva devoción, como tantas otras, se originó en la Italia católica. Fue un misionero sagrado, llamado padre Lalomia, quien parece haber pensado primero que, así como los siervos de María suelen honrarla en un día especialmente a la semana, y rezarle tres veces al día, también sería justo y congruente consagrar un mes al año al honor especial de Nuestra Santísima Señora. ¿Y qué mes podría haberse elegido más apropiado, o más propio de María, que aquel en el que toda la naturaleza es fresca, y cuando el follaje verde y las flores sonrientes parecen tan encantadoramente invitarnos a amar a Dios y a Su Santísima Madre? El Santo Padre Papa Pío VII pronto aprobó el piadoso deseo: y para dar un ánimo señal a tan dulce devoción, un breve apostólico del 21 de marzo de 1815 concedió una indulgencia de 300 días por cada día del mes a todos los fieles que, durante el mes de mayo, honraran a la Santísima Virgen mediante devociones, oraciones, y otros actos de virtud, y una indulgencia plenaria en un día del mismo mes, cuando, habiendo debidamente confesado y comunicado,

deberían rezar por las necesidades de la Iglesia y las intenciones de Su Santidad. Ambas indulgencias pueden aplicarse, mediante sufragio, a las almas en el purgatorio. Sancionado por tal autoridad, el Mes de María no podía dejar de extenderse y prosperar.

Y ahora hay pocos lugares en el mundo católico donde esta santa observancia no se lleve a cabo regularmente. Muchas bendiciones seguramente seguirán en el camino de Nuestra Señora: y dondequiera que el mes de mayo sea así consagrado, allí las almas pecadoras se convierten en gracia, la piedad florece de nuevo y la fe se reavive sensatamente. Tan cierto es que nadie invocó en vano la intercesión de la Madre de Dios.

La devoción del mes de María se realiza de diversas formas, según las oportunidades disponibles o los lugares en los que nos encontramos. La forma más común es decorar un altar de la Santísima Virgen con flores y velas, y reunirse allí a una hora determinada del día, o por la tarde, para recitar la Letanía, leer alguna meditación piadosa, escuchar un discurso y rezar directamente a Nuestra Señora. Pero la mejor manera de honrar a María es imitar sus virtudes. Así, si alguien pensara en dedicar este mes a la Santísima Virgen, sin al mismo tiempo esforzarse por frenar su pas. siones, para enmendar su vida y volverse hacia Dios, caería en un grave error. No puede haber homenaje tan aceptable para María como un cambio de corazón y la renovación del fervor al servicio de Dios Todopoderoso.

Nos queda ver qué abarca nuestro plan, en forma de devociones para este mes. Diariamente meditaremos sobre algunas de las verdades más importantes acerca de nuestra salvación, al concluir de cuya siempre nos pondremos ese día bajo el buen patrocinio de María. Luego haremos una visita espiritual a alguno de los famosos Santuarios de Nuestra Señora, en toda la cristiandad; y hacia el final de nuestras devociones recitaremos una oración a la Santísima Virgen, tomada de uno de los santos canonizados de la Santa Iglesia o de otros escritores devotos.

Y ahora, como un buen y ferviente comienzo para el mes de María, hagamos todos propósitos para pasarlo bien y de una manera que le agrade. No nos conformemos con evitar el pecado mortal, sino que procuremos también mantenernos alejados del pecado venial. Podemos hacer de esto nuestra intención especial durante el mes: y si aún no cedemos fácilmente a un pensamiento tan sagrado, con estricta atención de nuestra parte a las meditaciones diarias que vamos a comenzar, Nuestra Santísima Señora nos procurará tales sentimientos.

Pero además, esforcemonos durante este mes por inducir a alguien que está fuera de la Iglesia, ya sea por herejía o vicio, a ver su error y a buscar la reconciliación con Dios donde solo pueda encontrarse.

De nuevo, nuestro apetito debería verse algo más mortificado de lo habitual: ayunar o abstenerse en honor a María es una práctica consagrada y buena. Seamos especialmente cuidadosos, al hacer el Mes de María, de no hablar mal de los demás, ni de juzgar a nadie de forma precipitada, ni de provocar la ira de nuestro prójimo: y por último, intentemos decir el Rosario, dar limosna a los pobres, visitar diariamente el Santísimo Sacramento y así consagrar de nuevo el dulce mes de mayo a María.

¡Oh, qué sensato es ser devoto a la Santísima Virgen! Si examinamos a quienes poseen esa devoción, podemos encontrarlos errantes, impacientes o con muchas carencias veniales; pero en general siempre son buenos cristianos. En primer lugar, María es la guardiana de la Fe. Por tanto, estamos seguros de nuestra fe si le rendimos verdadero homenaje y devoción. Pero además, ella es la intercesora más poderosa en suplicar por nosotros a Cristo. Su Hijo Divino nunca le niega nada; y, si es correcto hacer una distinción, casi se podría decir que cuanto peor está el alma de un hombre, más compasión tiene María. Ella es la "Consoladora de los Afligidos", la "Ayuda de los Cristianos", y con estos y otros nombres reconfortantes nos encanta invocarla; pero, ¿con qué título más tierno o inspirador podemos llamarla, a nosotros que somos exiliados en este valle de lágrimas, viajeros en este mundo de pecado, que "María, refugio de pecadores"? "Oh, ruega entonces por nosotros, gloriosa Virgen, refugio de pecadores, para que dignamente, perseverante y con verdadera piedad podamos practicar esta emotiva devoción, de modo que encontremos aquí una nueva luz para nuestros espíritus y así salvemos nuestras almas."

VISITA A UN SANTUARIO DE LA VIRGEN

De todos los Santuarios de Nuestra Señora, el de Belén es sin duda el más grande: el primero en orden, el primero en dignidad.

Ningún cristiano necesita que se le cuente la historia de ese lugar sagrado. Nuestro Señor nació allí, y allí Nuestra Señora le cuidó y cuidó. Allí, María comenzó su sagrado oficio en la Iglesia, presentando a su Hijo divino para ser adorado, primero por los pobres y luego por los ricos. ¿Y no preguntaron a su madre cada uno, al entrar en el sagrado establo de Belén, esos santos, esos primeros frutos de la venida de Cristo? y como ella les aseguraba que así era, ¿no podemos verlos caer para adorarle?

Por lo tanto, la adoración al verdadero Dios y Su verdadera adoración nos llega a través de María, ¡oh hermoso pensamiento para un alma cristiana! y así ha sido desde las escenas de Belén hasta ahora. María siempre guía a los hombres hacia la Iglesia, procurando gracias para que den el paso y, cuando están allí, ayudándoles, consolandoles y, sobre todo, señalándoles

dónde se encuentra la única verdadera felicidad y paz, en la posesión de Cristo, su Hijo, y en la participación de Sus Sacramentos.

Así, los acontecimientos de Belén se repiten para nosotros. El recinto sagrado del establo de Belén siempre ha sido un Santuario de María y, salvo la interrupción causada necesariamente por las guerras en Palestina, nunca ha faltado en devotos y peregrinos. Si en Belén no hubiera devoción a María, ¿dónde la habría? Durante varios siglos, y bajo ciertas restricciones, el santuario sagrado ha sido confiado al cuidado de los frailes de la Orden de San Francisco, quienes hacen todo lo posible por mantener la devoción que los sentimientos del lugar generan hacia María; Hagamos nuestra peregrinación allí en espíritu: y seamos ricos o pobres, ya sea adorando al Niño divino en los brazos de Su Madre, con los pobres pastores o con los reyes de Oriente, que el bendito Santuario de Belén nos inspire a promover con ardor el homenaje y el amor que María tan justamente reclama de los cristianos.

ORACIÓN DE SAN PEDRO DAMIÁN

¡Oh Santa Virgen, Madre de Dios! Ayuda a quienes te imploren ayuda. Gira también con cariño hacia nosotros. ¡Lo sé, oh mi Soberana Dama! que eres toda bondad, y que nos amas con un amor que no puede ser superado por ningún otro amor. ¡Cuántas veces no apaciguas la ira de nuestro Juez cuando está a punto de castigarnos! Todos los tesoros de la divina misericordia están en tus manos. Volveos entonces hacia nosotros, para que podamos ir y contemplarte en el cielo: porque la mayor gloria que poseemos, después de ver a Dios, será verte, amarte y habitar junto a tu trono. Entonces te complace escuchar nuestra oración: porque es la voluntad de tu amado Hijo honrarte negándote nada de lo que pides. Amén.

Procede a la segunda meditación

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones del reverendo John Wyse

del libro 'Ejercicios Devotos: Meditaciones Comprometidas y Visitas a los Santuarios de la Santísima Virgen para Cada Día del Mes de Mayo'

Meditación II

Al final del hombre

Para obtener un verdadero fruto de la serie de meditaciones en las que ahora vamos a adentrar, es necesario comenzar con lo que verdaderamente se llama la base de toda la vida espiritual. La resistencia y resistencia de una casa material dependen casi en su totalidad del plano de los cimientos y de la forma en que se colocan. Y no menos es necesario construir sobre una base segura y ponernos a trabajar con seriedad desde el principio, si queremos elevar de forma segura y sólida el edificio espiritual de nuestras almas.

Por tanto, hoy comencemos considerando el fin para el que fuimos creados. En primer lugar, debemos recordar que "el hombre fue creado para alabar, reverenciar y servir a su Dios, y por este medio para salvar su alma." (1) Y podemos preguntarnos, ¿quién fue el que nos creó sino Dios, cuya majestad y bondad son infinitas? No necesitaba crearnos: porque era perfecto sin nosotros. Por tanto, somos obra de Su pura misericordia; y por eso, como Sus esclavos y esclavos, estamos obligados, nos guste o no, a amarle y servirle, y obedecerle en esta vida. Pero Dios Todopoderoso, en Su amor infinito por el hombre, ha añadido además una recompensa suprema en el otro mundo, que obtendrán quienes le obedezcan en este. Así, no solo es nuestro deber servir a Dios aquí; pero, habiéndole servido, es un privilegio para nosotros ser felices con Él para siempre. ¡Oh, cuánto nos ha amado, para habernos sacado de la nada con un objetivo tan alto en vista como la gloria eterna del Cielo! ¿Dónde estábamos, cualquiera de nosotros? Los mejores, los mejores, ¡pero hace unos años! Y a qué grandes cosas no nos llama Dios, sino dentro de unos años — ¡los más pobres, los más pobres, los peores entre nosotros! De verdad, la vida es un sueño, y nada es grande salvo Dios. Reflexionemos con sinceridad sobre cómo hemos cumplido con este gran final. ¿Hemos pasado nuestra vida cazando honores y riquezas, buscando cualquier placer que este mundo nos ofrezca, sin pensar si era legal o no, sino preocupándonos solo por nuestro propio capricho? Si es así, nos hemos desviado ciegamente del camino que nos ha señalado; hemos sido ingratos con Dios por las bendiciones invaluables que tenemos de Él. Recordar que Dios, el Grande y el Bueno, es el único objeto que merece la pena buscar o conseguir; y pensar en lo poco, quizá, que hasta ahora hemos

hecho hacia un fin tan alto, es, en efecto, un recordatorio sorprendente para el alma cristiana.

De nuevo, debemos pensar cuánto perderemos si no guardamos siempre ante nosotros el fin para el que fuimos creados. Nuestro Bendito Señor ha dicho: "¿De qué le sirve a un hombre si gana el mundo entero y pierde su propia alma?" (2) Y, en verdad, suponiendo que conseguimos todo lo que deseamos aquí en la tierra, lo cual nunca ocurre, ¿qué es todo esto comparado con la pérdida de Dios, o el valor de una sola alma entre nosotros? Sin embargo, quien busca solo el disfrute de esta vida —que ama ser honrado y alabado— vivir en paz y lujo, con toda seguridad perderá su alma y a su Dios. ¡Oh, cómo no deberíamos siquiera temer los placeres y seducciones del mundo, si tan fácilmente nos alejan de nuestro verdadero fin, que es Dios! "Ningún hombre puede servir a dos amos - a Dios y al mundo:" (3), pero ¿no hemos intentado hacerlo hasta ahora? ¿No hemos sido de aquellos que imaginan que pueden entregar una pequeña parte de su corazón a Dios, mientras que con el resto sirven al diablo? ¿Y esto es suficiente? Oh, no. Dios es nuestro único fin. Porque que un hombre se haga rico o poderoso: que obtenga influencia sobre los demás; que sea honrado y exaltado por encima de sus semejantes —criaturas, con muchas ventajas de cuerpo y mente—, cuando venga a morir, ¿de qué le servirá todo esto si no ha servido solo a Dios? "Recuerda tu último fin y nunca pecarás", (4) di las Sagradas Escrituras, y "Recuerda al hombre que tú eres polvo, y al polvo volverás", repite la Santa Iglesia —y en verdad. Porque puede haber quienes permanezcan infranqueables ante todo argumento, cuyo corazón no pueda ser tocado por los puntos más conmovedores de la religión cristiana: pero que tales personas recuerden el objetivo al que aspiran, que tengan siempre en mente que deben morir, y como nos dice la experiencia, el fruto de tal pensamiento es mayor que escuchar muchos sermones, leer buenos libros, o incluso un profundo conocimiento de la propia Sagrada Escritura. ¿Y por qué? Por la razón más simple. Porque la muerte es un amo inexorable, que no permite que nada nos siga más allá de la tumba. Está que el hombre rico es despojado de su riqueza, el elocuente se vuelve mudo, el noble es aplastado en el polvo, el hombre orgulloso es humillado. ¿Y qué encontramos en la muerte? No placeres terrenales, ni honores mundanos, ni poder, ni influencia sobre los demás, porque esta tierra se ha desvanecido de nuestros ojos; todo lo que era agradable, todo lo que contribuía a la felicidad temporal, todo queda atrás, - ¿y qué encontramos sino a Dios? Dios, por tanto, y solo Él, es el verdadero fin de nuestra vida.

¡Qué claro parece esto si solo tomamos el camino contrario y tratamos de servir a las criaturas o hacer que nos sirvan a nosotros! Después de que se acaba un primer placer, nunca más que nos engañamos miserablemente y nos decepcionan. Un escritor santo ha dicho: "Dispara y ordena todo lo que desees, y como te parezca correcto, y no encontrarás más que sufrimiento;"

(5) pero "servir a Dios es poseer un reino", lo que significa que quien sirve a Dios como su último fin y le espera para todo, obtendrá todas las cosas incluso en esta vida.

Recordemos el fin para el que fuimos creados: "alabar, reverenciar y servir a Dios, y así salvar nuestras almas." Solo Dios tiene derecho a nuestro servicio: porque está escrito: "Solo a Él servirás." (6) Por lo tanto, toda criatura que se interponga entre nosotros y Dios, o que nos aparta de Él de cualquier manera, debe ser rechazada y detestada como agente del diablo. Con un poco de reflexión, podemos descubrir hasta qué punto pudimos haber sido culpables en este aspecto. ¿Algo nos ha alejado de Dios? Y si es así, ¿cuál es? ¿Es un mal compañero, o una relación ilegal, o algún empleo que nos hace descuidar nuestra religión, o que nos sitúa en las peligrosas ocasiones del pecado? ¿Es orgullo, vanidad, ambición, avaricia, o algún apego desenfrenado a alguna persona o cosa, o un hábito pecaminoso? Si estos, o cualquier otro, son las cadenas que nos unen, que nos separemos de ellos sin demora. Pero, ¿qué pecado es el que nos ha parado en el lugar de servir a Dios y salvar nuestras almas? Poco importa lo que sea, si al cometerla, nos desvíamos así del verdadero fin de nuestra vida: sea cual sea el color que asume, con certeza es enemigo de Dios, y por tanto será cortado, o perderemos nuestras almas, y "¿de qué le sirve a un hombre si gana el mundo entero? ¿y perder su propia alma?" (7) Oh, pensemos en esto: y cuando lo hayamos pensado, resolvamos que nada nos separará jamás del único objeto en la vida por el que valga la pena luchar: el amor y el servicio de Dios.

Quienes carecen de valor en esta guerra pueden encontrar una ayuda eficaz contemplando el glorioso ejemplo de Nuestra Santísima Señora. La ayuda de una gran defensora como la Madre de Dios es muy valiosa, y tan poderosa para nosotros como valiosa en sí misma, si nos esforzamos por imitar sus virtudes. Hoy decidimos mirar más de cerca el estado de nuestras almas y examinar a fondo hasta qué punto nos hemos alejado de nuestro último final: cuánto hemos estado cegados por los placeres y por las criaturas de este mundo. Pero es difícil hacerlo; pues esta vida es una guerra y, como nos asegura San Pablo, una en la que no venceremos sin mucho esfuerzo. Para animarnos en la lucha, mira hacia arriba a María, la Madre de Dios, la Puerta del Cielo, la Estrella de la Mañana. Bueno, que sea nuestra modelo; pues, hermosa y hermosa como sea, la más perfecta de las criaturas de Dios, siempre fue una criatura, una viajera como nosotros en este valle de lágrimas. ¿Y no cumplió ella su final, el verdadero fin de su existencia, siempre delante de ella? ¿Quién es comparable a ella en esto? ¿Y a qué gloria no ha sido elevada, por su simple fidelidad a esta gran verdad? Pidamos a Nuestra Señora, por tanto, que nos ayude continuamente a mantener ante nuestra mente que hemos venido a este mundo por ningún otro propósito que servir a Dios aquí y ser felices con Él en el futuro.

VISITA A UN SANTUARIO DE LA VIRGEN

Ahora podemos, en espíritu, realizar una visita devota al célebre santuario de Nuestra Señora del Monte Carmelo, donde, desde los primeros tiempos del cristianismo hasta la actualidad, se ha conservado siempre un piadoso recuerdo y veneración por la Madre de Dios. El santuario está situado en un terreno que una vez fue santificado por el profeta Elías y sus discípulos, que allí habitaban. En este lugar sagrado se encuentran ahora una magnífica iglesia y un monasterio de frailes carmelitas. Sin duda, el hermoso mes de mayo se pasa bien en ese lugar, donde los recuerdos que lo preceden sugieren en cada paso respeto y amor por María. Los monjes que la habitan toman el nombre de su orden de la propia montaña. Son conocidos como los "Frailes de Nuestra Señora del Monte Carmelo" y la orden es conocida por su devoción a la Santísima Virgen. El escapulario marrón, que llevan tantos cristianos piadosos, forma parte de su hábito religioso. Vamos hoy, al menos en espíritu, donde de hecho no podemos ir, y unámonos a los buenos hermanos en las oraciones y alabanzas que ofrecen a María.

ORACIÓN DEL PADRE CHRISTOPHER MAYER

Madre misericordiosa, provee para mí todo lo imperfecto que hago a tu amado Hijo. Ojalá aprenda así a conocerte como a mi madre. Oh Clementísimo Jesús, recibe esta oración de las manos de Tu Santísima Madre: y cuando la hayas unido a tus méritos, a sus méritos y a los de todos los Santos, la presentas al Padre Eterno para cada fin piadoso, santo y útil. Oh Padre, mira el Rostro de Tu Amado Hijo y ten misericordia de nosotros, según Tu buena voluntad, para Tu mayor y eterna gloria. Amén.

(1) Ejercicios de San Ignacio: "La Fundación."
(2) San Mateo, xvi. 26
(3) San Mateo, vi. 24
(4) Eccles. vii.
(5) Imitación de Cristo, Libro 2. Cap. XII.
(6) San Mateo, iv. 10.
(7) San Mateo, xvi. 26

Volver a la Primera Meditación... Procede a la Tercera Meditación...

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones del reverendo John Wyse

Del libro

'Ejercicios devotos: meditaciones comprometidas y visitas a los santuarios de la Santísima Virgen para cada día del mes de mayo'

Meditación III

Sobre el espíritu con el que debemos aprovechar este mundo

Ayer intentamos recordar el verdadero y único fin de nuestra existencia: y habiendo visto que era Dios, y solo Él, tanto en esta vida como en la siguiente, intentamos reflexionar sobre lo lejos que nos habíamos desviado de este camino y qué nos había alejado de Dios. Decidimos, además, que a partir de ahora, por lo que costara, nada podría separarnos del servicio de Dios aquí y de la felicidad eterna con Él en el futuro.

Saquemos ahora una conclusión práctica de estas reflexiones. No solo el hombre fue creado para el único objetivo de servir a Dios y salvar su alma, sino que todo lo demás en la tierra fue creado para el mismo fin, es decir, como ayuda al hombre para alcanzar el fin final de su creación. ¡Oh, qué buen Padre ha sido nuestro Dios con nosotros! Creó todo lo necesario para preservar nuestra vida: y además de esto, innumerables criaturas son llamadas a existir, únicamente para que podamos glorificar a Dios por tales medios y así salvar nuestras almas. ¡Cuántas vistas hermosas y variadas no nos ha dado a nuestros ojos: qué sonidos dulces y armoniosos para nuestros oídos, qué olores fragantes, cuántas sustancias deliciosas y agradables para el gusto y el tacto, Dios no nos ha creado! ¡Y todo esto para ayudarnos a alabarle y a salvar nuestras almas! Entonces veamos cuán fielmente cumplen todas estas criaturas el fin para el que Dios las creó; cómo el caballo carga su carga o lleva a su jinete; cómo la vaca le da leche; cómo la oveja cede su lana para vestirnos; cómo se capturan los peces y se sacrifican los bueyes; ¡cómo los mismos pájaros del cielo cantan las alabanzas de Dios! ¿No nos sirven y nos alimentan todos, fiel y sin quejarse, porque Dios así lo ordenó? Aun así, lo es. Qué lección para nosotros: y que

nos enseñe que nada se ha creado en esta tierra, sino para servir a Dios y ayudarnos a salvar nuestras almas. Dios los quiso a todos para Su propia gloria y para nuestra salvación. Por lo tanto, si los pervertimos para cualquier otro uso, estamos yendo directamente en contra de los mandamientos de Dios y poniendo en peligro nuestras propias almas. Una breve consideración nos mostrará fácilmente hasta dónde hemos hecho uso de este mundo, contrariamente a las intenciones del Dios Todopoderoso, y arriesgando la salvación eterna. Cuando alguien descubre, al reflexionar, que ha perdido de vista su verdadero final como criatura de Dios, puede estar seguro de que su pecado surge o bien de un apego demasiado grande a los placeres, honores y comodidades de esta vida, o de una negativa a soportar aquello que es doloroso y esgotador. En el primer caso, el "Ser", y todo lo que contiene esa palabra, es tan evidentemente servido y cuidado en lugar de Dios, que basta un momento de reflexión para ver cómo, como consecuencia natural, el verdadero final del hombre pronto se pierde de vista por completo. Pero en el segundo, a menudo es aún más cierto: por la pobreza y el dolor corporal, la enfermedad o los insultos, tan fácilmente despiertan la baja de espíritu, cierto horror del sufrimiento e incluso un murmullo contra Dios, que nunca es tan fácil perder de vista el verdadero fin del hombre como cuando nuestros cuerpos o mentes están agotados y afligidos.

Para mantener, por tanto, nuestro último objetivo y fin efectivamente ante nosotros, es necesario poner nuestros corazones en un estado de total indiferencia, para poder resistir el disfrute más placentero si contrario a nuestro fin final, y abrazar voluntariamente el estado de vida más duro y reprobante, si eso nos ayuda a alcanzarlo.

El poder supremo que el Dios Todopoderoso posee sobre todas sus criaturas nos obliga a esta indiferencia. Tenemos que servir a Dios, no de la manera particular que nos agrade, sino como le agrada a Él. No tenemos que decidir cómo se debe servir a Dios, sino a Él mismo: porque Dios es el Gobernante, y nosotros somos los siervos. Incluso los ángeles en el cielo deben obedecer a Dios; ¿y se atreverán los pobres miserables a elegirse en algo, cuando los ángeles obedecen en todo? Pero el poder de Dios es tan grande que no tiene límites. Él nos hizo, y somos sus criaturas: ¿y quién se atreverá a decir que no puede actuar con nosotros como quiere? Un obrero toma su obra y la usa, o la deja a un lado, o la vuelve a usar, o la tira, y la destruye, tal como tiene mente: ¿y no hará Dios con su obra lo que quiera? En resumen, Dios puede colocarnos donde quiera y tratarnos como quiera. Sea nuestro destino, sea lo que sea, siempre es nuestro fin alabarle y amarle; y alabar y amar a Dios no es otra cosa que hacer Su Santa Voluntad. Pero, ¿puede alguien decir que está haciendo la voluntad de Dios si no está dispuesto a recibir con igual gracia la salud o la enfermedad, la felicidad o la preocupación? ¿Cuántas veces la gente, en su piedad

imaginada, exclama que está dispuesta a amar a Dios, pero cómo? Quizá estén disfrutando de bendiciones mundanas y nada ocurra que les perturbe. No es difícil para ellos imaginar que aman a Dios, cuando no tienen sacrificio que hacer, o cuando no les cuesta dolor ni problemas. Pero, ¿están dispuestos a bendecir a Dios por igual en salud y enfermedad, en pobreza y riqueza, cuando son despreciados e insultados, así como en honor? En una palabra, ¿son indiferentes a todo lo que sucede, alabando a Dios en todo? Si no es así, aún no están cumpliendo el fin de su existencia, es decir, sirviendo a Dios y, por tanto, salvando sus almas."

Concluimos de estas reflexiones que, para servir verdadera y sinceramente al Dios Todopoderoso, debemos estar perfectamente contentos en cualquier posición o posición que Él quiera colocarnos. Cuando estamos bien, debemos estar preparados para la enfermedad; cuando estamos enfermos, no debemos impacientarnos por curarnos; si somos ricos, no debemos quejarnos si Dios nos reduce incluso a la miseria más absoluta; y en la pobreza, no tenemos derecho a envidiar ni a desear riquezas. Ser despreciado o honrado debe ser lo mismo para nosotros; y tanto si somos descuidados o maltratados como si somos puestos muy por encima de los demás, Dios merece igualmente alabanza para todos. Esto es servir a Dios de verdad.

Pero además, debemos considerar a nuestro Creador como el Dios de la Providencia, como Aquel por cuya mano todas las cosas están dirigidas y dispuestas en todos los lugares. Es por fe que nada ocurra por casualidad ni sin el permiso divino. Por tanto, si un hombre está enfermo, o en salud robusta, o si es rico y otro pobre, es el mismo Dios quien dispone y gobierna a todos. Si hoy estamos en honor, y mañana despreciados e insultados, es porque Dios así lo desea; y no es mejor soportar alegremente la mayor miseria, si tal es la voluntad de Dios, que estar libre de todo problema, complacerse a uno mismo que aún no se ha cumplido, como muestra la experiencia que quien busca solo la voluntad de Dios, es infinitamente más feliz, incluso en su miseria, que el mero cazador de placer que busca solo a "Sí" en todo.

Este es entonces el secreto de la verdadera felicidad, tanto aquí como en el futuro: la indiferencia ante todo lo que nos ocurra, siempre que reconozcamos allí la voluntad de nuestro Padre celestial. Podemos rezar sin fin y estar siempre haciendo propósitos: pero nadie ha aprendido a usar con provecho a las criaturas de esta vida, y por tales medios salvar su alma, - a menos que sepa cómo desprenderse del mundo en medio mismo de los placeres y honores, para estar dispuesto a abandonarlos, cuando Dios así lo ordene, a menos que esté perfectamente dispuesto a aceptar cualquier cruz y humillación que le envíen. Cuanto más nos acercamos a este estándar, más seguro estamos viviendo hasta el único fin del hombre en la tierra: y si

así aprendemos a usar a Sus criaturas, para Su gloria y para nuestra propia salvación, Dios a su vez nos concederá tal felicidad, incluso aquí abajo, que nadie podrá conocer salvo quienes la han intentado.

Para fortalecer la determinación que ahora tomamos de vivir de esta manera, invoquemos fervientemente la ayuda de Nuestra Santísima Señora. Consideremos, para nuestro consuelo, que si ahora es la más alta en el cielo, una vez estuvo entre los más humildes en la tierra —que si ahora está en gloria, sentada en el trono más resplandeciente después del de Dios, es porque siempre vivió en perfecta conformidad con la voluntad divina, sufriendo todo, perdurando todas las cosas— y quién, excepto su Hijo divino, ¿alguna vez soportó o sufrió como ella? - pero sin desear nada más allá de ella, contento en todos y hasta el último alabando a Dios por todos. "¡Oh María, criatura más perfecta! conséganos la gracia invaluable de mantener siempre ante nosotros el verdadero fin de nuestra existencia, para que podamos volvernos indiferentes a todo lo que Dios nos envía, deseando nada más que poder obedecerle, amarle y alabarle en todos los lugares y en todo, y así podamos salvar nuestras almas."

VISITA A UN SANTUARIO DE LA VIRGEN

Constantinopla, debido a la multitud de iglesias erigidas allí en honor a María, fue conocida en su día por el glorioso nombre de "la Ciudad de la Madre de Dios". La más hermosa de estas iglesias fue construida por la emperatriz Pulcheria, justo después del famoso Concilio de Éfeso: y apenas había una calle o casa importante que no tuviera su iglesia o capilla dedicada a la Santísima Virgen. ¿Cómo no pudo ser María amada y venerada, en esa ciudad que antes fue santa? ¡Pero ahora cómo ha cambiado! una raza extranjera y no cristiana ha contaminado y destruido durante siglos el santuario de la Madre de Dios, no la conocían, y en Constantinopla no se celebra ningún mes de María. No podemos ir allí con alegría, como podríamos hacer a otros santuarios. Solo podemos llorar que una horda salvaje posea la herencia de la Madre de toda la cristiandad. Viajemos allí, sin embargo, en compañía de los espíritus de nuestros piadosos antepasados, y en espíritu vivamos de nuevo los primeros siglos de la Iglesia, cuando el amor por María brillaba tan intensamente en los corazones de los hombres que toda una ciudad se convirtió en su santuario.

ORACIÓN DE SAN GERMÁNICO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA

Oh, solo mía y soberana Señora, que eres el único consuelo que recibo de Dios; tú, que eres el rocío celestial que me refresca en mis sufrimientos; tú, que eres la luz de mi alma cuando está rodeada de oscuridad; tú, que eres mi guía cuando viajo, mi fortaleza en la debilidad, mi tesoro en la pobreza, el bálsamo de mis heridas, mi consuelo en la aflicción, mi refugio en la

miseria, la esperanza de mi salvación. Escucha mis oraciones, ten piedad de mí, como corresponde a la Madre de un Dios que tiene tanto amor por los hombres Me hago digna de disfrutar contigo de esa gran felicidad que disfrutas en el cielo. Sé que, siendo madre de Dios, puedes, si quieres, conseguirlo para mí. Oh María, eres omnipotente para salvar a los pecadores, ni necesitas otra recomendación: porque tú eres la Madre de la vida verdadera. Amén.

Volver a la Segunda Meditación... Procede a la Cuarta Meditación...

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones del reverendo John Wyse

Del libro

'Ejercicios devotos: meditaciones comprometidas y visitas a los santuarios de la Santísima Virgen para cada día del mes de mayo'

Meditación IV

Sobre el pecado de los ángeles

La meditación de hoy nos llevará un paso más allá, en el trabajo de examinar el estado de nuestra alma. Habiendo visto que el hombre solo tiene un fin en la vida, y que todo lo demás es solo un medio para ese fin, ya sea que nos dé placer o sufrimiento, y en consecuencia que debe ser abrazado con igual sumisión y alegría, se deduce que quien no cumple esta regla en sus acciones, está ofendiendo a Dios, o en otras palabras, cometiendo pecado. El pecado, por tanto, es el gran y único mal del mundo, y se requieren todas las energías de una mente religiosa para librarse de él. Así que procuremos, primero, obtener algún conocimiento sobre la naturaleza de este gran mal, contemplando los frutos del pecado en la caída

de los ángeles del cielo. Volvamos un poco atrás con la mente de nuestra fe y miremos ese maravilloso espacio de tiempo, cuando Dios creó el cielo y lo llenó de ángeles. ¿Qué se puede concebir más feliz y agradable que el estado de esos espíritus? Su belleza era tal que ningún mortal podría contemplarla sin morir de alegría. Su sabiduría era tan grande y tan clara que la sabiduría de Salomón, aunque divinamente impregnada, era aún una ignorancia muy distinta a ella. La máxima felicidad era su parte de existencia, que no conocía dolor ni tristeza. A esto se suma que poseían el conocimiento más pleno e íntimo de Dios, y estaban unidos a Él en un vínculo perfecto de amor y amistad. Así, e incluso mucho más allá de estos, eran los dones y gracias de los ángeles; Sin embargo, esos dones y gracias abusaron de esos ángeles. No servirían a Dios, como Él quiso que debieran: pecaron y fueron castigados. Ahora, consideremos la calidad y naturaleza de su castigo.

Estos ángeles infelices se transformaron, en un instante, de los seres más bellos en los demonios más horribles: de los más amados y amados de los hijos de Dios, a objetos de Su odio eterno.

Fueron arrojados de sus asientos en el cielo, al fondo del abismo del infierno: y allí, desde ese momento han soportado, están soportando y soportarán siempre, todo lo que es posible sufrir: el mordaz y doloroso remordimiento por el pasado, la desesperación más temible del futuro. En lugar del brillante intelecto de su primera existencia, una noche oscura yace como una maldición sobre sus entendimientos borrosos, mientras todos sus poderes son consumidos por la llama de un fuego que arde sin destruir.

Este castigo terrible fue el efecto de la justicia de Dios. Si le hubiera complacido conceder a los ángeles caídos solo un instante, sin duda se habrían arrepentido instantáneamente de su pecado y le habrían servido y amado por toda la eternidad. Pero la justicia de Dios no lo permitiría. No recibieron piedad.

Y no hubo expiación por este pecado. Estos miserables espíritus ardieron durante más de cuatro mil años, antes de que Cristo se hiciera hombre para redimir al mundo. ¿Terminó entonces su castigo? Oh, no. Ese amoroso Salvador, que derramó tantas lágrimas por la ciudad de Jerusalén, no derramó lágrimas por ellos. Ese Corazón de Jesús, atravesado y exprimido, Cuya Preciosa Sangre fluyó en corrientes por nosotros - ese corazón tierno no tuvo ni un solo latido por ellos. ¡Desafortunados - tres desafortunados espíritus! Pecaron solo por un momento, y su castigo es para siempre, para siempre, y para siempre.

Ahora que echemos un vistazo a esa prisión ardiente que los alberga. Contemplad su aspecto y aspecto espantosos, tan terribles que el hombre ni

siquiera puede imaginarlo sin horror: contemplad sus dolores y agonías, tan grandes que ninguna mente humana puede concebirlos. Y cuando los hayamos mirado, digamos para nosotros mismos: estos seres malditos, estos objetos horribles, estos monstruos, ¿no fueron ellos en su día hijos elegidos de Dios? ¿no eran acaso ellos, en su belleza fascinante, las propias obras maestras de Su poder todopoderoso: los habitantes del cielo? ¿Qué han hecho entonces, para sufrir tal miseria? Han cometido un pecado. Pero su pecado fue momentáneo: un solo pecado, un pensamiento pecaminoso: un pecado de desobediencia: y por ese único pecado, ya llevan quemando casi seis mil años en el infierno. ¿Y quién les ha dictado una sentencia tan severa y terrible? ¡Dios! ¡Oh, la más terrible de las verdades: Dios Todopoderoso mismo! Pero Dios es infinitamente justo, infinitamente bueno y misericordioso. De ahí se deduce que el pecado es el mal más terrible, ya que va acompañado de un castigo tan terrible. Si ese es el destino de los ángeles del cielo por un solo pecado, ¿qué debemos pensar cuando miramos nuestros propios pecados? ¿Que, en efecto, despertará en nosotros la mayor sorpresa, el rigor de la justicia de Dios hacia los ángeles caídos, o la plenitud de Su misericordia hacia nosotros? Los hermosos del cielo cometen un solo pecado, y serán arrojados para siempre al infierno: y nosotros, que somos polvo de la tierra, hemos cometido pecados innumerables - ¡y sin embargo Él ha tenido misericordia de nosotros! y otra vez cometemos pecado, una vez más abusamos de su misericordia, y otra vez nos perdonó. Incluso ahora, mientras estamos aquí, ¿no está Él extendiendo los brazos de Su amor hacia nosotros? ¡Oh paciencia, admirable y duradera, del Señor Nuestro Dios! ¡Que Su Nombre sea siempre alabado por ello!

Quien haya pecado solo una vez, mortalmente, en su vida puede hablar así verdaderamente a su alma: "He ofendido a un Dios que me ha amado más que miles y millones de los seres más nobles — un Dios que me ha protegido con Su brazo todopoderoso, incluso en medio de mis pecados — un Dios que aún me ofrece un amor tierno, a pesar de mis pecados: y, oh alma mía, ¿cómo pudiste despreciar y despreciar un amor tan grande? ¿y aún puedes seguir pecando a Sus ojos? Oh no: veo lo grande que es el pecado malvado, ¡y qué debió de ser el mío a tus ojos, Jesús! Dios mío, mi Salvador, reconozco mis pecados, los odio, los maldigo desde esta hora." Así podemos todos dialogar con nuestras almas: ¿quién puede pecar de nuevo ante el cielo si piensa en los ángeles perdidos y en la larga noche de su castigo en el infierno? ¿No hemos merecido quizás lo mismo, no una vez, sino cientos de veces? ¿y dónde estaríamos ahora, si no fuera por la infinita misericordia de Dios? No dejemos nada sin hacer para evitar en el futuro un mal tan grande. Pero cuando el pecado, con sus mil seducciones, nos seduce y tiente, ¿a quién recurriremos entonces en busca de ayuda? ¿a quién, sino a la Santísima María jamás una Virgen, concebida sin pecado?

Si Dios odia tanto el pecado, y si la única barrera a su amor es el pecado, ¿cómo no va a amar a ella, cuyo alma nunca se manchó con su llegada? Si, de nuevo, nuestro buen Dios nos ha amado tanto, a pesar de nuestros pecados, ¿qué amor podemos imaginar demasiado grande para María, que nunca, ni por pecado original ni por pecado real, le dio motivo para rechazarla? Llamemos entonces con confianza a Nuestra Santísima Señora y le supliquemos que nos consiga la libertad de este gran mal, que nos proteja de las ocasiones del pecado, que nos procure gracia para resistirlo, que nos vigile, que nos proteja, que rece por nosotros y que nunca desista en la ayuda que nos da, hasta que haya traído nuestras almas, sin pecado y blancas como las recibimos en el bautismo, a las puertas eternas del cielo.

VISITA A UN SANTUARIO DE LA VIRGEN

¿Dónde podemos apresurarnos mejor a hacer nuestra visita espiritual a María que a la gloriosa iglesia de San Pedro en la Casa? La Ciudad Eterna destaca por su devoción a la Santísima Virgen, y cualquiera que haya estado allí es muy consciente del amor filial y la verdadera piedad del pueblo romano en este sentido. La llaman cariñosamente "Mamma mia" o "Mi madre", o bien la llaman reverentemente con el título de "Madonna" o "Mi Señora", y además, de forma tan desenfrenada y natural, que es fácil ver cuán perfectamente parte de su propio sistema es el amor por María, hacia una habitante de Roma. Allí se hace todo lo que se puede hacer para honrar a la Santísima Virgen: sus numerosas iglesias están llenas: las devociones y novenas en su honor están bien concurridas: los asuntos públicos se regulan con el sonido de la campana, que suena el Ave María: la propia atmósfera de Roma respira devoción a María: y aunque la iglesia principal de Roma, la Catedral del mundo no está dedicada a ella, pero se engloria bajo la tutela de María. Fue en esta iglesia, el 8 de diciembre del año de gracia de 1854, entre las aclamaciones de miles y rodeado por los obispos representativos de todos los países del mundo, donde nuestro Santo Padre el Papa, en virtud del poder que le dio Cristo, definió y proclamó que María siempre Virgen, la Madre de Dios, había sido concebida sin pecado, que había formado una excepción a la regla común de los hijos de Eva, que nunca había conocido el gran mal: el pecado. Oh, gloriosa iglesia de San Pedro, gloriosa por su noble extensión y majestuosas proporciones: doblemente gloriosa porque la Catedral del Vicario de Cristo en la tierra, y por contener las reliquias de los santos Apóstoles; pero tres veces gloriosa, porque bajo su vasta cúpula, y dentro de sus sagrados muros, se escucharon por primera vez aquellas palabras, que públicamente reconocían y proclamaban, ¡como artículo de fe, la joya más brillante de la corona de María! Viajemos allí en espíritu y alabemos a Dios, que tan grande gloria ha sido conferida a Su Iglesia en estos días: y bendigamos ese santuario de María, cuyo privilegio fue recibir primero los acentos divinos, como el maná antiguo descendieron hacia nosotros desde el cielo.

ORACIÓN DE SAN ALFONSO

¡Oh, mi inmaculada Señora! Me alegro contigo al verte enriquecido con tan gran pureza. Agradezco y siempre doy gracias a nuestro Creador común por haberte salvado de toda mancha de pecado: y creo firmemente en esta doctrina, y estoy dispuesto incluso a entregar mi vida, si fuera necesario, en defensa de este privilegio tan grande y singular de ser concebido sin pecado, oh dulce, la más amable e inmaculada María, tú que eres tan hermosa ante los ojos de tu Señor, no desprecies poner tus ojos de compasión sobre las heridas de mi alma, tan repugnantes como sean. Contempladme, tened piedad de mí, sáname... Oh tú, que desde el primer momento de tu vida apareciste puro y hermoso ante Dios, compadecérate de mí, que no solo nací en pecado, sino que desde el bautismo has manchado mi alma con crímenes. ¿Qué favor te negará Dios jamás a ti que te elegiste como Su Hija, Su Madre y Esposa, y por eso te preservó de toda mancha, y en Su amor te prefirió a todas las demás criaturas? Amén.

Volver a la Tercera Meditación... Procede a la Quinta Meditación...

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones del reverendo John Wyse

Del libro

'Ejercicios devotos: meditaciones comprometidas y visitas a los santuarios de la Santísima Virgen para cada día del mes de mayo'

Meditación V

Sobre el pecado de nuestros primeros padres

Intentemos una vez más obtener para nosotros mismos algún conocimiento de la infinita malicia del pecado mortal, considerando el pecado de nuestros primeros padres y cómo Dios Todopoderoso lo castigó.

Nunca, desde el principio del mundo, se ha disfrutado una felicidad tan grande en la tierra como la de Adán y Eva, cuando Dios los colocó en el jardín del paraíso. No venía ni calor ni frío, ni lluvia, ni viento: un sol encantador siempre brillaba sobre los habitantes de ese lugar favorito: ningún trabajo carecía de labrar la tierra: los árboles daban frutos de sí mismos, y la tierra daba abundantes las plantas y flores más exuberantes. Nuestros primeros padres les habían otorgado un poder completo sobre todos los animales creados, de modo que a su única palabra los pájaros, los propios peces y toda criatura viva iban y venían según sus órdenes. Tenían cuerpos como los nuestros, pero diferentes: pues nunca soportaron fatiga, ni sufrieron dolor ni enfermedad, y el miedo a la muerte, o las preocupaciones y debilidades de la vejez, les eran desconocidos. Sus almas también eran como las nuestras, pero tan diferentes: pues constituidas como estaban en un estado de justicia original, poseían un dominio perfecto sobre todas sus pasiones, de modo que ni la tristeza, ni la ira, ni la envidia, ni el odio, ni ningún otro sentimiento indebido tenían poder para gobernarlos. Estaban dotados de un conocimiento íntimo de Dios y de un amor ardiente por Él. Por último, podían mirar hacia adelante, tras una vida larga y feliz, hacia un partido, sin enfermedad ni muerte, cuerpo y alma unidos, hacia el cielo, allí para reinar con Dios por toda la eternidad. En las Sagradas Escrituras leemos que Dios los creó solo "un poco menos que los ángeles en dignidad." Pero, como algunos entre esa hueste celestial, eran tan ingratos con Dios como Dios había sido misericordioso con ellos. No le servirían de la manera que Él deseaba. Pecaron: y fueron castigados.

Recordemos ahora todas las circunstancias y resultados de su castigo, y procuremos ver de ahí el carácter del pecado cometido. - Por este pecado, Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso: la tierra ha sido maldita y se ha vuelto incapaz de producir nada sin un esfuerzo intenso al sudor de la frente: nuestros cuerpos han sido malditos y condenados a debilidades, dolores agudos, que solo terminan con el aguijón de la muerte. - Además, debido a este único pecado, miles y millones de hombres, los hijos de Adán, han tenido que soportar mucho sufrimiento en vida y enfrentarse finalmente a una muerte amarga. Podemos imaginar una inmensa extensión de tierra, mientras sea ancha, cubierta por todos lados con los huesos y cadáveres de los muertos y moribundos, que se elevan a lo largo de millas en el aire, y decirnos a nosotros mismos: "Todo esto ha ocurrido por un solo pecado." - De nuevo, por este único pecado, no solo debe morir todo hombre, Pero la mayor parte de la humanidad está condenada al infierno. ¿Por qué están condenados los hombres, sino porque han cedido a las disposiciones malignas de nuestra naturaleza corrompida, que es el resultado de este

pecado? ¡Miles y millones condenados al infierno cada año por un solo pecado! - Además, por este pecado, Nuestro Bendito Señor y Salvador Jesucristo, el Cordero sin mancha, el Hijo unigénito de Dios, se ha hecho Hombre, ha sufrido en la tierra y ha derramado la última gota de Su sangre por nosotros en el altar de la cruz. - Por último, por este único pecado de nuestros primeros padres, el Paraíso se ha perdido para nosotros, y somos vagabundos de aquí para allá en este valle de lágrimas: nuestra vida está llena de problemas y amargura, y nos recogimos ante la muerte con miedo y temblores: no estamos seguros de si seremos salvos, y, en todos los casos, Nunca podremos entrar en el cielo si no es por el camino de las lágrimas y la penitencia. - Tal es una vaga idea del castigo lamentable que Adán y Eva impusieron a sus hijos por un solo pecado. Una idea que llamamos; porque ningún hombre en la tierra puede comprender, en su totalidad, la verdadera naturaleza de la maldición con la que Dios maldijo a nuestros primeros padres.

¿Qué inferencia debemos sacar ahora para nosotros mismos? Esto —es decir, que si un solo pecado ha sido una mancha ante Dios, qué objeto tan horrible debe ser el estado de un alma pecadora! Quien ha cometido un solo pecado mortal, ha cometido tantos como uno de los demonios del infierno; y si ha cometido cien, ha cometido tantos pecados como cien de esos demonios, y su alma es en cierto sentido tan abominable ante Dios como todos esos espíritus condenados juntos. - Aún más lejos. Cuando un hombre ha cometido un solo pecado mortal, ha merecido el infierno tanto como cualquiera de esos espíritus perdidos; y cuando ha cometido más de uno de esos pecados, ha merecido el infierno más que cualquiera de los espíritus perdidos. ¿Cómo es entonces que todo hombre que ha pecado mortalmente, aunque alguna vez siquiera, no esté ahora en compañía de los demonios que arden eternamente en el infierno? ¿Cómo es eso? Sí, bueno, ¿podemos hacer la pregunta? Es únicamente porque nuestro Creador común nos ha impartido su misericordia, mientras que sobre ellos cayó el ejercicio de Su justicia divina. ¡Oh, el amor, la bondad, la infinita paciencia de nuestro Dios!

¡Qué grandes verdades, por tanto, no nos enseña nuestra santa Fe respecto a la naturaleza maliciosa del pecado! y quien ha pecado puede pensar en ellos sin, por un lado, estremecerse de miedo al pensar en su propia alma, y por otro sin agradecer de corazón a su Dios por la misericordia sin límites que le ha mostrado. El más hermoso de los ángeles cayó del cielo, toda la raza humana fue expulsada del Paraíso, ejército tras ejército —de almas ardiendo ahora en las llamas del infierno, Jesús el Hijo de Dios murió en la cruz— y todo por un solo pecado cometido. Oh, cuál debe ser el estado de un alma en pecado mortal: cuánta cantidad de mal debe haber escondido allí y si Dios no perdonó a los ángeles, ni a nuestros primeros padres, ni siquiera a su propio Hijo, ¿qué crees que seríamos el destino de aquellos

cuyas almas son monstruos de pecado, que han despreciado la voz de los mensajeros que Dios envió para llamarles al arrepentimiento, que, tras ser tan frecuentemente indultados, han vuelto a caer tantas veces. Con gran temor no debería un pecador así volar de inmediato hacia Dios y, así, desde su alma más profunda, suplicarle diciendo: "¡Oh Señor mi Dios y Creador! Ten piedad una vez más, ten piedad de mí. Ahora veo lo terrible que es un pecado malvado. Lo veo en el fuego y en los tormentos de las almas perdidas en el infierno — lo veo en toda la miseria y miseria que me rodean en la tierra, consecuencia del pecado — lo veo en los dolores y el martirio de mi Señor moribundo en la cruz. ¡Oh, pensamiento espantoso! ¡que yo, por mis pecados, habría causado la muerte del amor Jesús! Oh pecado, pecado maldito nunca más cometiré, nunca más albergaré ni cederé a tus malvadas tentaciones. Fuera de los pecados para siempre, y por tu misericordia, Jesús, que tal mal no me separe de nuevo del amor y servicio que debo a Dios."

En conclusión, invocemos con sincera devoción el patrocinio de Nuestra Santísima Señora, Refugio de los Pecadores. ¿Dónde está el pecador, por muy grave que haya pecado, que no puede encontrar descanso en el Inmaculado Corazón de ella que es la Madre del Dios de la Misericordia, en ese tierno Corazón, siempre inseparablemente unido con el Corazón de Jesús fluyendo por nosotros pobres pecadores? Acerquémonos todos con confianza y pidamos a Nuestra Santísima Señora que nos obtenga la gracia especial de acoger en el futuro un horror tan extremo para el mayor de los males: el pecado, para que podamos decidir morir antes que cometer otro pecado.

VISITA A UN SANTUARIO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

Nuestra Señora de Sarrances es uno de los muchos santuarios que posee el sur de Francia. Está situada en la diócesis de Bayona, en los Bajos Pirineos, casi en las fronteras de los dos países católicos, Francia y España. A orillas del Gave, en el extremo de un hermoso valle, en una santa soledad, se encuentran la iglesia y el monasterio de "Notre Dame" o "Nuestra Señora de los Sarrances". El origen de este santuario romántico es poco conocido. Algunos han pensado que se puede rastrear hasta un periodo del siglo IX. Sin embargo, hay algo seguro: mucho antes de los estragos de la llamada Reforma en ese país, Nuestra Señora de Sarrances era un lugar de gran devoción hacia los altos y bajos, los ricos y los pobres. Se registra que los dos reyes de Navarra y Aragón, y el príncipe soberano de Beam, que se encontraron por casualidad con motivo de una peregrinación a este Santuario, quedaron muy impresionados por un encuentro tan aparentemente providencial, y al recordar la visita de los tres reyes al establo de Belén, se pusieron bajo la protección especial de la Reina del Cielo, y hacía abundantes ofrendas en el Santuario. Se podrían presentar

muchos más rasgos de devoción para demostrar el gran amor de nuestros antepasados por Nuestra Señora de Sarrances. Pero estos días felices no duraron mucho: la vil herejía de Calvino se desató en ese desafortunado país, y en su tiempo la abadía de Sarrances, y el propio Santuario, fueron saqueados y quemados. Hubo desolación en el lugar sagrado hasta aproximadamente principios del siglo XVII, cuando, por el celo del rey de Francia, habiendo restaurado la religión católica en el territorio de Beam, se reconstruyó la iglesia de Nuestra Señora, se restableció el monasterio, se reemplazó la imagen de María y los piadosos habitantes con lágrimas de alegría, según se cuenta, le devolvieron la adoración que sus padres les habían transmitido. La iglesia y el monasterio fueron confiados a los monjes de la orden de Premontre, y estos monumentos aún existen para dar testimonio por su magnificencia de la fe de nuestros antepasados. El Santuario sufrió, por supuesto, durante la antigua Revolución Francesa, pero no mucho; y la devoción y la peregrinación siguen siendo, hasta cierto punto, vigorosas. La principal fiesta de la peregrinación es el 15 de agosto, la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora al cielo; y un buen caballero cristiano, que estuvo presente en el Santuario en 1842, ese mismo día, también lo describió y asistió numerosamente. Y si así fue entonces, ciertamente debió aumentar maravillosamente desde entonces, ahora que la religión ha tomado tal postura en Francia. Unámonos a los grupos devotos reunidos allí en este mes de mayo, y enviemos una buena oración en espíritu a Nuestra Señora de Sarrances.

ORACIÓN DE SAN BERNARDO

Oh tú, que eres Nuestra Señora, nuestra mediadora, nuestra abogada, nos reconcilias - nos encomiendas a tu Hijo. Oh tú, que eres bendecido por la gracia que encontraste, por el privilegio que mereceste, por esa misericordia a la que diste a luz, concede que Aquel que, por tu intercesión, se dignó a participar de nuestra debilidad y miseria, pueda también, por tu intercesión, hacernos parte de Su felicidad y gloria. Amén.

Volver a la Cuarta Meditación... Procede a la Sexta Meditación...

Meditaciones del reverendo John Wyse

Del libro

'Ejercicios devotos: meditaciones comprometidas y visitas a los santuarios de la Santísima Virgen para cada día del mes de mayo'

Meditación VI

Sobre nuestros propios pecados

Habiendo contemplado el gran mal del pecado, al contemplar las consecuencias que han seguido al pecado de los ángeles y al de nuestros primeros padres, no debemos abandonar este tema hasta haber sido testigos de los efectos que el pecado produce en el alma del hombre. De poco sirve, en verdad, reflexionar sobre los pecados de los demás, a menos que también miremos a nuestras propias almas y examinemos cómo pudimos parecernos a aquellos cuyo terrible ejemplo ya se nos ha presentado.

Veamos entonces por un momento el alma de un hombre que ha sido tan infeliz que ha caído en pecado mortal.

En el mismo instante en que cometió ese pecado, su alma, de una hermosa imagen de Dios, se transformó en un monstruo abominable. Nadie en este mundo, sin una revelación especial, puede comprender jamás la belleza sobredimensional de un alma en la gracia de Dios. En la medida en que es hermosa en la gracia, así que se vuelve horrible por la comisión del pecado. En cierto sentido, hay poca diferencia entre un alma condenada y un alma en pecado mortal: pues, así como ningún ser humano podría mirar a un demonio sin caer muerto por terror, de igual manera, si un alma en pecado mortal se revelara a nuestros ojos, moriríamos de miedo al verlo.

En el instante en que se comete un pecado mortal, el alma de quien lo cometió queda poseída por el espíritu del diablo. Es lamentable que cualquier cristiano sea poseído por un diablo, tener que llevar día y noche en su cuerpo uno de los espíritus perdidos del infierno: ¿qué debe ser, entonces, para entregar el propio alma al poder del diablo? Quien está poseído por un espíritu maligno, puede seguir siendo hijo de Dios y puede esperar libremente algún día alcanzar el cielo; pero quien ha entregado su

alma al poder del diablo por pecado mortal, es enemigo de Dios y corre peligro inminente de ser arrojado a cada momento al infierno.

¿Pero puede haber algo más vergonzoso que el pecado? Supongamos que el Dios Todopoderoso nos abriera los ojos de tal manera que nos permitiera ver el corazón de cualquiera de nosotros, percibir claramente todos los pecados y crímenes que esa persona ha cometido en pensamiento, palabra o acción, a lo largo de su vida. Qué vergüenza, qué desgracia para ese pobre alma. ¿No buscaría esconderse y llamar a las montañas para que lo cubran, antes que sus compañeros vieran su rostro? y esto no sería más que el justo juicio de su propia conciencia. ¿Y no ve Dios cada pensamiento y sentimiento secreto del corazón? Si un alma en pecado mortal huyera entonces, por vergüenza ante los hombres, ¡cuánto más vergonzoso es no ante el Dios Todopoderoso!

Además: entenderemos mejor la grandeza del mal del pecado en nuestras almas, si consideramos qué pobres y miserables criaturas somos en nosotros mismos, y lo absolutamente dependientes que somos de Dios. ¿Qué somos, en realidad? Un puñado de arcilla: Hace unos años no éramos nada, nadie había oído hablar de nosotros; dentro de poco tiempo todos estaremos pudriéndonos en la tumba. Y sin embargo, este gusano de la tierra, este polvo, esta miserable criatura, ha levantado la mano contra Dios, ha resistido los mandamientos de su propio Creador. - Además, ¿qué no ha hecho Dios por nosotros? Nos ha concedido innumerables bendiciones, de modo que no hay momento en toda nuestra vida, de día o de noche, en el que no nos haya dado alguna bendición nueva, ni llegará jamás un momento en nuestra vida en la tierra en el que no nos siga bendiciendo. Todo esto lo ha hecho por nosotros, con un amor infinito: y mientras tanto, podría haber dado a otros las gracias que nos dio a nosotros —a otros, que, quizás, — las merecían mejor — a otros, que le habrían servido mejor con ellos. De hecho, tanto tenemos de Dios, que dependemos enteramente de Él. ¡Qué ingratitud entonces, no, qué locura pecar contra Su divina Majestad! Suponiendo que el paralizante del Evangelio se hubiera dado la vuelta tras su curación y hubiera golpeado a la Persona Sagrada de Nuestro Señor con las mismas manos que fueron sanadas por Jesús; o supongamos que el hombre sordo y mudo desde la infancia, cuya lengua nuestro Bendito Señor mismo soltó, hubiera empezado con esa misma lengua a insultarle y blasfemarle al morir en la cruz, - "¡qué horrible ingratitud!" diríamos. Pero repite, ¿quién fue el que creó esas lenguas que insultan a Dios? ¿Quién hizo esos ojos, esos oídos y manos, quién hizo todos los miembros de nuestro cuerpo y quién formó nuestra alma? - ¡y somos lo bastante ingratos como para ofender a ese Hacedor!

De nuevo, al cometer pecado, un hombre insulta a la gran Majestad de Dios. Golpear a un ciudadano es un delito contra la ley: pero cuánta mayor es esa

ofensa si se dirige contra la persona del Soberano. ¡Oh, qué delito debe ser entonces el pecado! ¿quién es Dios sino el Rey de los reyes y el Señor de los señores? Dios es infinitamente bueno, infinitamente santo, infinitamente poderoso, infinitamente bello, justo, misericordioso, infinito en todas sus perfecciones, y todo lo bueno en las criaturas brota de Él. Nada es bueno sin Él, nada sagrado, nada hermoso, nada justo. Con Él todo es felicidad, belleza, bondad y misericordia, en un grado infinito. ¡Y pensar que hemos ofendido a un Bien, voluntariamente y con malicia! Volvemos hacia el cielo y representemos a nuestra mente lo que ahora pasa allí. Mira al Dios Todopoderoso en Su trono, rodeado por todos lados por legiones de ángeles y santos —míralos fascinados mientras contemplan su esplendor y gloria—, mira cómo le alaban y engrandecen, a cada uno, con todo el poder y la nobleza de un espíritu celestial, y percibiendo que nunca se podrá conceder suficiente alabanza o amor a una Majestad tan grande, estos santos se lanzan de cara, confesando que Él es digno de mucho mayor honor del que ellos jamás podrán dar. Pero de repente, en medio de esta poderosa hueste de espíritus, surge un miserable gusano de la tierra, que comienza de inmediato a insultar y deshonrar a la divina Majestad. ¿Quién puede comprender un crimen tan grande? nadie más que Dios: para los propios ángeles, si con toda la sabiduría de sus entendimientos intentaran comprenderlo en toda su magnitud, no podrían. ¡Y un alma en pecado mortal ha cometido ese crimen! ¿Dónde existe un mal así? El pecado, entonces, es el mayor de todos los males. Oh, ante verdades como estas, ¿quién ha pecado, una vez, y que huya sin demora al trono de Dios para pedir perdón? "¡Oh gran Dios!" debería gritar, "Veo mi pecado. Te he ofendido: ¿y quién soy yo? no un Lucifer, no un serafín, no un ángel, sino un pobre mundano, un miserable gusano de esta tierra. Y tú, a quien he insultado, ¿quién eres tú? no un rey, ni un ángel, ni un serafín, sino Dios, el Bien supremo, la Fuente de todo el Bien, el Señor del Cielo y la Tierra. Te he herido: ¿y dónde? quizá en secreto, cuando Tú estabas ausente —no tanto, pero abiertamente, ante Tu propio rostro. He pecado contra Ti: ¿y por qué medios? con los propios ojos, los mismos oídos, la lengua, las manos, el mismo cuerpo que Tú mismo me diste. He pecado contra Ti: ¿y para qué? quizá porque me habían prometido un reino, o al menos con la esperanza de riquezas, o porque me había llevado a él el miedo a una muerte cruel —ninguna de esas cosas; pero, quizá, para darme el gusto a algún placer vergonzoso, o porque temía alguna humillación o dolor pasajero. He pecado contra Ti: ¿y cuántas veces? no una, sino diez, veinte, cientos de veces: y quizás en el mismo momento en que me preservabas en salud y comodidad, cuando con certeza derramabas gracia tras gracia sobre mi alma, para evitar que el diablo me derribara al infierno. ¡Dios del cielo, qué grande ha sido mi maldad!"

Miremos ahora hacia atrás en nuestras propias vidas y veamos si no deberíamos así buscar perdón a Dios. Si hemos tenido la mala suerte de

cometer pecado mortal en nuestros pensamientos, palabras o acciones, intentemos recordar el momento, la primera ocasión, en que caímos de Dios. ¡Oh, qué hora tan maldita es esa para un alma en vida! ¡El primer pecado mortal! ¡qué hermosa y hermosa es nuestra alma, en toda la pureza e inocencia de la juventud, un espíritu casto y sagrado, el santuario del Espíritu Santo, la imagen de Dios recién impresa en ella! Con qué amor benigno contempla Dios esa alma: qué gloria debe dar a Dios, y qué placer a los ángeles y santos; y al ángel guardián de esa alma, ¡qué alegría no emana de su semblante celestial, mientras se deleita en guiarla, y observarla, orar con ella y protegerla! ¿No podemos imaginar casi que regresa, de vez en cuando, de la tierra al cielo, para contar su felicidad y contar cómo existe en la tierra al menos un alma —su querida protegida— libre del pecado y preparándose para el cielo? ¡Pero el primer pecado mortal! ¡Oh, ese momento fatal! un alma hermosa se ha transformado en un monstruo horrible, enemigo de Dios y de sus santos: - y el ángel guardián de esa alma, ¿no debe el propio brillo de su trono apagarse ante la horrible escena? ¡Qué mancha tan vil en el alma cristiana es pecado! Entonces lo rehíamos, lo odiemos y nos apartemos de él con disgusto cuando se acerque; Pero sobre todo, emociónémonos hasta un verdadero arrepentimiento. Si hemos pecado contra un Dios que es infinitamente bueno en sí mismo, e infinitamente bueno con nosotros, hemos pecado vergonzosamente, descaradamente, ante la majestad del cielo, ante el gran Dios del universo, que nos hizo.

¡Qué tristeza demasiado profunda para llenar nuestros corazones! Volvamos entonces un momento hacia María y supliquémosle que rece por nosotros, pobres pecadores, para que podamos recibir la gracia de una verdadera y sincera contrición. Cuando recordamos nuestros pecados, y al mismo tiempo recordamos la majestuosidad infinita de Aquel a quien hemos ofendido, y la consiguiente magnitud de nuestros pecados, ¿no es consuelo tener a María allí para suplicar por nosotros a su Hijo, nosotros que somos gusanos miserables, profanados de pecado e indignos para la presencia de un Dios tan bueno y amoroso? Por tanto, busquemosla con confianza: pues es en verdad la "Salud de los débiles", "la Consoladora de los afligidos" —y si de verdad deseamos volvernos hacia Dios, será la "Estrella de la Mañana" que amanecerá sobre nosotros tras la larga noche oscura de nuestra miseria y pecado.

VISITA A UN SANTUARIO DE LA VIRGEN

Las visitas que realizamos espiritualmente este mes a Nuestra Santísima Señora nos llevarán a la ciudad de Éfeso, que fue tan famosa, pero de la que ahora quedan pocos restos. Fue en esta ciudad donde el título de Madre de Dios, dado a María, fue plenamente aprobado y confirmado por un concilio general de la Iglesia, celebrado en el año de gracia 431. La Iglesia Católica

siempre ha creído que María era la Madre de Él, quien unió en Su Persona Sagrada la naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre —y que, por tanto, ella fue verdaderamente llamada la Madre de Dios. Pero algunos herejes impíos lo negaron, por lo que se consideró que el Concilio de Éfeso los refutó y condenó. Se cuenta en la historia que el pueblo de Éfeso mostró la mayor ansiedad por el resultado de ese Concilio. Eran siervas amorosas de María, y su temor era por tanto natural, no fuera a ser que por casualidad se le negara el honor que se debía a su Madre. Pero grande fue su exultación cuando los obispos que salieron del Concilio proclamaron a María Madre de Dios. Al captar el sonido, lo repitieron una y otra vez con gritos de alegría. Unamos nuestras voces a esa multitud cristiana, y mientras escuchamos con el oído de la fe el glorioso título, decidamos en nuestro corazón defender su honor para siempre contra quienes blasfemean niegan que María sea la Madre de Dios.

ORACIÓN DE SAN ATANASIO

¡Escucha nuestras oraciones, santa Virgen! y recuerda a nosotros. Repartíanos esas riquezas y esa abundancia de gracias, con las que estás lleno. El arcángel te saludó y te llamó lleno de gracia." Todas las naciones te llaman "bendecido". Toda la jerarquía del cielo te bendiga: y nosotros, que somos de la jerarquía de esta tierra, también nos dirigimos a ti, diciendo: "Salve, lleno de gracia, el Señor es contigo. Ruega por nosotros, oh Madre de Dios, nuestra Señora, nuestra Reina." Amén.

Volver a la Quinta Meditación... Procede a la séptima meditación...

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones del reverendo John Wyse

Del libro

'Ejercicios devotos: meditaciones comprometidas y visitas a los santuarios de la Santísima Virgen para cada día del mes de mayo'

Meditación VII

Con el dolor de la "pérdida" en el infierno

Nuestras meditaciones sobre el gran mal del pecado nos han ocupado principalmente en considerar la maldad de su naturaleza, primero por el ejemplo de quienes han caído en pecado, y de nuevo por contemplar los efectos que produce en el alma del hombre. Sin embargo, tal es nuestra debilidad y miseria, que incluso estas verdades, por conmovedoras que sean, pueden no lograr provocarnos un verdadero horror por el pecado, a menos que además nos armemos con el "temor al Señor", que, como dice el profeta, es el "comienzo de la sabiduría". (1) Para volvernos sabios en la salvación, debemos temer, no a quienes solo pueden matar el cuerpo, sino a aquel "que, después de haber matado, tiene poder para arrojar al infierno." (2) Por tanto, se nos presenta el temor al infierno, para que recordando el terrible castigo que nos espera en el otro mundo la comisión del pecado mortal, podamos empezar a odiar el pecado y todo lo que lo lleve.

El primer dolor que deberíamos pensar en el infierno, y sin duda el mayor, es el dolor de la "Pérdida". Con esto nos referimos a la pérdida de Dios Todopoderoso. Tan grande es esta pérdida, que es tan imposible para nuestra mente comprenderla, como puede ser conocer plenamente en este mundo la infinita bondad del propio Dios. Aun así, poseemos suficiente razón y comprensión para formarnos una vaga idea de lo que significa perder a Dios en el infierno. Siguiendo con este pensamiento, consideremos que un alma condenada al infierno pierde para siempre el placer de poseer y disfrutar a Dios. En el momento en que cruza el umbral de esa mazmorra infernal, Dios Todopoderoso infunde en esa alma una luz que le permite comprender plenamente la infinita belleza y perfección de Su ser, en la medida en que cualquier criatura pueda, junto con un deseo de poseerlo tan grande y atractivo, que la mera privación de tal placer por un momento se convierte en una fuente infinita de dolor. En ese mismo instante, la terrible verdad cruza con la mente esa alma desdichada: para siempre, para siempre, será expulsado de su Dios — nunca, jamás, para disfrutar de Él.

Los tormentos del infierno son inconcebibles; Pero no hay tormento como este.

Además: - un alma condenada al infierno pierde por completo el cuidado y la protección de Dios. Mientras un hombre permanezca en la tierra, el Dios Todopoderoso lo guarda y lo protege. Pone pensamientos buenos en su

mente, despierta deseos sagrados en su corazón, casi le impulsa a hacer el bien, le consuela y fortalece. En el momento en que el alma entra en el infierno, todo esto termina: Dios, por así decirlo, lo tumba y lo considera algo que no merece la pena cuidar. Por eso, durante toda la larga noche de la eternidad, ese alma nunca recibe un solo buen pensamiento en su mente: nunca tiene una inspiración sagrada, ni un deseo piadoso, ni siquiera un solo deseo de hacer algo bueno. Su imaginación se llena de las imágenes más terribles; su comprensión es negra y nublada; No desea nada, salvo lo que es provocado por la rabia y la pasión, todas las fuerzas de su alma, no son más que oscuridad y la más amarga desesperación.

De nuevo: un alma condenada al infierno, cuando pierde a Dios, pierde junto con Él el amor y la solicitude de todas sus criaturas. Mientras permanezcamos en este mundo, la Santísima Virgen, los Ángeles y Santos, y nuestros Ángeles Guardianes, nos aman; pero, una vez que un hombre ha sido rechazado por Dios, también es abandonado por los espíritus santos del cielo, y eso para siempre. Y también con todos aquellos que nos han amado en la tierra. Si una madre ha sido salvada, no tendrá compasión por sus hijos que se han perdido: si un niño es salvado, no atenderá los tormentos y castigos que se imponen a sus propios padres. Y si ese es el sentimiento de los salvados hacia los que están perdidos, ¿qué debe ser en el mismo infierno? Marido y mujer, hermano y hermana, los parientes más cercanos, los mejores amigos, padres e hijos, arderán con tal frenesí infernal y odio entre ellos, como solo aquellos que han sido enviados para siempre al infierno. Entre la incontables multitudes de almas confinadas en esa terrible prisión, no habrá ni una sola cuya presencia no añada dolor y tormento sin fin a cada otra alma perdida. Nunca debemos olvidar, además, que el amo del infierno es el diablo, que odia el alma humana con el odio de la eternidad: y a él se le otorga un poder y una fuerza desconocidos aquí en la tierra, con la mente de un demonio, hábil y agudo en idear todo tipo de torturas y dolores para sus víctimas. ¡Qué cosa tan horrible para un pobre alma, caer en tales manos!

Un pensamiento más sobre el dolor de la "Pérdida". Habiendo perdido el disfrute de Dios, ¿qué encuentra el alma condenada en su presencia Todopoderosa? Encuentra un enemigo mortal y eterno. - Pero ¿cómo, se puede preguntar, Dios, que es el bien supremo y que en sí mismo es la mayor felicidad del hombre, convertirse en enemigo del hombre? Y sin embargo puede, y lo hace. Vamos entonces a marcar bien cómo ocurre esto. 1. Dios mantiene en el alma perdida el conocimiento más vivo de Su infinita belleza y el deseo más fuerte de poseerlo: pero esto, lejos de estar lo más mínimo satisfecho, es solo causa de interminables rechazos y decepciones, de modo que cuanto más el pobre desafortunado se siente irresistiblemente atraído hacia Dios, mayor es la desolación que llena su corazón. 2. El rostro de Dios, tan hermoso y amable con los buenos, tan hipnotizante, que los

santos podrían haber muerto por contemplarlo solo una vez — ese rostro lleva en un alma perdida el aspecto continuo de una ira terrible. Por tanto, siempre buscará huir de la presencia divina: pero, cuanto más avanza, más se acercan esos horribles ojos. Oh, ¿quién puede soportar la ira y la rabia del Dios viviente? Nadie puede decirnos lo grande que debe ser ese dolor. 3. La bendición más bienvenida para un alma perdida sería matarla y destruirla. Para apaciguar la justa ira de Dios, que se ha vuelto claramente imposible, la idea de la muerte sería entonces un alivio: - pero no: mientras Dios viva, vivirán las almas infelices en el infierno, y una y otra vez comenzarán sus terribles tormentos.

¿Hemos aprendido ya algo sobre los dolores del infierno? ¿Hemos visto ahora lo grande que es el mal de un pecado mortal si da un fruto tan amargo? Y si es así, ¿qué imaginamos que será el fruto de la semilla que hemos sembrado en nuestras propias vidas? ¿Acaso no hemos cometido ese pecado? Y si lo hemos hecho, ¿cuántas veces y cuántas veces no nos habríamos sumergido en el infierno? Oh, terribles son los juicios de Dios y severos son su justicia: ser para siempre expulsados de su presencia, para siempre entregados al poder del espíritu maligno: tales son las pagas del pecado. Pero siempre hemos creído en estas verdades. Sí, - y por esa misma razón tenemos la doble culpa. Hemos creído con la Iglesia Católica que un pecado mortal era suficiente para separarnos de Jesús para siempre, suficiente para hacernos perder a Dios para siempre, suficiente para enviarnos al infierno para siempre; Y, sin embargo, ¿cuántos entre nosotros hemos seguido sin miedo, ciega y loca, cometiendo pecado tras pecado? ¿No es esta ceguera sin ejemplo? Aquel que ha caído en pecado mortal, que se vuelva entonces hacia Dios y diga: "¡Oh Jesús! He pecado, es cierto, y por eso merecía perderte: pero no tomes Tu misericordia de mí. Me arrepiento, me arrepiento de todo corazón. Podría haber estado incluso ahora en el infierno: pero Tú me has perdonado. Oh buen Jesús, nunca volveré a pecar, aunque me cueste la vida y más. Deseo verte cara a cara en Tu reino, y allí estoy decidido a superar todas las penas y tentaciones. Oh Jesús, concédeme gracia para no volver a cometer pecado mortal."

Y ahora, acudamos a María, la Virgen Madre de Jesús, y exijámonos de su poderosa protección contra este gran mal: el pecado. Al pensar en las llamas del infierno, no hay nada en la verdad que no debamos hacer en esta vida para evitar un destino tan impactante, ningún trabajo que no debamos soportar, ninguna ayuda que no debamos alistarse en nuestro nombre. Pero, ¿quién puede ayudarnos mejor que Mary? ¿Quién puede luchar mejor por nosotros contra el diablo? ¿quién es más agradable a Dios y quién será escuchado antes por Él? Seamos devotos a Nuestra Santísima Señora, y si ya lo hemos sido antes, redoblemos ahora nuestra devoción, para que con la oración continua de nuestra parte nos obtenga la gracia para no pecar nunca más, y así evitar la terrible calamidad del infierno y sus tormentos.

VISITA A UN SANTUARIO DE ESTA SANTA VIRGEN

No hay lugar en el mundo más justamente celebrado por su devoción a Nuestra Santísima Señora que Roma. La Ciudad Eterna posee nada menos que cuarenta y seis iglesias diferentes dedicadas al honor de María, siendo la más grande y hermosa la Iglesia de Santa María Mayor. En Roma apenas existe una calle, o siquiera una sola casa, que no presume al menos de una imagen o imagen de Nuestra Santísima Señora, y no pocas veces de muchas más. Siempre arde una luz ante ellos: y, en los días de fiesta, varias. La devoción del pueblo romano a María es muy conmovedora y bastante llamativa para los visitantes. Parece que nunca la abandonaron, ni siquiera en tiempos de problemas y revolución; y ella, a su vez, sin duda los ha protegido de manera maravillosa, evitando enfermedades y plagas, y restaurando la paz tras disturbios civiles. En la iglesia de Santa María Mayor se conserva el berne, que albergaba a Nuestro Señor Bendito en Belén: y nada puede superar la belleza y devoción de la escena cuando, antes de la misa de medianoche en Navidad, el bernejo sagrado se lleva procesionalmente en su caja de oro y plata, y se expone a la veneración de los fieles. En la misma iglesia también se encuentra la imagen original de Nuestra Santísima Señora, pintada por San Lucas, que siempre reclama su rebaño de fieles. Vamos allí hoy, y siguiendo el ejemplo del pueblo devoto de Roma, que beben diariamente las aguas de la Fe de la Roca de Pedro, recemos en espíritu ante la imagen de Nuestra Santísima Señora, en la iglesia de Santa María Mayor, Roma.

ORACIÓN DE SAN ANDRÉS OP CANDIA

¡Te saludo, oh lleno de gracia! Oh María, si deposito mi confianza en ti, seré salvada. Si estoy bajo tu protección, no tengo nada que temer: te imploro entonces, oh santa Virgen, que me concedas la ayuda de tus oraciones con Dios; oraciones, que nos son más queridas y preciosas que todos los tesoros de la tierra; oraciones, que nos hacen propicio en nuestros pecados y nos obtienen una gran abundancia de gracias, tanto para el perdón de nuestras ofensas como para la práctica de la virtud, por Cristo Nuestro Señor. Amén.

1. Salmo, cx
2. San Lucas, xii. 4,5

Volver a la Sexta Meditación... Procede a la octava meditación...

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones del reverendo John Wyse

Del libro

'Ejercicios devotos: meditaciones comprometidas y visitas a los santuarios de la Santísima Virgen para cada día del mes de mayo'

Meditación VIII

Sobre el dolor de "Sentido" en el infierno

No debemos dejar de examinar el castigo preparado por Dios por el pecado mortal, sin considerar el dolor del "Sentido" en el infierno. Reflexionamos en nuestra última meditación sobre los tormentos terribles, que se producen en un alma condenada por el dolor de la "Pérdida", pero no debe olvidarse que estos van acompañados de otros sufrimientos terribles, que trabajan en la mente a través de los sentidos humanos.

Para permitir que esta verdad se imponga con más fuerza en la comprensión, siguiendo el ejemplo del rey Ezequias, imaginemos a nuestra imaginación la escena que la prisión del infierno presenta incluso ahora en este momento. "He dicho que, en medio de mis días, iré a las puertas del infierno." (1) Supongamos que, por alguna buena razón, quizá a través de las oraciones de nuestro ángel guardián, Dios Todopoderoso nos ha permitido, como permitió a Santa Teresa, visitar el infierno. Y imaginemos que ahora estamos de pie sobre una colina elevada, en medio de una noche oscura, y que por el poder que Dios nos ha dado, estamos mirando hacia abajo a través de la oscuridad hacia el centro mismo del infierno, que se abre su terrible extensión en el valle de abajo. Allí se alzan ante nosotros un inmenso lago de fuego ardiente, espumando y azotándose con una furia inconcebible. - Tan grande es la extensión de este lago que nadie puede medirla: sin embargo, a todos lados se ven rocas negras e impenetrables, que se alzan como los muros de una fortaleza, y que presentan un aspecto

tan sombrío que impiden toda esperanza de escapar del terrible fuego interior. Este mar de fuego está compuesto por alguna sustancia oscura y repugnante: azufre puede ser, o cualquier otra cosa que nuestra mente pueda imaginar. Nunca está en silencio, sino siempre inquieto, rodando en todas direcciones y manteniéndose en movimiento continuo por el aliento de la venganza del Dios Todopoderoso por haber pasado siempre sobre él. A esta aterradora mazmorra han sido arrojados todos aquellos que desde el principio del mundo han muerto en pecado mortal.

Para convertirnos más seguramente en maestros del tema sobre el que meditamos, intentemos centrar nuestra atención en los sufrimientos, no de muchos, sino solo de uno entre los perdidos. ¿Quién puede describir las torturas que ahora está soportando, las terribles agonías y dolores, comparados con los cuales las debilidades de esta vida son en verdad risibles? Mira cómo, en palabras propias de las sagradas Escrituras, es "entregado a los torturadores" (2) que con una malicia diabólica le desgarran y atormentan — el fuego mientras arde en sus órganos vitales. El fuego, y nada más que fuego, gira alrededor de ese ser desafortunado. La cabeza, los ojos, la boca, el cabello, todo arde: los brazos, los pies, la espalda, el pecho, están cubiertos de fuego: todo su cuerpo es una masa de fuego, como un trozo de hierro sacado al rojo vivo del horno. Lo que toca es fuego. Y aun más, el fuego está tanto dentro como fuera. Peor aún: el fuego no se conforma con el cuerpo, sino, con el permiso de Dios, penetra incluso en su alma: se aferra a su comprensión, desgarra en pedazos su memoria y voluntad: todo el poder de su alma queda envuelto en este fuego lamentable. Si ponemos al fuego solo un miembro de nuestro cuerpo, un brazo o un pie, qué dolor insoportable es la consecuencia de quemar, no en un solo miembro, sino en cada parte del cuerpo y del alma al mismo tiempo.

¿Y qué es el fuego del infierno? no como lo que vemos en este mundo, hermoso y brillante, transmitiendo calidez y animándonos, y adaptando sus diversas capacidades a cada uno de nuestros deseos. El fuego del infierno es oscuro, horrible y sucio, sin influencia agradable ni buena, creado únicamente para la tortura y el dolor — el fuego del castigo eterno. Santo Tomás nos asegura que el más mínimo grado de dolor producido por este fuego es mayor que todos los dolores del martirio, mayor que todos los sufrimientos que la enfermedad o la desgracia pueden traer en esta vida: y si un espasmo pasajero en el cuerpo, como la caries de un diente, causa semejante agonía —si la gente ha sido llevada casi a la locura, A través de una pajita que se ha metido en uno de sus ojos —¡quienes, creemos, pueden imaginar perfectamente lo que es soportar a toda una multitud de desórdenes y dolores infligidos juntos a un pobre perdido en el infierno!

¡Oh, terrible fuego del infierno, que no arde por casualidad ni a intervalos: sino de forma continua, y sin interrupción, sin alivio, sin esperanza de

consuelo o misericordia! Aquí en la tierra, cada enfermedad, cada dolor, tiene sus momentos de alivio: pero en el infierno, nunca, nunca. ¿Podría alguien soportar tumbarse en la cama más blanda toda una noche, en una sola posición, sin cambiarse? ¿Qué debe ser entonces, encontrarse a uno mismo, tras miles de años, aún arraigado en el mismo lugar, donde los mismos terribles tormentos nunca cesaron, con energía incesante, de desgarrar y preocupar al desdichado sufriente en el infierno? Oh, ¿no podemos decir con el profeta Isaías: "¿Cuál de vosotros puede habitar con fuego devorador? ¿Cuál de vosotros puede habitar con ardores eternos?" (3)

A nuestras consideraciones sobre el fuego del infierno hay que añadir también a los otros tormentos indescriptibles, que ascienden, a través de los sentidos, a quienes están condenados. Los hedores más asquerosos les rodean. Sus ojos se encuentran con nada más que objetos tan repugnantes que las vistas más repugnantes de este mundo son hermosas en comparación. Sus oídos siempre escuchando las blasfemias y maldiciones más espantosas, los aullidos furiosos y los lamentos más lamentables, y quizás los mordaces reproches de aquellos cuya condenación ha sido provocada por sus pecados, como un padre, o quizá sus propios hijos, y esto por toda la eternidad Y entonces, como si nada debiera faltar para completar la verdadera muerte del sufrimiento, siempre habrá ese pensamiento enloquecedor que atormenta el cerebro de un alma perdida — "Puede que haya sido salvado", exclamará cada uno para sí mismo, "y ahora estoy perdido, perdido para siempre." Oh, ¿cómo no se levantarán entonces todas las valiosas oportunidades de la vida que malgastó en su juicio, el cuidado de sus padres, las buenas instrucciones recibidas, el fervor de sus compañeros, los libros piadosos que leyó, el ejemplo que tuvo, los muchos sermones que escuchó, las inspiraciones que Dios le dio, las misas que escuchaba, los sacramentos que frecuentaba, todas las gracias que le concedían y negaban a otros, pero que despreciaba y descuidaba, hasta que era demasiado tarde. ¿Cuántas veces no había escuchado las alegrías del cielo expuestas, y el castigo del infierno explicado y descrito, tal y como ahora lo siente; Pero no le hizo caso, y ahora está perdido, y perdido para siempre. Oh, qué estado tan terrible puede concebir ningún hombre en la tierra. Pero podemos imaginar de alguna manera el retorcimiento y la agonía con los que su mente desesperada se verá obligada a recordar las valiosas ocasiones permitidas para salvar su alma, y cómo no las aceptó, sino que siguió siempre en pecado, maldiciendo y jurando, rompiendo el Día del Señor, quizás blasfemando las doctrinas de la Iglesia Católica, impuro, odioso, apasionado y orgulloso, cometiendo todo pecado ante Dios. Y cuánta paciencia soportó ese buen Dios con él, y cuánto tiempo hasta que pasó la resistencia. Por tanto, la sentencia es la más justa. ¡Pero, qué destino tan horrible!

Aquí, entonces, tenemos una ligera concepción de los tormentos, infligidos por los sentidos en el infierno: pero, al fin y al cabo, digamos lo que se quiera, no es más que una representación, una imagen, y aquella no es más que una pobre. ¿Quién puede representar en su verdadera naturaleza, o describir con un lenguaje adecuado, los terribles dolores y castigos de los condenados? Y para nosotros mismos, ¿qué debemos pensar de ellos? Como católicos, siempre hemos creído firmemente en estas verdades. ¿Pero cómo hemos vivido? Probablemente, como si no existiera ningún infierno. Quizá hemos cometido pecados sin número y realmente merecimos el infierno mil veces. ¿Cuántos de nosotros podríamos estar ahora allí, si Dios, como esperamos, no nos hubiera concedido un perdón misericordioso? Confiamos en que, con el dolor que ahora tenemos por nuestros pecados, Dios nos ha perdonado. Sin embargo, podemos pecar de nuevo, y mortalmente también, y quizá morir en nuestros pecados, y luego ser condenados. Así es: porque aunque el pecado sea perdonado, ¿quién puede decir que su disposición al pecado está tan muerta que no pueda volver a pecar? Es entonces cierto que podemos cometer pecado mortal una vez más, y que un pecado puede ser uno de más, y podríamos perdernos para siempre por ello. ¿Qué debemos hacer para evitar una calamidad tan terrible para nuestras almas como las llamas eternas del infierno? ¿Qué podemos hacer, en nuestra pecaminosidad y en nuestra nada, sino dirigir la mirada al cielo y suplicar misericordia? "Oh Jesucristo", deberíamos clamar, "nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro todo, no nos abandones. Hemos pecado, es cierto, y profundamente; pero piensa en tus sagradas heridas, en tus penas y penas sufridas por nuestra causa, en tu preciosa sangre que fluyó por nosotros. Recuerda, oh Señor, la paciencia amorosa, la bondad con la que nos soportaste tanto tiempo, las muchas veces que nos perdonaste, cuando con justicia nos arrojabas al infierno. ¿Debe ser en vano todo este amor paciente y misericordia? Sin embargo, debe hacerlo, si no tienes piedad de nosotros ahora. Voltea, entonces, Jesús, con mucha compasión, tus ojos paternales hacia nosotros, perdona una vez más a tus criaturas y concédenos tu gracia, para que nunca veamos en gran acción esas terribles llamas sobre las que hemos meditado hoy. Y María, oh Virgen sin pecado, llena de gracia, no nos olvides, aunque seamos pobres pecadoras. Creyendo fielmente en todas las sanciones de la Iglesia respecto a tu maravilloso patrocinio, sabemos que puedes y estás dispuesto a ayudarnos. Pero aún, creemos que, como disfrutar de tu presencia y sentarse a tu lado en el cielo es la siguiente mayor recompensa para ver y disfrutar de Dios mismo, así en proporción tu pérdida será sentida por aquellos condenados para siempre al infierno. Oh pérdida fatal, perder el "Refugio de los Pecadores" en ese terrible lugar de castigo, no ver nunca a quien nos ha ayudado tantas veces aquí en la tierra, y cuando todo lo que nos rodea augura desolación y dolor, nunca más poder mirar hacia adelante para proteger y recibir misericordia a quien siempre fue la "Ayuda de los cristianos." - Oh Virgen María, Madre de Nuestro Bendito Señor, para que nunca experimentemos una pérdida tan grande,

solo nos mires desde arriba, y después de que termine nuestro exilio, muéstranos el fruto bendito de tu vientre: Jesús."

VISITA A UN SANTUARIO DE LA VIRGEN

Transportémonos hoy en espíritu a la noble ciudad de Madrid, la capital de ese hermoso y antiguo país católico, España. Y tras admirar las iglesias que la verdadera Fe ha erigido allí a María, salgamos un momento fuera de los muros, hacia el santuario de Nuestra Señora de Atocha. Este es uno de los santuarios más antiguos que existen de todos aquellos que han sido dedicados por la religión cristiana al honor de la Madre de Dios: y la imagen allí venerada es tan antigua, que algunos han asumido que es un don del propio San Pedro, mientras todos coinciden en que al menos es coeva con el célebre Concilio de Éfeso, sostenida en el siglo V, contra quienes habían negado impíamente que María fuera la Madre de Dios.

Por tanto, se puede decir que la veneración a Nuestra Señora de Atocha data perfectamente de la cuna misma del cristianismo. La imago siempre ha sido venerada por el pueblo español; y los soberanos españoles de todas las épocas han demostrado su amor y respeto, mediante una maravillosa acumulación de regalos y regalos. Los reyes de Castilla eran especialmente devotos a este santuario sagrado: y es un hecho histórico que ningún monarca de España se ha atrevido jamás a emprender un viaje o cualquier empresa importante sin rezar antes en el santuario de Nuestra Señora en Atocha; y a su regreso, nunca dejaron de ir a darle las gracias. De igual manera, cuando el Estado ha estado en peligro, por cualquier acontecimiento indebido: en los últimos años, cuando la reina de España fue solemnemente a Atocha para dar gracias y hacer sus ofrendas con motivo de que su vida había sido intentada por un asesino. Imitemos humildemente tal gloriosa devoción y unámonos al noble pueblo español en la veneración de Nuestra Santísima Señora en su santuario de Atocha, cerca de Madrid.

ORACIÓN DE SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO

Vengo a ti, oh Madre de Dios, y te ruego que me consigas el perdón de mis pecados, y que yo pueda ser limpiada de los de toda mi vida. Te ruego que me consigas la gracia para unirme en afecto con tu Hijo y contigo mismo; con tu Hijo como mi Dios, y contigo como la Madre de mi Dios. Amén.

1. Isaías, xxxviii, 10
2. San Mateo, xviii, 34
3. Isaías, xxxiii, 14

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones del reverendo John Wyse

Del libro

'Ejercicios devotos: meditaciones comprometidas y visitas a los santuarios de la Santísima Virgen para cada día del mes de mayo'

Meditación IX

En la eternidad en el infierno

Nuestro Bendito Salvador nos ha hecho una pregunta que cada uno debería hacerse a menudo a sí mismo. "¿Qué", dice, "le beneficia a un hombre si gana el mundo entero y pierde su propia alma?" (1) La respuesta está contenida en las meditaciones, que hemos hecho sobre los dolores del infierno. El alma condenada, es expulsada de Dios y arde en el infierno por toda la eternidad: - tal es el beneficio que obtiene un hombre que pierde su alma. ¿Pero qué es la eternidad? ¿Qué significa, cómo afecta a un alma perdida? Esto es lo que nadie puede contarnos completamente. Y, sin embargo, la eternidad se acerca rápidamente. Veamos entonces si no podemos aprender al menos algo sobre este gran y terrible misterio. ¡Oh eternidad, eternidad! ¡Palabra corta como es, cuánto contiene su abrazo temido! ¡Qué terribles realidades, y qué terribles presentimientos, comienzan cuando se trata de la eternidad en el infierno!

Primero, entonces, debemos recordar que la eternidad no tiene fin. Miles de años pueden pasar, tantos miles como hojas hay en los árboles de la tierra —tantas como gotas hay en todos los océanos, ríos y todas las aguas juntas — tantas como granos de arena en la orilla del mar: ¿y después de esto, qué será? ¡Eternidad! La mitad de la eternidad no habrá sido ignorada, ni la

parte centésima, ni aún la milésima. La eternidad comienza de nuevo, y durará mucho más: y aun así durará mil veces más, sí, diez mil y un millón de veces más. Y después de que todo esto haya pasado, la parte cien de la eternidad aún no se ha cumplido, ni la milésima - aún no se ha hecho nada. Las almas desafortunadas condenadas al infierno han estado ardiendo y soportando tormentos desconocidos todo este tiempo, ¡y ahora deben comenzar sus sufrimientos de nuevo! ¡Oh, misterio de todos los misterios! ¡Oh, de todos los pensamientos, muy temeroso! ¡Eternidad! ¿Quién es capaz de comprenderlo?

Descendamos, como ya hemos hecho antes, espiritualmente al infierno, y contemplemos el estado de una de esas almas perdidas que sufren allí. Tomemos a Judas. Supongamos que es el destino de Judas, derramar una lágrima cada mil años: y ahora contemplad a ese apóstol caído: ya lleva casi dos mil años en el infierno, y aún no ha derramado su segunda lágrima. ¡Cuántos años aún deben pasar antes de poder llenar un pequeño río con sus lágrimas! Pero ¿quién puede contar el tiempo que debe pasar, antes de que sus lágrimas puedan acumularse tan alto como las aguas del diluvio, antes de que llenen cada pueblo y ciudad, y cubran las propias montañas, antes de que puedan ocupar todo el espacio entre la tierra y el sol? La distancia entre la Tierra y el Sol es de noventa y cinco millones de millas. ¡Cuántos años serían necesarios para lograr tal tarea! Y sin embargo - ¡Oh, gran misterio! incomprensible pero verdadero, cierto como que Dios mismo es verdad —y sin embargo llegaría un tiempo en que las lágrimas de Judas pudieran haber desbordado toda la tierra, en que pudieran haber llegado hasta los cielos, y aún más, cuando esas mismas lágrimas podrían haberse secado una a una, y cuando Judas, aun así, debe volver a llorar y llenar el espacio cansado como si nunca hubiera derramado una sola lágrima. Y esto podría hacerlo cientos, miles y millones de veces: ¿y entonces qué será? ¡Eternidad! La mitad de la eternidad no ha pasado, ni ninguna parte de ella — nada ha pasado. Los ángeles caídos, Caín, Judas, todos los que han sido condenados al infierno desde la creación del mundo, ¡cuánto tiempo no han ardido en las horribles llamas! Pero ahora, en este mismo instante, deben empezar a arder de nuevo, como si acabaran de entrar allí.

En la eternidad, no hay pausa. Por eso las almas miserables en el infierno no pueden ni siquiera consolarse con la esperanza de un poco de alivio o alivio. Las puertas del infierno están cerradas ante todo esto. La esperanza es un encanto para todo mal. No hay trabajo ni sufrimiento, que la posesión de la esperanza no hace tolerable. Las personas más afligidas en esta vida viven siempre con la expectativa de que sus miserias terminarán o cambien: pero ese consuelo se niega a los condenados, cuya miseria nunca llegará a su fin y cuyos tormentos nunca cambiarán. Qué felicidad tan invaluable. No la valorarían, si se les anunciara, que en algún periodo determinado, digamos a miles de años de distancia, una sola gota de agua —la gota que el

rico pidió a través de Lázaro— debería ser repartida a cada una de las almas en el infierno. Sin embargo, ni siquiera esto lo conseguirán: y después de tantos millones de años, esas almas infelices seguirán soportando las mismas torturas de cuerpo y mente, y tan carentes de alivio como siempre. ¡Oh, terrible eternidad! porque cuando un alma condenada percibe que todo alivio y toda esperanza de cambio es imposible, entonces su corazón se desgarrará con rabia y desesperación ante el horrible destino que tiene por delante.

Para reforzar esto con más fuerza, imaginemos que estamos mirando un lugar particular en el infierno, y que en ese lugar están encerrados tres de los condenados. El primero es engullido por un mar de azufre, que le asfixia, y del que intenta en vano liberarse. El segundo está encadenado a un trozo de roca y está siendo atormentado por dos demonios, uno de los cuales le vierte plomo fundido por la garganta, mientras el otro le cubre el cuerpo con el mismo material horrible. El tercero es presa de dos monstruos, en forma de enormes serpientes: y mientras uno, enroscado a su alrededor, le roe la carne y le cruje los huesos, el otro se cuela en su boca y le arranca el corazón. Supongamos, si es que eso pudiera, que el Dios Todopoderoso tenga un poco de misericordia de estos tres desafortunados, y ordene que cada mil años sean liberados de su agonía durante una hora, se les dé un trago de agua fresca, y que luego sean enviados de vuelta a su castigo por otros mil años. ¡Qué pobre consuelo! ¡Sufrir durante mil años y descansar solo una hora! Sin embargo, ni siquiera esto existe en el infierno. Arder en esas llamas, y no obtener descanso, ¡y esto para siempre! ser preocupada y desgarrada por demonios rencorosos, ser azotada por serpientes feroces, estar cubierta de reptiles repugnantes, no tener alivio ni tranquilidad, ¡y para siempre! Estar siempre soportando la sed y el hambre más horribles, y sin embargo incapaz de comer ni beber, ¡y esto para siempre! ser odiado por Dios y por todas sus criaturas para siempre, ser expulsado del cielo y maldito al infierno, para siempre, para siempre y para siempre — tal, aunque débilmente lo concebamos, nos transmite de alguna manera la terrible verdad de la Eternidad en el infierno.

Aquí, entonces, tenemos el infierno y sus terrores ante nosotros. Vemos que es un lugar de luto incesante, un lugar de sufrimiento intenso, un lugar de desesperación sombría, el mismo lugar donde quizá podríamos haber estado hace mucho tiempo, si la maravillosa caridad de Dios no nos hubiera salvado de una desgracia tan grande. Oh, exclamemos mil veces: "el Sagrado Corazón de Jesús nos ha amado, si no, podríamos estar ahora en el infierno: la misericordia infinita de Jesús nos ha perdonado, si no, podríamos estar ahora en el infierno: la Preciosa Sangre de Jesús ha procurado gracia y perdón por el pecado, si no, en este mismo momento todos estaríamos en el infierno." Nunca olvidemos repetir esto y alabar a Jesús por toda la eternidad. ¿Y qué es lo que no deberíamos hacer, para

redimir el tiempo que hemos perdido? ¡Oh, ese precioso regalo del Tiempo! ¿Qué no daría un pobre condenado, sino por media hora de esos días y semanas enteros que los hombres gastan mal en esta vida, para volver y hacer penitencia por sus pecados? ¿Qué condición no se excitarían en el breve espacio de esa media hora, y dónde sería la penitencia, lo suficientemente grosera o ferviente, con la que no desgarrarían sus corazones y crucificarían sus cuerpos? lo que desgarra por el pasado: qué gracias a Dios por haberles dado ese poco tiempo más: ¡qué resolución tan firme para el futuro! "Oh Señor Jesús, hacemos ahora esa resolución, es decir, morir cien veces antes que ofenderte de nuevo. Oh Jesús misericordioso, ayúdanos a cumplir nuestra promesa y a usar el tiempo que aún nos ha permitido, para que nuestra Eternidad, en lugar de estar donde nuestros pecados tantas veces han merecido, pase contigo en tu reino."

Y, en medio de tales pensamientos, ¿podemos olvidar a Nuestra Santísima Señora? ¿Qué pecador convertido puede olvidarla? porque si ahora nuestros corazones están tocados, y nos sobresaltamos con el castigo preparado para el pecado mortal, ante la simple idea de la eternidad en el infierno, ¿no es seguro que mucho, si no todo, de esto se lo debemos a María? ¿No ha rezado por nosotros? Sin duda lo ha hecho, en todo momento; Pero especialmente durante este mes tan dulce que tenía. María es, en efecto, la Puerta del cielo, que siempre abre a los pobres pecadores penitentes: también, porque Dios Todopoderoso ha dispuesto que todas las gracias pasen por sus manos. Y ejerciendo este privilegio respecto a nosotros, ¿qué gracias y bendiciones no nos ha concedido mientras hemos estado reflexionando sobre nuestros pecados estos últimos días y rezando por perdón, María ha observado y llevado nuestra oración al trono de su Hijo Divino; y a cambio hemos tenido corazones afligidos y mentes llenas de un temor saludable a Dios. Oh, qué bien ha sido Nuestra Señora con nosotros. "Madre de Nuestro Redentor", solemos clamar, "sigue rezando para siempre; y que tu santa intercesión nos procure aquello que nuestros pecados no merecen: la gracia de la perseverancia final y la felicidad de encontrarte en el cielo, que en la tierra has sido nuestro protector."

Entre los Santuarios de Nuestra Señora en Italia, apenas se conoce más que el llamado "La Consolata" en Turín. Su origen data principalmente del siglo XII y fue fundado como consecuencia de algunos prodigios y milagros extraordinarios realizados por la intercesión de la Santísima Virgen. Este santuario siempre ha sido muy visitado, y el soberano y el pueblo del país han sido siempre los primeros en el amor y el honor que se le han mostrado. Los príncipes de la casa de Saboya no han sido menos fervientes que otros soberanos católicos en sus devociones a María; y el duque Carlos Manuel eligió, en 1669, a Nuestra Señora della Consolata como patrona de sus estados. Durante siglos, hasta hace poco, era costumbre de estos príncipes acudir al Santuario en ciertos momentos; y, naturalmente, un ejemplo tan

piadoso fue bien seguido por sus verdaderos súbditos católicos. El pueblo de Piamonte es ahora tan católico como antes: solo que la triste persecución que la Iglesia sufre allí no nos es desconocida. Compensemos, con el fervor de una buena visita espiritual a este Santuario que antes fue favorecido, por todo lo que realmente falta allí en amor y respeto por María. Recemos especialmente a Nuestra Señora della Consolata en Turín, para que se retire de Dios el velo que envuelve los corazones de los hombres desorientados, que ahora gobiernan ese país; y para que vuelvan a temer a Dios y respetar a su madre, como hacían sus padres en el pasado.

ORACIÓN DEL PADRE JAMES MERLO HORSTIUS

Oh María, Madre de Dios, Virgen de todas las vírgenes, sin mancha, sin ejemplo, porque siempre bendita, templo más agradable a Dios, santuario del Espíritu Santo, puerta del reino de los cielos, - inclina, oh Madre de la Misericordia, oído de tu bondad a mis súplicas indignas, y de tu clemencia sé una amable ayudante para mí, un pecador miserable, en cada hora de necesidad. Amén.

1. San Mateo, xvi, 26

Volver a la Octava Meditación... Procede a la Décima Meditación...

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones del reverendo John Wyse

Del libro

'Ejercicios devotos: meditaciones comprometidas y visitas a los santuarios de la Santísima Virgen para cada día del mes de mayo'

Meditación X

Sobre el fruto que se extrae de las meditaciones anteriores

Ahora hemos comprendido bastante bien el terrible destino que espera a un alma que, en lugar de mantener su último fin a la vista, la ha perdido por el pecado. Sin embargo, todo este trabajo del entendimiento, y las imágenes que nos han ayudado nuestra memoria e imaginación, no sirven de nada, a menos que la Voluntad también haga su parte. Por tanto, debemos decidir ponernos a trabajar de tal manera que excluya toda posibilidad de caer en la miseria eterna y, por tanto, perder el único fin y objetivo de nuestra vida en la tierra. En otras palabras, debemos esforzarnos por extraer frutos prácticos de nuestras meditaciones.

El primer fruto que se extrae de estas meditaciones es esforzarse por producir en nuestra alma un acto de contrición lo más perfecto posible por el pecado. Por tanto, que cada uno busque estrictamente su conciencia y se diga a sí mismo: "¿Cómo estaría conmigo si dentro de una hora me presentara ante el tribunal de Jesucristo? ¿Estoy completamente preparado? ¿Han sido hechas mis confesiones con tanta sinceridad y bien, que puedo confiar en que mis pecados me han sido perdonados? ¿No hay nada oculto en mi corazón, nada que me preocupe mucho? En resumen, ¿estoy preparado para morir en este momento? ¿Estoy perfectamente preparado para enfrentarme a la cara de mi juez?" Recordemos siempre que el primer paso que nos acerca a Dios, el primer enfoque hacia la santidad, el primer medio hacia la paz interior, es poner nuestros corazones, por contrición, en tal estado que nos sintamos listos para estar ante el tribunal del Dios Todopoderoso ante un instante de advertencia. Y quien no lo sienta así, no perderá tiempo en hacer una confesión completamente buena, con tal búsqueda exacta de la conciencia, un dolor tan real y sincero, reconocimientos tan sinceros y humildes del pecado, que cuando termine pueda decirse a sí mismo con seguridad: "ahora he hecho lo que Dios me exige, por el perdón de mis pecados; y con las disposiciones en las que me encuentro ahora, puedo presentarme sin miedo ante Cristo para ser juzgado." Qué dulce consuelo —qué bálsamo para el alma herida— es tal confesión: ¡y qué esperanza segura no nos da de la vida eterna!

El segundo fruto que se obtiene de nuestras meditaciones es hacer satisfacción a Dios, en la medida de lo posible, por nuestros pecados pasados. Para mover nuestra voluntad a realizar esto, volvamos una vez más a las escenas que hemos presenciado antes; - supongamos que Dios Todopoderoso enviara un rayo de Su luz celestial al infierno, y así se dirigiera al desdichado Judas: "He aquí, durante más de mil ochocientos años has ardido en el infierno; Ahora estoy satisfecho y tendré misericordia

contigo; pero con esta condición, que inmediatamente regreses al mundo, y que durante cien años lleves en silencio y alegremente toda enfermedad y debilidad, cada dolor y tristeza de mente y cuerpo, cada insulto y ofensa que haya oído o soportado cualquier hombre en la tierra; haz esto por amor a mí, y te perdonaré y te permitiré entrar en el cielo." ¡Oh, quién puede describir la alegría que iluminaría el corazón de Judas al enterarse de esta noticia! "Oh infinita bondad de Dios", respondería él; "misericordia ilimitada hacia mí, acepto con gusto esta condición, y sufriré alegremente todas las penurias de la tierra, que cualquier mortal haya soportado —no durante cien años, sino por— el doble y triplicado ese tiempo, si tan solo puedo obtener el perdón y ver por fin tu rostro en el cielo." Pero esa hora de gracia nunca llegará para Judas. Y ahora ha venido por nosotros. ¿No es el tiempo, que Dios nos presta en este momento, un regalo tan grande — una misericordia infinita, como si realmente nos hubiera sacado del infierno? De verdad es: y con estos pensamientos sobre nosotros, resolvamos que en el futuro soportemos cada cruz y prueba con valentía y alegría, soportemos con alegría todas las penas de nuestras distintas posiciones en la vida, y soportemos todo dolor y tristeza que nos envien, sin murmullos, por amor a Dios. Un pecado mortal merece un castigo eterno: y los pequeños sufrimientos de este mundo, ¿qué son, comparados con las llamas eternas del infierno?

El tercer fruto que estas meditaciones deberían darnos es el esfuerzo sincero, por nuestra parte, de evitar todos los pecados veniales, especialmente aquellos cuya comisión conduce al pecado mortal. No basta con decidir morir antes que cometer un pecado mortal: debe hacerse una resolución similar respecto a los pecados veniales: de lo contrario, ningún hombre puede estar seguro de sí mismo. Nada puede indicar con más certeza la salvación de las almas individuales que una gran vigilancia hacia los pecados veniales, unida a un gran celo en las cosas espirituales. Para asegurar nuestra seguridad eterna, debemos volvernos celosos en la oración, celosos en la humildad, celosos en el soportar las heridas, celosos en la negación y mortificación, celosos en el amor de Dios y en el amor de nuestro prójimo; y quien quiera procurarse este celo y fervor, debe prestar atención a lo siguiente: - 1. Debe intentar no permitir que ningún juicio impulsivo, sospecha injusta o desprecio hacia su vecino permanezca en un instante en su mente. 2. Debe luchar con perseverancia de groat contra todas las tentaciones de la ira y la impaciencia, regresando una y otra vez a la lucha, si al principio no tiene éxito. 3. Nunca debe permitirse sentir ni por un momento odio o desagrado indebido hacia nadie, por mucho que le hayan hecho daño, siempre dispuesto a perdonar y olvidar. 4. No debe permitir que ningún amor desmesurado usurpe su alma, rechazando, con miedo y temblores, la más mínima aproximación a pensamientos impuros. 5. Debe ser muy cuidadoso de no acudir nunca a los Sacramentos sin la debida preparación, ni de omitir perezosamente su acción de gracias después de la

Comunión. 6. Debe esforzarse por soportar todas las dificultades y desgracias con la máxima resignación y un espíritu de perfecta sumisión a la voluntad de Dios, sin nunca refunfuñar ni murmurar, sino tomando todos con igual alegría de Su santa mano. Todo esto, y mucho más que podríamos mencionar, es solo para evitar el pecado venial. Y ahora la pregunta nos llega con fuerza: ¿podemos decidir esforzar cada nervio para hacerlo o no? Si no, las meditaciones anteriores nos sirven de poco, nunca avanzaremos ni un solo paso en la vida interior, nunca alcanzaremos la verdadera paz mental, sobre todo, nunca alcanzaremos ese estado en el que podríamos encontrarnos fácilmente con la muerte en cualquier momento. Sin embargo, podemos esperar poder llegar a esta determinación. Volvamos entonces hacia Jesús y decimos: "Oh Señor nuestro Dios, que fue crucificado por nosotros, ahora nos has dado luz suficiente para ver lo que significa perderte eternamente. Reconocemos que nunca podremos estar seguros de disfrutar de Tu presencia en el cielo, mientras no nos entreguemos enteramente a Ti, para estar dispuestos a morir antes que cometer el menor pecado. Eres nuestro único fin y objetivo en esta vida, y si nos cuesta todo sufrimiento que este mundo ha oído, incluso la muerte misma mil veces, estamos decididos a ganarte y poseerte en la vida venidera. Oh Jesús, enséñanos a hacer Tu voluntad."

El gran San Bernardo solía recordarse su final repitiéndose constantemente estas palabras: "Oh Bernardo, Bernardo, ¿por qué has venido aquí?" y San Bernardo era el fiel siervo de María. ¿Quién puede dudar de que su gran devoción a la Madre de Dios le procuró innumerables gracias, entre ellas la de mantener siempre ante él que el hombre fue creado con el único propósito de amar y servir a Dios, y por tales medios salvar su alma? Recemos entonces fervientemente a María. "Madre de Aquel que nos creó, míranos desde tu brillante trono sobre nosotros. Siempre guardaste tu gran fin ante ti, y por eso ahora eres en gloria. Hemos pecado y perdido de vista nuestro gran final; Pero ahora lo hemos encontrado de nuevo. Alégrate con nosotros por una recuperación tan feliz; pero orad, rezad también para que siempre podamos evitar todo pecado, mortal y venial, y para que nuestras almas se reduzcan al servicio y amor de Dios, que estén completamente listas y preparadas si una muerte repentina nos sorprende. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén."

VISITA A UN SANTUARIO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

Uno de los Santuarios más célebres, que la Francia católica ha erigido en honor a la Madre de Dios, es sin duda el conocido como Notre Dame de la Garde en Marsella. El Santuario se encuentra en los suburbios de esa ciudad, sobre una colina que desciende hacia el mar. Nada puede ser más hermoso o verdaderamente grandioso que la posición que ocupa, y la vista

desde la cima de la montaña que la sostiene es magnífica. La rica ciudad de Marsella, con su puerto y su inmensa población por un lado, más lejos en una noble extensión de territorio y por el otro con toda la extensión del profundo Mediterráneo. En realidad, el pueblo de Marsella ha sabido cómo honrar a María. Fue en el año 1214 cuando se fundó este Santuario, de forma modesta al principio, pero con el paso del tiempo, aumentaron las ofrendas y devociones. Poco a poco, Nuestra Señora de la Guardia se convirtió en uno de los santuarios más ricos conocidos, y así continuó hasta la época de la antigua Revolución Francesa, cuando, entre otros botines de la Iglesia, la gran imagen de plata de Nuestra Señora, adornada con muchos ornamentos, fue retirada y destruida. Pero la piedad de Marsella no ha decaído y, en tiempos de paz, han devuelto las ofrendas votivas de los fieles. Allí se ha colocado de nuevo una magnífica estatua de plata, y los regalos suntuosos nunca faltan. Cómo el pueblo de Marsella ama y venera a Nuestra Señora de la Guardia I y bien que sea, pues ella se sienta allí como una reina en su colina, protegiéndoles de los problemas por tierra y de los peligros marítimos. Los marineros, al regresar de sus viajes, pueden verse en las cubiertas de sus embarcaciones saludando a su madre al entrar en puerto; y no es raro que reparen, al desembarcar, para devolver las gracias en Notre Dame de la Garde. Así que, de nuevo, con todos en esa ciudad. Las madres instruyen a sus hijos y todos aprenden a amar a Nuestra Señora. Vamos allí también, y aprendamos a quererla. Podemos ser extranjeros en Marsella; pero los católicos están en casa donde hay una iglesia católica, el Santísimo Sacramento y María. Oremos juntos, espiritualmente, en ese dulce y hermoso Santuario.

ORACIÓN DE SAN EFREM

¡Oh inmaculada y completamente pura Virgen María, Madre de Dios, Reina del universo, nuestra buena Señora! Tú eres por encima de todos los santos, la única esperanza de los patriarcas y la alegría de los beatos. Por ti nos hemos reconciliado con Nuestro Dios; eres el único defensor de los pecadores y el refugio seguro de quienes navegan en el mar de esta vida; Tú eres el consuelo del mundo, el rescate de los cautivos, la alegría de los enfermos, el consuelo de los afligidos, el refugio, la salvación de todo el mundo... Te suplicamos que evites que tu Hijo, irritado por nuestros pecados, nos abandone al poder del diablo. Amén.

Volver a la Novena Meditación... Procedan a la Undécima Meditación...

Meditaciones del reverendo John Wyse

Del libro

'Ejercicios devotos: meditaciones comprometidas y visitas a los santuarios de la Santísima Virgen para cada día del mes de mayo'

Meditación XI

Sobre el Reino de Cristo

Hasta ahora hemos estado lamentando el pecado; y al pensar en la temible malicia que contiene el pecado cayó sobre nosotros, decidimos evitar el pecado, amar a Dios de todo nuestro corazón y buscarle a partir de ahora como único objeto en la vida. Sin embargo, siendo débiles y sin conocer el camino al cielo, ni los peligros del camino que lleva allí, ahora debemos empezar a mirar un poco más a nuestro alrededor y percibir lo que intentamos hacer y con qué instrumentos disponemos. Nada es más importante que esta consideración: ¿de qué nos servirá saber que somos pecadores, descubrir que hemos perdido de vista el verdadero fin de nuestra existencia, o que se prepara un castigo terrible para el pecado, a menos que aprendamos a remediarlo todo? En realidad, muchas veces hemos oído estas cosas antes, y quizás también, la impresión que causaron, por pequeña que fuera, ha tenido efecto; Puede que hayamos estado más alerta y hayamos conseguido algunas victorias; Pero qué pronto se desvaneció el buen espíritu, y cuántas veces, tras algunas resistencias, no recaímos en los mismos pecados. ¿Y por qué? Porque, aunque sabíamos que esta vida era una guerra, nunca comenzamos a luchar en serio; Y esto de nuevo, 1. porque nunca hemos visto claramente la naturaleza de la lucha: quizá nunca hemos sido conscientes de que hubo una pelea en absoluto; 2. Porque nunca hemos comprendido suficientemente quiénes son los combatientes, ni nos ha importado conocer al comandante bajo cuyo estandarte luchamos. Por tanto, debemos suplicar la ayuda de Dios Todopoderoso para que nos permita aprender, mediante una parábola, todo lo que se requiere al respecto.

Imaginemos a un gran y bueno rey, que gobierna sobre alguna nación poderosa y que se prepara para una guerra que está a punto de emprender. Habiendo aconsejado consigo mismo, proclama su voluntad soberana a todos sus súbditos. Les invita a acompañarle a la guerra. "Ven", dice, "y sígueme." Y de inmediato, empieza a contarles todo lo que tendrán que sufrir en esta guerra. "Su enemigo no es uno común; tendrán que marchar todo el día, con poco descanso por la noche; tendrán que soportar mucha hambre y sed, porque el país por el que pasarán es estéril y las provisiones escasas; se les impondrán grandes cargas y accesorios de gran peso; La guerra puede ser larga y severa, y los trabajos sin duda serán muchos y difíciles de soportar." Este relato les sorprende y horroriza al principio: pero la causa es tan justa, y la guerra de tal importancia, y su rey tan amoroso y bueno, que todos, con el mayor entusiasmo, se apresuran sin dudar a alistarse en el arduo servicio. Y su rey es realmente bueno: porque mientras ellos se acorralan a su estandarte, ¿qué hace él? "Las penurias son grandes y numerosas", les dice: "pero no creáis que os las impongo para que os las llevéis vosotros mismos. No creas, mientras luchas por mí, que me quedaré en casa con facilidad. Iré contigo a la guerra, y cuando comience una batalla, me lanzaré a lo más intenso de la lucha, y allí, cuando menos lo esperes, me encontrarás ayudándoos a cada uno individualmente en medio de vuestras luchas. Sufriré todo con vosotros, incluso más que con cualquiera de vosotros, para que nadie, como. Si me mira, tendrá derecho a quejarse. Y además de esto, ofreceré un medio maravilloso de apoyo y ayuda, que asombrará a quienes lo prueben. Tendrás sed; pero te daré agua viva. Tendrás hambre; pero te daré comida que este mundo no conoce. Estarás agotado por el cansancio, el trabajo y la enfermedad; pero poseo un remedio que curará toda enfermedad y restaurará la fuerza de tus extremidades cansadas."

Los súbditos de este buen rey escuchan su discurso y sus almas se encienden por él. De inmediato se unen a la invitación, serán sus soldados, sus sirvientes, sus propios esclavos — lo que sea serán, para luchar por tal amo. Las dificultades no significan nada para ellos en una causa así; El trabajo es ligero, y en cuanto a las largas marchas y el consiguiente cansancio, ¿qué les importa cuando su rey está listo para refrescarlos y restaurarlos? y así salen a la batalla.

Pero como en la imaginación los vemos serpentear por montañas, valles, caminos accidentados y liso, persiguiendo su viaje bajo el sol y la tormenta, o a veces enfrentándose valientemente al enemigo, - supongamos que uno de estos soldados, o varios, se debilitaran y cansaran marchando, se asustaran y depusieran las armas y huyeran, O más bien, para pasar al enemigo (porque quien no está con este rey debe luchar contra él), ¿cómo deberíamos llamarlos? ¿Qué nombre deberíamos ponerles? ¿Hay algún

epíteto demasiado oprobario, vil, cobarde o lo que sea, con el que no podamos designar a tales traidores?

Y ahora, simplemente apliquemos esta parábola al reino de Cristo en la tierra.

Nuestro Señor baja del cielo para habitar entre nosotros. Nos llama —porque somos Sus súbditos— y nos comunica Su Voluntad divina, que es someter y conquistar el reino de su enemigo mortal, el diablo. Nos llama para ayudarle, no de la manera dura y dominante de un tirano, sino de la manera más amable y amorosa.

Los enemigos, nos dice, contra los que debemos luchar son - 1. el diablo, y todas sus obras y pompos; 2. el mundo, el enemigo mortal de Cristo - ("Mi reino", declara, "no es de este mundo:" por lo tanto, el mundo está en contra de Él, o de su enemigo,) 3. la carne, y todas las malvadas tendencias de nuestra naturaleza caída.

Tampoco estamos menos informados sobre todo lo que tenemos que sufrir. Contradicciones sin número, incentivos a la ira, excitaciones para la lujuria y la intemperancia, imaginaciones impuras, todas las tentaciones que surgen de la avaricia y el amor al placer. Seducciones de nuevo de compañeros malvados, el contagio de malas conversaciones, primero escuchadas a regañadientes y luego disfrutadas. Además, los reproches o burlas de personas irreligiosas, quizá de nuestros propios amigos y familiares, los insultos del mundo, en casa, en las calles, contra nuestros enemigos abiertos o secretos, la conducta indebida de los niños o el comportamiento escandaloso de los padres. Luego, esa otra clase de miserias, descendiente del pecado en nuestros cuerpos, como el frío, el hambre y la enfermedad, y todo lo que la pobreza y la miseria conllevan sobre los pobres mortales. Estas son las penurias de nuestra guerra, que debe llevarse a cabo contra un general cauteloso y hábil, bien familiarizado con todos los artimañas y estratagemas de su arte. Y en esta empresa hemos entrado de repente, cuando nos hicimos cristianos —todos, nadie salvo.

Pero, ¿qué hace Cristo Nuestro Señor? "No me has elegido a mí", dice, "pero yo te he elegido a ti." (1) "Así como un padre cuida de sus hijos, así cuidaré yo a vosotros. Te llenaré de Mi gracia, para consolarte y fortalecerte. Cuando pidas algo, lo recibirás, con la única condición de que seas fiel a Mí. Cuando te sientas tentado a la ira y al orgullo, buscarás en Mí un ejemplo, 'aprenderás de mí a ser manso y humilde de corazón,' (2) y a ocupar el último lugar. Pensarás en lo amable y caritativo que soy, en lo prudente y directo, un hombre de pocas palabras. "Cuando te insulten, recordarás cómo fui perseguido y abusado, y que en el mismo momento

estaba haciendo el bien a mis enemigos; Cuando recuerdes esto, no te quejarás. Aún más, el hambre y el frío, y todas las miserias de tu pobreza, te apoderarán de un poco: pero mientras las sufras, ¿crees que me quedaré en casa con comodidad? Oh, no. Descenderé entre vosotros, seré un hombre pobre como vosotros, tendré paja en la helada del invierno, me convertiré en hijo de carpintero y trabajaré por mi pan, que a menudo será escaso. Estaré mal vestido y a veces sin lo necesario de la vida. Tendré tanta hambre que mis propios discípulos se verán obligados a frotar las mazorcas de maíz en sus manos para comer. Y en cuanto a mi cama, veréis que 'los zorros tienen madrigueras y las aves del cielo tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no sabe dónde descansar su cabeza.' (3) Y, por último," exclama - Nuestro Bendito Señor, "el diablo, contra quien vais a luchar, os tentará, quizás, más que a nadie, con los placeres de la carne. Representará el mundo como un lugar de disfrute, cuyos placeres son inigualables; Buscará aferrarte a ella, encadenarte a ella. Pero, oh hijos míos, cuando así seáis tentados, mirad a mí, vuestro maestro y ejemplo: no cometí pecado, ni se encontró engaño en mi boca; y sin embargo, ¿no ayuné y recé, no vigilé, no parto y partí, ¿no me entregué a mis perseguidores para ser azotado y maltratado?" En ese lenguaje nuestro Bendito Señor, Nuestro Rey, se dirige a nosotros, sus súbditos, cuando nos llama a seguirle a la guerra. Pero su tratamiento no llega con dureza ni severidad, sino con esos dulces y amorosos acentos - "Seguidme:" porque "el que me sigue no camina en las tinieblas, sino tendrá la luz de la vida;" (4) o si nos volvemos lánguidas y desgastados, con mucho dolor de cuerpo y mente, Él nos ordena "acercarnos a Él" a los que trabajamos y estamos cargados, y "Él nos refrescará." (5)

Permitamos que esto penetre profundamente en nuestro corazón. Pidamos a Nuestro Bendito Señor que nos dé luz para ver Su verdad, y gracia para abrazar Su causa; y si con tal espíritu entramos en esta guerra, entonces toda queja, todo murmullo desaparecerá. Cuando nos ofendamos, lo soportaremos con alegría, y por amor a Cristo; cuando estamos atormentados por la pobreza, en reveses y pruebas, acudremos a Cristo en busca de ayuda: cuando seamos tentados de forma impura, o para entregarnos demasiado libremente a los placeres mundanos, obtendremos fuerza y gracia para resistirlos del pensamiento de todo Cristo sufrido por nosotros. Oh, esto pertenecerá al reino de Cristo; esto es "seguirle" — "luchar con Él" con sinceridad y verdad. Que entonces decidamos de inmediato actuar según tales sentimientos, sincera y generosamente renunciar a todo pensamiento, palabra o acto malvado por Él, y de ahora en adelante luchar fervientemente contra Sus enemigos, que también son nuestros.

"Y María, Madre de Cristo, tú que seguiste los pasos de Cristo, tanto en cuerpo como en espíritu, dignas ayudar a tus pobres suplicantes aquí abajo.

Ahora estás en gloria, reinando en el cielo con tu Hijo: aún somos pobres viajeros en la tierra. Pero tú fuiste una vez, como lo somos ahora, vagabundos en este valle de lágrimas. Ayúdanos con tus oraciones: porque no deseamos nada más que seguir a tu Hijo, Nuestro Señor, y luchar a su lado, para que en lugar de ser traidores a Su causa, habiendo luchado la buena batalla, podamos, por Su Preciosa Sangre y tu intercesión, merecer entrar en la tierra por la que luchamos: la tierra eterna de la promesa. Oh María, acuérdate de nosotros en tu dulce mes de mayo.'

VISITA A UN SANTUARIO DE LA VIRGEN

En Venecia, en la iglesia de Santa Maria della Pace, hay una imagen de Nuestra Santísima Señora, que ha sido objeto de la más alta veneración durante siglos. La presencia de esta imagen ha convertido la iglesia en un Santuario; y la historia de la imagen se cuenta en pocas palabras. En el año 788, San Juan Damasceno, célebre por su fuerte devoción a la Santísima Virgen, se cortó la mano por orden del emperador griego, León el Isaurio. Pero tras rezar con muchas lágrimas ante una imagen de Nuestra Señora, su mano fue devolvida y el Santo fue perfectamente curado. Esta misma imagen fue posteriormente trasladada a Venecia, en el año 1349, y colocada en la iglesia de Santa Maria della Pace. A menudo se ven devotos en este santuario, que es muy honrado, especialmente en mayo: porque Venecia es muy católica. En esa ciudad, Pío VII fue elegido Papa; y todos los que aman a María deben recordar que a su celo y piedad la Iglesia debe gran parte de la devoción propia del mes de mayo, si no a la propia institución. María ama a Venecia, sin duda, por tal Pontífice; y por tanto, acudemos a su Santuario y demos gracias a Nuestro Bendito Señor por toda la gloria y devoción que la Iglesia ha rendido a Su Madre.

ORACIÓN DE SAN JUAN DAMASCENO

¡Te saludo, oh María! tú eres la esperanza de los cristianos: recibe la oración de un pecador, que te ame con ternura, te honra de manera especial y deposita en ti toda la esperanza de su salvación. De ti tengo mi vida. Me restituyes en la gracia de tu Hijo: eres la garantía segura de mi salvación. Por eso te ruego que me libes del peso de mis pecados: disipa la oscuridad de mi mente, destierra de mi corazón el amor del mundo, reprime las tentaciones de mis enemigos y así gobiernas toda mi vida, para que por tus medios y bajo tu guía pueda obtener la felicidad eterna en el cielo. Amén.

1. San Juan, xv, 16
2. San Mateo, xi, 29
3. San Lucas, ix, 58

4. San Juan, viii, 12
5. San Mateo xi, 28

Volver a la Décima Meditación... Más meditaciones disponibles en el libro

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones de San Anselmo de Canterbury

del libro 'Meditaciones y Oraciones'

Las meditaciones o dirigimientos a Dios que siguen, en la medida en que se proponen con la esperanza de despertar la mente del lector al amor o al temor de Dios, o a un escrutinio cuidadoso de sí mismo, no deben leerse en medio del ruido, sino en silencio; ni aún rápidamente, sino de manera pausada, con un estudio minucioso y severo de su significado.

Tampoco el lector debería esforzarse por recorrer cualquiera de ellos de principio a fin sin interrupción; pero solo en la medida en que siente que puede servirle para avivar el deseo de orar, o tanto como pueda servirle para refrescarle.

Tampoco hay necesidad de que él empiece siempre cualquiera de ellos desde el principio; Que él lo haga, al contrario. Empieza donde él prefiera. Y, de hecho, es por esta razón que se han dividido en secciones; * que el lector pueda elegir fácilmente un lugar para empezar o para detenerse, y así evitar el cansancio y la molestia que se producirían por una aplicación demasiado prolongada del libro, o por repetir el mismo pasaje; y que así sea el más propenso a obtener algunas disposiciones piadosas de ellas; pues este era el fin previsto en su composición.

** De las meditaciones atribuidas a San Anselmo, la mayoría, tal como las encontramos en las ediciones impresas, no se caracterizan por encabezados entre paréntesis ni por subtítulos; tampoco sus subdivisiones evidentes están indicadas por lo que deberíamos llamar párrafos ininterrumpidos. Por ello, el traductor se ha atrevido a insertar en aquellas meditaciones que no muestran en las ediciones impresas donde son capaces de una subdivisión no forzada, un subtítulo adecuado o al menos una indicación numérica. Confía en que lo ha hecho no de forma irreverente hacia el santo, ni impertinente, se atreve a esperar, al lector. A la compasión de uno y a la indulgencia del otro se compromete; añadiendo solo esto, que todo lo que ha insertado por él está incluido entre corchetes.*

Procede a la siguiente meditación

saintsprayers.net

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones de San Anselmo de Canterbury

del libro 'Meditaciones y Oraciones'

Primera meditación

DE LA DIGNIDAD Y LA DESGRACIA DEL ESTADO DEL HOMBRE

Nuestra creación a imagen y semejanza de Dios.

Despierta, alma mía, despierta; Inmueven tus energías, despierta tu aprensión; Destierra la lentitud de tu pereza mortal y toma para ti la preocupación por tu salvación. Que se vuelvan las divagaciones de fantasías inútiles; Que la indolencia se retire y que se conserve la diligencia. Aplócate a los estudios sagrados y fija tus pensamientos en las bendiciones que son de Dios. Deja atrás las cosas temporales y dirige hacia lo eterno.

¿Qué, entonces, en tan divina ocupación de la mente, puedes concebir más útil o más saludable que recordar con alegría los ilimitados beneficios de tu Creador para ti? Considera qué grandeza y dignidad te concedió al principio de tu creación, y reflexiona bien sobre qué adoración amorosa y adoradora deberías por eso prestarle.

Sin duda fue un noble propósito el que formó para la dignidad de tu estado, cuando, creando y ordenando el marco universal de la creación visible y la invisible, decidió crear al hombre; pues decidió otorgar honores más ricos a la naturaleza humana que a todas las demás creaciones del universo. Contempla tu noble origen, y piensa en el amor que debes a tu Creador. "Hagamos al hombre", dijo Dios, "a nuestra imagen y semejanza" (Gén. i. 26). Si no despiertas con esta palabra, oh alma mía; si no estás todo en llamas de amor hacia Él por Su tan inefable gracia de condescendencia hacia ti; si tu médula más íntima no arde con anhelos tras Él, ¿qué diré? ¿Te llamo dormido? ¿O prefiero creerte muerto? Considerad diligenciadamente, por tanto, lo que significa haber sido creado a imagen y semejanza de Dios; Tienes en este pensamiento la dulce sinceridad de una meditación piadosa en la que tus reflexiones pueden tener pleno juego.

Observa, entonces, que la semejanza es una cosa; Imagina a otro. Por ejemplo, el caballo, el buey u otro animal mudo puede tener cierta semejanza con el hombre; pero la imagen del hombre la lleva solo un ser humano. El hombre come, y el caballo también; Aquí hay un cierto parecido, algo común a criaturas de diversos moldes. Pero la imagen del hombre solo la lleva algún ser humano, algún ser de la misma naturaleza que ese hombre cuya imagen es. Por tanto, la imagen es de un orden superior al semejanza.

La semejanza de Dios, entonces, puede ser alcanzada por nosotros de esta manera; si, reflexionando sobre Él como el Bueno, estudiamos para ser buenos; si, poseiéndole al Justo, nos

esforzamos por ser justos; si, contemplándole el Misericordioso, hacemos esfuerzos por la misericordia.

¿Pero cómo su imagen? Escucha. Dios siempre se recuerda a sí mismo, se entiende, se ama. Si, por tanto, a tu mala manera, recuerdas incansablemente a Dios, si entiendes a Dios, si amas a Dios, entonces serás hombre "a Su Imagen"; porque te esforzarás por hacer lo que Dios hace eternamente. Es deber del hombre doblar todo su ser a esta tarea; la tarea de recordar, de comprender y de amar el Bien Supremo. A esta idea debe moldearse, perseguirse y formar cada pensamiento y cada pliegue de tu corazón; estar conscientes de Dios, entenderle y amarle; y así exhibe y muestra salvificadamente la dignidad de tu origen en el hecho de que fuiste creado a la imagen de Dios.

Pero, ¿por qué decir que fuiste creado a Su Imagen, cuando, como testifica el Apóstol, eres en verdad Su Imagen? "El hombre", dice, "no debe cubrirse la cabeza, porque es la imagen y gloria de Dios" (1 Cor. xii. 7).

Volver al Prólogo... Procede a la siguiente meditación

saintsprayers.net

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones de San Anselmo de Canterbury

del libro 'Meditaciones y Oraciones'

Primera meditación

DE LA DIGNIDAD Y LA DESGRACIA DEL ESTADO DEL HOMBRE

Alabar eternamente a Dios el fin de nuestra creación.

¿Son, entonces, estos incalculables beneficios de tu Creador suficientes para ti para el continuo acto de gracias a cambio, y para saldar la deuda de un amor eterno? ¿cuando consideras que de la nada —más bien, de la barro— fuiste elevado por Su generosidad a una dignidad tan excelente al principio de tu estado? Pon a prueba tu vida, por tanto, por el sentimiento de señoría de los santos, y toma nota bien lo que se dice del santo: «Con todo su corazón alabó al Señor» (Eclesiásticos xlvii. 10). ¡He aquí el fin de tu creación, contempla la tarea que te ha puesto como siervo de Dios! ¿Por qué Dios te habría concedido el privilegio de tanto ilustre, si no hubiera querido que te dedicaras incansablemente a la alabanza de Sí mismo? Fuiste creado para la gloria de tu Creador, para que, haciendo de Sus alabanzas tu empleo, puedas avanzar hacia Él por el mérito de la justicia en esta vida, y vivir feliz en el mundo venidero. Porque la alabanza a Él da fruto de justicia aquí, y de bienaventuranza en el futuro.

Y si le alabas, alabámale con todo tu corazón, alabábale amor; pues esta regla de alabanza ha sido establecida para los santos — "Con todo su corazón alabó al Señor y amó a Dios que le hizo" (ib.).

Gloria entonces, y alabada con todo tu corazón; y a quien alabas, amas; pues esto fue creado tú, para alabarle y amarle también. Porque ese hombre alaba a Dios, pero no con todo su corazón, que se siente encantado por la prosperidad para bendecir a Dios, sino que se ve frenado por la adversidad del privilegio de la bendición; mientras ese hombre alaba, pero sin amar, que entre sus alabanzas a Dios busca otro bien en alabanza que no sea Dios mismo. Alabado pues, y alabado bien; de tal manera que en ti no haya cuidado, ni propósito, ni pensamiento, ni inclinación ansiosa de la mente, sin inspiración por la alabanza a Dios, la gracia ayudándote. De alabanza a Él no te seduzca la prosperidad de esta vida presente, ni la adversidad te detenga; porque así lo alabarás con todo tu corazón. Pero cuando le alabes con todo tu corazón, y alabes con el homenaje de tu amor también, entonces no desearás nada de Él más que de sí mismo, y orarás para que el

objeto de tu anhelo sea Dios; la recompensa de tu esfuerzo, Dios; tu consuelo en esta vida de sombras, Dios; tu posesión en esa vida dichosa que está por venir, Dios.

Sí, en efecto, fuiste creado para esto; alabarle, y alabarle sin fin; que entonces entenderás más plenamente cuando, hipnotizado por la bendita visión de Sí mismo, verás que por Su única y gratuita bondad tú, cuando no fuiste, fuiste creado de la nada; así bendecidos, y para tal dicha indescriptible; creada, llamada, justificada, glorificada. Una contemplación así te dará un amor incansable de alabarle sin fin; de quién, y por quién, y en quien te alegrarás de ser bendecido con bendiciones tan grandes e inmutables.

Volver a la meditación anterior... Procede a la siguiente meditación

saintsprayers.net

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones de San Anselmo de Canterbury

del libro 'Meditaciones y Oraciones'

Primera meditación

DE LA DIGNIDAD Y LA DESGRACIA DEL ESTADO DEL HOMBRE

Dondequiera que estemos, vivimos, nos movemos y estamos en Él; mientras también le tenemos dentro de nosotros.

Pero, al regresar de la bienaventuranza que está por venir, considera con ojo de contemplación por un momento la abundancia de gracia con la que Él te ha enriquecido incluso en esta vida efímera. Él, el mismo Dios, cuya morada está en el cielo, cuyo trono entre los ángeles, a quien el cielo y la tierra, con todo lo que contienen, se inclinan y obedecen, se ha ofrecido a ti como tu morada, y ha preparado y preparado su presencia para ti; pues, como enseña el Apóstol, "en Él vivimos, nos movemos y estamos" (Hechos xvii. 28). Así que vivir, ¡qué dulce! Así que moverme, ¡qué adorable! Así que, ¡ser así, qué deseable! ¿Qué más dulce que tener vida en Aquel que es la propia vida de la dicha misma? ¿Qué más adorable que gobernar cada movimiento de voluntad o acto nuestro hacia Él y en Él, viendo que Él nos establecerá en una seguridad interminable? ¿Qué es más deseable que en aspirar y actuar para siempre en Él a ser, en quien solo —o más bien en quién solo— es el verdadero ser, y aparte de quien nadie puede ser legítimamente? "YO SOY QUIEN SOY", DICE (Éxodo. iii. 14); y bellamente dicho lo es, porque solo Él realmente ES, cuyo Ser es inmutable. Él, por tanto, cuyo Ser tan inalcanzado es ser en un sentido tan trascendente y único que solo Él realmente ES; en comparación con quién todo ser no es ser; cuando quiso crearte a tal excelencia que ni siquiera pudieras comprender el brillo de tu dignidad, ¿qué puso como esfera de tu ser, qué lugar de morada te proporcionó? Oídle hablar a los suyos en el Evangelio: "Permaneceos en mí, y yo en vosotros" (San Juan xv. 4). ¡Oh, condescendencia inconcebible! ¡Oh, dichosa permanencia! ¡Oh, glorioso intercambio! ¡Qué condescendencia del Creador, al querer que Su criatura tenga morada en Él! ¡Qué inconcebible bendición de la criatura, habitar en el Creador! ¡Qué gran gloria de una creación racional ser, por un intercambio tan bendito, asociado con el Creador, como que Él en ella y él en Él tengan su morada! Sí, Él, por su misericordia, ha querido que nosotros, tan ennoblecidos en nuestra creación, tengamos la mayor dignidad de habitar en Él. Él, gobernador de todas las cosas, sin preocupación ni preocupación que existiera sobre todo; Él, fuente y fundamento de todas las cosas, sin que el esfuerzo lo sostenga todo; Él, superexcelente por encima de todo, sin que la vanidad lo trascienda todo; Él, abrazando todo y cada uno de los que es, sin extensión de Sí mismo envolviendo todo; Él, la plenitud de todas las cosas, sin estrecharse por sí mismo, cumpliendo todo, -- sí, en efecto. Él, aunque Su Presencia no carece de ninguna parte, ha

elegido para sí un reino de placeres dentro de nosotros; el Evangelio da testimonio donde dice: "El Reino de Dios está dentro de vosotros" (San Lucas xvii. 21). Y si el reino de Dios está dentro de nosotros, y si Dios habita en su reino, ¿no permanece Aquel cuyo reino está dentro de nosotros dentro de nosotros? Claramente; pues, de igual manera, si Dios es sabiduría, y si el alma del justo es morada de la sabiduría, el que es verdaderamente justo tiene a Dios permaneciendo en él. Y el apóstol dice: "El templo de Dios es santo, qué templo sois vosotros" (1 Corinos, iii. 17).

Por tanto, aplicas incansablemente a la búsqueda de la santidad, para que no dejes de ser el templo de Dios. Él mismo dice de los suyos: "Habitaré en ellos y caminaré en ellos" (2 Cor. vi. 16.). No dudes, por tanto, que dondequiera que haya almas santas, Él esté en ellas. Porque si estás en esos miembros tuyos que vivificas, por completo y en todas sus partes, ¿cuánto más está Dios, que te creó a ti y a tu cuerpo, plenamente presente en ti de principio a fin? Es tu deber, entonces, pensar con la más intensa devoción con la consideración y reverencia que debemos controlar para esos sentidos y aquellos miembros de nuestro cuerpo, sobre los que la propia Divinidad está a cargo. Ofrezcamos, por tanto, como corresponde, todo el imperio de nuestro corazón a un gran habitante, para que nada en nosotros pueda rebelarse contra Él; pero que aireen nuestros pensamientos, todos los movimientos de nuestra voluntad, todas nuestras palabras y todo el curso y tenencia de nuestras acciones puedan esperar a Su señal, estar obedientes a Su voluntad y conformarse a Su regla de justicia. Porque así seremos verdaderamente Su reino, y Él residirá en nosotros; y nosotros, permaneciendo en Él, viviremos bien.

Volver a la meditación anterior... Procede a la siguiente meditación

Meditaciones de San Anselmo de Canterbury

del libro 'Meditaciones y Oraciones'

Primera meditación

DE LA DIGNIDAD Y LA DESGRACIA DEL ESTADO DEL HOMBRE

Todos los que hemos sido bautizados en Cristo hemos vestido a Cristo.

Despierta, alma mía; despierta, y deja que el fuego de un amor del cielo arda en tus partes más profundas, y aprende cuidadosamente la dignidad que te ha otorgado tu Señor Dios; y el aprendizaje, el amor; y amorosa, reverencia con las palabras de una práctica sagrada. ¿No te viste Aquel que te ha asignado una morada en Sí mismo y ha dignado habitar en ti, no te viste, te adorna y te adorna con Sí mismo? "Tantos de vosotros", dice el Apóstol, "como habéis sido bautizados en Cristo" (Gal. iii. 27). Qué digno de alabanza, y de gratitud, pagarás a aquel que te ha investido con tal gracia y te ha elevado a tanta dignidad, como para que con el estallido más feliz de alegría de tu corazón puedas exclamar: "Me ha vestido con las vestiduras de salvación, y con la túnica de justicia me ha cubierto" (Is. lxi. 10)? Para los ángeles de Dios, contemplar a Cristo es la máxima alegría; y, he aquí, de su infinita condescendencia se ha inclinado hacia ti tan bajo que quiere que te revistas de sí mismo. ¿Qué tipo de ropa puede ser, sino la que el apóstol se enorgullece cuando dice: "Cristo..." es hecho de Dios sabiduría, justicia y santificación" (1 Cor. i. 30)? ¿Y con qué mantos majestuosos podría haberte adornado más ricamente que con el amigo de la sabiduría, el atuendo de la justicia, la justa cobertura de la santificación?

Volver a la meditación anterior... Procede a la siguiente meditación

saintsprayers.net

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones de San Anselmo de Canterbury

del libro 'Meditaciones y Oraciones'

Primera meditación

DE LA DIGNIDAD Y LA DESGRACIA DEL ESTADO DEL HOMBRE

Somos el Cuerpo de Cristo.

Sin embargo, ¿por qué debería decir que Cristo te ha vestido de Sí mismo, cuando te ha unido a Sí tan íntimamente que elige que en la unidad de la Iglesia seas de Su propia Carne? Escuchad al Apóstol mientras expone el testimonio de las Escrituras: "Ambos estarán en una sola carne; Hablo en Cristo y en la Iglesia" (Efeses. v. 32). Y luego meditar de nuevo sobre la cercanía de la unión de su esposa. "Sois", dice, "el Cuerpo de Cristo y miembros de los miembros." Trata, entonces, a tu cuerpo y a sus miembros con el respeto que les corresponde; no sea que si los tratas injustamente por cualquier gestión imprudente, seas sometido a un castigo tan severo por tu uso indigno, como el que te hubieran coronado con un premio más noble por tratarlos como merecían. Tus ojos son los ojos de Cristo; por eso no puedes volver tus ojos a contemplar ninguna vanidad; pues Cristo es la Verdad, a quien toda vanidad

se le opone por completo. Tu boca es la boca de Cristo; por lo tanto, no puedes —no hablo de detracciones ni de mentiras— no puedes abrir para discursos inútiles esa boca que solo debería reservarse para las alabanzas de Dios y la edificación de tu prójimo.

Así también debes pensar en los otros miembros de Cristo que te han confiado.

Volver a la meditación anterior... Procede a la siguiente meditación

saintsprayers.net

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones de San Anselmo de Canterbury

del libro 'Meditaciones y Oraciones'

Primera meditación

DE LA DIGNIDAD Y LA DESGRACIA DEL ESTADO DEL HOMBRE

Una consideración de nuestros pecados por lo que nuestra conciencia nos duele más y por lo que hemos perdido todas estas bendiciones.

Pero mientras consideres qué y cuántas bendiciones has recibido por Su gracia, reflexiona también sobre qué y cuántas bendiciones has renunciado por tu propia culpa, y en los males que has caído, cargado de un montón de pecados. Reflexiona con suspiros sobre los males que has cometido sin piedad; reflexiona con gemidos y lágrimas sobre las bendiciones que, por esos mismos males, has perdido miserablemente. ¿De qué no te ha prodigido tu Creador tan generoso de su bondad? ¿Y qué mal no le has pagado en requisimiento, crecido en impiedad descarada? Has rechazado el bien y merecido el mal; no, que naufragara el bien y eligiera el mal libremente; y, perdiendo así la gracia de tu Creador, o más bien desechada, has sufrido miserablemente su ira. No tienes recursos para demostrar tu inocencia cuando una multitud de males cometidos por ti te rodea como un ejército incontable, aquí enfrentándote con tus actos impíos, reuniendo allí una innumerable multitud de palabras inútiles y, más condenadas, dañinas; y allí, una vez más, desfilando una infinita gama de pensamientos malvados. Estos, entonces, son el precio por el que has renunciado a bendiciones inestimables; porque estos has perdido la gracia de tu Creador. Conjurarlos y llorar por ellos; llora por ellos y renuncia a ellos; renunciar a ellos y condenarlos; Condénalos y cambia tu vida por un mejor rumbo. Lucha contigo mismo en el fondo de tu corazón, no sea que siquiera por un momento consientas cualquier tipo de vanidad, ya sea en corazón, en lengua o, peor aún, en acto. Que haya una lucha diaria, o más bien incesante, en tu corazón, no sea que mantengas algún tipo de pacto con tus faltas. Examina siempre y sin cesar a ti mismo con severidad; mira en tus profundidades secretas; y, todo lo que encuentres injusto en ti, con una reprimenda vigorosa apaleo, derrótalo, magulla, aplastalo, échalo lejos de ti y aniquila. No te perdones, no te halagues; pero a la luz de la mañana —es decir, a la vista del último assize, que, como el rayo de la mañana, rompe en la noche de esta vida presente— mata a todos los pecadores de la tierra, es decir, los pecados y delincuencias de tu vida terrenal — y así destruye de la ciudad de Dios que Thon edifica a Él mismo a todos los que hacen iniquidad -- es decir, todas sugerencias diabólicas, todos placeres odiosos hacia Dios, todos consentimientos mortales, todos actos de descarada. De todos ellos debes ser completamente purificado, para que así tu Creador pueda encontrar, poseer y guardar en ti una morada agradable para Sí mismo. No seas de aquellos cuya obstinación Dios mismo parece lamentarse cuando dice: "No hay nadie que considere en su corazón y diga. ¿Qué he hecho? (Es. lvii. 1.) Si han de ser rechazados quienes se han negado a sonrojarse y a acusarse de los pecados que han cometido, ¿puedes descuidar juzgarte, juzgar

y castigarte a ti mismo con estricta disciplina? Revisa, entonces, con cuidado, las innumerables bendiciones con las que tu Creador te ha ennoblecido, sin méritos tuyos interviniendo, y recuerda tus innumerables males, tu única respuesta — ¡Oh, qué malvados e inmerecidos! -- por todos esos beneficios; y gritan en los dolores de un gran dolor: "¿Qué he hecho? Provocó a mi Dios, desafió la ira de mi Creador, le pagó innumerables males por bienes incalculables. ¿Qué he hecho?" Y hablando así, rasga, desgarra tu corazón, derrama suspiros, llora llágrimas. Porque si no lloras aquí, ¿cuándo llorarás?

Y si el Rostro de Dios desviado no te excita hasta el arrepentimiento — un Rostro desviado de tus pecados — al menos deja que los dolores intolerables del infierno, que esos pecados han provocado, rompan tu duro corazón.

Regresa entonces, alma pecadora, vuelve a ti misma. Saca tu pie del infierno; así podrás escapar de los males que te corresponden y recuperar los bienes perdidos de los que tan justamente te han despojado; porque si vuelves con placer a tus propios males, entonces todos los bienes que Él te ha dado se pierden y se desechan. Por tanto, te corresponde vigilar siempre de estrito a ellos, y sobre todo a aquellos de los que tu conciencia te acusa más amargamente, para que así Él aparte su ojo de ira de ellos. Porque si dejas de lado tus pecados con la intención justa de satisfacerlos. Aparta su mirada de retribución. Si olvidas. Lo recuerda.

Volver a la meditación anterior... Procede a la siguiente meditación

saintsprayers.net

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones de San Anselmo de Canterbury

del libro 'Meditaciones y Oraciones'

Primera meditación

DE LA DIGNIDAD Y LA DESGRACIA DEL ESTADO DEL HOMBRE

Una revisión de la Encarnación de nuestro Señor mediante la cual hemos recuperado todas estas pérdidas.

Y para que puedas ser liberado de ellos, piensa en las compasiones de tu Redentor hacia ti. De una verdad que te cegaba la culpa del pecado original, y no podías escanear las alturas reales de tu Creador. Los pecados como una niebla te envolvieron; Te deslizabas hacia los reinos de la oscuridad y, arrastrado por la corriente giratoria de tus faltas, te apresurabas hacia las penumbras eternas; cuando he aquí, tu Redentor aplicó el ungüento ocular de Su Encarnación sobre tus orbes cegados, de modo que, aunque no pudieras discernir a Dios brillando en la cámara secreta de Su Majestad, al menos podrías verlo manifestado en el hombre; y contemplando, poseídamente; y poseer el amor; y amorosa, esfuérzate con todas tus fuerzas para llegar finalmente a Su gloria. Él fue Encarnado para recordarte a un estado espiritual; Se convirtió en parte de tu destino cambiante para hacerte parte de Su inmutabilidad; Se inclinó a tu humildad para elevarte a sus alturas.

Nació de la integridad virginal para sanar la corrupción de nuestra naturaleza rebelde; circuncidado, para enseñar al hombre el deber de eliminar todos los excesos, ya sean de pecado o de fragilidad; y ofrecido en el templo y acariciado por una viuda santa, para enseñar a sus fieles a frecuentar la casa de Dios y a buscar, mediante la búsqueda de la santidad, merecer recibirle para ellos. Fue abrazado por el anciano Simeón, que cantó su alabanza, para que pudiera mostrarnos su amor por la vida sobria y el carácter maduro; y bautizado, para que así pueda santificar para nosotros el Sacramento del Bautismo. Y cuando en el Jordán,

agachado al bautizo por la mano de Juan, escuchó la Voz del Padre y recibió la venida del Espíritu Santo bajo la figura de una paloma, fue para enseñarnos a mantenernos en humildad invariable de alma — como insinúa el Jordán, que por interpretación es su descendencia — y así ser favorecidos, conversando con nuestro Padre celestial, de quien se dice, que 'Su comunicación es con los simples' (Provis. iii. 32), y exaltada por la presencia del Espíritu Santo, que descansa con los humildes; a manos de Juan, un nombre que simboliza la gracia de Dios, que, sea lo que sea que recibimos de Dios, lo atribuimos todo a Su gracia, no a nuestros méritos. Y cuando terminó su ayuno de cuarenta días, y fue gloriosamente cuidado por ángeles ministrantes. Nos enseñó cómo, al alejarnos de las tentaciones de las cosas transitorias, a lo largo de la vida presente pisoteamos el mundo y al príncipe del mundo bajo nuestros pies, y así ser protegidos por tropas de ángeles. Durante el día conversa con el pueblo, predicándoles el Reino de Dios y edifica a las multitudes con sus milagros y su doctrina; de noche frecuenta la montaña y pasa el tiempo en oración: insinuándonos cómo, en algún momento, cuando se ofrece la oportunidad, podemos señalar el camino de vida, según nuestra medida, con palabras y con ejemplo a nuestros vecinos entre los que vivimos; cómo, en otro, llevarnos a la soledad reflexiva, escalar la colina de las virtudes, anhelar las dulzuras de la alta contemplación y, con un deseo incansable, dirigir la inclinación de nuestra alma hacia las cosas que están arriba. Es en la montaña donde Él es transfigurado ante Pedro, Santiago y Juan; insinuando así que si, como Pedro (lo cual se interpreta como reconociendo), reconocemos humildemente nuestra debilidad, si nos esforzamos por ser suplantadores de los vicios (porque Santiago, o Jacobo, significa suplantador) y nos esforzamos fielmente por entregarnos a la gracia de Dios (pues esto se indica en el nombre de Juan), escalaremos felices todos esos montes celestiales, y contemplad la gloria de Jesús; Jesucristo nuestro Rey siendo nuestro Guía. Fue en Betania donde despertó a Lázaro del sueño (Betanía es interpretada como la casa de obediencia); mostrando así que todos los que, por el eflfort de un derecho, mueran en este mundo y descansen en el seno de la obediencia, serán despertados por Él a la vida eterna. Confiando Su Cuerpo y Su Sangre a sus discípulos en la cena mística, humildemente lavó sus pies; enseñándonos que los temibles ministerios del altar deben celebrarse con pureza de obra y humidad piadosa de mente. Y entonces, o alguna vez fue exaltado en la gloria de su santa resurrección, soportó las bromas y los discursos rudos de hombres pérfidos, la vergüenza de la Cruz, la amargura de la gal y, finalmente, la muerte; en todo esto

admonestando a los Suyos, para que aquellos que deseen alcanzar después de la muerte la gloria no solo soporten con igualdad de conciencia las labores y angustias de la vida presente, y las opresiones de los malvados, sino que amen todas las durezas que este mundo pueda dar, por el bien de los guerdones a lo largo de la eternidad; Debería quererlos, cortejarlos y, afortunadamente, aceptarlos.

Estos, por tanto, tan gloriosos e incontables beneficios de tu Creador, si te esfuerzas por contemplarlos dignamente, por abrazarlos devotamente e imitarlos con un amor ferviente, no solo recuperarás las cosas buenas que te han perdido por tu primer padre, sino que por la gracia indescriptible de tu Salvador tendrás bienes mucho mayores para tu posesión por la eternidad. Por tu propio Dios hecho tu hermano por el misterio de la Encarnación, ¡qué alegría indescriptible no te ha asegurado para el día en que verás tu naturaleza exaltada en Su Persona sobre toda la creación!

Volver a la meditación anterior... Procede a la siguiente meditación

saintsprayers.net

Oraciones de los Santos

seleccionados de los anales de la historia hasta nuestra actualidad

Meditaciones

Meditaciones de San Anselmo de Canterbury

del libro 'Meditaciones y Oraciones'

Primera meditación

DE LA DIGNIDAD Y LA DESGRACIA DEL ESTADO DEL HOMBRE

El deber de rezar fue sacado del pozo de la miseria y el lodazal de los restos.

¿Qué queda entonces, considerando todo esto, por todos los medios posibles para despertar los ardores de tu corazón hacia la consecución de tan grandes bendiciones, y suplicar a Aquel que te creó para su posesión que te saque del pozo de la miseria y del fango de la escoria, y que te haga poseedor de tanta gran felicidad? ¿Qué es el "pozo de la miseria" sino el abismo del deseo mundano? ¿Y qué es el "lodazal de la escoria" sino la suciedad del placer carnal? Porque estos, es decir, la codicia y el placer, son dos bandas o correas con las que la raza humana es contenida y contenida para no alcanzar la bendita libertad de la contemplación celestial. Porque en verdad el deseo terrenal es un pozo de miseria, un pozo que envuelve el alma que ha fascinado con innumerables deseos, y arrastra, tan fuerte como las cadenas pudieron, a un profundo, un abismo de vicios; y luego le permite no descansar. Porque la mente del hombre, antes aplastada por el yugo de la codicia, se disipa del exterior por el amor a las cosas visibles y se distrae del interior por pasiones encontradas. Trabajo en la adquisición, ansiedad en multiplicarse, placer en poseer, miedo a perder, angustia por haber perdido; todo esto la destroza y le permite ver el peligro en el que se encuentra. Este es el pozo de la miseria, y estos son los males con los que la codicia mundana siempre la guarda para siempre. De este pozo fue cuando el bendito David se alegró de haber sido rescatado, cuando rompió en acción de gracias y exclamó: «Me ha sacado del pozo de la miseria y del fango de la escoria» (Sal. xxxix. 3). ¿Y el "pantano de restos", ¿qué es eso? Es el deleite del placer impuro. Clama en voz alta, entonces, junto al bendito David, y di a tu Creador: "Sácame del lodazal, para que no me quede firme" (Sal. Ixviii. 15). Limpia tu corazón de toda mancha de placer carnal, cierra las pensamientos impuros de tu alma, si realmente anhelas liberarte de la suciedad de este pantano. Pero cuando, por penitencia, por confesión, por lágrimas, por invitar cuidadosamente pensamientos santos al corazón, has escapado limpiamente, entonces ten cuidado de no retroceder; pero desde lo más profundo de tu corazón suspiras ante Dios y suplicas Su misericordia para que ponga tus pies sobre la roca; pídele, es decir, que establezca el afecto de tu corazón en la fuerza de

Cristo; para que tu mente pueda arraigarse en el terreno sólido de la justicia, aferrándose inseparablemente a Cristo, de quien se dice que Él es "hecho de Dios sabiduría, justicia y santificación" (1 Cor. i. 30). Ruega también para que dirija tus pasos para que no vuelvan a los pecados, sino que avancen con un curso invariable e intención inflexible en el camino de sus preceptos celestiales, y que se apresuren con plena determinación hacia el hogar dichoso de los ángeles.

Pero, al aspirar a un objetivo como este, no falles en alabar a tu Creador; más bien suplica su misericordia para que ponga una nueva canción en tu boca y te ayude a cantar con la debida devoción un himno a nuestro Dios. Porque es propio que un alma unida a Dios en una nueva vida cante una nueva canción en Su alabanza, despreciando las cosas temporales y anhelando solo la eternidad; obedeciendo la ley divina ya no por miedo al castigo, sino por amor a la justicia. Porque el canto del nuevo canto a Dios es este: aplastar los deseos del hombre viejo, y con todo tu empeño y con un único deseo de vida eterna, recorrer los caminos del nuevo hombre que el Hijo de Dios ha señalado al mundo. Y canta un himno a Dios que atesora en la memoria pura de la mente las alegrías de ese hogar celestial y se esfuerza por alcanzarlas, sostenido por la conciencia de una vida santa y confiando en el don de la gracia sobrenatural.

Volver a la meditación anterior... Más meditaciones disponibles en el libro

saintsprayers.net